

JUDE DEVERAUX

Dime lo que deseas



JUDE DEVERAUX

Dirme lo que deseas




VERGARA

DIME LO QUE DESEAS

Jude Devereaux



VERGARA

Prólogo

Langley, Virginia. 1970

—Ponte fuerte y broncéate bien. ¿Crees que el cerebro te alcanzará para hacer las dos cosas?

El hombre era tan alto como Kit, unos centímetros menos de un metro ochenta, pero mucho más corpulento. Kit se preguntó si su propio cuerpo triplicado sería tan ancho como el del oficial que, con sus cortos cabellos negros, parecía un oso de tebeo.

—Sí, señor.

La espalda de Kit estaba tan recta que parecía de acero.

—Y cuando te recojamos en otoño y te bajes los pantalones, no quiero ver tu culo blanco y reluciente. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor, debo tomar el sol desnudo.

En cuanto hubo pronunciado las palabras supo que había cometido un error: el tono era demasiado elitista, demasiado propio de su condición, que, por supuesto, no le permitía ser «uno de los chicos». Su padre no engrasaba coches. Su padre había detenido un par de guerras tribales en Oriente Medio, pero eso no era algo de lo que Kit pudiera jactarse.

Cuando el hombretón se inclinó hacia delante, Kit mantuvo el tipo y se obligó a no retroceder.

—Qué ha sido eso, ¿un comentario? ¿Una broma? ¿Te burlas de mí, chico?

—¡No, señor! —contestó, casi gritando.

El sudor le recorría la nuca.

Eran las seis de la mañana y lo habían sacado de una sesión de entrenamiento para llevarlo al despacho de ese hombre, pero no le había importado; tenía diecinueve años y era el más joven de los reclutas —algunos de ellos habían pasado un par de años en Vietnam—, de modo que era el blanco de todas las pullas.

«¿Ya te han destetado, chaval? ¿Ya no llevas pañales?»

«Echas de menos a tu mamá, ¿verdad?»

«Hace unos años tuve un ligue de una noche con una chica llamada Montgomery. ¿Crees que puedo ser tu papá?»

Kit no había dejado de sonreír, pero cada dardo había aumentado su decisión de llevar a cabo una tarea para la cual estaba especialmente dotado.

El hombretón retrocedió un paso.

—Te... bañarás —dijo en tono burlón— como quieras, pero en septiembre quiero que tú y tu narizota tengáis el aspecto de haber vivido en el desierto desde que te parieron. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

El hombre retrocedió otro paso y contempló a Kit con mirada desdeñosa. Como todos los miembros de la familia de su padre, Kit era alto y delgado, más parecido a un corredor que ese individuo, que quizás era capaz de levantar coches.

—No sé en qué estarían pensando cuando te eligieron —masculló—, solo eres un crío, y tan flacucho que podrías pasar por el ojo de una cerradura —añadió, meneando la cabeza—. ¿He de recordarte que nadie, ni siquiera tu famoso padre, debe saber la misión para la que algún idiota te escogió?

—No, señor, no es necesario.

—¿Crees, Montgomery, que podrás reunirte con tu parentela sin contarles el motivo... cómo lo dijiste..., por el que tomas el sol desnudo?

—No estaré con ellos, señor.

Kit no le dirigía la mirada directamente, sino más allá de su hombro.

—Ah, es verdad —dijo el hombre en tono de desprecio—. Eres rico. Por eso tienes muchas casas, ¿verdad?

Kit no sabía si debía contestar o guardar silencio. Llevaba días pensando que no le convenía pasar el verano con su familia antes de embarcar: eran demasiado intuitivos y curiosos. Sabrían que tramaba algo y harían lo que fuera para

averiguar de qué se trataba. Y como los conocía bien, sabía que eran muy capaces de impedir que llevara a cabo su propósito.

Nadie debía saber que se entrenaba para una misión secreta en Libia. Un joven llamado Muamar al Gadafi acababa de hacerse con el control del país y Kit debía averiguar qué planes tenía. Gracias a la carrera diplomática de su padre, Kit dominaba el árabe y sus dialectos: los conocía todos, desde el clásico, pasando por el libanés —que era medio francés—, hasta el árabe gutural que hablaban los saudíes.

Por otra parte, Kit había heredado la nariz aguileña de la familia de su padre y los ojos oscuros del linaje italiano de su madre. Moreno y vistiendo las ropas idóneas, podría sentarse en un *souk* y fumar en pipa de agua sin llamar la atención.

Meses atrás, un amigo de su padre, un antiguo embajador estadounidense en Siria, había pasado una semana en la casa de su padre en El Cairo. Kit había notado que el hombre lo observaba mientras él jugaba al fútbol con los egipcios, comía *shawarma* comprado a un vendedor callejero y discutía acaloradamente con un taxista árabe. Justo antes de partir, el embajador pidió hablar con Kit en privado y empezó por preguntarle si quería ayudar a su país. Esta cuestión fue un dramático preámbulo que apeló al profundo patriotismo de Kit y, sin dudar ni un instante, el muchacho aceptó.

No resultó fácil mentir a su familia y decirles que quería dejar la universidad durante un año para viajar por el mundo. El único que pareció adivinar la verdad fue su padre. Lo miró fijamente unos momentos y luego dijo:

—¿Qué podemos hacer para ayudarte a preparar este... este viaje?

—Sácame de aquí —contestó Kit sin reflexionar, pero su padre asintió con aire comprensivo.

Dos días después, Kit recibió una invitación para pasar el verano en Tattwell, una vieja plantación que pertenecía a unos parientes de su madre, los Tattington.

Cuando Kit guardó silencio tras la pregunta de su superior, el hombre agitó la mano.

—Vale, puedes irte. Solo recuerda que yo estaré entre los que vengan a recogerte, así que más te vale estar en forma y bien bronceado para entonces. ¡Y ahora largo!

Kit llegó a Summer Hill, Virginia, esa misma noche y al día siguiente miró a

los ojos a la mujer que amaría durante el resto de su vida. Pero la señorita Olivia Paget no compartía estos sentimientos. De hecho, su corazón iba exactamente en sentido opuesto. Y, como si su vida dependiera de ello, Kit se empeñó en conseguir que cambiara de parecer.

1

Summer Hill, Virginia. En la actualidad

«Arrepentimiento», pensó Olivia mirando en torno al pequeño restaurante. En un programa de entrevistas de la tele que había visto esa mañana, la joven y perfecta entrevistadora de cabellos de brillo poco natural preguntó a un viejo actor si había algo de lo cual se arrepentía en su larga carrera en el mundo del espectáculo.

El hombre dijo que no, desde luego. Que su vida había sido estupenda y que no cambiaría nada. ¿Acaso podía decir otra cosa? ¿Que se arrepentía de haberse casado con su segunda mujer, que lo despojó de todo lo que había conseguido en cuarenta años de carrera en el cine? ¿Que ojalá no hubiera aceptado actuar en las tres películas de terror realmente malas cuando estaba sin un céntimo? ¿Y los doce años que pasó entregado a las drogas y el alcohol? Pero entonces los críticos afirmaron que actuaba mejor cuando estaba borracho. Tras la rehabilitación se volvió serio y aburrido, y un coprotagonista dijo que el bourbon parecía ser la gasolina que alimentaba su dicha.

Pero el actor dijo que no se arrepentía de nada. «¡Brindaré por eso!», pensó Olivia.

¿Qué habría dicho Olivia si esa entrevistadora, enfundada en un vestido más ceñido que la piel de una serpiente, le hubiese preguntado de qué se arrepentía en su vida?

«Del sexo —habría contestado—. Me perdí esos años preciosos del sexo joven. Empotrada contra una pared, follando en el asiento delantero de un coche

con la palanca de cambios clavada en la espalda, el sudor goteando de la nariz de ambos, el amanecer tras haber disfrutado toda la noche y al día siguiente estar tan dolorida que apenas puedes dar un paso. Me arrepiento de haberme perdido eso. ¡Un verano no fue suficiente!»

Se imaginó la cara que pondría la entrevistadora, con su congelado maquillaje de alta definición que le daba una apariencia como de plástico. ¿Se mostraría severa y diría: «Eso no es lo que se supone que debes contestar.»? ¿El canal borraría lo que Olivia había dicho? ¿Quizá Robin Williams sonreiría desde el cielo y diría: «Así se hace, muchacha.»?

Para Olivia, uno de los grandes misterios de la vida era el motivo por el cual los jóvenes creían que las necesidades, las ideas, los deseos sexuales —todos y cada uno de estos— desaparecían con la edad. ¿En qué momento una persona dejaba de ser «sexy» y pasaba a ser «mona»? «Son una pareja tan mona...» Eso era lo que los chicos decían automáticamente sobre las personas mayores de... Olivia no estaba segura de cuándo. ¿Y a qué edad se suponía que uno debía olvidar que una vez mantuvo relaciones sexuales? Olvida esos días que pasaste desnuda junto al estanque. El aroma de la hierba aplastada bajo tu cuerpo, el agua tan tibia cubriendo tu piel y él, lamiendo las gotas. Si alguien de más de cincuenta años hacía un comentario sexual, los chicos se espantaban. ¿A qué edad una volvía a ser virgen?

—Hola.

Ella alzó la vista y vio a un joven alto y fornido —al menos a ella le parecía joven— de unos treinta años, tal vez algunos más. Era bastante apuesto y su mirada poseía una suerte de energía feroz que, en opinión de Olivia, sin duda le permitía obtener lo que quisiera. La camisa y los pantalones que llevaba parecían informales, pero ella se dio cuenta de que estaban hechos a medida. Sin embargo, su aspecto desenvuelto parecía artificial, como si fuera un actor interpretando un papel.

—¿Es usted la señora Montgomery? —preguntó el recién llegado.

Hablaba en el tono de un locutor, sin deje alguno, pero ella hubiese apostado que era algo aprendido.

—Sí. ¿Y usted viene de parte de la doctora Hightower?

—Sí. ¿Me permite? —preguntó amablemente y aguardó a que Olivia le indicara que podía tomar asiento en la silla frente a ella. Se sentó y luego llamó a

la camarera. Tal como Olivia supuso, la empleada no tardó nada, y cuando él pidió un café observó complacida que su interlocutor no se quedaba mirando a la joven y bonita camarera—. Jeanne, la doctora Hightower, dijo que usted nos llevaría hasta la casa.

—Sí, pero hemos de esperar a Elise, la otra inquilina. Me envió un mensaje de texto y dijo que llegaría dentro de unos minutos.

Cuando la camarera le sirvió el café, también depositó un plato de pequeñas galletas de limón en la mesa

—Invita la casa. Para... —dijo, echando un vistazo a Olivia— los dos.

Olivia conocía a la madre de la muchacha y solo tuvo que parpadear para que se marchara. Cuando volvió a dirigir la mirada al hombre se preguntó si realmente no era consciente de la atención que le prestaba la camarera.

—Supongo que Jeanne le dijo que soy Ray Hanran.

—Solo me dijo sus nombres, pero supuse que usted y Elise eran amigos.

—No —dijo él—. No conozco a mi nueva compañera de piso. Se suponía que una mujer mayor había de instalarse con nosotros, pero al final desistió.

Olivia no pudo evitar fruncir el ceño.

—Sé que la otra inquilina es bastante joven.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea. Ya sabe cómo es Jeanne: no cuenta casi nada.

—La verdad es que no la conozco. Quien me pidió que los acompañara a la finca de Camden Hall fue Kit, mi marido.

—¿Finca? Eso suena más grande de lo que creía.

—La casa de verano de Jeanne es uno de los cuatro edificios más pequeños situados en lo que antes era una propiedad bastante imponente. —A Olivia le preocupaba el arreglo—. Elise, la joven, ¿sabe que pasará el fin de semana con un desconocido? —dijo, echando un vistazo elocuente a la alianza que el hombre llevaba en la mano izquierda.

A juzgar por su sonrisa, el tipo sabía qué estaba pensando ella.

—No sé qué le habrán dicho. Yo no organicé esto. Jeanne tardó semanas en convencerme de que debía hacer una pausa en el trabajo e instalarme en una pequeña cabaña en el bosque —dijo, abriendo los ojos—. ¿Cree que esto es como un servicio de contactos? No es así, ¿verdad? La idea no será juntarme con alguna solitaria paciente de Jeanne...

Se inclinó hacia atrás y Olivia temió que se dispusiera a marcharse... Eso

decepcionaría mucho a Kit.

—La verdad es que no sé nada —se apresuró a decir—. Mi marido tuvo que ir a Washington y me mandó un correo electrónico diciendo que una psicóloga, la doctora Jeanne Hightower, enviaba a dos de sus pacientes para pasar un largo fin de semana. Me pidió que me reuniera con ustedes dos en este restaurante y los acompañara hasta allí. No resulta fácil de encontrar.

Ray frunció el ceño.

—No entiendo nada. Tengo... —bebió un sorbo de café y pareció considerar si hacerle una confidencia—. Mi matrimonio está en horas bajas y me recomendaron a Jeanne. Hace semanas que voy a verla, pero no he avanzado, aún soy incapaz de tomar una decisión. Cuando ya me planteaba abandonar la terapia, Jeanne empezó a insistir en que viniera a Virginia para pasar unos días en su casa de verano. Finalmente cedí y aquí estoy.

De pronto parecía absolutamente aterrado.

—Esto no será uno de esos lugares de retiro, ¿verdad? Donde se supone que debo llevar una túnica blanca y hablar de mis... mis sentimientos.

Al oír su tono temeroso Olivia no pudo evitar una carcajada.

—No, nada de eso. Se trata de una bonita casa de tres habitaciones y tres baños, y ha estado vacía durante años. Yo ni siquiera sabía que la habían vendido. He vivido en Summer Hill toda mi vida, pero solo he estado en la propiedad de Camden Hall una vez, y eso fue hace mucho tiempo. Pero ahora que vivo allí...

—¿Vive allí y solo la ha visto una vez?

A Olivia no le gustaba hablar de su vida personal, pero sabía que debía hacer algo para evitar que el hombre se marchara. En un tono más sosegado, el que a menudo utilizaba para dirigirse a los desconocidos, explicó:

—Verá, es que acabo de contraer matrimonio. —Esperó su expresión atónita; los jóvenes parecían creer que las mujeres mayores nacían ya casadas. En efecto, él pareció sorprendido, pero se recuperó con rapidez—. Cuando nos casamos, mi marido me dio la escritura de una casa en la finca Camden. Él y yo estábamos juntos hace años, la primera vez que vimos la vieja Casa del Río en la propiedad, de modo que él sabía cuánto me gustaba ese sitio.

Hizo una pausa y recordó ese caluroso día, cuando ambos estaban desnudos: cuerpos jóvenes y fuertes brillando bajo el sol. Volvió a mirar a Ray.

—Mi marido me compró la casa, pero yo no la he visto. Después de la boda emprendimos una luna de miel de varios meses para visitar los lugares donde él había trabajado como diplomático. —«Lugares que debería haber visto con él», pensó, pero no lo dijo. Hacía poco, Kit también le había presentado a gente que debería haber conocido durante los últimos más de cuarenta años—. En cuanto regresamos a Estados Unidos, Kit recibió una llamada de alguien de Washington y tuvo que marcharse, así que yo regresé a Summer Hill y he pasado la última noche en casa de una amiga. Una vez que usted y la joven Elise se hayan instalado en la propiedad de la doctora Hightower, he de ir al hogar que mi marido compró para nosotros. Se encuentra en el otro extremo de la finca.

Él la miró un momento, como si considerara esa información.

—¿No se supone que un novio debe cruzar el umbral de la nueva casa con la novia en brazos?

Si Olivia no se hubiera hecho esa pregunta habría reído, pero su desilusión era manifiesta. La primera vez que viera el interior de la casa quería estar con Kit. Entre otras cosas, el motivo de su prolongada luna de miel había sido reformar, pintar y amueblar el viejo edificio. Todos los días disfrutaban al ver las fotos que la decoradora y su equipo les enviaban. Habían comenzado eliminando las telarañas y los ratones, un mapache en el altillo y el cableado eléctrico de los años cuarenta. Pero por debajo de la mugre había bonitas vigas antiguas y un hogar de piedra, y enormes ventanas que daban a un bello estanque con una isla en el centro. ¡Todo sería perfecto!

Pero por más que disfrutaran viajando y comprando cosas para su nuevo hogar, hubo momentos en que Olivia se sumía en oleadas de un arrepentimiento tan profundo que se quedaba inmóvil. Hacía tanto tiempo que Kit y ella se conocían y deberían haber estado juntos... Ella debería conocer los mejores lugares para ir de compras en Estambul, debería haber aprendido a hablar árabe porque debería haber vivido con Kit cuando estaba destinado en Egipto. Debería...

Cuando contempló a Ray, que seguía sentado en silencio observándola, descubrió que la mirada de él casi resplandecía de curiosidad. Olivia tardó un instante en identificar esa expresión.

—Usted es vendedor, ¿verdad?

Ray soltó una carcajada y casi escupió el café, pero cogió una servilleta y se

cubrió la boca.

—¿Qué me ha delatado?

—«Un aspecto flaco y hambriento» —dijo ella, citando a Shakespeare—. A ver, ¿qué es eso que pretende venderme?

—Quédese con nosotros.

—¿Qué quiere decir?

—Jeanne me envió aquí para darme tiempo para pensar. Cuando estoy trabajando en la ciudad o en casa con mi esposa Kathy, no puedo distanciarme y ver qué está ocurriendo. Según Jeanne, necesito pasar un tiempo lejos de todo eso para tomar lo que será la decisión más importante de mi vida. —Hizo una pausa—. Pero las cosas han cambiado. Creí que habría dos mujeres en la casa y que ellas podrían...

Olivia lo observó mientras él cogía una galleta y la comía lentamente.

—Ellas podrían cocinar y entretenerse juntas, y así usted tendría libertad para hacer lo que le viniera en gana.

Ray rio.

—¿Está segura de que no es la hermana de Jeanne? Pues sí, soy un mimado. Kathy y yo no tenemos hijos, así que soy... —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Usted lo es todo para ella?

—Sí, así es. En realidad, Kathy no tiene vida propia. Solo estoy yo.

—Entonces ¿qué va mal? ¿Un problema en el trabajo?

Ray inspiró profundamente.

—Quiero divorciarme, pero no sé cómo decírselo a mi mujer.

—Ah —dijo Olivia—. Eso sí que es un problema. Y comprendo que debe reflexionar largo y tendido al respecto.

—Sí, pero si estoy solo en esa casa con esa joven, puede que ella se haga una idea equivocada de mí.

Era lo contrario de lo que Olivia había pensado, pero no le faltaba razón. Las mujeres se sentían atraídas por él.

—Quédese con nosotros —repitió Ray—. Solo serán unos días, y cuando su marido regrese, podrá cruzar el umbral llevándola a usted en brazos. Tal como debe ser.

—Hum. —Durante un momento Olivia fingió considerar la idea, después se inclinó hacia él—. ¿Está deseando preguntarme si sé cocinar?

—Si no sabe cocinar, estaré condenado a alimentarme de pizza —dijo Ray con expresión seria.

—¿Y echar a perder su perfecta figura? Eso sería una auténtica tragedia.

Olivia bromeaba para disimular lo que estaba pensando. La primera vez que viera las telas y los colores que ella y Kit habían escogido, quería que él estuviera presente. Quería risas y, y...

«Recuerdos», pensó. En la actualidad ambos tenían sesenta y tantos años. ¿Cuánto tiempo les quedaba para elaborar recuerdos que deberían haber compartido durante los últimos cuarenta años? Sabía muy bien que eso era tiempo suficiente para que los hijos crecieran, para que los nietos alcanzaran la adolescencia. Pero ella y Kit se habían perdido todo eso. Esos recuerdos no existían.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ray.

—Sí, por supuesto —contestó Olivia—. Creo que deberíamos esperar a que llegue Elise antes de tomar cualquier decisión.

—Buena idea —dijo él—. Pero se lo advierto: si ella es una especie de pequeña corderita perdida en busca de un padre, me largo.

Olivia parpadeó al oír sus palabras, pero sabía que tenía razón. Había visto cómo lo había mirado la camarera y apreció que Ray no le hubiera devuelto una mirada que manifestara «estoy dispuesto si tú lo estás».

Cuando su móvil vibró, él lo extrajo del bolsillo y vio quién lo llamaba.

—Es Kathy, así que yo...

Le pedía permiso para contestar la llamada en privado.

—Desde luego. No hay prisa.

Cuando se puso al teléfono adoptó una expresión preocupada... y si Olivia no se equivocaba, también afectuosa. Lo observó mientras él salía por la puerta lateral del pequeño restaurante y no lo envidió. Estaba casado con una mujer que le dedicaba toda su vida. Olivia lo había visto muchas veces: la mujer no tenía hijos, trabajo ni amigos íntimos, de modo que su marido se había convertido en la razón de su existencia. Sin duda todas las decisiones que tomaba, todo lo que hacía estaba controlado por la pregunta: «¿Esto le gustará a Ray?»

Según la experiencia de Olivia, eso agradaba a los hombres. Y con excesiva frecuencia, los hombres exigían esa clase de sumisión, pero nunca había reflexionado al respecto desde el punto de vista de un hombre que no deseaba

ese tipo de atención empalagosa. Un hombre que no quería una esposa que dependiera de él para todo. Olivia imaginó el pánico de la mujer cuando el marido regresaba tarde del trabajo. La histeria ante el crujido de una tabla floja, las llamadas telefónicas incesantes, la permanente necesidad de aprobación.

Además, seguramente se sentía desgraciada cuando Ray no le brindaba toda su atención. ¿Derramaría lágrimas debido a los olvidos de Ray? «Me he pasado todo el día preparando esta cena... ¿y ni siquiera eres capaz de elogiarme?»

Mientras comía una de las galletas de limón, pensó en el problema de Ray: sí, dejar a una mujer como esa tenía que ser una decisión difícil. Alejarse de la ira resultaría más fácil que enfrentarse a todas esas lágrimas.

Olivia miró por la ventana y vio a Ray hablando por el móvil con una sonrisa suave y afectuosa, como si conversara con una amiga querida. Sí: se enfrentaba a una decisión muy difícil.

Cuando se volvió, vio que una joven entraba por la puerta del restaurante y Olivia dedujo que se trataba de la otra inquilina. Tenía unos veintipocos años, era alta, delgada, rubia natural y muy bonita. Llevaba tejanos desgastados, una camiseta y sandalias, el atuendo normal de su generación.

Pero esta muchacha era diferente. Por una parte era perfecta, y no solo físicamente, sino de ese modo imaculado que solo se alcanza cuando el dinero abunda. La chica se volvió. Olivia vio sus ojos de un azul extraordinario y reconoció la presencia de niñeras y cocineras, pesados cubiertos de plata, colegios exclusivos y un equipo femenino de lacrosse.

En ese instante Olivia tomó la decisión: sí, se quedaría en la casa de veraneo con Ray y esa chica. Tal vez él creía que no sentía interés por otras mujeres, pero ella había visto la ambición brillando en su mirada. Era mejor no tentarlo.

La muchacha se acercó a su mesa.

—¿Es usted la señora Montgomery?

—Sí.

—Estupendo. Soy Elise Arrington. —Depositó su pequeño bolso de lona en el suelo, se sentó en la silla de Ray y entonces vio la otra taza de café—. ¿Había alguien en este sitio?

—Sí, su compañero de piso.

Olivia indicó la gran ventana. Ray todavía hablaba por teléfono con una sonrisa dulce en su rostro apuesto. Observó a Elise contemplando a Ray. ¿Haría

lo mismo que la camarera? Pero Elise se limitó a abrir los ojos un poco más. «Posee esa educación perfecta, profundamente arraigada desde la infancia», pensó.

—Es bastante grandote, ¿verdad?

Cierto desdén matizaba sus palabras.

Olivia se alegró de que no le resultara atractivo.

—No sé si la doctora Hightower se lo dijo, pero uno de los tres inquilinos desistió.

Elise se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—¿Se supone que he de compartir la casa con él?

—Ray me preguntó si yo tendría inconveniente en alojarme allí también. En caso de que usted esté de acuerdo, desde luego.

—Sí, me gustaría —dijo. Soltó un suspiro de alivio y se dirigió a la camarera, que la ignoró.

Olivia se reclinó en su silla. No sabía si la situación se estaba volviendo interesante o si debería echar a correr; en realidad, le disgustaba la idea de estar separada de su nuevo marido. Aún no habían resuelto qué harían con sus vidas. Kit estaba jubilado... bueno, en cierto sentido puesto que de vez en cuando seguían reclamando su presencia en Washington. Olivia había pasado gran parte de su vida dirigiendo tiendas de electrodomésticos y procurando formar un hogar para su difunto marido y el hijo de este. Consideraba que lo había hecho bien, pero ante el lecho de muerte de su marido le informaron de que él había dejado las tiendas a su hijo, lo cual significaba que ella se había quedado sin trabajo.

Olivia observó a Elise cuando esta se puso de pie y se acercó al mostrador para pedir una consumición. La mujer junto a la caja registradora —Olivia sabía que era la dueña del pequeño restaurante— se disculpó por la falta de servicio y en cuanto Elise se volvió, la dueña se acercó a la camarera y la regañó. Cuando esta dirigió una mirada furibunda a Elise, Olivia tuvo que reprimir una sonrisa. Ah, la eterna lucha por el macho alfa: Ray era un hombre que conquistar y, para la camarera, Elise era una rival.

Cuando Elise volvió a tomar asiento indicó a Ray con la cabeza.

—¿Con quién está hablando?

—Con su mujer.

—Me alegro de que esté casado. —La dueña depositó un sándwich de atún y

pan integral y un vaso de té helado ante Elise—. Si usted prefiere no quedarse, por favor, indíqueme un hotel o una pensión con desayuno de la ciudad.

—Creo que me gustaría alojarme con ustedes dos, pero le aseguro que Ray parece muy simpático. No me parece que lleve segundas intenciones.

—Pero está aquí como parte de su terapia, así que debe de tener algún problema. Me pregunto qué habrá hecho para que lo envíen aquí.

—No quisiera ser cruel, pero ¿no se podría decir lo mismo de usted?

Elise tenía la boca llena y no habló mientras masticaba.

—No he hecho nada. Jeanne me rescató de un psiquiátrico.

—Ah. —Olivia procuró no alzar las cejas, aunque sintió curiosidad por el caso de la joven. ¿Era bipolar? ¿Esquizofrénica? ¿Sufría episodios de violencia?—. ¿Debería...? —empezó a decir, pero no supo cómo seguir.

—No pasa nada —dijo Elise—, no le hice daño a nadie. Creyeron que había tratado de suicidarme, así que me encerraron.

—¿Quiénes?

—Mis padres y mi marido. Este sándwich está buenísimo. Muy fresco.

—¿Intestaste suicidarte? —preguntó Olivia en voz baja y tono compasivo, y optó por tutearla.

—No —dijo Elise, bebiendo un largo sorbo de té—. Estaba tan enfadada con Kent, mi marido, que tenía dificultades para dormir, así que me tomé uno de sus somníferos. Lo que no sabía es que él había triturado cuatro pastillas y las había mezclado con la bebida que me preparó. Cuando desperté en el hospital, Kent lloraba y me suplicaba que le perdonara por haberme administrado las pastillas de más y casi matarme. Le dije que quería el divorcio y un minuto después entraron mis padres con una terapeuta que les decía que yo había intentado suicidarme. Tenía la garganta tan irritada que no podía hablar, pero confié en que Kent les dijera la verdad. No fue así: mintió y dijo que yo misma me había tomado las pastillas. Y nadie me creería, porque acababa de intentar matarme, ¿verdad? Así que me encerraron para «protegerme» y se pasaron semanas hablando de mi depresión suicida. Jeanne fue la única que me creyó cuando dije que si había alguien a quien mataría, ese sería mi marido, no a mí misma. ¿Cree que tienen tarta? Últimamente no he comido gran cosa porque he estado escondida en el maletero del coche de Jeanne durante mucho tiempo, aparte de que me sentía demasiado furiosa como para comer. ¿Sabe dónde está el lavabo?

Olivia parpadeó, incapaz de reaccionar. ¿Escondida en el maletero de la doctora? Esa historia prometía. Le indicó la puerta del lavabo y luego llamó a la dueña, que se acercó cuando Elise se marchó.

—¿Qué necesitas, Olivia? Lamento la conducta de la camarera: rompió con su novio y está buscando otro —dijo y le echó un vistazo a Ray cuando este volvió a entrar—. ¿Está disponible?

—No, en absoluto. ¿Puedes traernos una porción de todas las tartas?

—Hay seis.

—Estupendo. Una porción de cada una y apunta todo en la cuenta de Kit, más una propina del veinticinco por ciento.

—De acuerdo. —Observó a Ray mientras este se acercaba—. Si tuviera diez años menos... —dijo, suspirando. Recogió los platos vacíos de la mesa y se marchó.

Ray se sentó frente a Olivia y luego miró el vaso de té de Elise.

—¿Ya ha llegado?

—Sí —contestó Olivia, que aún intentaba asimilar todo lo que había oído.

—¿Está loca? Como es una de las pacientes de Jeanne...

—No, no está loca —dijo Olivia—. ¿Quiere un poco de tarta? He pedido un montón.

—Me encantaría.

2

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Kit—. ¿Resulta comfortable la casa de Estelle?

Olivia sostenía el móvil pegado a la oreja mientras observaba a Ray y Elise, que contemplaban las flores del jardín de su amiga. Ray era un hombre apuesto de un modo un tanto tosco, mientras que Elise parecía una frágil mariposa. Ambos eran tan distintos que no parecían pertenecer a la misma especie.

—¿Estás ahí? —volvió a preguntar Kit.

—Sí, estoy aquí y te escucho. Estabas comentando que quizá tendrías que quedarte en Washington toda una semana. ¿A qué país estás intentando salvar?

—Esto, yo...

—Ya lo sé —lo interrumpió—. No puedes decírmelo. ¿Qué sabes de la doctora Jeanne Hightower?

—Nada, en realidad. Ellie Abbott, la amiga de mi primo Cale, confía ciegamente en ella.

—Ah, comprendo. Dos autores de novelas de misterio.

—Sí —dijo Kit, bajando la voz—. ¿Ha ocurrido algo? Pareces... distante.

—Acabo de toparme con dos problemas muy interesantes, eso es todo.

—Piensas alojarte con los pacientes de Jeanne y echarles una mano, ¿verdad?

Olivia soltó una mezcla de gemido y carcajada.

—No sé si me gusta que alguien me conozca tan bien...

—Puede que me haya perdido algunos años, pero lo recuerdo todo, así que dime qué está pasando.

—Ray es un individuo grandote de treinta y tantos, que quizá se crio en un

hogar humilde, pero por lo visto se ha convertido en un vendedor de éxito. Ahora lleva ropa de Bond Street, pero apuesto a que en alguna parte de su cuerpo perfectamente en forma lleva el tatuaje de una pandilla.

—Espero que no te dediques a averiguarlo —dijo Kit—. ¿Y la muchacha?

—Dinero y buena educación. Viste como una chica de la calle, pero tal vez asistió al instituto de la señorita Potter y a Bryn Mawr. Aún no he oído toda la historia, pero creo que trató de rebelarse contra el sistema y acabó encerrada.

—¿En la cárcel?

—No. En un psiquiátrico, pero al parecer Jeanne la ayudó a escapar, la ocultó en el maletero de su coche y atravesó el país con ella.

Kit guardó silencio un momento.

—Creía que lo que yo hacía era emocionante, pero tú me ganas. Me pregunto si me echarás de menos.

—No quiero ver nuestra casa hasta que estés conmigo —soltó Olivia.

—¡Bien! Eso me gustaría. La persona práctica que quería quedarse allí a solas eres tú.

—¿Dices que tú eres el romántico?

—Pavos reales, la caseta del pozo, fiestas sin ropa a la luz de la luna, todo eso fue idea mía. Sí, creo que soy el Emperador de lo Romántico.

Las imágenes del pasado provocaron la sonrisa de Olivia.

—No estoy tan segura. Cuando regreses tendrás que demostrármelo.

—No veo la hora.

Ambos guardaron silencio y se limitaron a respirar.

—Será mejor que corte. El guerrero y la princesa de las hadas han dejado de hablar; puede que Ray empiece a tratar de venderle una montaña que podría albergar oro... o no.

—¿Cuál es su problema?

—Intenta reunir el valor suficiente para decirle a su mujer que quiere el divorcio. Pobrecita, lo siento por ella. Él lo significa todo para ella, pero está a punto de dejarla.

—¿Crees que se trata de otra mujer?

—Probablemente. Ya conoces el dicho: los hombres se divorcian porque han encontrado a otra; las mujeres, porque están hartas.

—No, no había oído eso. —Hizo una pausa—. ¿Tú te habías hartado de mí?

—Sabes que no. Lo que ocurrió entre nosotros fue un accidente. Solo el destino.

—Y dos mocosos malcriados, un pavo real y... y Gadafi.

Olivia rio.

—Buena idea. Echémosle la culpa a él. Tengo que cortar. Ray está mirando su reloj y Elise parece a punto de desaparecer en su propio país de las hadas.

—Ah, mi esposa, la genial observadora de personas. ¡Qué bien me habría venido tu pericia cuando estaba trabajando en Marruecos! Podríamos haber...

—No sigas —susurró ella.

Habían acordado no insistir en todo lo que se habían perdido por no estar juntos durante esos años. Al menos no en voz alta.

—Tienes razón. Será mejor que cortemos. El presidente me espera.

—¿El presidente? ¡No! No me contestes, vete y punto. Te quiero.

—Y yo te quiero aún más. Mantenme al corriente de todo eso, es interesante.

—Lo prometo.

Ambos cortaron de mala gana y Olivia entró en el jardín. Ray y Elise estaban de pie en ambos extremos, sumidos en sus propios pensamientos. Su silencio hizo que a Olivia se le cruzara por la cabeza que la doctora Jeanne Hightower, esa mujer a la que no conocía, había planeado que Olivia se quedara con ellos. Eso habría implicado una organización minuciosa, pero no era imposible. De hecho, la situación apestaba a un exceso de coincidencia. Se suponía que una «mujer mayor» debía alojarse con ellos, pero que había desistido. ¿Acaso solo era simple casualidad que le hubiese pedido a Olivia que los acompañara? Lo dudaba.

—Si estáis listos, podemos marcharnos.

Mientras recorrían la casa, Ray recogió la maleta de Olivia junto a la puerta de entrada, siguió a ambas mujeres al exterior y la depositó en el nuevo BMW, otro regalo de Kit.

Olivia echó un vistazo al elegante Jaguar de Ray, un coche más adecuado para un soltero que para un casado.

Él cerró el maletero.

—Lo venderé y compraré un monovolumen.

—¿Novia embarazada? —dijo Olivia, sin reflexionar—. Lo siento, no debería haber preguntado eso.

Pero Ray soltó una carcajada.

—No cabe duda de que es la hermana de Jeanne. Todavía no, pero estoy en ello y me niego a sentirme culpable. Siempre quise tener hijos y mi mujer no puede tenerlos. Si eso me convierte en una mala persona...

Olivia alzó las manos.

—Sé lo que es desear tener hijos y, además, Ray, no juzgo. Puede decir lo que quiera. Creo que, en parte, la doctora Hightower lo ha traído aquí con unos desconocidos para que pueda hablar.

Ray soltó un quejido.

—Este fin de semana resultará sensiblero, ¿verdad? ¿Dónde está el bar más próximo?

—No está permitido —dijo Olivia, sonriendo—. ¿Han charlado usted y Elise? —añadió, indicando a la joven que se había alejado unos pasos.

—Solo comentamos lo bonitas que son las flores. Me parece que proviene de una familia adinerada.

—¿Ah, sí?

Ray rio.

—Se nota a la legua, ¿verdad? ¿Cuál es su problema? ¿Qué papá no quiso comprarle un reactor?

—¿Y ahora quién está juzgando?

—De acuerdo, me callaré, pero mi trabajo consiste en descubrir el carácter de las personas para poder venderles cosas. Para ella serían de Chanel y Cartier. Apuesto a que tiene una tarjeta Amex negra.

Olivia no quería ser indiscreta, pero a veces había que poner coto a las suposiciones.

—Elise escapó de las autoridades encerrada en el maletero del coche de Jeanne. Ninguna tarjeta de crédito, ni siquiera una negra, les habría servido de ayuda si las atrapaban. ¿Nos vamos? —preguntó, antes de alejarse para llamar a Elise.

Esta se sentó a su lado y emprendieron viaje a la casa de verano. Al mirar por el retrovisor se alegró de que Ray aún pareciera estupefacto. ¡Bien! Contemplar los problemas de otro a menudo ayudaba a solucionar los propios.

Olivia no logró escapar de sus compañeros de casa hasta las tres de la tarde. Había conducido hasta la propiedad de Camden Hall con Elise a su lado, seguidas por Ray en su elegante coche. Junto a la puerta de entrada el Joven Pete —que tenía más de ochenta años— les franqueó el paso y Olivia condujo a la izquierda, hasta lo que había sido la casa del jardinero. En la puerta había una placa donde ponía EL CHALET DE DIANA y supuso que el nombre sería en honor de Diana Cazadora. Su madre decía que antaño había perdices en los terrenos, así que tal vez la pequeña casa había pertenecido al guardabosque.

Al margen de lo que hubiera sido en el pasado, en ese momento el chalet era tan bonito que casi resultaba doloroso a la vista. Era de piedra, con un tejado alto perforado por dos ventanas, una de ellas redonda, como un ojo que vigilara la finca. Olivia no se sorprendió cuando Elise quiso ocupar la habitación de la primera planta que disponía de esa ventana, lo bastante pequeña para que resultara difícil distinguir el interior, pero lo bastante grande como para ver si alguien se aproximaba.

Olivia ocupó la segunda habitación y se alegró de disponer de un baño propio. No lo comentaron, pero Ray pareció entender que debía instalarse en la planta baja. La improvisada anfitriona también se alegró al comprobar que la nevera y la pequeña despensa estaban bien surtidas y se preguntó quién se había ocupado de hacerlo. ¿Jeanne, la dueña de la finca? ¿O acaso Kit había llamado para que alguien se encargara de ello? Olivia empezaba a descubrir que su marido se había convertido en una persona cuyas órdenes eran obedecidas.

«No siempre fue así», pensó. Cuando se conocieron, él era un muchacho de diecinueve años y todo el mundo le había parecido una maravilla.

Una vez que instaló a sus compañeros de casa lo único que quería era escapar. Ray parecía un toro ante el que agitaban cuatro capotes rojos. Había llegado el momento de tomar una decisión, pero no tenía idea de cómo abordar el asunto.

En cuanto a la delicada y etérea Elise, aunque fingiera que el hecho de haber sido encerrada en un psiquiátrico y haber escapado en el maletero de un coche no le había afectado, se dedicó a echar todas las cortinas de la casa. Incluso se sentó en un extremo del sofá con un cojín en el regazo y sin dejar de mirar la puerta trasera, como si estuviera dispuesta a escapar en cualquier momento.

Olivia casi echó a correr al exterior, después se quedó de pie un momento, inspirando el aire puro. ¿Realmente quería encargarse de esos dos... niños

necesitados? Ray, el tipo grandote de mirada desorbitada; la alta y frágil Elise y sus ojos inquietos. ¿Podría lidiar con ellos?

Tuvo que asegurarle a Ray que era capaz de prepararse un sándwich él solo y mostrarle a Elise que podía cerrar el pestillo de su habitación. Olivia procuró tranquilizarse y miró en derredor. Se encontraba en una bonita terraza enlosada, situada en un pequeño jardín y rodeada por un muro bajo. Le parecía que en el pasado el terreno había albergado un huerto, pero en ese momento solo crecían unos cuantos arbustos. Unos cuantos árboles necesitados de una poda rodeaban el pequeño jardín.

Más allá, una alta pared de piedra rodeaba toda la propiedad. Todos los habitantes de la ciudad sabían que en primavera el Joven Pete contratava forzudos alumnos del instituto para evaluar los daños invernales y reparar la vieja tapia.

«El techo y las paredes son fundamentales para el mantenimiento», afirmaba.

Para entonces apenas abandonaba el terreno que su familia había cuidado durante tres generaciones. El Viejo Pete, Pete y el Joven Pete. Ningún miembro de la próxima generación de la familia tenía interés en cuidar unas cuantas viejas casas.

Mientras Olivia contemplaba el trozo de jardín y sus asilvestrados arbustos, pensó que le gustaría dividirlo mediante senderos entrecruzados; usaría corteza en vez de gravilla para no hacer ruido al pisarlos. En el centro dispondría una pérgola con un banco. Y a los lados...

Interrumpió sus pensamientos. Ese jardín en ruinas, ¿suponía el incentivo para conseguir que se hiciera cargo de esas personas? Y en ese caso, ¿a quién se le había ocurrido? ¿A Kit o a la desconocida Jeanne?

Cuando Olivia oyó un ruido procedente del interior de la casa salió a través de la pequeña verja y echó a correr hacia el camino que habían recorrido en coche, sin llegar a él: no quería que la vieran, pues tanto Ray como Elise seguramente le preguntarían qué creía que debían hacer.

Olivia no tenía ganas de oír esa pregunta; en otras circunstancias quizá se le hubiera ocurrido una respuesta, pero de momento lo único que le preocupaba eran sus propios problemas. Mientras pasaba junto a los viejos establos dirigió la mirada hacia Camden Hall. Era una casa grande y amplia de tres plantas y de estilo eduardiano, «más cristal que paredes», como afirmaba el dicho. Era una

casa hermosa, pero presentaba ese aspecto desierto de los lugares que han estado desocupados durante mucho tiempo.

Detrás del edificio se extendía algo que antes había sido un placentero jardín lleno de flores y árboles ornamentales. Estaba bien cuidado, pero casi desierto.

Más allá estaba lo que había buscado: la elevada cerca que Kit había hecho reemplazar hacía poco. Habían separado los viejos rosales de los ruinosos ladrillos y, una vez montada la nueva cerca, habían vuelto a sujetar las ramas podadas. Al cabo de un año volverían a florecer en todo su esplendor.

Olivia le había dicho a Ray que no quería ver la casa sin su marido y era verdad. Lo que sí quería ver era la diminuta isla en el río poco profundo que fluía delante de la casa. Fue allí donde ella y Kit hicieron el amor en los años setenta... y donde los descubrieron haciéndolo.

Incluso entonces, tantos años después, el recuerdo la hizo sonreír. ¡Kit la había protegido! En aquel entonces, el Joven Pete se había convertido en el encargado y se tomaba su trabajo muy en serio. Aquel día había oído voces y había corrido a casa en busca de su escopeta.

Olivia y Kit, ambos desnudos, con las ropas tiradas en el suelo, habían atisbado entre la vegetación y habían visto al Joven Pete en la otra orilla, acercándose a ellos con un arma en la mano.

Ambos se miraron, abrazados, desnudos y con los ojos desorbitados. ¿Debían alzar la voz y decirle al Joven Pete que no eran intrusos? Pero resultaba que, en realidad, sí lo eran. Si hubiese sido el padre, Olivia habría salido al paso, pero el hijo era otro asunto. ¿Quién podía saber qué haría?

Kit tomó las riendas de la situación, cogió un puñado de barro, se embadurnó la cara y se metió una gran rama con hojas en el pelo. Gritando a voz en cuello y con un aspecto bastante terrorífico, echó a correr desnudo por el puente hacia la tapia que rodeaba la finca. El Joven Pete se quedó tan estupefacto al ver al hombre desnudo de aspecto salvaje que permaneció inmóvil y bajó la escopeta.

Kit casi se había encaramado a la tapia antes de que el Joven Pete pudiera recuperarse, alzar el arma y apuntar. Olivia, que había formado parte del equipo femenino de béisbol del instituto, recogió una piedra del tamaño de su puño y la arrojó. La piedra golpeó a Pete en la cintura, el muchacho se volvió, la escopeta se disparó y el retroceso inesperado hizo que cayera al agua boca abajo.

Olivia, desnuda como el día que nació, cogió la ropa de ambos, corrió por el

punte y se dirigió a la tapia. Brincó sobre un tocón y se impulsó hacia arriba y, tal como sabía que haría, Kit se inclinó hacia ella tendiéndole los brazos para subirla. Cogidos de la mano, ambos atravesaron la zona boscosa a toda carrera y, cuando llegaron al linde, se detuvieron y se miraron. Ella le limpió la cara con la camisa y él besó los arañazos ensangrentados causados por la áspera tapia.

Solo después de hacer amor en la hierba se dieron cuenta de que faltaba el sujetador de Olivia.

Se detuvieron, asustados. ¿Los identificarían mediante el sujetador? ¿Los arrestarían por intrusos? Pero entonces la mirada de Kit se volvió chispeante. Una prenda de lencería no servía para identificar a la dueña.

—¿Era ese de color rosa con un capullo de rosa en el centro? —preguntó Kit.

—Exacto —contestó ella.

Se echaron a reír y no pararon hasta regresar a la vieja e inmensa hacienda Tattwell, donde ambos vivían y trabajaban. Después, la mera mención de las palabras «capullo de rosa» hacía que se echaran a reír a carcajadas.

En cuanto al Joven Pete, cuando fue a ver al sheriff con el sujetador de satén color rosa y exigió que buscara a la dueña, provocó risas que no se apagaron en veinte años.

—Registraremos toda la ciudad para ver a quién le cabe —dijo el sheriff.

—Como el zapato de Cenicienta —dijo su ayudante—. Solo que con una parte distinta del cuerpo.

—Cuando el deber llama, debemos servir —dijo el segundo ayudante del sheriff.

Los hombres miraron a Molly, la telefonista, que llevaba su acostumbrado jersey ceñido. Su talla era la noventa y cinco, mientras que el sujetador en cuestión era de la talla setenta y cinco.

Los hombres le sonreían, como si dijeran: «Tú primero.»

—Ni lo soñéis —dijo Molly, y siguió tecleando.

La historia se difundió como solo se difunde el chismorreó en una ciudad pequeña. Al Joven Pete no dejaban de preguntarle si ya había identificado a la intrusa y si necesitaba ayuda para examinar fotografías de posibles sospechosas. Un gracioso tomó una foto de la prenda y la convirtió en un cartel de SE BUSCA.

1.000 DÓLARES DE RECOMPENSA POR LA BANDIDA DE SATÉN.
POR FAVOR, LLÁMAME.

Uno tras otro, todos los hombres de la ciudad habían tachado números de teléfono e introducido el propio.

Ese era el lugar que Olivia quería ver. La casa no albergaba recuerdos, excepto que ella y Kit la habían considerado muy bella. Lo primero que vio fue la parte posterior: tres plantas con un largo anexo de una sola planta a un lado. Ella y su flamante marido habían acordado que sería el despacho de Kit. La idea era que él trabajaría allí, pero la verdad era que ninguno de los dos era capaz de imaginarse estar en la misma casa pero en habitaciones separadas. Había tantas cosas que debían recuperar... Habían estado juntos durante un maravilloso verano, luego separados durante décadas. ¡Demasiado tiempo perdido!

Rodeó el edificio lenta y silenciosamente, después contempló la fachada. Había numerosos tejados a distintas alturas añadidos a lo largo de los años. El extremo superior de una alta ventana era redondeado; decían que en los años treinta había sido el estudio de un artista, pero en los cincuenta se transformó en una cocina y fue así como ella y Kit la vieron. No querían una isla central —que para ambos era un concepto moderno—, sino una mesa ante la cual sentarse mientras el otro cocinaba. No sintió la tentación de asomarse a las ventanas para ver las reformas.

A su derecha se elevaba un pequeño edificio de ladrillos, antaño utilizado para guardar las herramientas del jardín, pero Olivia y Kit consideraban que era demasiado bonito y de momento aún no habían decidido qué uso le darían.

Más allá estaba el viejo puente, desgastado y astillado, pero en las vetas quedaban restos de la pintura azul que en otro tiempo lo había cubierto. Aquel día, cuando ella y Kit hicieron el amor en la isla, él dijo:

—Debería estar pintado de rojo brillante, veinte capas de pintura.

Riendo y besándolo, ella había estado de acuerdo, de modo que en la lista de las cosas que planeaban hacer figuraba pintar el puente de rojo.

Atravesó el puente con lentitud, recordando cada segundo de aquel día lejano. Kit la había llevado a caballito a través de ese mismo puente. La isla era pequeña, creada por el hombre que construyó Camden Hall. El río, más profundo en esa época, había sido ensanchado para crear un gran estanque delante de la casa; la tierra excavada fue apilada en el centro y los bordes reforzados con piedras.

En sus mejores momentos, debió de ser el sueño de cualquier pescador.

En el otro extremo descubrieron los restos de lo que tal vez había sido una choza, un lugar para sentarse a esperar que un ciervo confiado se acercara para beber.

Kit había dicho que era un lugar para el encuentro de amantes.

A su edad, bastaba con mencionar la palabra «amantes» para que ambos se arrancaran la ropa. La arrojaron al suelo en el otro extremo de la isla y luego se tendieron en la superficie cubierta de musgo de lo que en el pasado había sido la choza de un pescador o un lugar para el encuentro de amantes... o el propósito que menos agradaba a Olivia: un lugar para colgar los ciervos muertos.

Cuando alcanzó el extremo del puente miró en derredor. El paisaje había cambiado; años atrás el césped estaba bien segado y había un sendero bordeado de flores silvestres. Para entonces solo quedaban malezas y árboles sin podar que oscurecían el lugar.

Arrastró el pie por la hierba hasta ver los trozos de gravilla, pasó por encima de unas cuantas ramas gruesas y se dirigió al otro extremo de la isla. Los cimientos de la pequeña choza habían quedado casi cubiertos, pero aún estaban allí.

Se inclinó y tocó uno, sonriendo al recordar aquel día; casi lograba sentir, oír y oler su amor: el sol atravesando sus ropas, las manos jóvenes y fuertes de Kit tocando sus pechos. Había lanzado la cabeza hacia atrás, quería más y más, quería fundirse con él en cuerpo y alma.

De pronto se sintió mareada y tuvo que sentarse en las piedras. Un rayo de sol atravesó las hojas de los árboles y Olivia se llevó la mano a la cara.

«¡Cuánto he cambiado!», pensó. Mentalmente, recordaba su piel lisa y sonrosada, pero la luz del sol revelaba arrugas, venas y un par de esas manchas marrones, inevitables pese a toda la protección solar que se aplicara.

Retiró la mano, apretó el puño y cerró los ojos un momento. «Más de cuarenta años», pensó. Eso era lo que ella y Kit habían perdido.

Se paró encima de los cimientos de piedra y luego, siguiendo un impulso, se tendió, alzó la vista y contempló los árboles. Durante la luna de miel Kit había hablado sobre su servicio diplomático, incluso acerca de los tres años aterradoros cuando se infiltró en el nuevo régimen del joven Gadafi. Le habló de los meses en el hospital después de haber sufrido un accidente en un vehículo blindado. El dolor y la rehabilitación habían sido atroces.

Olivia habló de administrar la tienda de electrodomésticos y de inaugurar otras. Había descubierto que los negocios se le daban bien.

De lo que no hablaron fue de sus respectivos matrimonios; lo decidieron una tarde, en París, cuando estaban sentados en una de las encantadoras terrazas tomando café y Kit empezó a hablarle del nacimiento de su hijo.

—Cuando lo sostuve en brazos no sabía que podía sentir tanto amor. Tenía la cara roja y no tenía pelo, pero pensé que era la cosa más hermosa del mundo. Y Gina estaba...

Se interrumpió tras contemplar a Olivia: sonreía, pero las lágrimas se derramaban por sus mejillas; su hijo no había sido el hijo de ambos y la que estuvo tendida en esa cama no había sido Olivia.

Kit le cogió la mano y le besó la palma.

—Nunca hubo nadie más —dijo en voz baja—. Siempre fuimos nosotros. Juntos o separados, solo nosotros.

Olivia tragó saliva, procurando detener las lágrimas. Habían tenido vidas plenas, solo que no habían estado juntos.

Kit le besó el dedo índice.

—¿Qué... —dijo, besando el segundo dedo— diablos... —añadió, besando el anular— haré con... —e introdujo el dedo meñique entre sus labios— con ese maldito teatro?

Su pregunta la hizo reír y las lágrimas desaparecieron.

Quien llevó a Kit a Summer Hill en 1970 era un pariente, y otro pariente lo volvió a llevar allí muchos años después. Kit le dijo que la idea de regresar y tal vez encontrarse con ella no lo había inquietado. Pensó que, si volvían a verse, él no sentiría nada, pues tras permanecer separados todos esos años y con las vidas que ambos habían llevado, aquel verano se les antojaría cosa del pasado. Quizá podrían reírse de ello, convertirse en amigos... pero no fue así como ocurrió. Kit vio a Olivia caminando por la calle y todo desapareció. Para él, era tan bella como cuando la había conocido.

Tenía miedo de acercarse a ella, temía que le dijera que se largara, y era consciente de que su propio orgullo podía impulsarlo a marcharse para siempre, así que en vez de enfrentarse a ella directamente montó una trampa para atraerla.

—Como una araña —había dicho Olivia después.

—Exacto —había asentido él—. Como una araña muy grande y hambrienta.

Durante aquel largo día de verano que pasaron juntos, Olivia se estaba preparando para un espectáculo de Broadway, en el que había de interpretar el papel de Elizabeth en *Orgullo y prejuicio*. Y, en efecto, habría subido al escenario aquel verano, pero se produjo un incendio en el teatro y, mientras reparaban los daños, suspendieron la obra hasta otoño.

En su intento de reconquistar a Olivia, Kit compró un viejo almacén en Summer Hill y lo convirtió en un teatro; después se dedicó a reunir al reparto de la obra —*Orgullo y prejuicio*, por supuesto— e incluso convenció a su famoso primo actor para que interpretara el papel de Darcy.

Se produjeron un montón de inconvenientes y uno de los actores acabó en la cárcel, pero Kit consiguió lo que se había propuesto. Él y Olivia se casaron poco después de la última función y ese mismo día emprendieron su larga luna de miel.

—De verdad —dijo Kit—, ese almacén me costó una fortuna y las reformas todavía más.

La sonrisa de Olivia se volvía más amplia tras cada una de sus palabras. ¿Qué mujer de más sesenta años conseguía que un hombre hiciera todo eso para conquistarla?

—¿Te apetece dirigirlo? —le preguntó.

—¿Yo? —Olivia se inclinó hacia atrás en la silla—. ¿Quieres decir que sea la directora, productora, directora de escena y...?

—Actriz. Sí, todo eso. ¿Por qué no?

—No —contestó ella—. Eso no es lo mío.

Durante aquel verano que pasaron juntos hacía tantos años había creído que quería ser actriz. Cuando obtuvo el papel protagonista estaba segura de que era el inicio de su maravillosa carrera, pero una vez allí solo pensaba en su hogar... y en Kit. Había desaparecido sin decir una palabra y ella se sumió en el desánimo.

—Tendremos que encontrar a alguien que se haga cargo —dijo, mirándolo—. ¿No tienes algún pariente que quiera dirigir un pequeño teatro local?

Kit sonrió. Olivia le había tomado el pelo acerca de su extensa familia, pero él se había alegrado de alejarse de su parentela tanto como Olivia.

—Haré correr la voz y veré quién quiere ocuparse del teatro. A lo mejor la ciudad disfrutará de una nueva obra cada tantos meses. Podría generar algunas ganancias. ¿Nos vamos?

Ella se dio cuenta de que Kit había conseguido lo que se proponía: cambiar sus lágrimas por una sonrisa. Por eso el mundo diplomático se le daba tan bien y «el presi» le pedía consejo...

—Gracias —dijo ella cuando él apartó la silla.

—Por ti, lo que sea —respondió Kit, cogiéndola del brazo.

Después de ese día los límites quedaron establecidos: nunca mencionarían la intimidad de la vida que habían llevado mientras estaban separados.

Sin embargo, Kit había dicho que llegó a detestar a su exesposa.

—Todas las cosas horrendas que me gritó eran verdad... y yo la odié por ver lo peor de mí con tanta claridad.

—Cuando no amas a alguien, todo lo que hace resulta intolerable —replicó Olivia.

—¡Exactamente!

Eso fue todo lo que comentaron acerca del matrimonio y el divorcio de Kit. En cuanto al matrimonio de Olivia, ella jamás lo mencionó y Kit no le hizo preguntas. Olivia se alegraba de ello, porque no quería confesar que su marido había tenido una aventura duradera. En realidad, había llevado una vida paralela, y lo que resultaba especialmente humillante era que Olivia estaba convencida de que era por culpa de ella.

El año después de aquel verano con Kit, Alan Trumbull, un viudo reciente, la había contratado para trabajar en la tienda de electrodomésticos de su familia, para que contestara el teléfono y se encargara de las cuentas. Olivia vio que el cuidado del bebé lo abrumaba y que la tienda iba cuesta abajo, pero no quería verse envuelta en problemas ajenos, solo quería trabajar tanto que no le quedara tiempo ni energía suficientes para pensar en lo mal que la había tratado la vida.

Pero tras semanas de quedarse sentada en la tienda en silencio, observando cómo Alan se afanaba con el bebé, las facturas y los vendedores, se dio por derrotada. No podía seguir allí sentada sin hacer nada. Se hizo cargo del bebé y comenzó a dirigir la vida de Alan, su negocio, su hijo y su casa. A medida que transcurrían los meses Alan dio un paso atrás y dejó que Olivia se encargara de todo. Nunca le pidió matrimonio, se limitó a murmurar: «Supongo que será mejor que lo hagamos oficial», y dos semanas después estaban casados. La noche de bodas había sido rápida, somera y sin amor. Ella se quedó en la cama hasta que Alan se durmió, después se levantó y fue a revisar la declaración del

impuesto trimestral, pues lo único que podía hacer era eso... o pasarse la noche llorando. Día tras día pensaba: «¿Dónde estás, Kit? ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué no te bastaba conmigo?»

A lo largo de los años recurrió al trabajo y los deberes domésticos en un intento de bloquear dichas preguntas, pero la falta de ayuda la enfadaba. Alan solía decir: «Los negocios se te dan mucho mejor que a mí, Livie. No necesitas mi apoyo.» Y después se iba a jugar al golf.

Solo cuando Alan se estaba muriendo de cáncer, ella descubrió que su marido no sabía ni sostener un palo de golf. Permaneció sentada junto a la cama del hospital, escuchando el relato de su vida secreta con una mujer tranquila, regordeta y de carácter dulce llamada Willie. Ambos habían tenido una hija y lo que mantenía a la madre y a la hija era el trabajo duro de Olivia en la tienda de electrodomésticos. Incluso hubo dinero para enviar a la chica a una buena universidad.

La confesión de Alan acerca de su amor por su otra familia había supuesto un golpe tan grande que Olivia se quedó muda. Alan le había cogido la mano.

—Por favor, Livie, no te enfades y no me castigues. Déjame verlas, por favor.

Pero ella no se había enfadado. Se puso de pie y lo miró.

—No sabía que eras tan valiente, Alan.

Se dispuso a abandonar la habitación, pero volvió y lo besó en la frente.

Jamás lo hubiera imaginado, pero se alegró de descubrir que Alan había gozado de cierta dicha, pues Dios sabía que ella no le había proporcionado ninguna. Había cumplido con el trabajo y las obligaciones, pero nada de lo que hizo suponía alcanzar la auténtica dicha... ni para él ni para ella.

Willie acudió al hospital, su bonita hija condujo desde Florida, y Kevin, el hijo de Alan, las rodeó a ambas con el brazo. En un abrir y cerrar de ojos, Olivia se convirtió en una extraña.

Quería marcharse y dejarlos solos, pero Willie eran tan incompetente como Alan. Ambos, Alan moribundo, abrazado a Willie y su llanto interminable, confiaban en Olivia para que se ocupara de todo.

Y así fue: los médicos, remedios, tratamientos alternativos que durante un tiempo le dieron esperanzas... Olivia tuvo que encargarse de todo ello.

Tras la muerte de Alan, se ocupó del entierro y también fue ella quien abrazó a Willie mientras esta lloraba hasta quedarse dormida. Durante el sepelio Olivia

sabía que habría preguntas acerca de quiénes eran Willie y su hija. Si decía la verdad, todos se compadecerían de la esposa, Olivia sería la mujer engañada. Había dedicado su vida a Alan y a su hijo Kevin... y todos los habitantes de la ciudad lo sabían. ¿Y qué recibía a cambio? Su marido había fundado un hogar con una mujer que era mayor, menos guapa y menos inteligente que Olivia. ¡Cabrón desagradecido!

Sí, Olivia podría haber logrado que odiaran a Alan Trumbull, podría haber desempeñado el papel de mártir y obtenido mucha compasión. Pero solo ella sabía la verdad sobre su matrimonio. Y optó por no manchar el recuerdo de su marido.

Sin embargo, cuando leyeron el testamento sufrió una auténtica conmoción. Mediante la ayuda de un prestigioso bufete de abogados de Richmond, al que acudió en cuanto supo que se estaba muriendo, Alan se las había arreglado para ponerlo todo a su nombre y dejar todo el negocio a su hijo. Olivia recibió la casa que ella había encontrado y reformado y el plan de jubilación que ella había pagado, pero Kevin se quedó con todo lo demás. Y en cuanto a Willie y su hija, hacía años que Alan había establecido un fondo fiduciario para ellas.

Durante un tiempo Olivia estuvo tan furiosa por el modo en el que Alan la había engañado para que firmara los documentos que sintió la tentación de hablarles a los demás de su segunda familia, pues destruir el recuerdo de Alan como una «buena persona» hubiese significado una venganza considerable.

Pero por segunda vez, no lo hizo. Alan, tan cobarde en vida, había hallado el valor de decirle a Olivia lo que pensaba sobre todos esos años durante los que fue el beneficiario de su trabajo como administradora. Con la muerte, le había quitado a Olivia lo que la había mantenido tan ocupada que no podía pensar en aquel verano de 1970... y sus consecuencias.

Le devolvió las llaves a su hijastro y después intentó buscarse una ocupación. La jardinería, tareas eclesíásticas, cocinar para recaudar fondos para organizaciones benéficas... hizo todo eso y se convirtió en la persona a quien recurrían siempre que alguien necesitaba algo.

La ciudad la consideraba una santa. Lo había dado todo por Alan y Kevin y luego se había dedicado a ayudar a los demás. «¿Alguna vez pensará en ella misma esa mujer?», se preguntaban.

En cuanto a Kevin, Olivia hizo todo lo posible por no meterse en su vida.

Cuando dejó de encargarse de las tiendas, ella no dijo nada. Cuando se casó con una mujer que lo mangoneaba, Olivia consideró que ella tenía la culpa: era lo que había hecho creer a Kevin que debía ser una esposa.

Y tampoco abrió la boca cuando vio que Kevin y Hildy, su mujer, gastaban fortunas: una casa, coches, viajes, ropa de lujo. Las tiendas de electrodomésticos iban de mal en peor y después quebraron... y Kevin quedó cargado de deudas.

Cuando Olivia vendió su casa, cobró su plan de pensiones y pagó las deudas de su hijastro, los habitantes de la ciudad empezaron a susurrar su nombre: esa mujer era una auténtica santa.

Olivia se mudó a la habitación trasera de la gran casa de Kevin e Hildy —la misma que Olivia había acabado de pagar— y les «echó una mano», lo cual significaba que se convirtió en algo parecido a una criada sin sueldo.

Eso duró catorce meses, hasta que Kit Montgomery regresó a la ciudad, montó su teatro y todo cambió.

«A excepción de las vidas echadas a perder», pensó Olivia: las vidas destrozadas nunca volvían a cicatrizar por completo.

3

—Hola.

Sobresaltada, Olivia se incorporó y vio a Elise de pie a unos pasos.

—No quería asustarte. Estaba paseando, vi algo amarillo y... —dijo la joven, encogiéndose de hombros. Ambas habían optado por tutearse.

La blusa de Olivia era de un color amarillo pálido, sus pantalones eran marrones oscuros, poco visibles a través de los árboles. Al parecer, Elise la había estado buscando.

—De quién te escondes, ¿de Ray o de tu marido?

—De los dos. —Elise sonrió—. Ray anda por ahí en busca de algo, pero ni idea de qué. Y... —dijo, titubeando—, a estas alturas mi familia sabe que he desaparecido. Estarán buscándome.

Olivia trató de imaginar lo que suponía ser perseguida por... ¿quién? ¿La policía? ¿La buscaban por haber escapado de un psiquiátrico? ¿Se suponía que era peligrosa?

—¿Qué ocurrirá si te encuentran?

—No lo sé. Jeanne dijo que lo que han hecho es ilegal, pero mi padre financió un ala de la clínica, así que no creo que nadie me haga caso. No tengo dinero propio y...

Se interrumpió porque Olivia le indicó que se sentara a su lado en el pequeño muro de piedra y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué hizo tu marido para enfadarte tanto?

—Amaba a otra persona —se limitó a decir Elise—. Se casó conmigo porque nuestras madres eran íntimas amigas en la universidad, mi padre le dio un

empleo y una casa a Kent, y...

Estaba llorando y Olivia imaginó que ya había vertido muchas lágrimas.

—Lo siento —dijo Elise y se enderezó—. No quiero cargarte con mis problemas. Eres perfecta y elegante, mientras que mi vida es tan sórdida como las que aparecen en el programa *20/20* de la tele.

—Es uno que trata de asesinatos, ¿no?

—Sí, estoy segura de que Kent ha pensado en eso —masculló Elise.

Olivia la miró, alarmada.

—Es broma. Kent nunca me mataría, si lo hiciera papá probablemente lo despediría. Supongo. Además, si yo no fuese su tapadera, Kent no podría follar con Carmen, y ¿a quién presentaría al mundo si yo no estuviera? Soy la imagen que quiere ofrecer a los demás. No a la hermana del jardinero.

—Ah. Carmen disfruta de la pasión mientras que tú participas de los almuerzos que impulsan la carrera de tu marido.

Elise soltó un gemido.

—Tengo veinticuatro años y ya soy un cliché.

Olivia tuvo que reír.

—No tiene gracia —protestó Elise—. Bueno, tal vez un poco. —Esbozó una sonrisa y luego hundió el rostro en las manos—. ¿Qué he de hacer? No sé cómo resolver esto.

Olivia le cogió las manos y la miró.

—Lo arreglaremos. Hay muchos abogados en la familia de mi marido y les encargaremos este asunto. Serán como lobos persiguiendo corderos. ¿Qué te parece?

—¿También puedo ir a por Carmen? Asistió a mi boda y sentí pena por ella porque no dejaba de vomitar. Sabía que estaba embarazada, pero no tenía ni idea de que mi marido era el padre.

—Dime, ¿por casualidad tuvo una niña?

Elise se quedó boquiabierta.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —exclamó y se desprendió de las manos de Olivia—. No serás una bruja, ¿verdad? ¿Acaso tú...?

—No, no soy bruja —contestó Olivia en tono sosegado—. Pero por lo visto tú y yo tenemos algunas cosas en común. Alan, mi difunto marido, tiene una hija llamada Alana. Nació cuatro años después de casarnos. Trabajé seis días a la

semana administrando las tiendas de electrodomésticos y ello pagó la carrera universitaria de Alana.

—Ah —dijo Elise—. He organizado docenas de cenas para los clientes de Kent. Todas las mañanas me daba una lista de las cosas que debía hacer para él. Me pasaba la vida en el coche ocupándome de sus encargos, todo para que dispusiera de más tiempo para estar con Carmen.

—Alan me dijo que jugaba al golf. De pronto se aficionó tanto a este deporte que emprendió varios viajes para jugar en fabulosos campos de golf. Solo descubrí que ni siquiera poseía un juego de palos cuando se estaba muriendo.

Elise soltó una carcajada y luego se reclinó sobre los brazos.

—Mi marido decía que gastaba demasiado dinero en comida, pero le compraba ropa de Escada a Carmen.

Olivia también se reclinó.

—Alan compró una casa de verano para nosotros. Era un lugar pequeño y bonito a unos cien kilómetros de las montañas, pero cada vez que planeábamos ir caía enfermo de algo. Descubrí que su novia y su hija vivían allí.

Era el turno de Elise.

—Mientras estaba encerrada mis padres vinieron a visitarme y les eché en cara que ellos siempre habían sabido lo de Carmen. ¿Adivinas qué me contestaron?

—No puedo imaginármelo.

—Mi madre dijo: «Cariño, Kent no podía casarse con la hermana del jardinero, ¿verdad? A lo mejor le daba por servir tacos durante una cena. ¿Cómo podría progresar la carrera de Kent con semejante esposa?»

La frialdad de los padres de Elise la hizo parpadear, pero si se mostraba comprensiva tal vez Elise se sentiría aún peor.

—A mí me encantan los tacos. ¿Y a ti?

—A mí también —dijo Elise, sonriendo e incorporándose—. Gracias. Sabes consolarme —añadió, mirando en torno—. ¿Qué es este lugar?

A lo mejor se debía al intercambio de confidencias o quizás a que Elise había dicho que era «elegante», pero Olivia le dijo la verdad.

—Es el lugar donde mi marido y yo hicimos el amor, apasionada y ardientemente, en el verano de 1970. Cuando el encargado nos persiguió con una escopeta, Kit y yo nos encaramamos desnudos a una tapia y escapamos.

Durante un momento Elise la contempló con los ojos muy abiertos.

—Ojalá pudiera correr una aventura como esa, pero Kent lo reserva todo para Carmen. Yo soy la que recoge su ropa en la tintorería.

Olivia sonrió.

—Sí, fue una aventura y un poco peligroso. Pero en aquel entonces lo hubiese seguido a cualquier parte.

—Incluso amenazada por un arma de fuego. —Elise suspiró—. Eso es lo que quiero: un hombre capaz de enfrentarse a una escopeta por mí.

Olivia adoptó una expresión seria.

—Apuesto a que si irrumpieras en la tintorería por la noche verías toda clase de armas de fuego.

Elise rio.

—¡Realmente haces que me sienta mejor! ¿Crees que deberíamos volver y ver si Ray se está muriendo de hambre?

—Los hombres son raros. Solo se vuelven indefensos cuando están seguros de que anda cerca alguien que se ocupará de ellos.

—Entonces ¿cuál es su problema?

Olivia se dispuso a contárselo, pero cambió de idea.

—Volvamos y preguntémosle.

Cuando se dirigieron al puente oyeron el golpe de una puerta de coche y una voz femenina.

—¡Kevin! Ya te dije que ella no está aquí. ¡Venga, vámonos!

Olivia y Elise se ocultaron inmediatamente tras los árboles.

—¿Quiénes son? —susurró la joven.

—Mi hijastro y su mujer. Están muy, muy enfadados conmigo.

—¿Qué fue eso tan horrendo que hiciste?

—Me casé y abandoné su casa. Se acabaron la cocina y la limpieza gratuitas.

—No sabía que eras una persona tan egoísta.

Olivia se tapó la boca para no soltar una carcajada.

—Vamos, Hildy —dijo Kevin—. He traído una cesta con un picnic y dos botellas de vino. Sabes que su vuelo llega hoy y vendrá aquí, desde luego. Esperemos.

—Nunca comprenderé por qué querría renunciar a nuestro nuevo y encantador hogar por este lugar viejo y horroroso. Ni por qué se casó con ese anciano.

—Es rico, lo sabes. —dijo Kevin—. Olivia siempre ha adorado el dinero.

Cuando era niño, ella siempre estaba trabajando. Si no fuera porque tenía un hogar con Willie y Alana no sé cómo habría sobrevivido a mi infancia. Ellas siempre disponían de tiempo para mí.

A solo unos pasos de distancia, al otro lado del agua, Olivia se puso rígida. Eso era algo que no había oído con anterioridad. Ella se vio obligada a trabajar, tenía que mantenerlos a todos, tenía que...

—Pero ¿quién diablos cree que pagó por ese hogar? —dijo Elise en tono furibundo—. ¿Quién les proporcionó el tiempo para haraganear?

Cuando Olivia se volvió para lanzarle una mirada agradecida, vio que Elise se quitaba la camiseta.

—¿Qué haces?

—Voy a escapar encaramándome desnuda a esa pared. Necesito una aventura.

Olivia solo vaciló un instante. Ya no tenía el cuerpo precioso de otros tiempos, pero se había mantenido en forma. Tenía una máquina de esquí de madera en su despacho y pasaba veinte minutos diarios haciendo ejercicio. Gastar la energía acumulada la mantenía cuerda y los vendedores estaban acostumbrados a que contestara el teléfono sin aliento. Se desabrochó la blusa.

—Te acompaño.

Por debajo de la camiseta Elise llevaba un bonito sujetador de encaje blanco. Cuando lo desprendió, Olivia dijo:

—Si lo dejas aquí, el Joven Pete puede añadirlo al mío, ese que encontró hace tantos años. Me han dicho que lo hizo enmarcar para mostrarlo como un trofeo.

Elise dejó caer el sujetador con una sonrisita maliciosa, después se quitó el resto de la ropa, se la colgó del brazo y observó impertérrita cómo Olivia se desvestía.

—Mi madre mataría por tener un cuerpo como el tuyo, pero tenderse en una mesa, que unos hombres guapos se lo recorran con las manos y llamarlo masaje no ha servido de mucho. —Indicó la casa con la cabeza—. ¿Todavía están ahí?

—Sí —dijo Olivia—. Pero miran en la otra dirección. Creo que lograremos cruzar el puente sin que nos vean.

Mientras permanecía allí de pie y desnuda se sintió tonta y avergonzada, pero también un poco excitada. Había estado desnuda durante gran parte de su luna de miel, pero esto era distinto: esto era una fantasía ajena.

Elise recogió una piedra.

—¿Qué estás haciendo?

—La tiraré al extremo de la terraza para distraerlos.

Olivia le quitó la piedra.

—Déjame a mí.

Hacía mucho que no lanzaba nada, pero había conservado la fuerza de los brazos... y, además, era posible que las palabras desagradecidas de Kevin la ayudaran a dar en el blanco. Adoptó la pose de un lanzador, alzó la pierna y arrojó la piedra, que salió volando por encima del agua y golpeó contra la botella de vino en el cubo de hielo. La botella cayó al suelo con un fuerte estrépito y se rompió.

—¡Impresionante! —dijo Elise.

—¿Qué diablos ha sido eso? —gritó Kevin y pegó un brinco.

—Es esta casa vieja y horrible —chilló Hildy—. Se está derrumbando. Le dije a Olivia que ese hombre era un embaucador. La instaló en esta casa y después la abandonó... al igual que antes. Debemos sacarla de aquí, Kevin. Si nos instalamos en este lugar, estaremos aquí cuando regrese. Apuesto a que encontraremos una llave si buscamos bien. Debemos hacer lo necesario para hacerla entrar en razón.

—¿Hay una llave? —susurró Elise.

Olivia asintió.

—Creo que acabo de ver las puertas del infierno.

—Vamos —dijo Elise—. Te echo una carrera por el puente.

Olivia se dispuso a seguirla pero, siguiendo un impulso, arrojó su bonito sujetador de satén blanco y azul a través de los árboles y desnuda, con la ropa colgando del brazo, corrió en pos de Elise, cruzó el puente y giró a la izquierda a través del agua poco profunda que le mojó los tobillos.

Ante la alta pared de piedra Elise vaciló, sin saber cómo superarla. Olivia se acercó y empezó a arrojar la ropa al otro lado. El tocón al que se había encaramado años atrás ya no estaba, pero una gruesa rama baja asomaba al otro lado de la tapia. Olivia saltó, la aferró, se izó y después miró a Elise.

Los rayos del sol brillaban en sus cuerpos desnudos.

—Vamos —dijo Olivia, que se inclinó y le tendió un brazo a Elise—. Ahora no abandones.

Elise agarró el brazo de Olivia con tanta firmeza como si lo hubiese ensayado

y se encaramó a la rama, por la que se arrastraron.

Olivia soltó un quejido.

—No quiero que mi ginecólogo vea lo que acabo de hacerle a mi entrepierna.

—El único que vería mis lesiones sería un ginecólogo.

—No sé. Pareces gustarle a Ray.

—¡Eres mala, Olivia! —exclamó Elise cuando alcanzó el extremo de la rama y se dejó caer a un lado de la mujer mayor.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, ambas echaron a correr al tiempo que sus pechos rebotaban. A pesar de la diferencia de edad, ambas eran altas y delgadas y tan bonitas como elfos del bosque.

De repente, Olivia cogió del brazo a Elise, la detuvo y señaló en silencio: desde que ella y Kit atravesaron ese terreno habían construido casas en ese lugar.

Se vistieron entre risitas apagadas y, sin sujetador, empezaron a rodear la vieja tapia de piedra hasta la verja de entrada.

—Se hace tarde y tengo hambre —dijo Elise—. ¿Crees que Ray aprendió a preparar un guiso de atún como parte de su entrenamiento en una banda?

Olivia soltó una carcajada.

—¿Tú también te has fijado? Eso es exactamente lo que pensé yo. Le dije a Kit que apostaba a que en lo que parecía un cuerpo fantástico tenía uno o más tatuajes.

—¿Y qué dijo tu marido?

—Que confiaba en que no me dedicara a buscarlos.

Elise rio.

—Me encantan los hombres con sentido del humor.

—Veamos... Quieres pasión y humor. ¿Qué más?

—No sabía que los hombres pueden tener más de dos virtudes.

—Caramba, tan cínica y tan joven... —exclamó Olivia.

—Tengo a mi padre y a mi marido como modelos. Según ellos, lo que te convierte en un hombre es cuánto dinero tienes.

—Comprendo. En ese caso, mi difunto marido era poderoso. Tenía todo el dinero que yo podía proporcionar.

—¿Y ahora quién es la cínica?

—Soy veraz, querida mía, solo veraz.

—De todos modos, en cuanto a Ray puedo decir lo que me venga en gana. Me

mira como si yo fuera una chica rica y estúpida que jamás ha tenido un problema.

—Entonces haz que cambie de parecer —dijo Olivia.

Habían alcanzado la puerta principal de Camden Hall. A la izquierda se elevaba la pequeña casa del Joven Pete y a la derecha una torre de piedra de tres plantas. Décadas atrás, los chicos del vecindario la habían llamado la Atalaya de Pete. Tres generaciones de la familia habían observado desde el mirador que había en lo alto, y era verdad que se parecía a la aguilera de una prisión.

Cuando Elise y Olivia pisaron la propiedad, el Joven Pete estaba allí. Su cara larga y seria estaba arrugada tras toda una vida al aire libre. Sus ojos azules eran llorosos, pero según decían era capaz de avistar una mosca a cien metros de distancia.

Procurando hablar en tono sereno, Olivia le preguntó cómo estaba y le presentó a Elise. El Joven Pete no dijo nada, solo soltó una especie de gruñido y asintió con la cabeza.

Mientras ambas mujeres se dirigían al chalet reprimieron sus risitas. Si el Joven Pete las hubiese visto hacía unos minutos...

Entonces oyeron su voz.

—Bueno, Olivia, veo que has vuelto a las andadas.

Olivia se quedó paralizada. Le estaba diciendo que sabía lo que había hecho y también quién era la culpable de lo ocurrido tantos años atrás. Notó que el rubor le recorría todo el cuerpo y, profundamente avergonzada, echó a correr con tanta rapidez que Elise tuvo que esforzarse para darle alcance. Cuando llegaron al chalet, Olivia cerró la puerta en cuanto Elise la atravesó.

Ray estaba sentado en el sofá leyendo una revista.

—Diría que habéis hecho algo malo.

Ray también había optado por el tuteo.

Elise comenzó a reír, pero la expresión de Olivia la detuvo.

—Si él lo sabe, lo sabe toda la ciudad —murmuró Olivia—. La iglesia, el círculo de costura. ¡Ay, no! Tal vez mis padres lo sabían.

Elise se volvió hacia Ray.

—¿Sabes preparar una copa? Y no me refiero a una de esas cosas asquerosas de color té con hielo, sino a algo que sepa bien.

Ray observó a Elise de arriba abajo, como si fuese la primera vez que la veía.

Su mirada habría encantado a la camarera: mostraba interés.

Pero Elise no cedió y lo observó furibunda.

Ray asintió, se dirigió a la cocina y un minuto después se oyó el tintineo del hielo. Luego regresó con dos copas triangulares en cuyo interior se veían dos olivas clavadas en un palillo.

—¿Es lo bastante femenina para ti? —le preguntó Ray a Elise.

Ella bebió unos sorbos.

—Delicioso. Debes de tener experiencia como barman.

Ray meneó la cabeza con expresión incrédula. Con una única frase, ella lo había despojado de sus años de éxito y devuelto a la época en la que asistía al instituto de día y trabajaba tras la barra de noche.

—Papá te ha quitado la paga, ¿verdad? ¿Te aterra tener que conseguir un empleo como todos los demás?

Antes de que Elise pudiera contestar, Olivia le tendió su copa vacía.

—Otra, por favor.

—Será mejor que no os emborrachéis. Tengo un guiso de atún en el horno.

Eso fue demasiado para las mujeres. Las copas en un estómago vacío, el recuerdo de lo que habían hecho, que el Joven Pete lo supiera todo y el guiso de Ray hicieron que ambas estallaran en carcajadas. Apenas lograban mantenerse en pie.

4

Su empleo como barman en una ciudad con una universidad le había proporcionado una gran experiencia con chicas borrachas. Ray apoyó sus manazas en los hombros de ambas y las empujó hasta la cocina, donde las sentó en el largo banco bajo la ventana. Allí siguieron riendo y soltando tonterías.

—¿Pondrá los dos nuevos sujetadores en el marco con el mío?

—A lo mejor los pone en tres vitrinas separadas.

—Tengo un rasguño en el cachete derecho, y no me refiero al de la cara.

—¡Después de la primera vez me quedó una cicatriz en la pierna! Hay que alisar esa maldita pared, así los próximos aventureros no se harán daño —dijo Olivia.

—Explícaselo al constructor —respondió Elise—. ¡Un momento! Quizás el hermano de Carmen pueda hacerlo. ¿Crees que me haría un descuento? ¿Por los servicios prestados?

Las dos se partieron de risa y que Ray meneara la cabeza cada vez que abrían la boca hizo que rieran aún más, estaban casi histéricas.

Ray abrió el horno y sacó la gran cazuela. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que cocinó algo, pero recordaba lo que debía hacer: hervir los fideos, colarlos, desmenuzar el atún, añadir queso... No era complicado.

A sus espaldas, las mujeres hablaban de personas llamadas «Kevin» y «Hildy». No sabía lo que había ocurrido, pero le habría gustado estar allí para divertirse con ellas. De todo modos, no creía que hubiera sucedido lo mismo si él hubiese estado allí. A juzgar por sus risas, parecía una de esas cosas entre chicas.

Sacó platos y tenedores, dispuso el contenido de una bolsa de ensalada mixta

en un cuenco, cogió una botella de aliño de la nevera y lo dejó todo en la mesa.

Elise estaba elogiando a Olivia por haberle dado a una botella de vino con una piedra.

—Apuntaba a ese gran tiesto metálico situado un metro más allá.

Eso aumentó sus risas.

Ray sirvió Coca-Cola en tres vasos. A lo mejor la cafeína las despejaría, pero cuando cogió la botella se dio cuenta de que envidiaba su regocijo, pues en ese momento de su vida nada se parecía ni remotamente a la felicidad. Su esposa, una mujer maravillosa, era la hija de su jefe. Tenía un hogar impecable. Si seguía adelante con sus planes lo perdería todo. A su esposa —que era su mejor amiga—, su hogar y quizá su empleo: todo eso desaparecería. ¿Y por qué? ¿Por amor? ¿Merecía la pena?

Miró a las dos mujeres sentadas junto a la ventana. Lo único que sabía de Elise era lo que Olivia le había contado... y eso parecía bastante aterrador. En cuanto a Olivia, la primera vez que la vio le pareció detectar cierta angustia en su mirada. Sonreía y era cordial, pero había algo más, como si le faltara algo, como si estuviera incompleta.

Miró los tres vasos y murmuró:

—¡Qué diablos!

Luego abrió un armario y cogió una botella de ron. Tal vez ese chalet era mágico y podría achisparse lo suficiente como para reír tanto como ellas. Pero, por desgracia, sabía por experiencia que el alcohol solo aumentaba su angustia.

—Aquí tenéis, señoras —dijo, y apoyó los vasos en la mesa—. Más alcohol. Seguiré sirviendo bebidas toda la noche si me contáis qué habéis hecho, eso que resultó tan cómico.

—¿Tienes algún tatuaje? —preguntó Elise; Olivia la mandó callar.

—Te los mostraré si me lo cuentas todo —gruñó él en tono bajo y sexy.

—Huyyyy —dijeron ambas y después se miraron—. De acuerdo —añadieron.

Ray sonrió al tiempo que ellas bebían la Coca-Cola con ron y daban cuenta del abundante guiso. Mientras escuchaba su narración, gran parte relatada en frases incoherentes, logró entender lo ocurrido: al parecer, ambas se desnudaron y corrieron a través de un bosque. Deseó haber estado allí, no para verlas desnudas, sino para presenciar su alegría: ansiaba poder compartirla con ellas.

Después de que entre los tres se terminaran casi todo el guiso, Ray se puso de

pie, apartó la mesa y les tendió las manos a ambas mujeres. Olivia cogió una, pero Elise permaneció inmóvil.

Ambas tenían la inconfundible mirada de quien ha bebido un poquito demasiado.

—Todavía llevas la camisa puesta —dijo Elise.

—¿Y quieres que me la quite porque...? —dijo él, en tono sugerente.

—Un hombre sin camisa me recuerda lo mejor de mi hogar.

Elise arrastraba ligeramente las palabras y su mirada era soñadora.

—¿Tu marido?

—¡No, cielo santo! —contestó Elise—. El hermano de Carmen. Trabaja en el jardín y nunca lleva camisa, ni siquiera cuando llueve. Es una vista mejor que las mismas flores —dijo y bebió un trago—. Y es mi amigo.

Tanto Olivia como Ray eran conscientes de que Elise no lo estaba contando todo, pero ninguno de los dos insistió para que siguiera. No era momento para ponerse serios, todos necesitaban una gran cura de risa.

Esbozando una sonrisa, Ray se quitó su cara camisa de punto y la arrojó en el banco bajo la ventana.

—¿Doy el pego?

Su tono era engreído; sabía que tenía buen aspecto. Era fuerte y musculoso, con escasa grasa corporal. Cuatro horas semanales con un entrenador personal lo mantenían en buena forma.

—Date la vuelta —dijo Olivia y él obedeció.

En la parte superior del hombro izquierdo había un tatuaje en forma de escorpión y el número 283. Elise se cubrió la boca para reprimir la risa.

—¿Eras miembro de los Escorpiones?

Olivia también trataba de reprimir la risa, pero sin éxito.

Ray se volvió y negó con la cabeza... pero sonreía.

—Dos niñas esnob. ¿Puedo ofreceros unos relojes incrustados de diamantes?

—Nunca dejas de ser un vendedor —dijo Olivia, y ella y Elise rieron un poco más.

Cuando Ray les tendió las manos, ambas las cogieron.

—¿Sabes montar en moto? —preguntó Elise, siguiéndolo a la sala de estar.

—Como si hubiera nacido montado en una. Y no: nunca participé en una guerra de bandas. Veo que me hacéis las mismas preguntas que me hizo Kathy.

—Tu mujer —dijo Elise al tiempo que ella y Olivia se dejaban caer en el sofá.

Ray fue a la cocina, cogió una gran bolsa de patatas fritas y un bote de guacamole y los dejó en la mesa auxiliar. Aún no se había vuelto a poner a la camisa y no parecía tener intención de hacerlo. Se sentó en el sillón a un lado.

—Sugiero que cada uno de nosotros cuente su fantasía sexual predilecta.

Olivia rio, pero Elise casi se atragantó con una patata frita.

—Venga ya, no habéis dejado de provocarme desde que volvisteis tras un día de corretear por ahí como dos lady Godiva. Tal vez debería hacer una visita a la casa del encargado: me gustaría ver sus trofeos —dijo. Entrecerró los ojos y miró a Elise—. Y sí, señorita Ricachona, he entrado en más de una casa, y antes de que me sonsaques el resto de mi historia, te diré que después de que mi mejor amigo muriera durante uno de esos robos, lo dejé. Se acabó. Trabajé para pagarme el instituto, escalé mi camino al poder, me casé con la hija del jefe... de la que ahora quiero divorciarme. ¿Alguna pregunta más?

Elise miró a Olivia.

—Yo no, ¿y tú?

—Ninguna. He tenido un sueño recurrente —dijo, mirando a Ray—. Retomo la idea de la fantasía sexual. Es decir, en caso de que puedas imaginar que una vieja como yo practique el sexo.

—Puedo imaginarte haciendo acrobacias desnuda, Olivia —dijo Ray lentamente.

—Soy bastante flexible —contestó ella, sonriendo.

—¿Debería dejaros a solas? —preguntó Elise, medio en serio.

—No —dijo Ray—. Jeanne me dijo que el marido de Livie había derrocado gobiernos él solo. Creo que no me arriesgaré.

—La verdad es que prefiero flirtear a que los jóvenes me pregunten si necesito ayuda para cargar con la compra. —Olivia tomó aire—. Vale, regresemos a las fantasías. Es un sueño muy sencillo, pero como hace cuatro años que va apareciendo de vez en cuando, a veces creo que es una premonición. Estoy en la cama...

—Un excelente comienzo —dijo Ray.

—Cállate, señor Escorpión. —Elise se reclinó contra un cojín y contempló a Olivia—. ¿Qué hacías en la cama?

—Cuando despertaba, varios hombres me besaban.

—¿Eso es todo? —preguntó Ray.

—Todos son de un color diferente: negro, moreno, rojo... no estoy segura. A lo mejor también azul. Tengo unas ideas muy agradables sobre esos hombres azules desde que vi aquella película. De todos modos, el color no es importante, pero supone un contraste —dijo, se reclinó y no añadió nada más.

El primero en hablar fue Ray.

—¿Qué pasa después de los besos?

—No lo sé. El sueño no tiene una secuela, pero supongo que hay muchos más besos. —Miró a Elise—. ¿Y tú, qué?

—Espero que sea mejor que el primero —murmuró Ray.

Elise tardó tanto en contestar que Ray fue a la cocina a por más ron, Coca-Cola y hielo, y rellenó los vasos. Las mujeres solo tardaron unos segundos en volver a sonreír.

—Después de casarme pasé mucho tiempo pensando en el día de mi boda. Pensé tantas cosas que hasta, eh... yo...

—Vamos —dijo Ray—, suéltalo.

—Puse en práctica mi fantasía.

—Entonces has de contárnosla.

—Mi vestido de novia costó 48.781,82 dólares. —Esperó hasta que los otros dos dejaran de arquear las cejas—. Era horrendo. Por lo visto mi madre pensaba que yo era tan insulsa que si no llevaba un vestido tan ancho como una tienda de campaña, nadie me vería. Pesaba tanto y era tan incómodo que apenas podía caminar, pero lo que sí podía hacer por debajo de la falda era abrirme de piernas sin que nadie se diera cuenta.

Tanto Olivia como Ray la miraban, boquiabiertos.

—No, no me refiero a eso —dijo Elise—. Mi madre nunca lo supo, pero debajo de ese horroroso vestido llevaba unos pantalones blancos de yoga. No era más que una rebeldía y no sirvió para nada, pero mientras estaba ante el altar esos pantalones me permitieron sentir que una pequeña parte de mi yo genuino estaba allí. De todos modos, después de casarme supongo que estaba tan... desilusionada que me obsesioné con la idea de: «¿Y si no hubiese ocurrido?» Pensé cosas espantosas, como accidentes de coche y tornados en los que Kent moría, e incluso en una ocasión pensé: «¿Y si hubiera dicho que no?» Era la cosa más aterradora que podía imaginar.

Elise bebió un sorbo de su copa.

—En algún momento empecé a fantasear con lo que podría haber pasado. Imaginé que justo antes de decirle «Sí, quiero» a Kent, un hombre montado en un caballo negro podría haber recorrido el pasillo de la iglesia. Todo el mundo se habría quedado en silencio, anonadado, incluso yo. Cuando hubiese llegado hasta el altar me habría tendido la mano. No habría dicho nada, pero yo habría sabido qué significaba el gesto. Habría agarrado su brazo, montado de un salto en la grupa del caballo y ambos habríamos abandonado la iglesia al galope.

—¿Y después, qué?

—Me gusta pensar que habríamos ido a alguna parte y habríamos practicado ese tipo de sexo que se ve en las películas. No lo que Kent y yo hacíamos durante once minutos cada dos semanas, sino sexo de verdad, ese que te hace sudar.

—¡Bien dicho! —exclamó Olivia.

Ray sonrió.

—¿Cómo pusiste en práctica esa parte?

—No me atreví a lo del sexo, si te refieres a eso, pero dije que quería tomar clases de equitación. La madre de Kent había cabalgado de joven y eso significaba que yo también podía hacerlo. Todo lo que hacía mamá era el colmo de la perfección y, por lo tanto, era algo aceptable.

Mientras Elise bebía un largo trago de su ron con Coca-Cola, Ray y Olivia callaron, esperando a que continuara con su historia. Parecía estar omitiendo algo.

—Así que comencé a tomar clases de equitación y tardé semanas en reunir el valor suficiente para decirle al instructor que quería aprender a saltar sobre un caballo, detrás de un hombre. Él aceptó de inmediato. Creo que estaba aburrido de enseñar a jóvenes ricos a pasear por el parque a caballo. Ensayamos durante semanas.

»Cabalgaba hasta alcanzarme, luego se inclinaba, yo lo agarraba del brazo, apoyaba un pie en el estribo y saltaba. Era muy difícil, pero lo logré. Tal vez era una tontería, pero hacía que me sintiera, bueno... preparada.

—¿Para el momento que una mujer desnuda se inclinara desde la rama de un árbol y te tendiera la mano? —preguntó Ray. Cuando las mujeres le lanzaron una mirada de sorpresa, añadió—: Sé escuchar. Es un requisito para ser un buen

vendedor.

Al recordar la aventura de ese día la expresión triste se borró del bonito rostro de Elise y sonrió

—¡Exactamente! Si no hubiese ensayado no habría podido encaramarme y ese viejo podría habernos disparado.

—Nos salvaste la vida, por adelantado —dijo Olivia y las dos volvieron a reír. Pero el gemido de Ray detuvo sus risas.

—Supongo que ya lo sabéis, pero no está de más decir que ninguna de vuestras pequeñas fantasías están relacionadas con el sexo. Una fantasía sexual implica lenguas lamiendo carnes, estar atada a una cama, orificios y... —Se interrumpió porque las dos lo miraban con gran interés—. Creo que vosotras queréis fantasías románticas.

Olivia y Elise intercambiaron una mirada y luego volvieron a contemplar a Ray.

—No, optamos por el sexo —dijo Olivia.

—Estoy de acuerdo —dijo Elise—. Háblanos del sexo. Los chicos malos... ya sabes... ¿hacen las cosas de manera diferente?

—Pues no —contestó Ray—, no lo hacemos —añadió con una sonrisa pícaro—. Un chico malo: hace mucho tiempo que nadie me considera eso. Creo que todos esos trajes que llevo me han convertido en otra cosa.

—Es verdad: ahora pareces un corredor de Bolsa.

Elise sonreía, contemplando su torso desnudo.

—Porque me da miedo partir por la mitad a una niñita como tú, que si no te demostraría lo que sé. Ya verías...

Olivia lo interrumpió.

—Creo que ya tienes bastantes problemas con dos mujeres en tu vida. Cuéntanos tu fantasía sexual... a menos que implique a tu mujer y a tu amante al mismo tiempo. Eso me resulta demasiado conocido como para soportarlo.

—No hay problema —dijo Ray—. Kathy y yo no... Bien, en cuanto a la fantasía sexual, pedidles a vuestras madres que os compren un libro. Mi fantasía romántica es ser yo mismo con una mujer. No una imagen sino mi yo auténtico. Y que a ella siga gustándole como soy.

Olivia suspiró.

—Sé exactamente lo que quieres decir, por desgracia. En realidad, yo nunca le

gusté a mi difunto marido.

—¿Después de todo lo que hiciste por él? —exclamó Elise.

—Creo que tal vez por todo lo que hice por él.

Ray volvió a servirles bebida.

—No os pongáis sentimentales. Bebed más ron y tomad más guacamole. Hay helado en el congelador. ¿Queréis un poco?

—¿Cómo conociste a tu mujer?

—Supongo que dirías que a través de mi arrolladora ambición.

—¿Porque su padre era el dueño de la empresa en la que trabajabas? —preguntó Elise en tono duro.

—No, no fue por eso. Yo podía aprender el negocio, pero Kathy sabía cosas que yo ignoraba. —Sonrió al ver la expresión interesada en los rostros de las mujeres—. Tres tenedores en la mesa, esa clase de cosas.

Elise hizo una mueca.

—Yo organizaba cenas de cuatro tenedores. A la familia de Kent le gusta impresionar a la gente.

—Kathy sabe todo eso. Es estupenda. Ella y su madre vivían en una gran casa de Connecticut, pero su padre solía quedarse en su apartamento de la ciudad. Teniendo en cuenta el carácter de Bert Cormac, todos lo comprendíamos.

Ray tomó aliento y prosiguió.

—Sabía que Kathy estaba medio enamorada de mí, porque siempre andaba por mi despacho, pero temía que bajo toda esa dulzura exterior fuera como su padre. ¿Bert llevando un vestido? ¡No, gracias! Así que no pensé en ella como esposa hasta la fiesta anual de la oficina: traje de etiqueta, montones de clientes.

—¿Clientes de qué? —quiso saber Olivia.

—De publicidad. Teníamos unas cuantas cuentas importantes. Se diga lo que se diga de Cormac, es uno de los mejores. Esa noche se suponía que yo estaba fuera de la ciudad, pero Bert quería que asistiera a la fiesta, así que cogí el avión y regresé... y solo disponía de unas horas para encontrar una acompañante. Tenía una antigua novia, Dolores, a la que conocía desde hacía años, así que la llamé. —Ray alzó una mano—. Grave error. Estaba fuera de su elemento. Se emborrachó, luego derramó su copa sobre Kathy y le dijo cosas horribles. Intenté hacerla callar, pero no lo logré. Pero entonces resultó que Kathy sabía manejar la situación.

—¿Qué pasó? —preguntó Olivia.

—Lo dicho: antes de aquella noche nunca le había prestado mucha atención. Tiene una cara muy bonita, pero es un poco... ¿Cuál es esa palabra en alemán? *Zaftig*, eso es: regordeta. No es lo que me gusta y además estaba tan apabullada por su padre que consideré que tenía una personalidad débil, un poco como un fideo mojado.

Sonrió al recordarlo.

—Pero esa noche me sorprendió. Juro que estaba a punto de echarse a reír ante las cosas horribles que le dijo Dolores. ¡A reír! Entonces Kathy la rodeó con el brazo y la acompañó fuera de la habitación. Me quedé impresionado. «Pues eso es tener clase», pensé.

Ray se encogió de hombros.

—Pero más tarde vi a Kathy llorando. No mucho, pero lo bastante como para saber que las palabras de Dolores le habían hecho daño. Esa noche hablamos durante horas y fue entonces que empecé a pensar que quizá podíamos ayudarnos el uno al otro.

—Y ahora quieres a otra persona.

Resultaba fácil ver que Elise pensaba en su propio matrimonio.

Olivia bebía sorbos de su copa y contemplaba a Ray.

—Apuesto a que encontraste una mujer más parecida a ti. O a aquello con lo que te criaste.

—La doctora Jeanne perderá su empleo —dijo él—. ¿Os importa que...?

Se pasó la mano por el torso desnudo y no aguardó a que le respondieran, sino que se puso de pie, fue a la cocina a por su camisa, se la puso y se sirvió una copa de whisky. Llevó la botella a la sala de estar.

—Mencionaste un hombre cuya muerte te cambió la vida —dijo Olivia—. ¿Es que tu gran decisión tiene algo que ver con él?

Ray acabó la copa y se sirvió otra.

—Sí. Todo. Ese era Carl. Rita, la mujer de la que me enamoré, es su hermana menor.

—Cuéntanoslo todo—dijo Elise—. Nos hará olvidar nuestros propios problemas.

Ray soltó una risita y se repantigó en el sillón.

—Me crie en un barrio duro de Brooklyn. Sin padre y con una madre que era

una santa y hacía lo que podía con dos empleos, pero pasaba mucho tiempo solo. Carl Morales y yo éramos íntimos amigos desde segundo curso. Éramos más altos y más fornidos que los otros chicos. —Bebió un sorbo de whisky—. Cuando superas a los otros chicos en altura y pesas diez kilos más que ellos, puedes convertirte en una cosa o en otra.

—Ser un matón ¿o...? —quiso saber Olivia.

—Un salvador. Un protector. Carl y yo nos considerábamos reyes y nuestra tarea consistía en proteger a nuestros súbditos.

—Con esa filosofía, ¿cómo te metiste en una banda? —preguntó Elise en tono desdeñoso.

—Éramos grandotes, no listos —dijo Ray—. Bueno, eso no es del todo cierto. Yo siempre fui listo, pero no muy sabio. Y era ambicioso. Carl me seguía, siempre me acompañaba a todas partes. Para cuando cumplí los doce, mi meta en la vida era convertirme en el amo de los Escorpiones. Consideraba que era lo máximo a lo que se podía aspirar. Carl y yo abandonamos el instituto a los quince años y nos unimos a la banda. Después dedicamos tres años a demostrarles que éramos los mejores.

—Robando en las casas —dijo Olivia.

—Eso y un montón de otros delitos. Robo de coches, allanamiento de morada, todo eso. Llegamos a dominar tanto el asunto que nos descuidamos. Cuando apenas habíamos cumplido los dieciocho, el dueño de una casa donde irrumpimos tenía un arma y... —Se detuvo un momento—. Carl se arrojó delante de mí y murió por ello.

Ray cerró los ojos un momento.

—Nunca había imaginado la vida sin él, rara vez nos separábamos, no teníamos secretos. Éramos... Dejó una madre y una hermana menor. Durante el entierro, la madre de Carl me dijo que la muerte de su hijo era culpa mía, que Carl no era lo bastante listo como para meterse en problemas por su cuenta. Dijo: «Podías elegir. Podrías haberlo impulsado a hacer algo con su vida, pero optaste por enseñarle a ser un delincuente.»

Ray dejó la copa en la mesa.

—Tenía razón. Carl había puesto su vida en mis manos y lo conduje por mal camino. Al día siguiente me largué. Tuve que repartir algunos puñetazos, pero lo hice. Conseguí un empleo de mecánico, superé el examen de secundaria, fui a la

universidad... —Se encogió de hombros—. Un profesor dijo que era casi un tímido, así que debía aprovechar mi talento y dedicarme a la venta. Y eso fue lo que hice.

Todos guardaron silencio unos minutos, después Olivia dijo:

—Y Rita era la hermana menor.

—Sí —dijo Ray, sonriendo—. Desde el día del entierro envié dinero a la madre de Carl. Le enviaba todo el que me podía permitir y la suma aumentó a medida que progresaba. Nunca me dio las gracias, nunca acusó recibo, pero los cheques se cobraban.

Ray suspiró.

—Su madre nunca me perdonó, pero Rita se hizo mayor y asistió a una escuela universitaria. ¿Y a que no adivináis lo que hizo la señora cuando su hija se graduó?

—¿Te la envió para que le dieras un empleo? —preguntó.

—Casi, pero no. Se la envió a Kathy. Creo que sabía que yo no contrataría a la chica: me provocaba demasiados recuerdos y demasiada culpa. Pero Kathy no sabía nada de eso. Solo oyó una historia triste, así que le dio el puesto de mi asistente a Rita.

—¿Fue tu esposa quien la contrató? —preguntó Elise—. Yo nunca ayudaba a Kent en su trabajo.

—Kathy es más capaz de juzgar que el departamento de personal. Me ayudó con un montón de cosas.

Ambas esperaron a que Ray entrara en detalles, pero no lo hizo.

—¿Sabía lo de tu amistad con Carl? —preguntó Elise.

—No. Nunca quise que alguien tan dulce e inocente como Kathy descubriera mi sórdido pasado. Cuando me hacía preguntas sobre mi infancia, yo interpretaba el papel romántico de Chico Malo. Le hablaba de las motos y las cazadoras negras de cuero, esa clase de cosas. Evitaba lo de romper ventanas y robar las Xbox de los chicos.

—¿Qué ocurrió después de que Kathy contratara a Rita? —preguntó Olivia.

—No la había visto desde que era una niña, pero supe de inmediato quién era. Ella no tenía el mismo padre que Carl, pero ambos habían heredado los ojos de su madre, de un extraño color azul verdoso que podía volverse gélido. Carl podía paralizar a la gente con esa mirada de hielo.

—¿Y te enamoraste de ella? —dijo Olivia.

—Al principio no. Estaba tan furioso por que la hubieran contratado que discutí con Kathy. Cada vez que mi asistente se volvía competente, mi mujer intervenía y le ayudaba a conseguir otro empleo. ¡Solía volverme loco! Sabía que Kathy era celosa, pero le juré que no tenía motivos. En un momento incluso quise prohibirle que entrara en el despacho, pero como su padre era el dueño de la empresa no podía evitar que viniera. Y, además, recurría al consejo de Kathy cada vez que se me ocurría una idea nueva. Cuando se trata del negocio, ella y yo somos socios.

»Bien, al principio estaba tan enfadado que Rita y yo discutíamos a todas horas. Lo único que tenía en común con su hermano eran sus ojos. No era una seguidora como él, Rita era mandona y ambiciosa, y no dejaba de decirme que era un estúpido y que estaba equivocado.

—Eso es auténtico amor —dijo Olivia, riendo.

—Sí —dijo Ray—. Lo era. Rita y yo lo compartimos todo. Con Kathy, tuve que aprender de nuevo, nada era natural: las comidas, la ropa, cepillarse los dientes... Nuestras costumbres eran diferentes y debíamos descubrir cómo encajar el uno con el otro. En cambio, Rita y yo nos parecemos. Todo es fácil: sé lo que le apetece cenar, lo que quiere para su cumpleaños, sé complacerla. ¿Lo comprendéis? Quiero a Kathy, pero creo que nunca hice algo que realmente la complaciera.

—Acabas de decir, y te cito: «Kathy y yo no...» No acabaste la frase, pero supongo que te referías al sexo —dijo Olivia y esperó a que él asintiera—. ¿Y qué pasa contigo y Rita?

Ray titubeó.

—Vamos —dijo Elise—, dinos la verdad. Nada de secretos ni de juicios.

—No es algo de lo que me enorgullezca, pero sí: había mucho sexo.

—¿Contra las paredes? ¿En las mesas? —inquirió Elise.

—Usamos el gran escritorio de roble con tanta frecuencia que se volvió inestable —contestó Ray con mirada chispeante—. ¿Es eso lo que quieres tú?

—Puede ser —admitió ella en tono cauteloso—. Sería... ¡Qué diablos: sí! Es exactamente lo que quiero. Kent me trata con tanta delicadeza que me dan ganas de gritar. Apuesto a que no hace eso con Carmen.

Olivia estaba empezando a despejarse y miró a Ray.

—¿Alguna vez se te ocurrió que lo que a Kathy le gustaría es la pasión?

Ray la miró fijamente.

—Todos hablan de desequilibrio entre sexos, pero en ese terreno las mujeres salen ganando. Una mujer puede fingir, pero si un hombre no siente deseo no puede actuar. Amo a mi mujer de verdad, pero siento el mismo deseo sexual por ella que el que sentía por Carl.

—Pobrecilla —musitó Olivia—. A mí me pasaba lo mismo.

—¡A mí también! —exclamó Elise.

—Veréis, sé que vosotras tomáis partido por ella y tenéis razón. Kathy es maravillosa y solo se merece lo mejor. Su padre la intimida sin piedad y ella se acobarda ante él. Si yo la abandonara, quedaría a su merced. Me cuesta tomar esa decisión; el problema es que estoy enamorado por primera vez en la vida. Profundamente enamorado, por eso fui a ver a la doctora Hightower, para que me ayudara a averiguar qué debo hacer. ¿He de abandonar a Kathy y ver cómo se desmorona?

Las miró como si les suplicara que le arrojaran un salvavidas, pero ni Olivia ni Elise sabían qué decir. Elise se puso de pie.

—No sé vosotros, pero yo debo irme a la cama. El día ha sido agotador.

Vacilando, Olivia miró a Ray. Si no se retiraba seguirían hablando y ella no podía enfrentarse a eso. La temible pregunta: «¿Qué crees que debo hacer?» resultaría imposible de contestar. Una parte de ella se identificaba con Ray, casado con alguien a quien era incapaz de amar y a quien consideraba casi como una amiga; pero por otra parte también coincidía con Kathy. Su esposa estaba metida en un matrimonio sin pasión. ¿Por eso había dedicado su vida a su marido? ¿Para tratar de que la deseara tanto como a Rita?

Si eso era así, cuando Kathy descubriera que había fracasado, se desataría mucha ira. Si se parecía a su tremendo padre, las cosas podían ponerse muy feas.

Olivia también se puso de pie.

—Yo también me voy a dormir. Te veré por la mañana.

—Cobardes —oyó decir a Ray en voz baja.

Olivia esbozó una sonrisa, pero no se volvió.

Ray se quedó sentado a solas durante unos minutos, después cogió el móvil

del bolsillo y lo conectó. Había ocho mensajes de correo electrónico de Kathy; sabía por experiencia que muchos significaban algo malo: un accidente o una muerte... o más probablemente que Bert Cormac estaba sufriendo uno de sus legendarios ataques y estaba seguro de que Ray era el único que podía arreglar el problema, fuera el que fuese.

Pasó por alto los primeros y leyó el último mensaje de Kathy.

TENGO PREVISTO LLEGAR A LAS SIETE DE LA MAÑANA. LLEVARÉ TODO LO QUE NECESITAS, INCLUIDO TU BILLETE DE AVIÓN Y EL PASAPORTE. HAZ EL EQUIPAJE Y PREPÁRATE PARA PARTIR. CAL CONVENCIO A PAPÁ DE QUE NO TE ACOMPAÑARA. LE DEBES UN SOMBRERO AUSTRALIANO.

—¡Maldición! —masculló Ray.

Australia significaba la cuenta de Hanberg. Era una muy importante y si Cal había logrado convencer a Bert de que dejara el asunto en sus manos, Ray le debía más que un sombrero a ese hombre. Cuanto más viejo se hacía Bert Cormac, tanto más difícil resultaba tratar con él. Durante los últimos años, su mal humor surgía en cuestión de segundos. Si viajaba a Australia, la cuenta podía darse por perdida.

ESTARÉ PREPARADO, escribió a Kathy.

Cuando se dirigió a su habitación pensó en preparar el equipaje, pero no lo hizo. Sabía que Kathy se encargaría de ello y, mientras tomaba una ducha, pensó que Rita jamás le habría hecho la maleta. Diría: «¿Así que ahora soy tu doncella? ¿Quieres que me ponga un uniforme? ¿Algo corto y mono? Ni lo sueñes.»

El mero recuerdo de su insolencia hizo que la echara de menos. Cuando salió de la ducha la llamó y disfrutaron de una maravillosa sesión de sexo telefónico.

En cuanto a su esposa, no leyó el resto de los mensajes, no le dio las gracias por encargarse de todo ni por sus desvelos para salvar la cuenta. Pero esa era la clase de cosa que Kathy siempre hacía por él. Ya ni siquiera lo notaba.

5

Olivia despertó temprano y permaneció en la cama, escuchando el silencio que reinaba en la casa. Ella y Kit solo vivirían a unos pasos de distancia, más allá del gran Camden Hall, en la Casa del Río. Se preguntó qué habría ocurrido si no se hubieran separado después de aquel verano de 1970.

¿Se habrían retirado a esa casa? ¿A esa ciudad? ¿O habrían escogido otro lugar que hubiesen visto durante los viajes de Kit? ¿Habrían dicho algo como: «Me ha encantado la isla de Moorea. ¿Por qué no nos instalamos allí?»?

Una vez más, había preguntas que no tenían respuesta. Kit había dicho que los lugares no tenían importancia, solo las personas. Ella sabía que se refería a que podían vivir en cualquier lugar y que serían felices mientras estuvieran juntos, pero también sabía lo importante que era la familia para él.

La noche anterior había llamado a su marido. Parecía cansado y, aunque no lo dijo, ella supuso que hacía un tiempo que dormía poco. Trató de animarlo con un relato divertido sobre la rivalidad entre Ray y Elise, pero no lo abrumó con los aspectos más graves del asunto. No mencionó a Kathy, la pobre esposa de Ray, y lo que le esperaba, como tampoco los temores de Elise acerca del futuro, ni que Kevin y Hildy habían comentado que se instalarían en la Casa del Río: Kit era capaz de enfurecerse y enviar al sheriff.

No, no quería aumentar el peso de la carga con la que el gobierno de Estados Unidos ya lo estaba agobiando. Sin embargo, cuando Kit dijo que recurriría a alguien para que se encargara de los problemas de Elise, se sintió agradecida.

Entre el silencio de Olivia y la confidencialidad que suponía el empleo de Kit, no tenían mucho de que hablar. Después de despedirse, sabía que cuando ella se

acostara Kit volvería al trabajo.

Olivia se levantó, se vistió y abandonó la habitación. La puerta de la de Elise estaba cerrada y Olivia se preguntó si habría corrido el pestillo. Bajó las escaleras de puntillas, echó un vistazo a la puerta cerrada de Ray y salió fuera. La mañana era fresca y el aroma del aire, agradable.

Hacía demasiado fresco para permanecer en un lugar completamente rodeado por un alto muro de piedra. Al otro lado de la entrada vio la atalaya de Pete. Parecía desierta, pero el guarda era lo bastante taimado como para ocultarse y observar.

Cuando recordó que él le hizo saber que casi la había atrapado tantos años atrás volvió a ruborizarse, pero reprimió el bochorno: ¡el día anterior había sido extraordinario! Deslizarse desnuda por encima de la rama, arañarse la piel contra la pared de piedra, correr desnuda a través del bosque... ¿Quién hacía cosas así a su edad?

«Los que han perdido su juventud», pensó. A partir del momento en que entró en Electrodomésticos Trumbull tantos años atrás fue como si su vida hubiera dejado de pertenecerle. Cuidar del hijo de Alan y tratar de modernizar y renovar el viejo establecimiento había ocupado todo su tiempo. Por no mencionar que también tuvo que atender al propio Alan, un hombre que nunca recordaba dónde dejaba las cosas, que olvidaba dónde se suponía que debía estar en un momento determinado, de modo que Olivia se transformó en una agenda humana.

Y Kevin era igual que su padre. Había que comprobar que hacía los deberes de la escuela, recordarle cómo y cuándo debía entregar una tarea. Había intentado que se hiciera responsable de sus cosas, pero se dio por vencida al ver las lágrimas del niño cuando no le permitieron ir de excursión porque había olvidado pedir permiso. Frustrada, Olivia había ofrecido a la maestra de Kevin un gran descuento sobre un electrodoméstico a cambio de que esta le informara directamente de las tareas de su hijastro. Al año siguiente hizo lo mismo. Al final incluso oyó decir que, al terminar cada curso, los maestros extraían papeles de un cuenco: todos estaban en blanco excepto uno, en el que ponía el nombre de Kevin. El ganador se hacía con su hijastro, un niño tranquilo aunque bastante perezoso, y un electrodoméstico de la tienda.

Olivia nunca trató de averiguar si era verdad.

Recorrió la hierba húmeda de rocío procurando mantenerse fuera de la vista de

la atalaya, por si el Joven Pete estaba allí.

Lo que el día anterior había oído decir a Kevin le había dolido más de lo que deseaba admitir.

Los padres a menudo bromeaban acerca de la ingratitud de los hijos, pero la afirmación de Kevin —que Olivia siempre había «adorado el dinero», que incluso se había casado por dinero— le causó un profundo dolor. ¡Y era muy injusta!

La idea de abrir más tiendas fue de Alan. Olivia dijo que no podían competir con las grandes franquicias nacionales y, además, ¿cómo podría trabajar más de lo que ya trabajaba?

Pero Alan aseguró que él administraría las nuevas tiendas y le recordó que su familia había iniciado el negocio.

—Lo llevo en la sangre —dijo.

La madre de Alan lo apoyaba, desde luego: ella creía que su único hijo era capaz de hacer cualquier cosa.

Olivia se había encargado de poner en marcha la primera de las nuevas tiendas, diciéndose que Alan pronto la ayudaría. Pero una vez inaugurado el establecimiento, Alan dijo que se había hecho daño en la espalda mientras descargaba un camión lleno de cocinas. También dijo que en cuanto se encontrara mejor regresaría al trabajo, pero nunca se recuperó lo bastante como para ayudar en las tiendas. Pero su madre sí: entre las dos, ella y Olivia, dirigían la empresa.

Seis meses después de la fastuosa inauguración de la primera tienda nueva, Alan compró una casa en las montañas y dijo que era para él y Olivia, aunque solo fueron una vez allí.

Olivia meneó la cabeza para aclararse las ideas. «¿Por qué lo soporté? —se preguntó—. ¿Por qué no hice...?» Pero la verdad era que esas preguntas solo surgían en retrospectiva. Le disgustaba lo que eso decía de ella, pero nunca había sospechado que Alan y Kevin fuesen tan desdichados.

Aunque era verdad que la vida sexual de ella y Alan nunca había sido gran cosa, no le había importado; nunca sintió la profunda pasión que sentía con Kit, así que no la echaba de menos.

Tal vez había sido demasiado dura con Kevin. Siempre trató de enseñarle a... a... ¿A qué? ¿A no parecerse a su padre? ¿A no depender siempre de los demás

para resolver sus problemas?

Olivia no pudo reprimir la risa. Al igual que su padre, Kevin caía de pie. Se había casado con Hildy, una mujer que tomaba todas las decisiones. Cuando ambos casi estaban en bancarrota, Olivia los había salvado. Gracias a ella, sus pérdidas fueron casi insignificantes. En el presente aún poseían su gran casa, dos coches y una furgoneta, se iban de vacaciones dos veces al año, seguían siendo miembros del club de campo, etcétera.

Sabía que habían vuelto a endeudarse, pero ella no tenía más dinero. ¿Acaso creían que la próxima vez que se endeudaran Kit los salvaría? Temía el momento de esa confrontación. La cólera de ambas partes sería...

Olivia interrumpió sus desagradables pensamientos porque Elise estaba sentada en un viejo banco detrás de Camden Hall, sonriéndole. Parecía tan joven, frágil y encantadora que Olivia dejó de fruncir el ceño y le devolvió la sonrisa.

—¿Con resaca? —preguntó, tomando asiento a su lado.

—No, no tengo resaca. Creo que la historia de Ray sobre la muerte de su amigo me despejó. Y lo que dijo de su mujer también fue demasiado para mí.

—Pobre Kathy —dijo Olivia.

—Exacto, parece una esposa maravillosa. Lo cuida, le ayuda en el trabajo, pero no tienen sexo. Él no puede.

—No con Kathy, pero con Rita logró destrozar el gran escritorio de roble. — Olivia suspiró—. Cómo recuerdo esos tiempos...

—Y cómo me gustaría haberlos vivido para recordarlos...

—Entonces ¿quién es el Adonis jardinero? —preguntó Olivia.

—¿Qué quieres decir?

Un rubor casi morado tiñó la blanca piel de Elise.

—¿No me lo contarás? ¿Después de lo que hemos compartido?

—Vale, tal vez hubo un individuo con el que... pasé algún tiempo. Kent conoció a Carmen porque su hermano mayor cuida de nuestros grandes jardines compartidos. —Cuando Olivia le lanzó una mirada desconcertada, Elise añadió—: Mis padres y los de Kent son vecinos, y él y yo ocupamos una casa en la parte trasera.

—¡Qué horror!

—No tienes ni idea. No tengo la menor intimidad. Carmen se encarga de la

contabilidad y hace recados para la empresa de paisajismo de su hermano. Se encargan de los jardines de muchos de nuestros vecinos.

—¿Y ese es el hermano que tú, eh...?

—¡No, por amor de Dios! Diego tiene tres hijos, al que conocí es a Alejandro, el hermano menor. Es... bueno, es guapo.

Olivia la miró. El rostro de Elise había adoptado un encantador tono rosa.

—Muy guapo, ¿verdad?

Elise suspiró profundamente.

—Cabello negro y ojos castaños. Piel como la miel y un cuerpo... Y no es que lo haya mirado, que lo sepas.

—Comprendo. ¿Qué prismáticos usas?

—Los que sirven para observar águilas desde un kilómetro de distancia. Podría identificar tres centímetros cuadrados de su torso desnudo. Y también sus piernas envueltas en tejanos.

—¿Y él también demostró interés?

—Digamos que pasé gran parte del verano pasado llevando un bikini rojo bastante pequeño.

Olivia arqueó una ceja.

—¡No me mires así! Nunca he roto mis votos nupciales. Alejandro y yo somos amigos. Me ayudó con las clases de español y juntos plantamos un jardín. —No miró a Olivia al hablar—. De todos modos, la que es el amor de la vida de mi marido es Carmen, su hermana. Ahora resulta difícil de imaginar tras todo lo que he descubierto, pero hace unas semanas le pedí a Kent que la reprendiera en mi nombre.

Olivia la miró.

—Carmen derribó un enorme tiesto de un muro bajo y casi me cayó sobre el pie. Si me hubiera dado, me habría roto varios huesos. Cuando se lo conté a Kent, él aseguró que eran figuraciones mías y que Carmen no lo había hecho a adrede —dijo Elise en tono furibundo.

—Las madres solteras pueden ser muy malvadas con las esposas de sus amantes. Debería haber una ley que lo prohíba.

Elise soltó una carcajada.

—Pronto tendré que enfrentarme a todo eso y quiero que estés conmigo.

—Por supuesto que estaré —dijo Olivia y la cogió del brazo—. Y llegaré con

un camión lleno de los parientes abogados de mi marido.

—Eso suena perfecto. ¿Te importa que Alejandro conduzca?

—¿Con o sin camisa?

—Una pregunta interesante, puesto que rara vez lo he visto con la camisa puesta. Cuando fuimos a los viveros aquella última noche... —Alzó la cabeza—. Dudo de que tenga muchas camisas.

—Podrías comprarle algunas.

—Eso sería como tapar la estatua del *David*, como repintar la Capilla Sixtina, como cubrir...

—Comprendo —dijo Olivia, riendo.

Durante un momento ambas permanecieron sentadas en silencio, disfrutando de su camaradería.

—Viniste a ver si tu hijastro y su mujer están aquí, ¿verdad?

—Sí.

La alegría de ambas se disipó.

—Pues sí, han venido —dijo Elise—. No podía dormir, así que salí fuera antes del amanecer y espí. Están en la casa. Yo llamaría al sheriff.

Pero las dos sabían que no lo haría: Olivia quedaría al descubierto y quizá también Elise. El riesgo era demasiado grande. Algo en su tono de voz hizo que Olivia le presionara la mano.

—¿Qué te despertó? —preguntó en voz baja.

—Me pareció oír el golpe de una puerta de coche. Intenté volver a dormirme pero imaginé que hombres de bata blanca rodeaban la casa y cuanto más tiempo permanecía allí tendida, tanto más vívidas se volvían las imágenes. —Se encogió de hombros—. Entonces decidí levantarme.

—Anoche mi marido me dijo que alguien investigaría lo que está ocurriendo. Y averiguará si Jeanne tiene problemas.

—¿Está escondida?

—No lo sé, desearía que...

—¿Qué todo esto no hubiese pasado? —dijo Elise—. Yo también. Mientras estaba en la cama despierta me pregunté por qué no lo vi venir. Siempre estuve muy enamorada de Kent... Es alto y guapo, y yo era la niña flacucha que vivía en la casa de al lado. Cuando tenía unos doce años, él estaba jugando al fútbol con sus amigos y, como siempre, yo lo observaba oculta entre los arbustos. La pelota

me golpeó el pecho con tanta violencia que casi me desmayé, pero cuando Kent me preguntó si me encontraba bien le dije que sí. El pecho se me cubrió de moratones, pero no me importó porque Kent me había mirado.

—Y creíste que las cosas cambiarían después de casarte con él.

—Sí. Creí que me había convertido en el centro de su atención. Nos casamos, tal como lo deseaban nuestros padres, pero yo seguía siendo la chica que se escondía entre los arbustos. —Suspiró—. Tu cocina es bonita.

Olivia la miró.

—La vi cuando miré por la ventana. Mi madre escogió mi cocina. Tiene los armarios negros.

—Yo prefiero el blanco —dijo Olivia.

—Yo también.

—¿Viste algo más en la casa? ¿Oíste algo? Pero creo que es demasiado temprano como para que Hildy esté despierta.

—En realidad, espíe porque oí voces en el interior. Ambos discutían acaloradamente sobre unos papeles que estaban sobre la mesa. Eran talonarios de cheques y facturas.

Olivia soltó un quejido.

—Ay, no. Tienen problemas de dinero, me lo temía. Le dije a Hildy que me encargaría de cuadrar las cuentas, pero ella se negó. Eso me hizo sospechar, porque ella nunca impedía que otro hiciera su trabajo.

—Me parece que piensan quedarse en tu casa hasta que regreses.

—Sí, estoy segura de que es así. Hildy me llamó en cuanto Kit y yo volvimos a Estados Unidos y, estúpidamente, le dije que él tenía que ir a Washington y que yo regresaría sola. Hasta les dije cuándo llegaría. Pero entonces Jeanne llamó a Kit y volví un día antes.

—¿Así que ellos saben que estarás aquí sola, sin tu marido?

Olivia asintió.

—Quizás están ensayando las lágrimas que derramarán. Kevin recurría a este sistema de niño. Les dije una docena de veces que no tengo más dinero.

—Pero tu marido, sí.

—Sí. Pero no quiero empezar nuestra vida de casados con una escena desagradable con mis parientes. Si esos dos dejaran de gastar tanto dinero no tendrían problemas. ¡No hace falta contratar a un interiorista para montar un

maldito árbol de Navidad! Y un cuarto abrigo de piel realmente no es necesario. Si...

Se interrumpió al oír el sonido inconfundible de la puerta de un coche al cerrarse.

El temor crispó el bonito rostro de Elise, tanto que a Olivia se le encogió el estómago.

—Podría ser otra persona.

—¿Tan temprano por la mañana?

—Subiremos al mirador de Pete y veremos quién es. Y si el Joven Pete ya está allí, lo tiraré por el balcón.

Ambas echaron a correr hasta el otro extremo de Camden Hall para alcanzar la torre situada junto a la verja de entrada.

Elise remontó las escaleras como un potrillo, seguida de Olivia. Cuando alcanzó la plataforma superior, Elise dirigió la mirada escaleras abajo.

—¡Esto te parecerá increíble!

—¿Qué pasa?

Olivia salió a la plataforma. Desde allí se veía la bonita casa de verano y, aparcada delante, una gran limusina negra, de esas conducidas por un chófer. Ray estaba junto a la puerta trasera hablando con una mujer e, incluso desde esa distancia, vieron que era muy bonita: abundantes cabellos rubio rojizos y cuerpo curvilíneo, no delgada tal como dictaba la moda.

El chófer estaba guardando la gran maleta de cuero de Ray en el maletero y descargando un par de maletas de un elegante diseño color bronce y marrón.

—Apuesto a que es Kathy —dijo Olivia.

—Si esas son sus maletas, ¿por qué las saca del coche el chófer?

—Tal vez ella conducirá su coche de vuelta a Nueva York.

—Entonces ¿por qué no lleva a Ray al aeropuerto?

Olivia se encogió de hombros y ambas observaron a Ray mientras este llevaba las maletas de su mujer al interior de la casa.

—Ella se queda —dijo Olivia, enfadada—. Está dejando a esa pobre mujer con nosotras. ¿Cómo haremos para no mirarla con compasión? Sabrá que algo está ocurriendo. No podemos guardar este inmenso secreto.

Elise entrecerró los ojos.

—Él quiere que nosotras se lo digamos. Ese cabrón cree que nos hemos puesto

de su parte y ahora nos endosa la tarea de decirle que su marido la engaña y quiere abandonarla.

—Hay una verja al otro lado de la piscina. Podemos cortarle el paso en el camino.

Olivia fue la primera en bajar las escaleras y casi se adelantó a Elise.

Unas azaleas ocultaban la verja lateral, pero Olivia sabía dónde estaba. Años atrás, cuando construyeron la piscina, habían abierto una salida.

Ambas tuvieron que tirar de la vieja puerta para abrirla. Cuando oyeron el crujido de la grava bajo las ruedas del coche se pusieron frenéticas y la atravesaron justo cuando el coche de Ray aparecía en el camino.

De un brinco, Elise se situó delante del vehículo, de modo que el chófer tuvo que pisar el freno.

El hombre abrió la puerta.

—¿Qué diablos está haciendo? ¡Casi la atropello!

Cuando Olivia golpeó la ventanilla trasera del coche, Ray la bajó.

—Olivia —dijo en tono alegre—. Te dejé una nota. He de ir a Australia, si no voy irá Bert y perderemos la cuenta. Conocerlos ha sido estupendo, tendréis que venir a cenar algún día, pero ahora debo coger un avión.

Elise se acercó, metió la mano por la ventanilla y lo agarró de la corbata. Ray parecía divertido.

—¡Dejas a tu mujer con nosotras!

—Sí. Kathy quería quedarse y me pareció que no tendríais inconveniente. Seréis tres señoras juntas y podréis dedicaros a quejaros de los hombres.

Elise tiró de la corbata.

—Esperas que nosotras se lo digamos, ¿no?

—No —contestó Ray en tono serio y retiró la mano de Elise—. No quiero que digáis nada, solo quiero que Kathy se lo pase bien. Hacedla reír, llevadla de compras. —Miró a Olivia—. ¿Hay tiendas en esta ciudad? Ya sé: llevadla a Richmond y vosotras dos podréis compraros algunas cosas. Corre de mi cuenta. Ahora tengo que irme —dijo y le indicó al chófer que siguiera.

—No podemos... —empezó a decir Elise, pero Ray ya subía la ventanilla y ella retiró el brazo.

Él las saludó con la mano y el coche arrancó.

Mientras regresaban a través de la verja, Elise miró a Olivia.

—Si llamo a mi padre enviará hombres de bata blanca a por mí. Casi lo prefiero, no tengo ganas de enfrentarme a la esposa de Ray. ¿Y tú?

—Podría ir a la casa y escuchar a Kevin y Hildy clamando que son pobres. ¡Eh! Podría hacerles un talón, tal vez pasen días antes de que les digan que no hay fondos suficientes.

—Puede que eso los irrite tanto que hagan que te manden a la cárcel.

—Conozco al sheriff. Él me protegería, es un dato para tener en cuenta. ¿Y tú, qué decides?

—Bueno... no me vendría mal algo de ropa nueva. Solo tengo lo que compramos Jeanne y yo.

—Apuesto a que podríamos cargar un montón de dinero en la tarjeta de Ray.

—Pero ¿merece la pena? La desdicha de Kathy contra Armani —dijo Elise, moviendo las manos como los platillos de una balanza.

Ambas volvieron a sentarse en el banco.

—Esto no resultará agradable —dijo Olivia.

—Tú eres una actriz, así que puedes fingir, pero yo soy incapaz de disimular mis sentimientos. La verdad es que no creo que debamos abandonar la finca. Alguien te verá e informará de que estás aquí. Y puede que mi familia haya informado a la CNN. Atrapad a esa loca. Me entregarán por una recompensa.

Olivia miró en derredor, contemplando las altas paredes: lo que antes era un refugio de repente parecía una prisión.

—De acuerdo, esto es lo que haremos: seremos amables con la pobre esposa de Ray. Quizá sean los últimos momentos de paz antes de que su vida se haga trizas. Recuerda lo que sentiste cuando te enteraste de lo de Kent y Carmen.

—Ganas de matar a alguien. —Olivia le lanzó una mirada dura—. Pero no a mí misma.

—Lo sé. Vale, inspira hondo y cálmate. Sonriamos y seamos lo más simpáticas posible, pero ni siquiera hemos de insinuar que algo va mal. Esa pobre mujer...

—De acuerdo —dijo Elise y ambas se dirigieron a la casa de verano.

6

Kathy nunca se había sentido tan excluida. Durante toda la mañana había procurado hacerse amiga de esas mujeres que Ray había calificado de maravillosas.

—Son muy ingeniosas —había dicho Ray—, y hablamos durante horas. Les conté algunas cosas muy íntimas. Esas mujeres me sonsacaron mucho más que la doctora Hightower.

Kathy no hizo comentarios al respecto porque él había mantenido sus visitas a Jeanne Hightower tan en secreto que ella llegó a detestar a esa mujer. ¿De qué le hablaba? Kathy albergaba esperanzas, pero no podía estar segura hasta que él se lo dijese.

¡Pero esas mujeres! ¿Qué tenían como para que Ray dijera que resultaba fácil hablar con ellas? Apenas logró que pronunciaran más de diez palabras. Trató de que salieran de la casa y fueran a Summer Hill con ella, pero no lo logró.

No pudo evitar preguntarse si se trataba de su peso. Las dos eran tan delgadas que Kathy esperaba que en cualquier momento «sugirieran» —en ese tono de superioridad perfeccionado por las mujeres delgadas— que si comía «sano» adelgazaría, ya lo sabes. Quizá creían que devoraba donuts cuatro veces al día.

Y, por supuesto, le sugerirían que hiciera ejercicio, como si ella se pasara el día sentada y comiendo bombones. Las delgadas siempre creían que sabían la respuesta a cualquier problema relacionado con el peso: come menos, muévete más. Para ellas todo era tan sencillo...

Además, dirían todo eso mientras comían y comían, y después comían un poco más.

Por otra parte, su concepto del ejercicio consistía en levantar las piernas tres veces y un rápido paseo hasta su coche. La sugerencia que más le gustaba a Kathy era que aparcara el coche lejos de la tienda y caminara. Siempre respondía con cara de póquer: «Entonces ¿dejo de hacer mi caminata diaria de dos kilómetros para seguir este consejo?»

Kathy tenía tres entrenadores personales: uno de boxeo (te garantizaba que perderías peso, ¡ja!), otro para el entrenamiento de alta intensidad (que consistía en empujar una máquina de ejercicios de discos metálicos de veinte kilos), y el tercero de yoga (Kathy era capaz de inclinarse y tocar el suelo con las palmas de las manos).

En cuanto a la comida, engordaba con el programa de Weight Watchers, apenas lograba mantener el peso con mil doscientas calorías diarias y jamás adelgazaba por más que se moviera, levantara pesas o se estirara. O por poco que comiera. Cada vez que una mujer delgada acompañaba a Kathy durante un día, solía sentarse y decir: «Tengo que comer algo o me desmayaré.» Y entonces se suponía que Kathy debía compadecerse de su trasero de noventa centímetros de circunferencia.

Pero esas dos mujeres apenas hablaban y, cuando lo hacían, sus palabras eran impersonales. En tono amable y bondadoso, Olivia le contó la historia de la finca, Elise le habló de la Casa del Río, donde Olivia viviría con su nuevo marido, y de la pequeña y bonita isla delante de la casa.

A Kathy no se le escapó que ambas reprimían la risa acerca de un secreto sobre la isla, algo que no compartieron con ella.

Olivia conversaba sobre jardinería y la iglesia, y habló de una obra teatral que habían representado en la ciudad el verano anterior. Elise dijo que en los últimos tiempos había desarrollado un gran interés por la jardinería, que de hecho había pasado horas solo observando las plantas.

Y una vez más aparecieron las sonrisitas producto de los secretos compartidos, y de nuevo Kathy quedó excluida. En ese preciso momento, esas dos mujeres delgadas estaban sentadas en la sala de estar, en silencio y cada una con un libro.

De pronto se le ocurrió que el problema tal vez estaba relacionado con lo que les había dicho Ray.

El corazón casi le dio un vuelco: ¿les habría hablado —¡no por favor!— de su inexistente vida sexual? ¿Del modo en que todas las mujeres le tiraban los tejos?

Kathy había oído miles de versiones de: «¿Qué hace un hombre tan guapo como tú con una gordita como ella?».

¿Qué podía contestar a esa eterna pregunta? ¿Que su padre era el dueño de la empresa en la que trabajaba Ray? Perfecto. Eso dejaría claro que un musculitos guapo como Ray no sentía pasión por una gorda como ella.

¿Qué les habría contado Ray? Cuando su marido le comunicó que pensaba irse a Virginia él solo, ella se extrañó. Le gustaba estar rodeado de gente. Después de que Ray se marchara, Rita, su secretaria, la llamó por teléfono y le habló de la situación en el trabajo, y Kathy supo que él debía volar a Australia.

La noche anterior, cuando finalmente logró contactar con él por teléfono —no había contestado a sus mensajes y sus dos primeras llamadas fueron a dar al buzón de voz— había hablado con tanto entusiasmo de las dos mujeres que Kathy quiso conocerlas. La idea de ir a Virginia y quedarse unos días fue de Kathy.

Pero, curiosamente, de repente Ray empezó a desanimarla de la idea. Dijo que la casa era demasiado pequeña y que le disgustaba esa finca, ocupada por una mansión desierta rodeada de una tapia. Pero ella quería tomarse unos días de descanso y él le había descrito a aquellas mujeres como seres fascinantes.

Debería haber sabido que era demasiado perfecto para ser real. A lo mejor esas mujeres eran iguales a tantas otras y se habían enamorado de Ray. Tal vez la joven Elise quería atraparlo. ¿Era por eso por lo que lanzaban miradas desdeñosas a su regordeta esposa?

Cuando llegó la hora del almuerzo, Kathy ya había decidido volver a hacer las maletas y marcharse. ¡Estaba acostumbrada a que las mujeres se enamorasen de su marido, pero esto era ridículo!

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó Olivia—. Yo, sí.

Estaba de pie en el umbral y, a menos que Kathy se equivocara, su mirada era compasiva.

Kathy estaba harta de la situación.

—¿Pedimos tres pizzas grandes? Vosotras os coméis una porción cada una y, para mí, el resto. Y no olvidemos una gran botella de Coca-Cola normal y esas barritas de canela. —La flacucha Elise estaba de pie junto a Olivia—. Y aún mejor: iré a buscarlas, así nadie os verá conmigo —dijo y se dirigió a las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó Elise—. ¿Qué hemos hecho?

Olivia comprendió que, sin querer, habían sido demasiado reservadas con Kathy. No lo habían hecho adrede, pero la habían excluido. Olivia alzó la voz.

—Mi hijastro y su mujer están en mi casa en el otro extremo de la finca. Planean pegarme un sablazo, así que no quiero que sepan que he vuelto a la ciudad. Y es probable que la policía esté siguiendo a Elise, así que no puede dejarse ver fuera de la finca. Por eso no queríamos ir a la ciudad contigo.

Kathy se detuvo ante la puerta, pero sin dejar de darles la espalda.

Olivia prosiguió.

—Nos daba vergüenza decírtelo, por eso callamos. Lo siento.

—¡Yo también! —exclamó Elise—. Quería ir de compras contigo, pero temo que si uso mi tarjeta de crédito mi padre enviará a alguien y volverán a encerrarme en el manicomio.

Kathy se volvió hacia ellas.

—Y si yo salgo —añadió Olivia, alguien de la ciudad se lo dirá a mi nuera y entonces vendrá y me dará una lata mortal. Y llorará. Sé que al final tendré que enfrentarme a ella, pero... —Se encogió de hombros.

Kathy intentaba comprender lo que le estaban diciendo.

—¿Vosotras también sois pacientes de la doctora Hightower?

—Yo sí —dijo Elise—. Me ayudó a escapar del psiquiátrico en el que me encerraron Kent, mi marido, y mi padre.

—Jeanne logró sacarla ocultándola en el maletero de su coche —intervino Olivia—. Puede que haya repercusiones legales. Yo no soy paciente suya, pero creo que lo arregló todo para que me quedara aquí.

—¿Eso crees? —preguntó Elise—. No me habías dicho nada.

—Solo es una suposición, pero si alguna vez me encuentro con esa mujer pienso averiguarlo.

—Ella es... —empezó a decir Elise, pero Kathy la interrumpió.

—Entonces, no habéis estado excluyéndome debido a... —dijo, señalando su cuerpo.

—Claro que no —dijo Olivia—. ¡Qué idea más espantosa!

—Pero yo sí debería —dijo Elise—. Pareces una versión más alta de Carmen, pero tu cara es más bonita. ¿Y qué te pones en el pelo? Lo tienes precioso. Ah, y Carmen es la mujer por la cual me abandonó mi marido. Tienen una hijita. Él no

quiso formar una familia conmigo.

Kathy se sentó en el sofá y mencionó la marca de un champú de peluquería, sin apartar la vista de Elise.

—No comprendo. ¿Tu marido...?

—Tiene una segunda familia —dijo Elise.

—Y el mío también —añadió Olivia.

Las dos miraron a Kathy... y aguardaron. Sabían que su marido estaba a punto de formar una nueva familia, pero no se lo dijeron. Y si Kathy estaba al corriente, no lo reveló.

Elise rompió el silencio y miró a Olivia.

—¿Crees que Jeanne nos juntó porque tú y yo tenemos el mismo problema?

—Ni idea —contestó Olivia—, pero tiene sentido. He llegado a la conclusión de que se supone que este fin de semana debe ser terapéutico.

—¿Que lo soltemos todo, quieres decir? —preguntó Elise—. La verdad es que me encantaría contar toda mi historia. A condición de que nadie mencione el suicidio.

Las dos se volvieron hacia Kathy, preguntando silenciosamente si tenía ganas de escuchar los problemas de Elise.

Kathy solo pudo parpadear. Tal vez se debía a las incontables dietas que había iniciado en su vida adulta, pero había imaginado que bastaba con adelgazar para que todo fuese perfecto. Si tenías problemas matrimoniales, unos muslos más torneados los resolverían, y si lograbas perder peso podrías enfrentarte a las Chicas Malas del mundo. ¡Eh! Incluso quizá te invitaran a unirte a ellas.

Pero por lo visto eso no era así. El marido de Elise, una chica alta y delgada como una modelo, prefería una mujer más curvilínea.

—Por favor —dijo Kathy—, me gustaría escuchar lo que quieras contar, sea lo que sea.

—¡Un momento! —exclamó Olivia—. Voy a buscar lo necesario para preparar unos sándwiches y vino. ¿Os parece bien?

—De maravilla —dijo Elise—. Creo que a lo mejor debería empezar por el final y luego retroceder. Quiero que sepáis lo que estaba ocurriendo mientras yo retozaba tan inocentemente en el fango con Alejandro.

—¿Alejandro? —preguntó Kathy.

—El hermano menor del jardinero de nuestra familia. El hombre más guapo

del mundo.

—Tengo otro candidato para ese título —dijo Olivia, y ambas miraron a Kathy.

—Aún estoy buscando el mío.

—¿Y qué pasa con...? —empezó a decir Olivia, pero se interrumpió y miró a Elise—. Comienza por favor.

—Al recordarlo —dijo Elise—, es como si todo lo ocurrido con Kent, Alejandro y Carmen hubiese sido por culpa de Tara. La conocí en el instituto y era una cabrona total. Hace unos dos meses, una tarde perezosa, apareció en mi casa sin invitación. Al ver su mirada salvaje comprendí que venía a decirme algo atroz. Siempre era un chismorreo sobre alguien a quien conocíamos las dos: un divorcio, o que había visto a mi marido con una chica bonita. Algo retorcido y malvado.

—¿A qué se dedica?

Olivia estaba sentada en el suelo sobre un cojín al otro lado de la mesa auxiliar, untando pan con mayonesa y añadiendo embutidos y lechuga.

—Es abogada, algo que le encanta restregarme por la cara —dijo Elise, adoptando un tono agudo—. «Cuánto me gustaría ser como tú, Elise, y pasar los días solo disfrutando. Una vida sin estrés.»

—Lo diría en broma —dijo Kathy.

—No, eso es envidia —intervino Olivia, y le tendió un plato con un gran sándwich—. ¿Le tiró los tejos a tu marido y él la rechazó?

Elise esbozó una sonrisa.

—No que yo sepa, aunque en dos ocasiones me dijo que esperaba recibir un anillo de compromiso de un tipo con el que salía. Pero eso no llegó a suceder. Aquel día me di cuenta de que tenía Noticias Importantes. No dijo ni una palabra, se limitó a alcanzarme su móvil, donde aparecía una foto de Kent de compras con una mujer bonita y una niña pequeña. Le devolví el móvil y le dije que esa era Carmen, la hermana de nuestro jardinero. Sobre todo, estaba enfadada porque Kent estaba en una galería comercial cuando siempre me decía que no tenía tiempo, que tenía demasiado trabajo.

Elise tomó aire.

—Tara abrió su maletín y extrajo una gruesa carpeta. Estaba llena de fotos y documentos, todos sobre mi marido. Al parecer, había dedicado bastante tiempo

a reunirlos. Me los dejó y se largó.

Olivia le cogió la mano.

—Me senté en el sofá y examiné los documentos una y otra vez. Al principio lo único que veía era el dinero. De algún modo, Tara había accedido a una cuenta de banco que yo ignoraba que Kent tuviera. Siempre insistía en que debía ahorrar dinero. Sus palabras favoritas eran: «¿Cuánto ha costado?» Pero su cuenta secreta demostraba que ganaba mucho más dinero de lo que decía y que estaba gastando mucho en... en... ellas.

Elise procuraba controlar sus sentimientos.

—Tardé unos minutos antes de ver la partida de nacimiento en la que Kent figuraba como el padre de la hija de Carmen. Recuerdo la semana en que nació la niña. Fue solo unas semanas después de nuestra boda y Kent tuvo que asistir a una conferencia de dos semanas. No me llamó mientras estaba fuera porque dijo que su móvil se había estropeado y no tenía tiempo de hacerlo arreglar o de comprar uno nuevo.

Hizo una pausa.

—Después de unos momentos me di cuenta de que el dinero que se ingresaba en la cuenta correspondía a depósitos directos. Eso significaba que su jefe, mi padre, estaba al corriente de la existencia de la otra familia de Kent.

—Todos te estaban traicionando —dijo Olivia.

—Sí.

—¿Qué hiciste? —quiso saber Kathy.

—Esa noche, cuando Kent volvió a casa después de las once, yo todavía estaba sentada en el sofá con los documentos apoyados en el regazo. Hacía horas que permanecía inmóvil. Me puse de pie y le tendí la carpeta. ¿Sabéis qué dijo?

Las otras dos negaron con la cabeza.

—Puedo citarlo como si estuviese grabado a fuego en mi memoria. Dijo: «Seguro que ha sido cosa de Tara. Siempre le ha gustado meter las narices en los asuntos de los demás. Deberías mantenerte alejada de ella, nena.»

—Uau —dijo Kathy—. Eso fue cruel.

—Esas son las palabras de un hombre asustado. —Olivia fruncía el ceño—. ¿Y qué contestaste?

—Perdí los estribos —dijo Elise—. Empecé a chillar. A esas alturas, Alejandro y yo estábamos... —En ese punto se interrumpió.

—¿Le hablaste de Alejandro? —preguntó Olivia.

—No. Fui lo bastante sensata como para no mencionar al hermano de Carmen.

—Ah —dijo Olivia—. Pero en parte te preguntaste si Alejandro era un señuelo.

Elise bebió un sorbo de Coca-Cola.

—Era indudable que parecía una enorme coincidencia que él y Carmen estuvieran juntos, y que Alejandro y yo fuéramos... amigos.

—¿Cómo se comportó Kent durante todo eso? —quiso saber Kathy.

—Parecía tranquilo, pero no lo estaba. Me preparó una copa y temblaba tanto que derramó la mitad.

—Y puso unas pastillas en la bebida —intervino Olivia en voz baja.

Kathy soltó un grito ahogado.

—Sí, eso fue lo que hizo —dijo Elise, apretando las mandíbulas—. Yo caminaba de un lado a otro y chillaba, así que no vi cómo lo hacía. Quería agarrar cualquier cosa y pegarle. ¡Él no tenía idea de todo aquello a lo que pensaba renunciar por él! Mi lealtad era tan profunda que nunca hubo... —Elise tragó saliva—. De todos modos, estaba tan furiosa que no veía ni oía casi nada. Cuando me ofreció la copa me tragué el contenido. Era vodka casi solo y no había comido en todo el día. Se me subió directamente a la cabeza y estaba tan mareada que Kent me condujo al dormitorio y me desplomé en la cama. Después él salió de la habitación.

Elise se puso de pie, dio unos pasos y luego las miró.

—En cuanto la cabeza dejó de darme vueltas me levanté, fui hasta la puerta y la abrí. Kent estaba hablando por teléfono y oí que decía: «Lo sabe.»

—Y fue entonces cuando te enfrentaste a la realidad —dijo Olivia.

Elise asintió.

—Por fin comprendí que mi marido nunca me amaría de verdad.

—Se trataba del amor —dijo Kathy—, no estabas furiosa por el dinero, ni siquiera por la otra mujer, sino por el amor.

—Sí, es verdad.

Olivia volvió a presionarle la mano.

—Fue entonces que quisiste olvidarlo todo y tomaste la pastilla.

—Sí, pero solo para calmarme y poder reflexionar —dijo Elise—. Kent tenía un frasco de somníferos en la mesilla de noche. Decía que el estrés del trabajo le

impedía dormir.

—Tal vez era su mala conciencia —comentó Olivia.

—O la preocupación sobre cómo permitirse todo —añadió Kathy, haciendo una mueca.

—Eso me parece más probable —dijo Elise.

—Tomaste una pastilla, pero ignorabas que Kent ya te había dado algunas —dijo Olivia.

Elise asintió.

—Me alegré cuando me sentí adormilada. Todo era horrendo, pero al mismo tiempo suponía un alivio y pensé que por la mañana me pondría en contacto con un abogado.

—¿Con Tara? —quiso saber Kathy.

—Es indudable que ella conocería al abogado más malvado y desalmado del mundo —contestó Elise con una sonrisa—. Cuando me quedé dormida me sentía casi dichosa.

—Estabas pensando en Alejandro —dijo Olivia.

—Cifraba mis esperanzas en él. A lo mejor no sabía lo de su hermana y mi marido. Pero entonces recordé algunos comentarios entre él y su hermano que de pronto cobraban sentido. ¿Acaso todo lo ocurrido entre nosotros fue para distraerme? ¿O era una enorme coincidencia cósmica que mi marido y yo nos hubiéramos enamorado de dos personas de la misma familia?

—O quizá solo se debía a la proximidad. Ambos estaban allí, cerca de vosotros dos —intervino Olivia—. Sé por experiencia que lo que tiende a impulsar a las personas son las hormonas juveniles, no la sabiduría. ¿Qué pasó cuando despertaste en el hospital?

—Kent me cogía de la mano; había estado llorando.

—¿Por miedo de ir a la cárcel? —preguntó Kathy en tono airado.

—Supongo que estaba arrepentido de verdad —dijo Olivia—. No creo que su intención fuera hacerte daño.

—Claro —dijo Elise—. Solo se portó como un estúpido. Me besaba la mano y decía que lo sentía. Y también que a partir de entonces sería un marido mejor y empezaríamos de nuevo. Que olvidaríamos el pasado y seguiríamos adelante.

—¿Le creíste? —preguntó Olivia.

—En lo único que podía pensar era en su hijita. ¿Pensaba abandonarla? No

creo... y además eso no era lo que quería. Me dolía la garganta debido al tubo que me habían metido, pero logré decirle: «Quiero el divorcio.»

—¿Y él qué contestó? —preguntó Kathy.

—Empezó a suplicar. Yo sabía que no quería el divorcio porque mi padre lo despediría, pero Kent se dio cuenta de que yo no estaba dispuesta a ceder. Fue entonces cuando llegaron mis padres y los suyos.

Elise miró a Kathy.

—Los acompañaba una terapeuta y hablaba de mi intento de suicidio como si fuese un hecho. Les estaba diciendo cómo «manejarme» para asegurarse de que no volviera a hacerlo y les comentó que había un lugar donde yo estaría «protegida». Yo apenas podía hablar, pero no dejé de decir que no e intenté que Kent les contara la verdad.

—Pero él vio la oportunidad y la aprovechó —dijo Olivia.

—Sí. Creo que tenía miedo de que presentara cargos contra él. Meter pastillas en la bebida de alguien es un delito.

—¿Qué dijeron tus padres? —preguntó Kathy.

—Mi madre, como siempre, estaba furiosa conmigo. Creo que jamás logré complacerla, pero mi padre... —Elise volvió a apretar las mandíbulas—. Mi padre le lanzaba miradas a Kent como diciendo: «Sabía que esto ocurriría.»

—¿Crees que sabía que Kent había puesto pastillas en tu copa? —preguntó Olivia.

—No, imagino que mi padre creía que yo había descubierto lo de Carmen e intentado suicidarme. Quería que me sometieran a una vigilancia permanente para que no pudiese volver a intentarlo. Él y Kent firmaron los documentos y yo...

Elise se encogió de hombros.

—Te ingresaron en un psiquiátrico —dijo Olivia.

—Allí nadie me creyó cuando dije que no había tratado de matarme. Uno de los médicos dijo que yo estaba tan furiosa que temía que si me daban el alta podría hacerles daño a Carmen y a su hija.

—¡Qué horror! —exclamó Kathy—. Te convirtieron en la mala de la película, mientras Kent volvía a casa como si no hubiese pasado nada.

—Entonces conociste a Jeanne —dijo Olivia.

—No era mi médica, así que no podía darme el alta sin el permiso de mi padre

y mi marido. Las personas cuerdas, ya sabes.

—Entonces escapaste en el maletero del coche de ella.

—Sí. Me dejó salir en cuanto cruzamos la frontera del estado y me senté en el asiento delantero. Nos turnamos para conducir.

—¿De qué hablasteis? —quiso saber Olivia.

Elise sonrió.

—Jeanne dijo: «Debo decirte que, en mi opinión, todos los miembros de tu familia son unos cretinos y que son ellos los que deberían estar encerrados. Pero hablemos de cosas alegres.» Así que charlamos de comida, jardines y lugares que yo había visitado. Al día siguiente me dejó en el restaurante de Summer Hill. Dijo: «Haré cuanto esté en mi mano para que puedas arreglar todo este asunto.»

—Con abogados —dijo Kathy—. Conozco unos cuantos.

—Supongo que sí, pero me parece que se refería a otra cosa.

Olivia sonrió.

—Tomo partido por Jeanne. Quiero oír historias alegres, quiero que me hables de tu héroe sin camisa.

—Que tal vez pasaba tiempo conmigo para encubrir a Carmen y...

Olivia alzó la mano.

—Cuéntanos la historia y después deja que Kathy y yo juzguemos. ¿Cómo conociste a Alejandro?

—A través de Tara —dijo Elise—. Al menos, ella fue la que propició que me fijara en él. —Meneó la cabeza—. Ahora resulta difícil imaginarlo, pero estaba tan pendiente de mi marido que no presté atención a ese hombre maravilloso medio desnudo que se paseaba por el jardín dos veces por semana. Pero entonces apareció Tara y...

—¡Espera! —la interrumpió Kathy—. ¿Dónde y cuándo ocurrió eso?

—En Long Island, el verano anterior a que descubriera lo de Carmen y su hija. Cuando aún creía que Kent y yo podíamos ser una pareja feliz.

—Quiero saber cómo os comportabais tú y Kent cuando estabais juntos —dijo Olivia—. Sobre todo cómo te comportabas tú.

—Era perfecta, porque creía que eso era lo que haría que un hombre me amara —dijo Elise, haciendo una mueca.

—Conozco esa sensación —dijo Kathy—. Cada vez que hacía dieta confiaba que... No: esta es tu historia. Háblanos de ti y de Kent, después queremos

detalles sobre ti y el guapo Alejandro.

—Éramos y somos solo amigos, eso es todo. —La voz de Elise se volvió más suave—. Nunca fui más allá de eso. Lo intenté la última noche, pero él se negó —dijo, y su mirada parecía desvanecerse como si soñara.

—¿Alejandro tiene los ojos oscuros? —preguntó Kathy.

Elise regresó al presente.

—Como los de un semental a medianoche.

—¿Y nunca te acostaste con él?

—Nunca fui infiel a Kent. Ni siquiera besé a otro, aunque una noche, con Alejandro, me sentí muy tentada. Luz de luna y margaritas. Habíamos discutido y él abandonaba el país. Yo tenía que tomar ciertas decisiones y... —Elise miró a las otras dos—. Supongo que será mejor que empiece por el principio.

—Sí, deberías hacerlo —dijo Olivia y ella y Kathy se dispusieron a escuchar.

Elise llevaba algo que parecía un camisón de los años cincuenta, una prenda salida de una película de Sandra Dee. Aunque no tenía mucho pecho, sabía que sus piernas largas y esbeltas a menudo atraían las miradas de los hombres. Como de costumbre, aquella mañana intentaba seducir a su marido y conseguir que la mirara.

—Los Beckett son una pareja muy importante, así que prepara algo especial, ¿de acuerdo? —dijo Kent.

Elise se apoyó contra la encimera y estiró las piernas para que parecieran aún más largas.

—¿Como qué?

—No lo sé, no soy un cocinero. ¿Has visto mis llaves?

—Detrás de ti.

—¿Dónde? —preguntó él, volviéndose.

—Allí, en esa caja roja de laca.

Kent las recogió.

—Con razón no las encontraba. ¿Por qué las metiste ahí?

—Es una caja *tebako* japonesa y nunca se me ocurriría guardar las llaves del coche en ella, podría estropearse.

—Si tú no las pusiste allí, ¿quién lo hizo? —Cuando ella se disponía a contestar, Kent alzó la mano—. No importa. Debo irme.

—¡Espera! Me preguntaba si te gusta lo que llevo puesto.

Giró sobre sí misma. Era una prenda muy corta, con el cuerpo de seda semitransparente de color rosa pálido, que le dejaba las piernas al descubierto.

—Es mono. ¿Cuánto ha costado?

Elise procuró disimular su desánimo.

—Nada. Lo tengo desde antes de nuestra boda, formaba parte de mi ajuar.

—Muy bien. —Él se quedó allí, mirándola fijamente y esperando que lo dejara marchar—. Suéltalo. Noto que tienes algo in mente.

—Quiero buscar un empleo.

—¿Haciendo qué? —preguntó él con expresión sonriente—. Comprendo que te aburras, pero ¿qué clase de trabajo podrías conseguir?

—Estaba pensando en una galería de arte.

—No hay galerías de arte en los alrededores... a menos que incluyas el mercado de artesanía del lugar.

—A lo mejor papá puede prestarme dinero para abrir una galería.

Kent soltó una carcajada. Era un hombre alto y apuesto, de cabello rubio oscuro y ojos azules. Lo que mejor le sentaba eran unos pantalones cortos y una camiseta de tenis, con un jersey anudado alrededor de los hombros. Era la personificación de la buena salud y de unos antepasados que se remontaban a la aristocracia inglesa. Hacía generaciones que la familia de Elise tenía dinero, pero era Kent quien aportaba el linaje ilustre.

—Lo siento, nena, pero ya conoces a tu padre. No hará nada que no produzca un beneficio multiplicado por diez. ¿Por qué no tomas algunas clases?

—¿Más clases de cocina?

—¡Estupenda idea! Así podrías preparar algo fantástico cuando los señores Beckett vinieran a cenar. Pato a la naranja. A que suena bien, ¿verdad?

—¡Muy divertido!

Kent suspiró.

—Vale, así que no quieres tomar más clases de cocina. —Eché un vistazo al reloj, un Piaget de oro, regalo de bodas de los padres de Elise—. Debo irme. Hoy trabajamos en una importante fusión y debo estar presente. Esta noche hablaremos de todo y trataré de encontrar algo que puedas hacer.

—Entonces ¿esta noche estarás en casa antes de que oscurezca?

—Desde luego. No, espera, hoy es dieciocho, ¿verdad? Esta noche debo encargarme de... bueno, de unos asuntos. Toma un baño de espuma y lee un libro. Aprovecha mi ausencia para divertirme.

Depositó un rápido beso en la mejilla de Elise y abandonó la casa.

A través de la ventana, Elise lo observó mientras él se alejaba en su BMW 700, un coche de la empresa de su padre. Al otro lado del césped, a través de los árboles, vio la fachada lateral de la casa de sus padres y se preguntó si su madre también estaría mirando.

Antaño, la casa donde vivían ella y Kent había sido la casa de huéspedes donde se alojaban los clientes de la empresa de su padre, pero cuando Kent y ella se casaron todos, excepto Elise, claro, consideraron que sería estupendo que «los chicos» vivieran allí.

Se volvió, miró a la derecha y vio la esquina de la casa de los padres de Kent. Eran más bondadosos, menos ambiciosos económicamente que los padres de Elise.

Ambas madres se habían conocido en la universidad y eran tan distintas que se hicieron muy amigas. La elegancia y la ambición eran sus características principales y las aprendieron la una de la otra.

Cuando conocieron a unos hombres semejantes a ellas los atraparon con tanta rapidez que ellos no estuvieron muy seguros de lo que había ocurrido. Consiguieron que sus maridos compraran dos grandes casas vecinas; las mujeres actuaban como si fueran una sola propiedad y les encantaba denominarla «una finca».

Se produjo una gran decepción cuando una de ellas se quedó embarazada y la otra, no. Nació un varón, Kent, y después dos niños más. Elise nació años después y fue hija única.

Desilusionó a su madre desde que tenía un año de edad. Elise era una pequeña tranquila, etérea y soñadora, más interesada en el arte que en superar a los otros niños de su clase. No era competitiva, no parecía tener ambición y siempre prefería dar un paso atrás y dejar que ganaran los otros.

—Se ponen tan contentos... —decía, y eso era suficiente para ella.

Lo único que complacía a la madre de Elise era la ciega admiración de la niña por Kent. Cada vez que él estaba cerca, ella dejaba las pinturas y los lápices de colores para observarlo.

—Creo que deberían casarse —dijo la madre de Kent una tarde soleada mientras todos los niños jugaban en la piscina, vigilados por sus niñeras.

—Estoy de acuerdo —dijo la madre de Elise, y no hubo más que hablar.

Nunca volvieron a hablar de ello, pero no era necesario. Estaba decidido.

Mientras Elise miraba por la ventana contemplando ambas casas, se sentía atrapada. No lograba entender por qué su marido se mostraba tan distante con ella. No sabía qué era, pero algo iba mal, algo faltaba. Había un vacío en su matrimonio y ella ignoraba cómo llenarlo.

Suspiró, se puso unos pantaloncitos hasta la rodilla, una blusa de hilo sin mangas y sandalias, y después limpió la cocina, esa que jamás le había gustado.

En la pared había una lista de las cosas que debía hacer ese día: recoger la ropa de Kent de la tintorería, llamar a la señora Beckett y preguntarle si ella y su marido tenían alergia a algún tipo de alimento, llevar a arreglar los zapatos de Kent, ir a los grandes almacenes y encontrar un regalo para un cliente de Kent... a quien Elise no conocía. Conducir treinta kilómetros hasta la pescadería que le gustaba a Kent y comprar el pargo.

Elise arrancó la lista de la pared y sintió la tentación de estrujarla, pero no lo hizo, sino que trató de ordenar qué debía hacer y cuándo. Sin embargo, enseguida cambió de parecer, dejó la lista en la cocina, recogió una novela y salió fuera.

En la parte posterior había un pequeño patio que no se veía desde las casas grandes. Era su refugio. A un lado había una terraza más grande, donde había una barbacoa y el hueco obligatorio para poner el carbón. Era lo que el paisajista que Kent había contratado denominaba una «zona de ocio». Solo la utilizaban cuando Kent quería impresionar a un cliente.

Lo que más le gustaba a Elise de la casa de huéspedes era el pequeño patio. Era sombreado, rodeado por un muro bajo de piedra y hacía que se sintiera a salvo y protegida.

Cuando se instalaron en la casa, Kent quiso eliminar el patio.

—Contrataremos una excavadora, allanaremos la zona y multiplicaremos el terreno por cinco —había dicho.

El paisajista, un hombre mayor muy agradable, había notado que su joven esposa parecía a punto de estallar en lágrimas y le dijo a Kent que no le parecía buena idea, ya que en su opinión la nueva zona de ocio debía estar en el lado soleado de la casa.

Cuando Elise murmuró «gracias», él sonrió.

El verano anterior ella y Diego, el mexicano que se encargaba de los jardines de las tres casas, idearon la manera de embellecer el pequeño patio. Ella dibujó

un boceto, pero no sabía lo bastante sobre jardinería para convertir sus ideas en realidad.

—Llamaré a mi hermano, que sabe de plantas. Él me dirá qué debo plantar para que se parezca a tu dibujo —dijo Diego.

Ella sonrió al chico, que siempre le había caído bien y trabajaba para sus padres desde la época en que ella asistía al instituto. Carmen, su hermana, a menudo estaba allí y habían compartido unas risas... pero solo hasta la primera vez que Elise regresó a casa de la universidad. Carmen le había lanzado una mirada furiosa, como si fuera una enemiga. Elise le preguntó qué ocurría, pero Carmen se negó a contestar.

Para cuando Elise y Kent se casaron, Carmen se había vuelto tan hostil que Elise se distanció de ella.

El verano anterior ella y Kent regresaron de un viaje que debía ser una segunda luna miel, pero él pasó la mayor parte del tiempo hablando por teléfono. Durante su ausencia, Diego había acabado de arreglar el pequeño patio. Su belleza la había animado mucho.

—Estas son preciosas —le dijo a Diego mientras tocaba las enredaderas que recorrían el muro bajo—. Eres un genio de las plantas.

—No fui yo. Lo hizo Alejandro, mi hermano.

—Dale las gracias de mi parte —dijo Elise y volvió a entrar en la casa.

Tenía que ocuparse de la contabilidad de la casa, del correo, de lavar la ropa e ir a la tienda de comestibles y... En fin, tenía que encargarse de todo.

Durante el resto del verano se vio abrumada por todas las cosas que Kent le encargaba: cenas y barbacoas y preparar los cócteles para los clientes de Kent.

A veces se hartaba.

—¿Por qué no los llevas a un restaurante?

—Todo el mundo los lleva a restaurantes. Quieren sentirse parte de una familia, de nuestra familia. —La abrazó—. Vamos, nena, todo esto es por nosotros, por ti y por mí. Para que podamos acercarnos al momento de formar esa familia que tú tanto deseas.

Kent solía servirse de su promesa de tener un bebé como si se tratara de una zanahoria colgada delante de un burro. Era un recurso que no fallaba.

Estaban al principio del tercer verano tras la boda y Elise estaba empeñada en que ese año todo sería distinto. Tenía que encontrar algo que hacer que no fuera

recoger la ropa de Kent en la tintorería. En cuanto a cocinar, había tomado suficientes clases como para saber que era un talento que no quería seguir desarrollando.

Se tendió en una de las tumbonas acolchadas y abrió su libro, pero no lo veía. Debía descubrir qué hacer con su matrimonio.

—Pareces fascinada por ese libro —dijo una voz en tono sarcástico.

Elise procuró disimular su desagrado. ¡Tara! La chismosa del instituto. La chica que averiguaba secretos y los difundía. Vivía en Nueva York, pero su madre tenía una casa en los alrededores.

—Hola —logró decir Elise—. ¿Qué te trae por aquí?

—Mamá quería bollos de Nueva York y ensalada de pescado blanco, así que tuve que dejar todo lo demás y traérselos.

Elise comprendió. La madre de Tara pagaba el alquiler del apartamento neoyorquino de su hija... a condición de que esta siempre estuviera a su disposición.

Tara se dejó caer en la tumbona junto a Elise.

—Bueno, ¿qué haces aparte de mirar las musarañas? ¿Te recuperas de ayer noche? Con un machote como Kent debes de pasártelo en grande en la cama.

Elise le lanzó lo que confió fuese una sonrisa misteriosa.

—Sí, claro. Nunca tenemos bastante.

Tara pareció satisfecha con la respuesta y dirigió la mirada al pequeño muro, detrás del cual se encontraba el césped y los árboles que Diego y sus hombres se encargaban de podar. De pronto Tara se incorporó.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Elise miró, pero no vio nada.

—No lo sé. A veces pasan zorros, pero...

—¡No! Él. Ese hombre.

—¿Diego? ¿Uno de sus hombres? Son jardineros.

Tara abandonó la tumbona y dirigió la vista a un lado de la casa.

—¡Eh, tú! —gritó—. Ven aquí.

—Déjalos trabajar, Tara.

—Ese puede trabajarme a mí —replicó Tara en voz baja.

—Casi todos están casados y tienen hijos. Creo que no deberías...

Se interrumpió porque un hombre realmente guapísimo estaba de pie en el

muro. Llevaba unos pantalones sucios de algodón y botas pesadas, pero estaba desnudo de cintura para arriba. Músculos largos y delgados, vientre musculoso, piel color miel... pero por más bello que fuera su cuerpo, su rostro era de portada de revista: pómulos altos, labios carnosos y ojos oscuros rodeados de gruesas pestañas. Sus cabellos negros como el carbón le cubrían la nuca.

Elise no tenía idea de quién era.

—¿Hablas? ¿Inglés? —preguntó Tara, alzando la voz.

El hombre saltó al patio con la elegancia de un atleta y luego, extrañamente, le dio la espalda a Elise y se volvió hacia Tara. La cara de Elise estaba a unos diez centímetros de su piel tibia por el sol. Si alzaba la mano podría tocarlo.

Cuando él se llevó la mano a la espalda, ella tardó un segundo en comprender por qué: llevaba un ejemplar de *El Señor de los Anillos* metido en la cinturilla. Le indicaba que sí, que sabía inglés. Elise lo rodeó y se situó a un lado de Tara, que lo contemplaba como si fuera un plato de comida y ella estuviera muerta de hambre.

—¿Crees que sabe hablar? —preguntó, ladeando la boca.

Elise vio el brillo en los ojos del hombre.

—Ni idea. Nunca lo había visto antes. Quizá sea uno de los parientes de Diego.

—¿Hay dos como este?

Elise vio que el hombre procuraba reprimir una sonrisa.

—No. Diego no se parece a él en absoluto.

—¿Cómo. Te. Llamas? —preguntó Tara—. Yo. Tara. ¿Tú...?

—¿Tarzán? —sugirió Elise.

Tara frunció el ceño.

—De verdad, Elise, ¿cómo puedes bromear sobre esto? Este hombre deambula por tu casa y ni siquiera sabes quién es.

Cuando Tara desvió la mirada, el hombre miró el muro detrás de él y asintió ligeramente con la cabeza.

Elise comprendió.

—Es el hermano de Diego. Él escogió las plantas junto al muro. ¿Cómo se llamaba? ¿Alex? No: Alejandro.

—Sí, sí, Alejandro.

El hombre sonrió mostrando su blanca dentadura.

Tara se acercó a la tumbona y metió la mano en su bolso.

—Me gustan los hombres que no hablan inglés.

Cuando Elise alzó la vista, Alejandro le guiñó un ojo con expresión de complicidad.

Tara le tendió su tarjeta profesional a Alejandro.

—Esta es mi dirección de Long Island. ¿Por qué no te pasas mañana por la tarde? Tú y yo podemos hablar de mi jardín —dijo, acentuando la penúltima palabra.

Alejandro no reaccionó.

—¿Crees que te ha entendido? —preguntó Elise.

—Quizá no. —Tara le dirigió una sonrisa—. Mañana. ¿Comprendes? Mañana a las dos de la tarde.

—Mañana. Dos. Sí —dijo Alejandro.

—Buen chico.

Tara dio un paso a un lado. Si avanzaba un poco más vería el libro que Alejandro ocultaba a sus espaldas y sabría que le había gastado una broma.

Elise había visto cómo se vengaba Tara de la gente que se burlaba de ella. Tendió la mano, cogió el libro y lo ocultó tras su propia espalda.

Y en efecto: Tara miró las espaldas de él admirando el panorama. Solo vio piel, ningún libro. Dio un paso atrás.

—He de irme —dijo, deslizándose una mano a lo largo del brazo de Alejandro—. Y tú, cariño, ven a verme. Mañana.

—Sí, sí. Mañana. Tres —dijo Alejandro, fingiendo que se esforzaba por entenderla.

—No, no. Dos. A las dos. Ven mañana a las dos de la tarde. —Puso los ojos en blanco y luego miró a Elise—. Muy guapo, pero tonto —dijo. Dirigió una última mirada a Alejandro y se marchó.

Elise permaneció de pie a su lado en silencio hasta que Tara desapareció de su vista.

—Lo siento —dijo, tendiéndole el libro.

—No pasa nada —contestó Alejandro—. Hacía meses que no me divertía tanto.

—Esa es una de mis predilectas, dicho sea de paso —dijo, indicando la novela—. Me siento en deuda contigo. ¿Te apetece un vaso de limonada?

—Sí, pero no puedo. Mi hermano me mataría. Seguro que ahora mismo me está fulminando con la mirada.

Elise echó un vistazo y descubrió a Diego con los ojos fijos en la espalda de su hermano.

—Pues sí, tienes razón —susurró. Dio un paso a un lado y, alzando la voz, dijo —: ¿Podrías enseñármelo? No sé cómo es. Está al otro lado de la casa.

En cuanto estuvieron fuera de la vista de Diego, ella le tendió la mano.

—Soy Elise.

—Y yo Alejandro.

Se estrecharon las manos. La de él era grande, callosa y muy tibia.

Alejandro le soltó la mano.

—Debería volver al trabajo —dijo y se alejó un paso.

—¿Qué haces aquí? No pareces un... —Elise se dio cuenta de que estaba metiendo la pata—. Quiero decir... Dominas el inglés a la perfección, pero...

—Está bien, comprendo. En México enseño español a los anglohablantes. Para eso también es necesario hablar bien inglés.

—Y sabes de plantas, ¿no es así?

—Sí. Estudié botánica. Mi hermano cree que es una materia inútil.

—¡Mi familia piensa lo mismo! Me licencié en Bellas Artes. ¡Intenta conseguir un empleo con eso!

Ambos intercambiaron una sonrisa.

—No pretendo ser elitista, pero si tienes un diploma y un empleo, ¿por qué estás aquí? —preguntó, indicando el jardín—. Trabajando de jardinero.

—Debo revelar mi secreto: me metí en problemas en México y mi hermano mayor me salvó. Me sacó del país y me consiguió un empleo.

—Ah. ¿Problemas relacionados con las drogas?

—Ojalá. En ese caso sería rico. Tal vez estaría muerto, pero sería un muerto rico.

Elise rio.

—Estoy seguro de que tienes cosas mejores que hacer que escuchar la biografía de un jardinero.

—Pues no. Mi marido quiere que prepare unos platos exóticos para sus clientes, pero todos ellos solo quieren carne. Y en abundancia. Así que no tengo nada mejor que hacer. ¿Qué clase de flores son esas?

—Peonías. *Paeonia californica*. Y esas de allí son *Paenoia corsica*.

—Vaya. Estoy impresionada. Y basándome en mi pequeño jardín, considero que tu diploma es muy útil.

—Gracias. Confiaba en que te gustara.

Realmente, tenía unos ojos preciosos.

—Debería haber estudiado administración doméstica.

—Y yo tendría que haber aprendido a llevar una carretilla cargada de setenta kilos de leña colina arriba. La primera vez que lo intenté, me cayó todo al suelo dos veces.

—¿Y tú lo recogiste y volviste a cargarlo en la carretilla?

—Puedes apostar a que Diego no me ayudaría. Él...

—¡Alejandro! —La voz de Diego era autoritaria.

—Mi hermano quiere que regrese al trabajo. Debo irme.

Desesperada, Elise procuró encontrar una excusa para asegurarse de que volvieran a hablar.

—Si tomo clases de español, ¿me ayudarás?

Alejandro retrocedía.

—Sí. Casi todos mis clientes son femeninos. Esposas aburridas de hombres ricos. Como tu amiga Tara. Ellas fueron el problema.

—Ah, comprendo. Y no es amiga mía —dijo, alzando la cabeza—. Supongo que soy como ellas —añadió, y no logró disimular su desilusión.

—Ni mucho menos.

Lo dijo en tono tan simpático que ella sonrió.

—¡Alejandro! —bramó Diego.

—Ahora estoy en un lío. Hasta mañana.

Sonriendo, ella lo observó hasta que desapareció de la vista.

8

Elise había tomado clases de español durante un mes, pero no había visto a Alejandro. Diego y sus demás hombres habían estado allí, como de costumbre; cortaban el césped, quitaban las malas hierbas con rapidez y eficiencia, y luego se marchaban en dos viejos camiones.

No osaba preguntarle a Diego dónde estaba su hermano, no quería que creyera que ella buscaba algo más que alguien con quien hablar. También se repetía a sí misma que solo le interesaba eso.

Un domingo, durante la cena familiar, su madre dijo que era hora de que Elise cumpliera con sus deberes con la comunidad. Elise reprimió un quejido. Para su madre, eso significaba formar parte de comités y demostrar interés por las palabras de los otros miembros, todos de más de sesenta años.

No le había dicho a nadie que estaba tomando clases de español tres veces por semana, pues estaba segura de que su madre protestaría porque no estaba aprendiendo francés.

Su profesora era una mexicana cincuentona, muy simpática, que no dejaba de ofrecerle comida.

—¡Estás demasiado delgada! —decía siempre.

Elise comía todo lo que le servían, pero no engordaba. Pero tampoco se quedaba quieta el tiempo suficiente como para que las calorías se acumularan.

Un día que los tres jóvenes nietos de su profesora estaban presentes, Elise les echó un vistazo y olvidó a la maestra. Pasó dos horas con los chicos y estos se divirtieron diciéndole que todas las palabras que pronunciaba en español eran incorrectas. Elise aprendió más de esos niños que de cualquier lección formal.

Después, su profesora se aseguró de que los niños siempre estuvieran presentes. Elise era una canguro ideal; ella y los chicos preparaban platos mexicanos, jugaban juegos mexicanos y solo hablaban en español. A fin de mes su español no era fluido, pero había progresado muchísimo.

Pero cuando su profesora le dijo que su padre estaba enfermo y que debía regresar a México, Elise comenzó a sentirse sola. Kent nunca estaba en casa, todas sus amigas parecían llevar vidas ajetreadas y su madre la impulsaba a formar parte de los temibles comités.

Elise empezó a tener sueños —tan reales como imaginarios— de un hombre a caballo que la salvaba de... de todo. Una mañana despertó desconcertada: en el sueño, el jinete era Alejandro.

Finalmente, se armó de valor y le preguntó a Diego por el paradero de su hermano. Le dijo que estaba «realizando otro trabajo» en un tono inconfundible: ella era una mujer casada y no debía verse con Alejandro.

Aquel domingo, Elise aguardaba junto a la puerta a que Kent pusiera fin a una llamada para que ambos se dirigieran a casa de sus padres para cenar. O, tal como ella la denominaba, la cena de «¿Qué pasa con Elise?»

—Vamos, no es tan desagradable —dijo Kent.

—Mi madre quiere que me una a su comité sobre la limpieza de los parques.

—Parece una buena causa.

—Lo sería si de verdad nos dedicáramos a la limpieza, pero se supone que debo ayudar a otras mujeres a decidir cómo enfrentarse a las personas que los tribunales han asignado a servicios comunitarios. Como si alguna de nosotras supiera cómo hacerlo.

—Estoy seguro de que lo harás estupendamente.

Kent miraba la hora en su reloj de pulsera.

—¿Has de estar en alguna parte?

—¡No empieces! Disfrutemos de una cena agradable por una vez, sin iniciar una discusión. A lo mejor te haría bien participar en un par de comités. Hacer algo, en vez de quedarte sentada todo el día, protestando.

La injusticia de la acusación la dejó boquiabierta.

—Me paso la vida haciendo cosas para ti.

—Y yo, haciendo cosas por ti, así que estamos en paz. ¿Estás lista? Acabemos con esto. Debo...

—¿Volver a la oficina? —soltó Elise.

—Eres insoportable. Tienes todo lo que una mujer podría querer, y no estás satisfecha —dijo, salió por la puerta y la dejó atrás.

Elise se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Él tenía razón: lo tenía todo en la vida pero era desgraciada. Solo se sentía feliz en las clases de español; los niños, la vida hogareña, las risas... Incluso la tristeza causada por la enfermedad. Era la Vida, y la hacía feliz.

Se enderezó y fue a cenar. Siempre era una cena formal, su madre contrataba un servicio de *catering*, le daba importancia a lo que denominaba «conversación cortés»: eso significaba que todos debían estar de acuerdo con ella. Las disensiones estaban prohibidas.

En general, Elise hacía un esfuerzo por participar en las conversaciones, pero en esa ocasión guardó silencio. No dejaba de preguntarse qué era lo que realmente tenía ganas de hacer. Si tuviese una varita mágica, ¿qué cambios realizaría?

Miró en torno a la mesa, a sus padres, a los de Kent y a su marido. «Todo —pensó—, lo cambiaría todo.»

—¡Elise! —dijo su madre en tono agudo—. ¿Serías tan amable de participar en la conversación de los adultos?

Elise la contempló.

—Estaba pensando en hierbas culinarias y en caballos.

Su padre rio.

—Los caballos no comen ese tipo de hierbas.

—Creo que debería tomar clases de equitación y necesito un huerto de hierbas. La señora Beckett dijo que notaba que había usado albahaca seca, que ella percibía la diferencia.

«Mujerzuela pretenciosa», pensó Elise. Había visto el bote en la encimera y quería que pensarán que ella no se rebajaba a usar algo tan burdo. Que todos la miraran complació a Elise.

—¿Aceros Beckett? —preguntó su madre.

—Sí, esos son ellos. Pensaba en pedir a los jardineros que cavaran un par de agujeros en la parte posterior, un poco más allá del roble, donde podría plantar algunas cosas.

—¿Un «agujero»? —preguntó su madre.

—Bastará que sea lo bastante profundo para meter un par de tiestos. No necesito mucho más.

Su madre meneó la cabeza.

—De verdad, Elise, a veces me parece que te crio el personal.

«Los veía más que a ti», pensó, pero no dijo nada.

—Mañana llamaré a Leonardo, él podrá diseñar algo para ti —dijo su madre.

Elise reprimió una mueca. Ese hombrecillo le resultaba insoportable; les tomaba el pelo y flirteaba con las mujeres hasta que soltaban risitas y por eso lo contrataban. Miró a Kent con expresión inocente.

—¿No es muy caro? Pensé que quizá podía hacer un boceto y luego dárselo a nuestros jardineros.

Su padre pagaba a los jardineros, pero un diseñador profesional le enviaría la cuenta a Kent.

—Realmente no creo que... —empezó a decir su madre.

—Me parece una idea estupenda —dijo Kent y luego dirigió una mirada de súplica a su suegro.

«Somos niños viviendo bajo una dictadura —pensó Elise—. Aún hemos de pedir permiso a nuestros padres por todo lo que hacemos.»

—Sí —contestó el patriarca—. Es una idea excelente. Usa un poco de esa educación tan cara que he pagado.

—¡Edgar! ¡Por favor! —exclamó su madre—. Elise no puede...

Kent, que nunca contradecía a su suegra, alzó la voz.

—Creo que sí puede. Monta tu pequeño jardín, cariño. Te dará algo que hacer durante todo el día.

—Y también clases de equitación —insistió Elise.

—No veo ningún motivo para que tú... —dijo su madre.

La madre de Kent, una mujer mucho más silenciosa que la madre de Elise, intervino:

—Yo practiqué la equitación hasta que asistí a la universidad. Me parece que sería encantador que tomaras clases.

Puede que fuese la más silenciosa, pero sabía cómo imponer su voluntad. Agradecida, Elise le sonrió.

—Gracias —dijo en voz baja.

Kent se marchó en cuanto acabó la cena. Elise no tardó en ponerse manos a la

obra y pasó horas navegando por internet buscando jardines de hierbas.

El lunes por la mañana, para cuando llegaron Diego y sus hombres, ya tenía un diseño que le gustaba.

Se acercó a él cuando se apeaba del camión y le tendió el boceto. Era un gran círculo en el que se cruzaban los senderos, con una pila para pájaros en el centro.

—Necesito un jardín de hierbas —le dijo—, pero no sé qué plantar. Mi madre quiere que sea bonito y elegante, y que huela bien.

Eso era mentira, pero ella consideraba que era por una buena causa. Que no hubiese tenido en cuenta adónde conduciría era algo en lo cual se negaba a pensar.

Diego le lanzó una mirada tan directa que ella se ruborizó hasta las orejas. Al final el hombre pareció aceptar que no podía hacer nada para impedirlo, así que cogió el móvil e hizo una llamada. Elise sabía suficiente español para comprender que advertía a Alejandro de que si se le ocurría tocar a la pequeña gringa volvería a enviarlo a México. Y, además, lo amenazó con casarlo con la chica que vivía en la casa junto a la de su madre.

Elise tuvo que volverse al oír la voz de Alejandro suplicando misericordia.

Diego cortó y le dijo a Elise que su hermano la ayudaría a escoger las plantas que necesitaba.

Cuando Alejandro llegó solo se miraron durante un momento... y ella se dio cuenta de que él también había pensado en ella.

—¿Y cómo está Tara? —preguntó Elise.

—Perfectamente —contestó él, sin cambiar de expresión—. Nos casamos la semana que viene.

Elise rio. Tara la había llamado, furiosa porque «el imbécil de tu jardinero no apareció».

—Lamento separarte de tu otro empleo.

—Diego me obligó a plantar un cerco de *Pyracantha* —todas esas espinas— alrededor de unos cubos de basura y también me obligó a ir a Nueva Jersey para recoger unas bromelias que también venden a dos kilómetros de aquí. Era como si no quisiera que me acercara, me pregunto por qué.

Elise frunció el ceño al oír la insinuación.

—Realmente no estoy... Quiero decir...

—Hemos de ser amigos.

—Sí, amigos —dijo ella, acentuando la última palabra—. ¿Qué te parece si hablamos en español mientras hacemos esto?

—De acuerdo, pero si mi hermano se vuelve demasiado mandón puede que tenga que soltarle palabrotas en inglés. Son las mejores.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces me sentiría honrada de que usaras mi idioma.

—Bien, ¿dónde tienes el plano y dónde quieres que construya ese jardín?

—No es necesario que hagas esto —dijo Alejandro.

Estaban cavando el gran círculo para el jardín que habían marcado con hilo y estacas. Junto a ellos, a la sombra y cerca de una manguera, se encontraban las más de cien plantas que habían escogido. Durante las dos semanas que pasaron juntos, sus palabras habían acabado por adoptar una intimidad coqueta.

—Solo es mi hermano mayor mostrándome que él es quien manda.

Elise clavó la pala en la tierra y arrojó un gran terrón en la carretilla.

—Es que me gusta.

Él pareció escéptico.

—Bueno, puede que no disfrute cavando un círculo gigantesco, pero al menos estoy al aire libre.

Lucía el sol y confiaba en que el sudor no eliminara su protector solar. Sabía que debería ponerse pantalones y una camisa de manga larga, pero la proximidad de Alejandro hacía que los pantalones cortos y la camiseta sin mangas parecieran... adecuados. ¿Y qué importancia tenían unas quemaduras solares? Las consecuencias no aparecerían antes de treinta años. Además, Alejandro iba con el torso desnudo, como siempre.

Dirigió la mirada a lo largo del espacio excavado. Diego había declarado que todo el cantero de hierbas debía ser excavado a mano... y que no podía proporcionarles ayuda. Quería que su hermano menor estuviera tan ocupado que no tuviese tiempo para alternar con la esposa de su empleador, pero no había contado con que Elise ayudara a Alejandro a cavar.

—Háblame de tu hogar —dijo ella.

—Ya te lo conté. Hubo un problema con...

—Conozco esa parte —se apresuró a decir ella—. Una mujer mayor con ganas de guerra, un maestro joven y guapo. Ella no pudo controlarse. Fin.

Alejandro sonreía mientras cavaba.

—Estupendo, ¿verdad?

—De momento, en vez de ayudarte solo parece haberte causado problemas.

—Y que lo digas —murmuró él.

—Entonces cuéntame lo demás. Dame algo en que pensar además de pegarle un golpe en la cabeza con una pala a tu hermano. ¿Siempre ha sido tan testarudo?

—Desde que nació. Él y nuestro padre discutían por todo.

Elise suspiró.

—Me gustaría tener valor para enfrentarme a mi padre —dijo, se secó el sudor de la frente y recogió su botella de agua—. ¿Es por eso que Diego está aquí, en Estados Unidos?

Alejandro se apoyó en la pala y la contempló con admiración mientras ella bebía media botella de agua. Cuando acabó, él siguió cavando.

—Mi padre se rompió una pierna.

Ella se dio cuenta de que él estaba a punto de comenzar a contarle una historia.

—Cuéntamelo en español, dentro de lo posible, y por favor ayúdame con la traducción.

Él le lanzó una mirada tan complacida que Elise casi perdió el equilibrio.

Siguieron cavando al tiempo que Alejandro empezaba a hablarle de su vida en México. Cuando él era niño, su padre se rompió una pierna y no podía desplazarse hasta su empleo de contable en una empresa de transportes. Sus padres estaban preocupados: no sabían cómo mantendrían a la familia y, frustrada, su madre dijo que lo único que sabía hacer era cocinar.

—¿Es buena cocinera?

—La mejor —contestó él, poniendo los ojos en blanco—. Todos lo decían. Abrió una ventana en la cocina y colgó un cartel donde ponía que vendía burritos. Se formaron colas. Un año después, papá y Diego construyeron un techo y dispusieron cuatro mesas; al año siguiente alquilaron un edificio con una terraza cubierta y... —se encogió de hombros.

—Y dispusieron de un restaurante de cinco estrellas.

—Un crítico del *New York Times* pasó y redactó un artículo muy bonito —dijo,

y tuvo que ayudarle a Elise a comprender todas las palabras de esa oración.

—¡Uau! Una reseña en el *New York Times*. ¿Trabajabas en el restaurante? ¿Sabes cocinar?

—Un poco. Los que sacaron mayor provecho del lugar fueron Diego y mi hermano Ricardo.

Su sonrisa hizo que ella quisiera saber más.

—Mi madre contrató a una chica de dieciséis años recién salida del instituto y después dedicó tres años a formarla. Ella...

—Deja que lo adivine: se casó con Diego.

—Así es —dijo él, sonriendo—. Después mi madre contrató otra chica, joven, bonita y lista —añadió, mirando a Elise.

—¿Tu hermano Ricardo se quedó con ella?

—Sí —dijo Alejandro, soltando una carcajada.

—Entonces quedaste tú. ¿Qué pasó con la chica siguiente? ¿O eras demasiado joven?

—Para entonces ya era lo bastante mayor, pero mi madre siempre dijo que yo iría a la universidad. ¡Nada de esposas para mí! Para asegurarse de que no me enamorara y la dejara sin camareras, contrató a una mujer de treinta y tantos con dos hijos.

Cuando él calló, Elise lo miró.

—¿Te estás ruborizando? —preguntó y sostuvo el aliento—. ¡No puede ser!

—Ella me enseñó muchas cosas —dijo él, bajando la mirada.

Elise se apoyó en la pala y rio.

—¿Lo sabía tu madre?

—No estoy seguro. Pero un día yo bostezaba y ella dijo: «¡Al menos no te casarás!»

—Lo sabía.

—Probablemente —dijo, sonriendo—. Al año siguiente asistí a la Universidad de México.

—Y estudiaste botánica.

—También inglés, literatura y algunas lenguas más. Todo inútil, según Diego.

De pronto Elise se dio cuenta de que Alejandro no había dicho ni una palabra sobre su hermana.

—¿Y Carmen? ¿Se enamoró de algún joven guapísimo?

—No —contestó y su tono indicaba que no quería hablar de ello.

Ella bajó la voz.

—¿Se metió en problemas y por eso ahora está contigo y con Diego?

Alejandro tardó unos momentos en responder, como si reflexionara sobre la respuesta.

—Solo quería venir a Estados Unidos. Es como nuestro padre: los números se le dan bien, así que a menudo lleva la contabilidad de Diego.

—No quisiera entrometerme, pero parece haber cambiado. Cuando fuimos adolescentes éramos casi amigas; muchas veces yo compraba chicles de canela para Carmen porque sabía que le gustaban. Pero un día me dijo que no quería más caridad. Me disculpé, pero para mí que no se trataba de eso. También compraba Kit Kats para mi amiga Lisa. Solo era... —Elise se encogió de hombros.

Una vez más, él tardó en contestar.

—Ella... eh... ella...

Cuando sonó el móvil de Elise pareció aliviado.

—Será mejor que contestes.

—No es importante. ¿Qué le ocurrió a Carmen? ¿Qué la hizo cambiar? No será que algún hombre de aquí le hizo algo malo, ¿verdad? ¿Es por eso que Carmen de repente pareció considerarme una elitista y una...?

—¡Tu móvil! No deja de sonar. Tal vez haya algún problema.

Frunciendo el ceño, Elise se limpió las manos y recogió el móvil apoyado en una toalla en la hierba.

—Es mi madre —dijo, soltando un gemido y luego contestó la llamada—. Sí, estoy aquí. —Escuchó—. ¿Ahora mismo? —Soltó el aliento—. Sí, claro que lo haré. —Su mirada se volvió más animada—. Da la casualidad que uno de los jardineros está aquí. No, estoy segura de que no le importará. Sí, le diré que se quite los zapatos. —Elise meneó la cabeza—. ¡Mamá! No ensuciará nada. Si no queda más remedio le diré que se desnude y cuando suba las escaleras lo vigilaré para asegurarme de que no toque nada.

Alejandro tosió para disimular la risa y Elise apartó el móvil al tiempo que su madre la regañaba. Luego volvió a hablar.

—Sí, disculpa mi comentario. No quería ser grosera. Me aseguraré de que el jardinero esté limpio y vestido. Y sí: estaré allí en unos minutos —dijo y cortó

—. Debemos ir a la casa.

Alejandro contempló su torso desnudo.

—Iré a por una camisa.

—¡No! —Elise parpadeó—. No hace falta, quiero decir. Mis padres se marchan para pasar el fin de semana en los Hamptons con unos amigos. Debo regresar a la casa y recoger rosas para que mi madre pueda llevarlas.

—¿Y tú has de cortarlas para ella?

—A mamá no le gustan las espinas.

—¿Cuándo he de subir las escaleras?

—Cuando se hayan ido, por supuesto.

Alejandro la miró alzando una ceja.

—No soy lo bastante mayor para ti, así que no albergues esperanzas. Mamá quiere que traslades una silla hasta mi casa y teme que lo ensucies todo. Vamos, debo irme si no quiero que me amargue la vida.

—Dudo de que tu madre quiera vernos juntos.

—No lo notará y además debes quitarles las espinas a las rosas —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?

—Será mejor que vaya a por una camisa.

Elise entrecerró los ojos.

—Si quieres vestirte para ellos, ¿significa que estás medio desnudo por mí?

—¿Crees que tus piernas desnudas sufrirán quemaduras?

—*Touché*. Nosotros... —Su móvil volvía a sonar. Miró la pantalla y dijo—: Es mamá. ¡Te echo una carrera hasta la casa!

Alejandro corría más rápido que ella, pero cuando alcanzaron el gran jardín de rosas de la madre de Elise, fingió un calambre y la dejó ganar. Riendo, ella se dirigió hasta el pequeño cobertizo en el otro extremo y cogió guantes, tijeras y una caja de madera.

—¡Qué cesta más rara! —comentó Alejandro.

—Es una cesta inglesa.

—Bien, ¿qué quieres primero? ¿Rosas damasco, híbridas, grandifloras?

—Presumido. Quiero rosas grandes, rosadas y perfumadas.

—Tu madre tiene algunas borbonianas bonitas.

—Mi madre no sabe ni la mitad de lo que sabes tú.

—¿Acerca de las rosas o de su hija?

—No pienso contestar a eso —replicó ella—. Toma, sujeta la caja mientras yo corto las rosas, luego nos sentaremos allí y quitaremos las espinas.

Mientras la seguía entre las hileras, Alejandro se volvió y echó un vistazo a la casa.

—¿Estás segura de que a tus padres no les molestará mi presencia? A tu madre no le gusta que nos acerquemos demasiado a la casa.

Elise sintió una punzada de culpa por la insensibilidad de su madre y por su esnobismo.

Tardaron veinte minutos en cortar las flores y otros veinte en eliminar las espinas. Elise se pinchó dos veces y cuando Alejandro parecía estar a punto de depositar un beso en su mano, ella le lanzó una mirada de advertencia.

—No puedes culparme por intentarlo.

Entre ambos existía un acuerdo tácito: no se pasarían de la raya. Ella estaba casada y, por lo tanto, era terreno prohibido. Pero la provocación mutua los hacía sentir deseados y ¡ay, qué agradable era! Saber que un hombre la consideraba bonita y apetecible hacía que Elise se enderezara y alzara la barbilla. Elegía su atuendo más cuidadosamente, se maquillaba y se peinaba. Que todo ello estuviese dedicado al hombre equivocado era algo en lo que no quería pensar.

—Será mejor que les lleve estas flores —dijo Elise. Ambos estaban sentados en un banco de madera a la sombra y ella no tenía ganas de marcharse—. Deberías acompañarme.

Alejandro tendió el brazo en el respaldo del banco.

—Llámame cuando hayas acabado y subiré las escaleras al galope.

Era obvio que no deseaba enfrentarse a la madre de ella.

Riendo, Elise se acercó a la parte delantera de la casa, donde Edward, uno de los empleados de sus padres, metía el equipaje en el maletero del gran monovolumen.

—Hola. ¿Ya se marchan?

Edward le sonrió. Trabajaba en la casa desde que ella era un bebé.

—Tu madre se ha cambiado de ropa como cien veces. ¿Quién es ese individuo desnudo al que te has pegado?

—¿Ese? Es el hermano de Diego. Mira que le tengo dicho que se ponga una camisa, pero ni caso. Creo que el pobre no es muy inteligente.

Edward le lanzó una sonrisa maliciosa.

—¿Por eso estás sudando bajo el sol a su lado? Me llevé una buena sorpresa al ver que sabes usar una pala.

—Es mi nuevo amigo gay y me enseñó a hacerlo.

—¡Gay! Esa sí que es buena. ¡Pero si te come con los ojos!

Elise se puso seria.

—¿Qué ha visto mamá?

—No ha visto nada. Le dije que Diego fumigó el césped con veneno para matar los caracoles. No ha salido de casa ni una vez. No sé qué le da más miedo, si los caracoles o el veneno.

—Gracias.

Edward cerró la puerta del monovolumen.

—¿Estás segura de saber lo que estás haciendo?

—Solo intento conservar la cordura.

—Creo que... —empezó a decir Edward, pero entonces se abrió la puerta principal.

Su madre la miró de arriba abajo.

—Eso que llevas es un asco, pareces una campesina. ¿Y se te ha quemado la nariz? De verdad, Elise, eres un bochorno para nuestra familia.

A sus espaldas, Edward puso los ojos en blanco. Siempre la había ayudado a sobrevivir a las diatribas de su madre.

—Tus rosas. —Elise le tendió una cesta llena—. Y les hemos quitado todas las espinas.

Contuvo el aliento al darse cuenta de su error. ¿Se preguntaría su madre por qué hablaba en plural?

Pero la mujer no cogió la cesta.

—Ya podrías haberlas puesto en agua. Nos espera un largo viaje. ¡Ay, no! Olvidé mis pendientes de perlas —dijo y volvió a entrar.

El coche arrancó varios minutos después y Elise volvió junto a Alejandro, aún sentado en el banco. El sol se había desplazado y un rayo de sol le iluminaba la cara. Tenía los ojos cerrados y ella se quedó allí, observándolo. La negra barba incipiente en sus mejillas, el cabello que le cubría la nuca, el color de su piel, su escultural torso y su vientre tan plano...

Conocía su fuerza, su rapidez de movimiento. Antes ella había tropezado y estuvo a punto de caerse. Con un solo movimiento veloz, Alejandro dejó caer la

pala y la agarró de los brazos antes de que cayera.

Pero en cuanto ella alzó la vista, él la soltó. Elise lo comprendió: seducir y coquetear no era lo mismo que tocarse.

—¿Se han ido? —preguntó él, sin abrir los ojos.

«Es tan consciente de mí como yo de él», pensó la joven.

—Sí, se han ido. El personal se ha tomado la tarde libre para un bien merecido descanso. La casa está desierta.

Alejandro se puso de pie.

—Si mi hermano se entera de que tú y yo hemos estado en esa casa a solas me enviará a México.

—¿Para casarte con tu vecina?

—Ah, lo has oído, ¿verdad? Sube a la primera planta, descuelga la silla y yo me la llevaré.

—Vamos, no seas cobarde. ¿Qué estás haciendo?

Él se había desprendido el botón superior del pantalón.

—Las escaleras. Debo ir desnudo, ¿recuerdas?

Riendo, Elise le dije que no se los quitara y que la siguiera. Entraron por una puerta lateral, no por la cocina, por si algún miembro del personal aún seguía allí, aunque ella no creía que se hubieran quedado ni dos minutos después de que sus padres se marcharan.

La gran casa estaba vacía y silenciosa; avanzaron sin hacer ruido y no hablaron. Cuando llegaron al gran vestíbulo, Alejandro se detuvo. Era un lugar impresionante, de suelo de mármol y grandes jarrones chinos perfectamente dispuestos. En el centro había una mesa redonda digna de un museo.

—Una vez chuté una pelota de fútbol en el vestíbulo. Mi madre se enfadó mucho.

La expresión del rostro de Alejandro manifestaba la pena que sentía por ella.

Las escaleras eran amplias, curvas y alfombradas de un color rojo oscuro. Elise tomó la delantera, luego se volvió hacia él y siguió subiendo.

—Por si alguna vez te resulta útil saberlo, es posible bajar estas escaleras sin hacer ningún ruido. Y siempre hay helado en el congelador.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando alcanzó el extremo de la escalera, Elise pasó junto a dos puertas cerradas y después abrió la de la izquierda. Entró en una amplia habitación

destinada a una niña pequeña. Había una cama con dosel y por detrás colgaba un tapiz de seda con un bordado de un árbol; había armarios blancos llenos libros y un tablón de notas con mensajes sobre las tareas para el hogar.

—Todo es de color rosa —comentó él.

—De color melocotón. Un color mucho más sutil, según el diseñador.

Abrió dos grandes puertas y reveló un enorme armario lleno de ropa.

—¿Todo eso es tuyo?

—Todos los vestidos, zapatos, collares y diademas —contestó Elise y se puso una de color rosa.

—Me gusta más el cabello suelto, o recogido. Tal vez con una rosa.

—¿Cómo una bailarina de flamenco?

—Como una chica bonita que lleva una vida feliz.

—En ese caso, nada de rosas para mí. —Se quitó la diadema—. Siéntate mientras echo un vistazo.

En un rincón había un gran escabel redondo y él tomó asiento, observándola mientras ella abría y cerraba cajones y arrojaba prendas al suelo.

—¿Por qué tu ropa está aquí y no en tu casa?

—Allí no hay espacio suficiente. Y los trajes de Kent...

Se interrumpió. Nunca mencionaban su nombre, era como si no quisieran recordar que existía. Pronunciarlo en voz alta lo convertía en realidad.

Alejandro recogió un vestido blanco y azul, de tirantes anchos y falda fruncida.

—Este es bonito. Parece apropiado para un baile.

Ella tardó un momento en volver al presente.

—Me lo puse en una recepción al aire libre que celebró mi madre. Va a juego con una chaqueta. Ah, aquí está —dijo, sosteniendo un bolero corto azul oscuro.

—Muy bonito. Me gusta. ¿Cómo llevarás todo esto hasta tu casa? —Ella le dirigió una sonrisa dulce—. Soy un hombre. No me dedico a transportar vestidos, y menos si están vacíos.

—Los rellenaré con otras prendas, así tendrás que cargar con uno.

—¿Dónde está la silla que debo transportar? —dijo Alejandro, gimiendo.

—Está... ¡Ay!

Había tropezado con los pies de Alejandro. Él la cogió del brazo, pero en vez de iniciar el flirteo habitual, siguió contemplando el gran ropero con el ceño

fruncido. Era como si ella le leyera el pensamiento.

—No necesito todas esas cosas para ser feliz.

—Pero es a lo que estás acostumbrada. Es tu mundo. Es el lugar al que perteneces.

Lo dijo en español y su voz profunda volvió hermosas sus palabras. Aún la cogía del brazo desnudo y, sin pensar en lo que hacía, ella apoyó una mano en su pecho tibio y se inclinó hacia delante: lo único en lo que podía pensar era en besar sus labios.

Él titubeó, pero después la apartó y se puso de pie. Parecía tratar de comportarse como si nada hubiese ocurrido.

—¿Estás segura de que necesitas todo eso?

El momento íntimo se había esfumado. Detrás de él, Elise cerró los ojos; cuando los abrió, Alejandro la contemplaba a través del espejo del tocador y durante un instante, ella notó su anhelo, el ansia profunda de algo que jamás podría poseer.

Elise quiso acercarse a él, pero no pudo. Él tenía razón: su vida y la de él eran muy diferentes, no eran paralelas.

—Si pudiéramos encontrarnos en un terreno común —susurró—, como iguales, podríamos...

Alejandro se volvió y le dirigió una mirada que la acalló. Ambos sabían que era inútil.

Si iniciaban algo que no podían terminar, el dolor que ambos sentían sería mucho mayor.

Elise asintió con la cabeza y dio un paso atrás. Tuvo que inspirar profundamente para regresar al presente, alejarse de lo que podría ser y volver a lo que era.

—¿Con cuántos zapatos puedes cargar?

Él sonrió lentamente, se alegraba de que ella lo hubiera comprendido.

—Solo un par, nada más.

—¿Y si te pasáramos una docena de sandalias por los brazos?

—¿Cómo el arnés de un caballo?

Elise soltó un grito ahogado.

—¡Caballo! Mi clase de equitación. He de irme.

Él se dirigió a la puerta.

—Te olvidas de llevarte mi ropa.

—Creí que tenías prisa.

—No tanta como para olvidar mis vestidos. Extiende los brazos y te los pondré encima.

—Un caballo, una mula, un árbol de Navidad —refunfuñó él al tiempo que ella deslizaba las sandalias por encima de sus antebrazos y ambos intercambiaban una sonrisa.

9

Tanto Kathy como Olivia contemplaban a Elise con los ojos muy abiertos.

—¿No te acostaste con él?

—No. Y ahora me arrepiento muchísimo.

—Sé lo que es el arrepentimiento —dijo Olivia—. Si hubiese hecho lo que me indicaba el corazón, habría disfrutado de una vida... feliz. —Miró a Elise—. ¿Cuál fue tu excusa?

—La culpa. Kent estaba trabajando mucho... para mí. Al menos eso era lo que yo creía. Y yo tonteando con el jardinero y... —Se encogió de hombros—. Tal vez temía la intensidad de mis sentimientos por Alejandro... y no sabía si me gustaba de verdad o si solo lo deseaba.

—¿Lo averiguaste? —preguntó Olivia.

—Creo que sí —contestó, tragando saliva—. No, no es verdad. Podía sobrellevar el deseo, me acostara con él o no, eso era un hecho, pero que me gustara, incluso quizá... —Hizo una pausa—. Quizás incluso que sintiera amor por él... eso era lo que no podía soportar.

Elise las miró.

—Sabía que Alejandro tenía razón. Ambos pertenecíamos a mundos diferentes. Decir «Viviremos del amor» es romántico, pero no muy práctico.

—Conozco la lucha por pagar las cuentas —dijo Olivia—. A veces el dinero se convierte en lo principal.

—¡Vaya! —dijo Kathy—, con un padre como el mío y casada con su clon, soy muy consciente de la importancia del dinero.

—Después de lo que había ocurrido en mi habitación, empecé a pensar sobre

lo que estaba haciendo —añadió Elise.

—Ojalá hubiera sido tan lista con Ray —comentó Kathy.

—En aquel momento no me sentía lista, me sentía fría y calculadora. Pensé en lo que suponía divorciarme de Kent y escapar con el guapo Alejandro. Y después, ¿qué? No tengo aptitudes laborales, así que difícilmente podría haber contribuido a la economía doméstica. Y, aparte del dinero, estaban nuestras familias, y la mía me habría repudiado con toda seguridad. Por no mencionar que la de él no iba a aceptarme. Uno de los dos se vería obligado a renunciar a toda su vida, sus amigos, su familia, ¡a todo! Uno de los dos perdería todo lo que conocía. Cuando lo consideré solo pude llegar a una conclusión: que todo acabaría mal.

Elise se cubrió la cara con las manos.

—Me sentí culpable por estos pensamientos, pero lo único que se me ocurrió es que Alejandro y yo acabaríamos por detestarnos... y que yo tendría la culpa.

—¿Y entonces qué hiciste? —quiso saber Kathy.

—Sabía que tenía que poner fin al asunto, detenerlo antes de que alguien pronunciara la palabra «amor».

Elise desvió la mirada y cerró los ojos, intentando reprimir las lágrimas.

—Tomé todas esas decisiones antes de que termináramos el jardín de hierbas. Era tan bonito... Muy sencillo, con sus pequeños senderos de gravilla y la pila para pájaros en el centro. ¡Lo pasamos tan bien instalándolo! Él y yo íbamos a los viveros a comprar plantas, pasamos unos días maravillosos, riendo y montando en el viejo camión de Diego. No tenía aire acondicionado y el viento entraba por las ventanillas abiertas. Llegábamos al vivero sudados pero dichosos.

Elise se tomó un momento para tranquilizarse.

—Disfrutábamos estando juntos. Es mi mayor cumplido. Nunca se nos acababan los temas de conversación, hablábamos en español y en inglés hasta que parecía como si hubiéramos inventado una lengua propia.

»Todo era divertido, todo era tan fácil... Nunca me sentí así con Kent; con él, se instauró una dinámica desde que éramos niños: él era el mayor, y por lo tanto más listo, más informado e infinitamente más sabio. Yo era la niña pequeña que lo contemplaba con adoración... y mantenía la boca cerrada.

—Pero tú y Alejandro erais iguales —dijo Kathy.

—Sí. Estábamos de acuerdo sobre cosas fundamentales, como... —alzó las

manos—, no sé cómo explicarlo, pero éramos iguales.

—Sé a qué te refieres —dijo Olivia—. Kit y yo éramos así. Todas las ideas que tenía uno de nosotros agradaban al otro.

—¡Exacto! Entrábamos en un vivero, nos separábamos y veinte minutos después nos reuníamos y ambos teníamos una carreterilla llena de las mismas plantas. Diego se hartó de nosotros. Una vez trató de meter las narices en lo que estábamos haciendo. Dijo que debíamos plantar unas flores rojas alrededor del borde. Le dije que no, que quería flores azules. Más adelante, Alejandro dijo que le había dicho a su hermano exactamente lo mismo. Diego levantó las manos y dijo que los dos estábamos locos.

»Todo era demasiado maravilloso. Demasiado perfecto. Y me di cuenta de que debía ponerle fin.

—Mientras aún podías —dijo Olivia.

—Sí. Cuando acabamos el jardín nos miramos y yo sabía que él pensaba lo mismo que yo. ¿Cuál sería nuestro próximo proyecto en común? Pero yo ya había decidido lo que debía hacer.

—¿Y qué era? —preguntó Kathy.

—Terminar con aquello de un modo que no dejara lugar a dudas —dijo, bajando la voz—. Fui muy desagradable. Fui un monstruo. Fui...

Olivia le presionó la mano.

—Cuéntanoslo.

—Dije: «Gracias a Dios que eso está terminado, ahora podré hacer algo que merezca la pena. Nos vemos, Alejandro», le di la espalda y me alejé.

—¿Durante cuánto tiempo lloraste? —preguntó Olivia.

—Durante una semana, cada tanto. Traté de prestar atención a Kent, lo invité a salir, cociné para él. Intenté seducirlo.

—¿Mientras imaginabas que estabas con Alejandro? —sugirió Kathy.

—Quise hacerlo, pero en la cama Kent era tan rápido que prefería no pensar que Alejandro sería igual.

—¿Y fue entonces cuando el bikini rojo y los prismáticos entraron en escena? —preguntó Olivia.

—Sí. No me permitía a mí misma estar cerca de él, pero lo observaba desde detrás de las cortinas. Veía sus músculos en acción y cómo se rociaba con agua.

—Supongo que él sabía que lo observabas —dijo Olivia.

—Ay, sí. Eliminaba las malezas de los canteros ante mi vista dos veces diarias. Y empecé a nadar. —Elise esbozó una sonrisa—. Llevaba un bikini diminuto, no un tanga, pero casi. Y para asegurarme de tener buen aspecto acudía al gimnasio todas las mañanas. Había visto que Alejandro me miraba las piernas, así que hice mucho ejercicio.

—¿Y él te observaba? —preguntó Olivia.

—Sí. Hay un gran seto que rodea la piscina de mis padres y un día, cuando él rodeó el seto, yo estaba sentada en el trampolín. Fingí no verlo. Zambullirme siempre se me ha dado bien, así que me puse de pie, corrí a lo largo del trampolín y me zambullí: ¡un salto del ángel perfecto! Nadé hasta el otro extremo de la piscina y salí, pero cuando dirigí la vista hacia el hueco en el seto, Alejandro había desaparecido.

—Eres cruel.

La sonrisa de Kathy indicaba su satisfacción.

—Los jóvenes amantes se tratan con crueldad —comentó Olivia.

—¿Y os pasasteis el resto del verano suspirando el uno por el otro? —preguntó Kathy.

—No. Nuestra separación llegó a su fin cuando Kent y yo nos peleamos. Era a finales de verano y empezaba a refrescar. Yo me compadecía de mí misma, era una mártir, sentía que había renunciado a todo por Kent, pero no había recibido gran cosa a cambio. Le supliqué que nos fuéramos de viaje durante un par de semanas. Solo nosotros dos, pero dijo que estaba demasiado ocupado.

—Demasiado ocupado con su otra familia —apuntó Olivia—. Conozco esa situación, excepto que jamás le supliqué a Alan que pasara más tiempo conmigo.

—Y yo nunca le he pedido a Ray que vayamos de viaje. —La idea hizo que Kathy se estremeciera—. Él necesita mucho ajeteo, mucha gente. Continúa. ¿Qué pasó?

Durante un momento Elise y Olivia la miraron fijamente. Esa no era la impresión que Ray les había causado: había insinuado que Kathy quería estar cerca de su marido cada minuto del día.

—¿Qué pasó? —repitió Kathy.

—Estallé —dijo Elise—. A lo mejor porque sabía que al cabo de unos días Alejandro volvería a México. Diego no lo necesitaba en invierno, así que Alejandro volvía a su casa.

—Tal vez jamás volverías a verlo —comentó Olivia.

—Eso era lo que me preocupaba. Había conocido a un hombre al que tal vez podía amar, y quizá desaparecería de mi vida para siempre.

—¿Tal vez? —dijo Kathy—. Me parece que ya estabas profundamente enamorada de él.

—Es posible —dijo Elise—, pero nada había cambiado. Consideré la idea de acostarme con él, pero temí que, si lo hacía, después, cuando se marchara, mi dolor sería todavía mayor.

—Algunos dolores son soportables —dijo Olivia—, y creo que podrías haber soportado ese.

Elise asintió.

—Después de todo lo ocurrido y lo que ahora sé, ojalá lo hubiera hecho.

Kathy y Olivia rieron y la tristeza general se disipó.

—Bien, ¿entonces qué hiciste? —preguntó Kathy.

—Me enfadé con Kent y le dije que se había pasado todo el verano trabajando y que nunca estábamos juntos.

—¿Y qué contestó? —quiso saber Olivia.

—Me lanzó una mirada muy dura y me preguntó por qué estaba tan necesitada.

—¡Huy! Casi dio en el blanco.

—Sí. Quería gritarle que había renunciado al amor de mi vida por él y que encima me acusaba de estar «necesitada».

—Pero tenía razón —señaló Olivia.

—Sí, pero Kent no hizo nada por remediarlo. Ese día se fue a trabajar, furioso. Y esa tarde me envió un SMS diciendo que vendrían a cenar una docena de personas y que debía servir algo «especial».

—Un castigo —dijo Olivia—, un castigo normal y corriente. Él es el adulto y tú eres una niña que no puede exigirle nada.

—Tienes razón. Pero yo solo quería que me abrazara... y me consolara. Creo que si lo hubiese hecho las cosas podrían haberse arreglado, pero no fue así. —Elise tomó aire—. Salí fuera, me senté en mi pequeño patio y me eché a llorar. Creo que me estaba dando cuenta de que mi matrimonio era un desastre. Intenté no hacer mucho ruido, pero Alejandro me oyó.

Olivia y Kathy sonreían.

—Los abrazos que necesitabas.

—Él no me tocó. Se sentó en la punta de la tumbona y se limitó a escucharme. Cuando le conté lo de la cena, dijo: «¿Dejarás que Diego y yo arreglemos esto?» Solo pude asentir con la cabeza.

—Ellos prepararon la cena, ¿verdad? —dijo Kathy.

—Sí. Los hombres que trabajaban para Diego eran parientes suyos y todos habían ayudado a su madre. Se hicieron cargo de mi cocina como si fueran chefs profesionales.

—¿Qué prepararon? —preguntó Kathy.

—Pollo *cordon bleu*.

—Yo lo he preparado —dijo Olivia—. Pechugas de pollo aplastadas envueltas en jamón y queso.

—Tenía pechugas de pollo en el congelador y mientras Alejandro las descongelaba en el microondas, Diego envió a uno de sus hombres al colmado. Pronto estábamos picando, revolviendo y probando.

—¿Y qué pasó contigo y con Alejandro? —quiso saber Olivia.

Elise sonrió.

—Fue como si esos días de soledad jamás hubieran ocurrido. Resultó que él era el cocinero y Diego el director. Les dijo a los hombres que pusieran la mesa y colocaran los cuencos. Alejandro y yo estábamos ante los fogones, siguiendo sus órdenes. Fue... —Elise cerró los ojos un momento—. Fue maravilloso. Todos trabajábamos juntos y yo formaba parte de ello. Me gritaban en dos idiomas por cometer errores... y cada vez Alejandro les decía que me dejaran en paz en inglés.

—Porque nuestras palabrotas son las mejores. ¡Y él sabe usarlas! —dijo Kathy.

Elise sonrió.

—Quince minutos antes de que Kent y los invitados llegaran, Alejandro me dijo que fuera a vestirme para la cena. Estaba hecha un desastre y le contesté que no tenía tiempo. Él respondió que incluso un minuto bastaba para convertirme en la mujer más hermosa del mundo.

—¡Vayaaaa! —exclamaron Olivia y Kathy.

—Y me dijo que me pusiera algo rojo... pero un poco más grande de lo que solía llevar. Se refería a...

—Tu diminuto bikini —comentó Olivia—. Me gusta tu Alejandro.

—A mí también —añadió Kathy.

—La cena resultó encantadora y deliciosa; yo estaba de tan buen humor que me convertí en una anfitriona excelente. Los divertí, les di de comer y me aseguré de que sus copas de vino estuvieran siempre llenas.

—Siento curiosidad por saber cómo reaccionó Kent —dijo Olivia.

—No le gustó. Estuvo de morros toda la noche y cada vez que alguien me hacía un cumplido, él soltaba un comentario sarcástico, insinuando que en general yo era una inútil. Dejó claro que lo que había logrado esa noche era muy inusual.

—Y los invitados, ¿hicieron algún comentario?

—Sí, ya lo creo. Se pusieron de mi parte. Una de las mujeres le replicó como se merecía, y ella y yo entrechocamos las copas por encima de la mesa. Fue una velada mágica.

—Y todo gracias a Alejandro —dijo Kathy.

—Aquel verano, fue él quien me proporcionó todas las risas y todo lo bueno.

Olivia y Kathy intercambiaron una mirada y luego contemplaron a Elise.

—¿Fue la última vez que lo viste antes de que abandonara el país?

—No —dijo Elise, haciendo una mueca—. Al día siguiente se enfadó tanto conmigo que creí que nunca volvería a dirigirme la palabra... ni yo a él.

—¿Alguien quiere más vino? —preguntó Kathy—. Puede que lo necesitemos, porque quiero oír cada palabra de esta historia.

—Sirve —dijo Olivia.

Ella y Kathy se repantigaron, dispuestas a escuchar.

Mientras preparaba la cena, Elise no dejó de mirar la pequeña bolsa de regalo. Kent se enfadaría mucho cuando viera la cuenta. De momento, no se le había ocurrido una explicación plausible. No consideraba que «Quería darle las gracias a uno de los jardineros por ser tan amable conmigo» sirviera para calmarlo. Casi podía oír sus palabras: hablaría en ese tono paciente, como el de un gurú sabio que le enseñara lo que era la vida. «Elise —diría—, no debes comprarle un reloj de oro de cinco mil dólares a un jardinero. Una propina de, digamos cincuenta dólares, será más que suficiente.» Y a medida que la sermoneara, alzaría la voz. Le diría que ella no comprendía el valor del dinero porque nunca se había visto en la necesidad de ganarlo. «Siempre te lo han dado todo. Mis padres y yo hemos trabajado mucho para conseguir lo que tenemos.»

En ese punto llegaría el momento en el que Elise debía morderse la lengua para callar. El que ganaba dinero era su padre, tenía buen ojo para los negocios. Cuando se casó, tenía presente que su mujer significaba un paquete que incluía a su mejor amiga y al marido de esta, y dado que los cuatro se llevaban bien, no había supuesto un problema.

Quien insistió en que su marido les diera un empleo a sus nuevos amigos fue la madre de Elise.

—Así podremos comprarnos unas casas grandes, una al lado de la otra.

El padre de Kent fue nombrado vicepresidente ejecutivo para que se ocupara de... Bueno, nadie sabía exactamente de qué, pero cobraba un buen sueldo y ambos hombres eran buenos amigos.

Cada vez que Kent mencionaba cuánto habían trabajado en su familia, Elise

sabía que no podía decir nada, pues siempre que lo enfrentaba a la verdad Kent se enfurecía... y entonces se marchaba. Una vez desapareció durante tres días.

Esa noche estaba preparando su plato favorito: pastel de carne con puré de patatas. Pese a su ilustre linaje y su educación en las mejores universidades, sus gustos tendían a ser vulgares. Lo que le gustaba a Kent era ver un partido de fútbol y comer alitas de pollo.

Elise sacó el rollo de carne picada del horno cuando lo oyó llegar en el coche. Cogió la bolsa de regalo y la metió debajo de las manoplas en el cajón de los paños de cocina.

Él entró con el ceño fruncido y Elise se acercó para saludarlo con un beso.

—Déjame en paz. No estoy de humor.

Ella dio un paso atrás. Kent había estado así desde la cena: enfadado, malhumorado y como si estuviera sumido en un pensamiento. En el pasado, ella habría intentado disipar su mal humor, pero esa noche no tenía ganas de hacerlo. Fue a la cocina, se sirvió un plato y salió al pequeño patio para comer a solas.

«¿Dónde estará Alejandro?», se preguntó. Al cabo de unos pocos días regresaría a su propio país. ¿Se enamoraría de una muchacha bonita de cabellos negros y una rosa roja detrás de la oreja? ¿Regresaría en primavera o se quedaría allí? Si Diego se salía con la suya, al año siguiente para esas fechas Alejandro tendría una esposa y habría un bebé en camino.

Oía que en el interior de la casa Kent abría cajones y los cerraba de golpe. No estaba acostumbrado a servirse la comida.

—Debo hacer algo con mi vida —se susurró a sí misma—. Hacer algo, de verdad.

Antes de casarse, creía que a esas alturas tendría un hijo del que ocuparse. Sería una de esas madres dedicadas que organizaban encuentros para jugar, sería la presidenta de la asociación de maestros y padres, y procuraría que las demás madres asistieran a las reuniones. Ella...

Las lágrimas se derramaban por sus mejillas. No tenía hijos, no tenía un empleo; solo tenía un marido que apenas la soportaba. Sin embargo, no dejaban de decirle que «lo tenía todo».

Esa noche durmió en la habitación de invitados. Fantaseaba con que Kent se acercaría a ella y se disculpara por ser «un monstruo». Después le haría el amor y por la mañana una profunda intuición le diría que estaba embarazada.

Pero él ni siquiera llamó a la puerta. A la mañana siguiente Elise se quedó en la cama hasta que oyó que él se marchaba. Esa noche no iba a regresar. Ella oyó que la maleta de su marido golpeaba contra el marco de la puerta. Era la primera vez que no le hacía el equipaje.

Cuando la casa quedó en silencio salió de la habitación y se vistió con cuidado. Se puso unos pantalones de hilo de color oscuro, una blusa blanca y manolequinas, sacó la pequeña bolsa de regalo del cajón y la abrió.

En el interior había un reloj Cartier de oro, sencillo pero elegante. Cuando lo vio en el escaparate le pareció que era como Alejandro: puede que pareciera un hombre corriente, pero para ella era de oro puro. Sabía que tenía que regalárselo, algo para que la recordara. Quería que pensara en ella cuando lo llevara, que cerrara los ojos y recordara las risas compartidas. Ambos cavando juntos, él sentado en su habitación mientras ella arrojaba prendas a sus pies, estar en los viveros y arrastrar carretillas llenas de plantas. Quería darle algo muy bello, tanto que él nunca la olvidara. Aunque se casara con otra y nunca volviera a verlo, quería que un trocito de su corazón le perteneciera para siempre.

Cuando abandonó la casa con la caja abultando en su bolsillo, no tuvo que buscar mucho para encontrar a Alejandro. Siempre parecía estar en los alrededores. ¿Era por si ella volvía a desmoronarse y lloraba? ¿Correría a salvarla?

Primero fue a ver a Diego y lo invitó a su casa a las tres de la tarde para asistir a una fiesta de agradecimiento.

Debían salir antes de las cinco para llegar a sus hogares a tiempo.

Diego dijo que asistirían, pero parecía cauteloso, como si pensara que ella tramaba algo... y así era. Elise quería pasar más tiempo con Alejandro, todo el que pudiera.

Finalmente se acercó a Alejandro.

—Hola —dijo.

Él dejó de palear mantillo y le sonrió.

No lo había visto desde la cena, esa noche en la que todos se divirtieron tanto, la noche en la que Kent se puso de morros, como un niño malcriado. La noche que Elise no había interpretado el papel de ser menos que él.

Miró en torno para asegurarse de que estaban solos.

—No puedo agradecerte lo suficiente lo que hiciste por mí. La velada resultó

excelente.

—¿Les gustó la comida?

—Muchísimo.

Se sentó en el césped cerca de él y lo observó mientras él retomaba el trabajo. El sol iluminaba su piel dorada y brillaba en sus cabellos negros como el carbón. Dejó de palear después de unos momentos y se volvió hacia ella; no dijo nada, pero había tanto anhelo en su mirada que ella se quedó sin aliento.

Quería acercarse a él, deslizarse en sus brazos y no soltarlo jamás, pero se lo impidió toda una vida de práctica en hacer lo que debía y no lo que quería.

Él le leyó el pensamiento, asintió con la cabeza y después clavó la pala en el mantillo.

Elise se puso de pie y se acercó a él.

—Sé que pronto te marcharás —dijo, y se acercó aún más—. Mi maestra de español y sus nietos, casi todos niños, me enseñaron a cocinar unos cuantos platos mexicanos. Le dije a Diego que él y los hombres estaban invitados a una pequeña fiesta en mi casa, hoy a las tres. ¿Te viene bien?

Él dejó la pala y se volvió hacia ella.

—Desde luego. Es muy amable de tu parte.

Hablaba en un tono tan formal, tan distante, que era como si ya se hubiese ido.

—Quería darte un regalo, algo especial. De mi parte.

—¿Un regalo? —preguntó Alejandro, frunciendo el ceño.

Ella sacó la caja del bolsillo y se la tendió.

Alejandro la cogió, todavía más ceñudo, la abrió, apenas le echó un vistazo al contenido, cerró la tapa y después le devolvió la caja. Enderezó los hombros y se alejó.

Durante un instante Elise se limitó a quedarse allí. Parecía estar enfadado con ella, pero eso era imposible...

Se apresuró a seguirlo, pero él avanzaba con tanta rapidez que tuvo que echar a correr. Cuando lo alcanzó, lo cogió del brazo, pero él se zafó y siguió caminando.

—¿Quieres hacerme el favor de decirme qué pasa?

Él no se detuvo y tampoco contestó.

Cuando Elise vio que se dirigía a la verja posterior, se dio cuenta que se encaminaba a los camiones. ¡Iba a marcharse! Elise echó a correr a toda

velocidad y justo cuando alcanzó la verja le cortó el paso. Estaba sin aliento.

Él no dijo nada, se limitó a cruzarse de brazos y le lanzó una mirada furibunda... a la verja. Se negaba a mirarla directamente.

—¿Qué... —jadeó— he... —siguió jadeando— ... hecho?

La mirada de Alejandro era tan furibunda que se le erizó el vello de la nuca. Después volvió a mirar la verja.

Para sorpresa de Elise, ella no cedió. Cuando sus padres o Kent se enfadaban con ella se sentía una fracasada y se alejaba. «Quizás esté relacionado con... con que me importan.» Siempre tenía miedo de perder su afecto.

Pero con Alejandro era diferente: no tenía miedo de nada relacionado con él.

—¿Eso es todo lo que piensas hacer? —dijo Elise, apretando las mandíbulas—. ¿Quedarte ahí lanzando miradas furiosas a la pared? ¿Ni siquiera puedes dirigirme la palabra? Quería darte un regalo como recuerdo. El que se marcha eres tú. El año que viene a estas alturas quizás estés casado y tengas un hijo, mientras que yo...

Cuando él se negó a mirarla se interrumpió.

—¡Pues vete! Ya he tenido que soportar a demasiados hombres malhumorados y desagradecidos. Me convertiré en lesbiana. Al diablo con todos vosotros.

Elise se alejó, pero tras solo unos pasos él se interpuso en su camino. Ella lo rodeó y no se detuvo, pero Alejandro volvió a cortarle el paso.

—¿Eso es lo que opinas de mí? ¿Qué he hecho tanto por ti que me das una propina?

Ella aún sostenía la caja.

—Un regalo es algo completamente distinto. Es... —Elise agitó la mano—. Te niegas a escucharme, así que no merece la pena. Tú y tu hermana sois iguales: chicle de canela, relojes Cartier, lo que sea. Lo convertís en algo malo —dijo, mirándolo a los ojos—. Si crees que tengo un motivo oculto para hacer esto —añadió, sosteniendo la caja del reloj bajo sus narices—, prefiero arrojarlo al lago en vez de dártelo.

Lo miró con toda la ira que sentía: su enfado con Kent, con sus padres, con lo que debía ser su vida pero no era se reflejaba en su mirada.

Él dio un paso a un lado y ella se dirigió a la casa.

—No vengas a mi fiesta esta tarde —dijo por encima del hombro—. Es para las personas que me gustan —añadió, y cuando alcanzó la puerta la cerró de un

golpe.

Elise trabajó durante horas, como si hubiese tomado anfetaminas. Cocinó y limpió mientras escuchaba música a todo volumen. Lo que fuera para no pensar en lo ocurrido.

—¿Por qué siempre me equivoco? —gritó, pero la música estaba tan fuerte que no oyó sus propias palabras.

A las tres de la tarde ya había preparado grandes cuencos de guacamole y otro lleno de chips de tortilla tibios. También había preparado chiles rellenos, burritos y enchiladas.

Cuando llegaron Diego y sus hombres se esforzó por sonreír, pero la ira brillaba en su mirada. Bajó el volumen de la música.

—Tal vez deberíamos regresar más tarde —dijo Diego.

—No, claro que no. He preparado un montón de comida. Comed, llevaos las sobras a casa.

Miguel se volvió hacia Franco y dijo en español:

—Menos mal que no soy Alejandro.

Elise se volvió y, también en español, soltó:

—Alejandro es un montón de mierda. ¿Te gusta el guacamole?

El hombre retrocedió.

—Sí, sí, es muy bueno.

—¡Entonces cómelo!

Entró en la casa y se apoyó contra la nevera; debía recuperar el control. Solo había dispuesto cervezas porque los hombres debían conducir, pero entonces sacó limas de la nevera: era hora de preparar un margarita... o doce.

Dos horas después, Elise reía y bailaba con un hombre tras otro. Se turnaban haciéndola girar sobre sí misma. La música que sonaba eran canciones mexicanas que resonaban desde el móvil de uno de los hombres.

A las seis, Elise les dijo a los hombres que debían regresar a sus casas con sus familias, pero dijeron que sus mujeres y sus hijos estaban en México. Ella sabía que la familia de Diego estaba en México, pero no las de los demás. Alzó su copa llena, el borde cubierto de sal gruesa.

—Brindo por la soledad —gritó en español.

Todos brindaron con ella.

Diego, el jefe, el hombre serio que cuidaba de todos, fue el último en relajarse

y disfrutar. Sus empleados decían que era el mejor bailarín, pero casi había oscurecido antes de que Elise lograra bailar con él. Bailaba muy bien, se deslizaba con mucha destreza por la terraza con Elise.

—¿Así conquistaste a tu mujer? —preguntó.

—Prometí liberarla de la autoridad de mi madre. Ella se lanzó a mis brazos —dijo, y la hizo girar—. Estás destruyendo a mi hermano menor.

—¡Me alegro! Él me está arrancando el corazón y la sangre me mancha los pies. Puede que me ahogue en mi propia sangre.

Lo dijo en español, en tono tan dramático que Diego rio.

—Hay cosas que no sabes de mi familia. Nos guardamos nuestros secretos.

—Pues dime el mayor y el peor.

—A lo mejor debería. A lo mejor debería decírtelo.

—Me gustaría oír los problemas de otro.

—Entonces será mejor que me calle —dijo Diego.

Ella empezó a preguntarle qué quería decir, pero él volvió a hacerla girar, luego Miguel la cogió de la mano y después Franco, y después...

Se encontró entre los brazos de Alejandro, con los pechos rozando su torso. Él llevaba una camisa blanquísima con un bordado color marfil en el centro y botones de perlas. Se había lavado y peinado el cabello. Había escasa luz en el patio y, en la penumbra, sus ojos parecían aún más oscuros.

Ella lo apartó de un empujón, pero él no la soltó.

—Te odio.

—Lo sé —dijo él y la abrazó. Los brazos de Elise estaban pegados a su torso y el corazón de Alejandro latía contra su mejilla. La música se volvió lenta y él se balanceó al ritmo de la melodía—. Debo regresar.

—¿Junto a tu verdadera familia?

—No, no lo es. Una parte de mí nunca volverá a pertenecer a ese lugar.

—Me harás llorar.

—Muy bien. Lloraremos juntos.

Bailaron durante unos momentos. Ella lo rodeó con un brazo y recogió el otro contra su pecho; él le cogió los dedos.

—Ambos hemos de resolver problemas —dijo él.

—Tienes una novia —señaló Elise, poniéndose tensa.

—Ojalá fuera tan sencillo —respondió él, riendo.

Cuando el ritmo de la música se aceleró, Alejandro la cogió de la mano y la condujo al jardín, alejándola de los hombres. Estos se burlaron, pero Alejandro no les hizo caso. Se detuvo junto al banco en el jardín de hierbas y ambos se sentaron. Él no le soltó la mano.

Cuando ella alzó la vista suplicando un beso con la mirada, él no se inclinó hacia delante. Le acarició el cabello y luego apoyó la mano de Elise contra su pecho.

—No podemos empezar algo que seremos incapaces de detener —dijo, acariciándole el cabello—. Ambos necesitamos estar seguros —añadió—. No soportaría ser algo que utilizas y luego arrojas a la basura.

—Yo no haría eso.

—No adrede, pero te veo con tu marido. Hay una parte de ti que iría junto a él si te llamara. Si eso ocurriese, moriría.

El cuerpo de Elise permanecía inmóvil, pero su corazón estaba a punto de estallar. Parecía estar diciendo que la amaba y daba la impresión de estar muy seguro de lo que sentía. Pero en cuanto a Elise, la noche anterior aún suspiraba por tener un hijo con Kent.

—Me marcho por la mañana.

—¡No! No puedes...

Él le presionó la mano y sonrió.

—Volveré en primavera y veremos qué ha cambiado.

—¿Quieres decir que debo elegir entre tú y mi marido?

—Debes decidir mucho más que eso. Tu vida, tu hogar. Nunca te has separado de tus padres. Tu marido te trata como si fueras una niña. Tiene secretos que...

—¿Cómo? —Cuando él calló, ella se inclinó hacia atrás y lo miró—. Diego insinuó algo y ahora lo insinúas tú. ¿Qué intentas decirme?

Él tardó un momento en contestar.

—Me encargaré de que lo sepas. Cuando estés al corriente de todo, tendrás que decidir qué quieres hacer.

Ella se dio cuenta de que él quería que supiera algo, pero no lograba descubrir qué era.

—No sé si soy lo bastante fuerte como para hacer lo que me pides.

Él volvió a apoyarle la cabeza contra su pecho.

—Fuiste muy fuerte cuando comprendiste lo que podía ocurrir. Tuviste razón

en detenerlo.

—¿Te refieres a cuando me escapé de ti una vez que terminamos el jardín?

—Sí. Eras más fuerte que yo. Yo había llegado a un punto en el que lo único que quería era acostarme contigo.

—¿De veras? —dijo ella en un tono tan entusiasta que él rio.

—Suspiraba por ti cada minuto de cada día, quería oír tu risa, hablar contigo, solo estar cerca de ti.

—Yo sentía lo mismo —susurró ella.

—¿Cómo podías sentir algo que no fuera frío, llevando tu minúsculo bikini rojo?

—No puedo nadar con ese bikini. Tiende a soltarse.

Alejandro soltó un gemido.

—No me provoques, no seas mala. Necesitamos tiempo para resolver todo esto.

Ella esperó a que él prosiguiera, pero no era necesario: sabía a qué se refería.

¿Cómo podían unir sus vidas? Elise debía estar absolutamente segura sobre qué hacer con Kent. ¿Y sus padres? ¿Podría conseguir un empleo en alguna parte?

—Sí —logró susurrar.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó que la camisa de Alejandro estaba húmeda.

—Vendré a por ti en primavera. Entonces podrás decirme qué has decidido.

—¿Y tú?

—Yo sé lo que quiero. Siempre lo he sabido. Estaba perdido desde la primera vez que te vi. —La estrechó en sus brazos—. Rezaré, le pediré deseos a una estrella, compraré bebedizos. —Hizo una pausa—. Confiaré. Cuando regrese y vuelva a verte, sabré qué has decidido.

Se apartó de ella y apoyó las manos de Elise en su regazo.

—Ahora debo irme, de lo contrario no podré controlarme.

Ella apoyó una mano en la mejilla de él.

—Alejandro, quédate, por favor. Solo esta noche. Una noche.

Él le cogió la mano, depositó un beso en la palma y luego la soltó. Se puso de pie y desapareció en la oscuridad.

Elise miró a Olivia y Kathy.

—Eso ocurrió hace meses y desde entonces no lo he visto ni he oído nada de él.

—Uau —dijo Kathy—. Yo le hubiera arrancado la ropa esa misma noche.

—Ojalá lo hubiese hecho —se lamentó Elise—. Ahora nunca tendré la oportunidad; a estas alturas quizás haya vuelto y le habrán dicho que me encerraron porque traté de suicidarme.

—Puesto que es el hermano de Carmen, supongo que sabe que no es verdad —dijo Olivia—. Es evidente que esos hombres intentaban hablarte de ella.

—Decirme que mi marido y su hermana... —Elise tomó aire—. Ahora soy una fugitiva de la justicia y dudo de que vuelva a verlo, pero no importa, porque todavía no sé cómo viviríamos Alejandro y yo.

Olivia alzó la cabeza.

—Alejandro dijo que se encargaría de que lo descubrieras. ¿Crees que él tuvo algo que ver con el hecho de que Tara empezara a investigar a Kent?

—No lo sé —dijo Elise—, pero es posible.

—Alejandro tenía la tarjeta de Tara —señaló Kathy—. Quizá le envió algo.

Elise cerró los ojos un momento.

—Eso significaría que me eligió a mí y no a su hermana. No solo me brindó su lealtad, también su amor. En cambio, ¿yo qué hice? Hasta aquella noche, antes de descubrirlo, aún confiaba que Kent y yo podríamos... no sé, ¿empezar de nuevo? Alejandro fue más leal conmigo que yo con él. Ojalá pudiera cambiar... ¡cambiarlo todo!

—Yo también quisiera hacer eso —dijo Olivia.

—Y yo —añadió Kathy.

Había comenzado a llover y el sonido era agradable. Las mujeres se levantaron, fueron al lavabo, limpiaron y ordenaron la cocina, y reflexionaron sobre lo que habían oído.

Elise no dejaba de sonreír, aliviada por que por fin había podido hablar con alguien sobre ella y Alejandro. Mientras ocurría, se dijo que no era serio, pero al relatarlo todo en voz alta se dio cuenta de que el asunto era más importante de lo que había creído. ¿Qué había dicho Kathy? Que estaba «enamorada de él de cuerpo y alma». Tal vez lo había estado. Tal vez lo estaba.

—¿Quién tiene ganas de jugar al Scrabble? —preguntó Kathy cuando volvieron a la sala de estar.

Cuando la contemplaron fue como si sostuvieran un cartel donde ponía: «Es tu turno.»

Pero Kathy vacilaba.

—Tu marido es diplomático, ¿verdad? —le preguntó a Olivia—. ¿Has viajado mucho?

Elise se disponía a decir algo, pero entonces Kathy observó a Olivia y esta le devolvió la mirada. ¿Qué expresaban sus ojos? ¿Que sentía pena por Kathy? Pero ¿por qué?

Tras unos instantes empezó a comprender que Ray les había contado algo sobre ella. ¿Qué diablos sería? Porque, en el fondo, ¿qué sabía él realmente acerca de su esposa? Esas dos mujeres parecían querer cierta información, pero temían las respuestas.

Desde muchos puntos de vista, Kathy era la hija de Bert Cormac. Había heredado la sensibilidad de su madre, pero también lo bastante del carácter de su padre como para sobrevivir a los dos hombres de su vida. Y una de las maneras de lograrlo había consistido en mantener la boca cerrada. Nunca le había hecho confidencias a nadie, dejaba que los demás vieran una cosa mientras ella se guardaba la verdad para sí misma.

Pero ellas dos, esas desconocidas, se habían sincerado. Es más: le habían confiado secretos muy íntimos. Una llamada a la policía podía cambiar la vida de Elise para siempre. Y Olivia...

—Quizá jugar al Scrabble sería una buena idea —dijo Olivia—. ¿Alguien ha

visto un tablero por aquí? —preguntó, abriendo un armario.

La verdad era que, al igual que Elise, Kathy tenía ganas de hablar. Quería hablarles de su vida a esas dos mujeres que habían sufrido tanto. Tomó aire: sería duro para ella, así que mejor comenzar por algo fácil.

—¿Ray os contó cómo nos conocimos?

Las otras dos dejaron de abrir puertas de armarios y sonrieron.

—Su acompañante derramó su copa en tu vestido y él dijo que lo manejaste con elegancia —respondió Olivia.

—Con clase —añadió Elise—. No lo dijo, pero creo que se enamoró de ti en ese preciso instante.

Kathy las miró y luego soltó una sonora carcajada.

—¡Qué gracioso! Ray no se «enamoró» de mí, ni en ese momento ni nunca.

—¡Pero te quiere! —declaró Olivia en tono serio.

Kathy se inclinó hacia atrás en la silla.

—Sí, me quiere. Me quiere mucho. Más de lo que él sabe, pero no se casó conmigo por eso.

Olivia y Elise la miraban fijamente, pero no parecían extrañadas.

—Apuesto a que Ray os dijo que después de que ella derramara la copa me vio llorando.

—Sí —contestó Olivia—. Dijo que su acompañante te había ofendido.

—¡Ray es un idiota! Listo, brillante, pero un idiota. La verdad es que ella y yo montamos todo el asunto.

—Esto sí que promete —dijo Elise.

Olivia estaba de acuerdo.

—Esta es una casa de historias y ahora te toca a ti. Ve a por vino y copas, Elise. ¿Hay más de esas patatas fritas?

—Ay, no —dijo Kathy—, engordo con solo mirar comida. ¿Hay soda?

—Kathy —dijo Olivia—, no sé quién te ha metido esas ideas en la cabeza, pero eres guapísima.

—Ojalá tuviera los pechos como los tuyos —dijo Elise.

—Serías incapaz de ponerte de pie —soltó Kathy, después se cubrió la boca y dijo—: Lo siento.

Pero Elise y Olivia rieron y se dirigieron a la cocina. Minutos después dispusieron en la mesa auxiliar todo un banquete: vino, patatas fritas y salsa para

mojar.

Hacía mucho tiempo que Kathy no disfrutaba de un momento agradable con otras mujeres. Entre su padre y Ray, ambos hombres muy exigentes que obtenían lo que querían, no disfrutaba de muchas oportunidades para hablar con chicas. Lo único que de lo que ellos dos tenían ganas de hablar era sobre algo que produjera dinero.

En ese momento, las dos mujeres la observaban en silencio, aguardando que les contara qué había ocurrido. Elise les había abierto su corazón y Kathy sabía que debía hacer lo mismo, pero jamás le había dicho a nadie lo que sucedió realmente. Pero ¿quién habría comprendido el poder que ejercían Bert Cormac y Ray Hanran? En las escasas ocasiones en que Kathy intentó describírselo a unas amigas, estas se habían mostrado horrorizadas. «Deberías alejarte de ellos —le decían—, enfrentarte a los tiranos, tratarte bien a ti misma», etcétera, etcétera. A veces el «apoyo» que le brindaban no se basaba en la comprensión... ni en la variedad.

Kathy no se atrevía a confesar a nadie que una parte de ella adoraba el desafío, los fuegos artificiales producto de una vida cerca de esos hombres.

«Fuegos artificiales», pensó. Sí, eso suponía una descripción precisa de Ray. En las escasas ocasiones en que estaba tranquilo, era como una bomba cuya mecha no estaba encendida. Y la interminable atención que exigía —aunque solo fuera para que encontrara los papeles que había perdido— resultaba excitante.

Kathy tomó aliento, recogió la copa de vino blanco helado que Olivia le había servido y bebió un sorbo.

—Pobre Dolores —dijo—. Fue durante una de las fiestas de etiqueta de papá, dos plantas más abajo en nuestro edificio y destinada a impresionar a sus clientes, aunque Bert Cormac no sabría distinguir entre una pajarita blanca y el lazo de un payaso. Fui yo quien tuvo que encargarse de organizar toda la fiesta —añadió y bebió otro sorbo—. Lo primero que debéis saber es que mi padre y mi marido se adoran. Amor entre padre e hijo. Amor de compañeros de pesca, de mejores amigos. En realidad, son como clones. Así que cuando papá se dio cuenta de que debía asistir a un evento de etiqueta sin que Ray estuviera presente, me dijo que lo llamara.

—Un momento —dijo Olivia—. Ray dijo que lo ayudabas, pero no entendí que tú trabajas para la empresa.

—¿Te refieres a recibir un sueldo, disfrutar de servicios dentales, esa clase de cosas? No, no es así. Bert Cormac cree en la familia... al menos eso es lo que dice. Para él, eso significa que yo realizo el trabajo de tres empleados y jamás recibo nada a cambio. Ni siquiera agradecimiento, desde luego.

Olivia puso cara de asco.

Pero Elise sonreía.

—Esa camisa de seda que llevas es italiana y cuesta mil dólares. Y las piedras de ese collar son auténticas. Creo que te compensa.

Kathy sonrió lentamente.

—Soy la hija de mi padre.

Olivia se arrellanó en el sofá.

—Creo que empiezas a caerme bien, Kathy Hanran. Así que le dijeron a Ray que regresara de su viaje de negocios y él llamó a una chica de Brooklyn para que lo acompañara.

—Exacto —dijo Kathy—. Y la encontré en los lavabos, llorando. No quisiera ser maliciosa, pero tenía motivos para llorar. ¡Estaba horrible! Llevaba un vestido de poliéster color morado con diamantes de imitación comprados en una tienda de baratijas. ¡Y su cabello! Atroz. Pero Ray le había dado tres horas para prepararse, lo cual incluía comprarse un vestido, y ella hizo lo que pudo.

—¿Por qué no se negó? —preguntó Elise.

Olivia habló antes de que Kathy pudiera responder.

—Me parece que cuando Ray se pone encantador resulta casi imposible decirle que no.

—Tienes razón —asintió Kathy—. Lo primero que hice fue sacarla del lavabo público. Tenía la llave del despacho de papá y guardaba una caja con cosméticos en su baño privado. Decidí que intentaría arreglarle el maquillaje. No podía hacer nada con el vestido, pero podía eliminar esa sombra de ojos color violeta.

Kathy bebió más vino.

—Creo que debo añadir algo acerca de esa noche. Por entonces yo tenía un medio novio, Larry. Nos habíamos conocido un par de meses antes y era tan atento que casi logró que olvidara a Andy.

—Supongo que Andy era el inalcanzable, ¿no? —dijo Olivia.

—El que jamás me miraba. Su oficina estaba cerca de la de Ray, así que me daba una vuelta por allí cada vez que iba a la ciudad, esperando que Andy se

fijara en mí, pero nunca lo hizo.

Cuando Olivia dirigió una mirada a Elise, Kathy comprendió.

—Ah, ya veo. Ray os dijo que yo siempre andaba cerca de su oficina porque estaba enamorada de él.

Elise y Olivia asintieron.

Kathy soltó una risita.

—Resulta que conozco a mi marido. De todos modos, aquella noche me sentía muy bien, llena de amor por el mundo, y por eso quise ayudar a la chica. Era bajita, así que le dije que se sentara en el mostrador del baño mientras la maquillaba, y empezamos a hablar.

12

—Ray no me deja romper con él —lloriqueó Dolores—. Lo intenté. Dice que está de acuerdo, pero después aparece ante mi puerta y...

Cuando se encogió de hombros el horroroso vestido casi se deslizó de sus hombros huesudos. Solo medía un metro cincuenta de estatura y no llegaba a los cincuenta kilos. Al lado de Ray, parecía una niña perdida.

Kathy retiraba el rímel de debajo de los ojos de Dolores con un bastoncillo de algodón.

—Ray es como mi padre: quiere ganar, sea cual sea el premio.

Dolores parecía sorprendida, como si le pareciera imposible que alguien como Kathy conociera tan bien a Ray.

—¡Sí, exacto!

Kathy empezó a aplicar cuatro tonos de sombra de ojos marrón, mezclando los colores entre sí.

—Mamá y yo intentábamos descubrir el modo de conseguir que papá hiciera lo que nosotras queríamos. Haz lo mismo con Ray: oblígalo a mantenerse alejado de ti.

—¿Cómo lo hago? —Dolores parecía a punto de echarse a llorar otra vez—. Le he gritado, le he cerrado la puerta en las narices. Le he gritado todos los insultos que conozco, pero da igual lo que le diga, porque me lame la oreja y un instante después descubro que ya no llevo las braguitas. Será que se me caen.

Kathy la miraba con los ojos muy abiertos.

—Te he espantado, será mejor que me marche.

—¡No! —exclamó Kathy—. No estoy espantada, siento envidia. Ojalá mi

novio hiciera esas cosas.

Dolores suspiró.

—Siempre es así. Tú quieres lo que Ray me brinda a mí y él quiere que yo sea elegante y refinada, como tú. ¿Crees que las personas que encajan alguna vez llegan a estar juntas?

Kathy dio un paso atrás para contemplar su obra. «¡Mucho mejor!», pensó.

—No, que yo sepa. Los padres de mi novio creen que provengo de la clase baja. Para ellos, apenas soy un poco mejor que la hija de un basurero. Se sorprenden al ver que no como guisantes con un cuchillo.

—Eres un encanto —dijo Dolores, riendo.

—Intento serlo. ¿Qué te parece si tú y yo hacemos algo tan atroz que Ray se vea obligado a romper contigo? —Kathy eliminó el colorete rojo de las mejillas de Dolores y le aplicó un poco de rubor color melocotón—. ¿Hay alguien más que te guste?

—Sí. Donnie, pero me ha visto con Ray y tiene demasiado miedo como para acercarse.

—Si esto funciona, invítame a la boda.

Kathy miró a Olivia y Elise.

—Planeamos lo siguiente: aguardaríamos hasta que Ray se encontrara en el otro extremo de la sala y entonces ella derramaría su copa en mi vestido —era soda— y me chillaría. El plan casi fracasó porque cuando Dolores dijo que yo la miraba como si fuera la hija del basurero que come guisantes con un cuchillo, me dio un ataque de risa y tuve que abandonar la sala para que nadie lo notara.

—Si todo eso salió tan bien, ¿por qué llorabas?

—Yo... —Kathy tomó aliento—. Es un recuerdo difícil.

—¿Crees que me resultó fácil contaros lo mío? ¿Que abandoné a Alejandro? ¿Que tuve que oírle decir que aún debía tomar una decisión? ¿Que debería...? —Al notar la mirada de Olivia se interrumpió—. Vale, lo siento. Pero es necesario que te sinceres.

Kathy asintió y bebió otro sorbo de vino.

—Me había dejado el bolso en el baño de mi padre, así que fui a buscarlo —dijo, mirando a Olivia—. ¿Alguna vez ha habido un único instante en vuestra

vida que lo cambió todo?

—Sí —contestó Olivia—. Una vez me invitaron a ir a Richmond y acepté. Cuando regresé, el hombre al que amaba con todo mi corazón se había ido. No volví a verlo durante más de cuarenta años.

—Ah. —Kathy hizo una pausa, parpadeando y reflexionando—. Entonces supongo que sí. Estaba en el baño cuando Larry, mi medio novio —dijo, acentuando la penúltima palabra— entró con Felicity, la novia de Cal. Ella estaba...

—¿Un momento! —dijo Olivia—. ¿Quién es Cal y cuántos años tiene?

—Calvin Nordhoff, gerente administrativo. Calculo que tendrá la misma edad que Ray. Papá siempre dice que no podría tener una empresa si no fuera por Cal, que se encarga de que todo funcione. Es el equilibrio entre la extravagancia de Ray y la terquedad de mi padre.

—Un hombre capaz de equilibrarlos a ambos —comentó Olivia—. La tercera pata de un taburete. Retira una y se desmorona. Interesante.

Kathy parpadeó.

—Nunca lo consideré de esa manera, pero supongo que tienes razón. La verdad es que no sé exactamente qué hace Cal. Siempre me pareció que me desaprobaba: la hija del jefe que mete las narices en todos los departamentos. Siempre procuro evitar a Cal. En fin, Felicity era como todo aquello que temo metido en un cuerpo muy delgado. Solía mirarme de arriba abajo de un modo que hacía que quisiera esconderme en un armario.

—¿Por qué Larry y Felicity estaban en el despacho de tu padre? —preguntó Elise.

Kathy suspiró.

—Es curioso que, incluso después de tantos años, las cosas todavía puedan hacerte daño —dijo, alzando la vista—. Estaban allí para follar en el escritorio grande y ostentoso estilo yo-soy-el-jefe de mi padre.

Hizo una pausa.

—Sabía que Felicity y Larry eran abogados los dos, pero ignoraba que habían ido al mismo instituto. Y, por supuesto, ignoraba que habían vivido juntos durante el primer año de universidad. Pero la verdad es que había un montón de cosas que ignoraba sobre Laurence J. Winbeck III.

Kathy tardó un momento antes de proseguir.

—Debería haber salido del baño en cuanto los oí y supe lo que iba a suceder, pero estaba fascinada. No vi lo que hacían, pero lo oí todo. Él siempre había parecido demasiado refinado como para practicar un sexo bajo y sucio, pero lo que ellos hicieron fue algo rápido y brutal, muy distinto del sexo que habíamos practicado él y yo. Todo acabó con rapidez, pero era como si el despacho estuviera lleno de vapor. Me quedé en el baño con la puerta entreabierta, las luces apagadas y el corazón palpitante.

—Ver a tu novio con otra debió de ser difícil para ti —dijo Olivia.

—Sí y no. Creo que tal vez estuviera celosa, pero no del modo normal. Primero Dolores, con sus braguitas en el suelo, y después Felicity, follada en el escritorio de mi padre. Estaba celosa de lo que recibían esas mujeres y yo, no. ¿Cuándo me brindarían esa clase de pasión descerebrada a mí?

—Lo mismo me pregunto yo —dijo Elise, en cuya voz se mezclaban la tristeza y el enfado.

Kathy la miró compasivamente.

—Hasta hoy hubiera pensado que alguien tan delgado y hermoso como tú lo tendría todo.

—Yo también —dijo Elise—. Cuando me casé con Kent, creí...

Olivia la interrumpió.

—Quiero saber qué ocurrió en el despacho.

Kathy soltó el aliento.

—Las cosas empeoraron. Se tendieron en la alfombra y empezaron a hablar.

—Sí, hablar es peor —comentó Olivia—. ¿Qué dijeron?

—Solo hablaron de mí —contestó Kathy, meneando la cabeza.

—¿De verdad vas a hacerlo? —preguntó Felicity—. ¿De verdad tendrás valor para casarte con tu novia gorda, insulsa pero ay-tan-rica?

—¿Tú qué crees? Seis semanas más y será mía. Pero resulta que debo hacerlo, ¿verdad? Mi padre le debe demasiado dinero al viejo Bert Cormac como para dar marcha atrás.

—¡No me vengas con chorradas! No venderías tu alma por tu padre. Quieres la casa y el coche y el empleo fácil que obtendrás solo por contemplar a esa foca recorriendo el pasillo de la iglesia. ¿Esperas tu noche de boda con impaciencia?

—Cállate. —Larry se incorporó—. Kathy es buena. Es tan ingenua como una niña, pero es buena persona. Su padre la aterra, pero a mí también. Será un buen matrimonio. Nada excitante, pero sólido y seguro.

—Y tendrás algunas aventuras en la oficina para satisfacer tu lascivia y...

—¡No, por todos los diablos!

—¿No irás a decirme que te mantendrás fiel a esa vaca?

—Quiero decir que no tendré una oficina. Alrededor de cuatro años después de pasar por la vicaría, pienso sufrir una lesión que no me permitirá estar horas sentado a un escritorio. Ya he contactado con un médico que me firmará un certificado. Pienso pasar mi vida en el club de campo.

—¿Y en el vestuario de las chicas?

—Ya lo vas entendiendo.

—¿No puede ocurrir que tu gallina de los huevos de oro te eche de casa y acuda a los tribunales? ¡No quisiera enfrentarme a Bert Cormac en un juzgado!

—No. Kathy está tan necesitada de amor que todo lo que he de hacer es sonreírle y acude a la carrera. ¿No te pasa lo mismo con Cal?

Felicity rio.

—No del todo. Cal es un hueso duro de roer.

—Pero te estás poniendo manos a la obra, ¿no?

—Supongo que sí. Cal no es persona de compartir sus pensamientos más íntimos. No sé nada sobre su pasado, pero el sexo con él está bien, así que de momento seguiré adelante.

Cuando alguien trató de abrir la puerta del despacho Kathy soltó un grito ahogado.

—Será mejor que nos larguemos —dijo Larry.

—¡Espera! He oído un ruido en el baño.

Cuando la puerta volvió a agitarse Kathy contuvo el aliento.

—No es nada. Ponte los zapatos y salgamos por allí.

Cuando se fueron, Kathy entró en el despacho y le abrió la puerta a su padre. Cuando se preparó para oír un comentario duro se dio cuenta de que, en efecto, él la «aterraba». Era tan gritón y agresivo que ella y su madre cedían ante su ímpetu: era más fácil.

Pero su padre no la regañó. La miró un momento y frunció el ceño ante lo que veía, pero no dijo nada. Después dio un paso atrás, se inclinó y recogió un

brazalete del suelo.

—Parece que alguien ha estado aquí haciendo algo que no debería —dijo. Le arrojó la pulsera, rodeó el escritorio y cogió unos papeles.

Kathy se quedó allí mirando el brazalete, sabiendo que era de Felicity. ¿Es que no acababa de descubrir la verdad acerca de Larry? Le habría gustado poder contarle a su padre lo que había ocurrido y cuánto daño le había hecho. Se acurrucaría en su regazo, él la abrazaría y le diría que todo iría bien. Pero Bert Cormac no era esa clase de padre... y le diría que, en primer lugar, era una tonta por querer a Larry.

—¿Te importaría que rompiera con Larry? —preguntó.

Bert gruñó.

—¿Y ahorrarme de que algún día tenga que mantener a ese cabrón perezoso?

Kathy tomó aire. Si su padre se había dado cuenta de eso, ¿quién más? ¿Los demás se reían de ella? Ella era la Vaca. Tal vez debería escribir un libro infantil sobre eso.

Cuando su padre alzó la vista y la miró, no fue con la expresión habitual de impaciencia.

Durante un momento le pareció que era de comprensión. Kathy asintió con la cabeza, luego abandonó el despacho y cerró la puerta a sus espaldas.

Cuando entró en el ascensor se dio cuenta de que lo ocurrido no la había afectado. Lo que vio y oyó resultaba un tanto borroso. ¿Cómo lo manejó? ¿Se marchó y lloró de pena? ¿O se enfrentó a Larry para decirle que lo había visto todo?

Pero Kathy no tenía ganas de llorar; a lo mejor se parecía más a su padre de lo que había creído, porque lo único que sentía era rabia. Ira. La rabia la recorría como un río de lava y esa cólera ardiente hacía que enderezara la espalda y, curiosamente, se sentía bastante tranquila.

Larry había planeado engatusarla para que se casara con él. Por el dinero de su padre. Y ni él ni Felicity parecían creer que Larry no fuera a tener éxito en su empeño.

Esos dos habían dicho que ella era «buena». «Necesitada de amor.»

Cal y Felicity estaban en la pista de baile; formaban una bonita pareja. Cal era alto y se le veía muy guapo con su esmoquin, mientras que Felicity estaba elegante ataviada con su vestido de diseño. Contemplaba a Cal con ojos

brillantes. Nadie podía adivinar que apenas unos minutos antes sus piernas rodeaban el cuello de Larry.

Sonriendo, Kathy se abrió paso entre los bailarines. Era la hija del jefe, así que le abrieron paso.

Cuando alcanzó a Cal y Felicity, estos dejaron de bailar; Cal le lanzó una mirada tan condescendiente que Kathy se preguntó qué había hecho para caerle tan mal. Felicity la miró de arriba abajo con una mueca de asco.

—Lamento molestarte —dijo Kathy en un tono muy dulce, sosteniendo el brazalete con la punta de los dedos—. Dejaste esto en el suelo del despacho de mi padre cuando follabas con Larry. Verás: no quisiera ser indiscreta, pero deberías hacerte ver ese lunar que tienes en la nalga izquierda. Podría ser canceroso.

Kathy sonrió.

—Pero me alegré al ver que los dos estabais disfrutando de la fiesta. Buenas noches.

Kathy se volvió y se alejó, y los bailarines —que lo habían oído todo— se apartaron como las aguas del mar Rojo.

—Y por eso llorabas —dijo Olivia.

—Sí. Ray se perdió todo mi intercambio con Cal y Felicity; había metido a Dolores en un taxi y después fue a algún lugar y se tomó un par de copas. Jamás lo reconocería, pero creo que estaba reflexionando sobre su vida. Para cuando volvió a la fiesta, el arrebató de ira ya se me había pasado y estaba escondida en el despacho de la primera planta, llorando a moco tendido. Ray subió para recoger unos documentos, me vio y... —dijo y se encogió de hombros.

—¿Sexo? —preguntó Elise en tono de esperanza.

—No, se metió en la cocina de la oficina y sirvió una gran porción de helado con frutas y nueces que compartimos. Creo que esa fue la noche en la que decidí renunciar a lo romántico y conformarse con alguien que podía ayudarlo en su carrera profesional. No sé, la cuestión es que nos casamos seis meses después.

—Y tú también te conformaste —dijo Olivia.

—Acepté lo que me ofrecían. Pero en defensa propia alegaré que nunca pensé que mi matrimonio no sería... real. —Esbozó una sonrisa abochornada—. Creo que las palabras de Larry se me cruzaron por la cabeza: tal vez no sería el matrimonio romántico con el que había soñado, pero sí creí que despertaría la pasión de Kent.

»Pero eso no ocurrió. Después de la boda, Ray y yo nos llevábamos bien, él elogiaba mis conocimientos del negocio y comentaba todas las cuentas conmigo. Era respetuoso y cortés.

—¿Y en el aspecto íntimo? —quiso saber Olivia.

—Hubo besos y algunas caricias, pero nada más. Me dije que Ray intentaba aprender a comportarse como un caballero; me pidió que le enseñara todo lo que yo sabía sobre los buenos modales. —Kathy se cubrió la cara con las manos—. Pero yo no dejaba de recordar a Dolores y sus braguitas, creí que una vez casados, eso cambiaría, que Ray daría rienda suelta a su pasión... conmigo.

—Yo pensé lo mismo —dijo Elise—. Creí que el matrimonio haría que Kent y yo fuéramos iguales y que eso de ser el «hermano mayor» se habría acabado.

—Pensé que todas esas suposiciones eran cosa de mi generación —dijo Olivia—. Creí que vosotras, las jóvenes, sabíais que no debíais dar crédito a eso de que el matrimonio resuelve los problemas.

—No —contestó Kathy—, no lo sabemos, no hemos aprendido nada.

—Yo no, desde luego —dijo Elise—. ¡Eh! Todo eso sucedió hace años, así que ¿qué le pasó a todo el mundo? Sobre todo a esos dos gimnastas del despacho.

—Y también a Andy, el inalcanzable —añadió Olivia.

Kathy meneó la cabeza.

—El futuro es un misterio. Supongo que creí que vivía en 1890 y que cuando revelé el encuentro secreto de Felicity la expulsarían de la buena sociedad, pero el asunto la elevó. La gente decía: «Ay, eres una chica mala, Felicity», y después reían.

Kathy hizo una pausa.

—Larry volvió con su antigua novia, cuya familia era tan rica que, en comparación, la mía parecía pobre. Hace poco oí que sufrió un accidente y se lesionó la espalda y ya no puede trabajar para su suegro.

Cuando Elise soltó una risita, Kathy no pudo dejar de sonreír.

—Andy, el hombre que me gustaba, acabó por pedirle a Cheryl, del departamento de contabilidad, que se casara con él. Es casi del mismo tamaño que yo y ahora tienen dos hijos.

Olivia soltó una breve carcajada.

—Pero mi historia predilecta es la siguiente: Felicity fue a ver a un médico por el tema del lunar. Ella y el médico se casaron el año pasado.

Elise fue la primera en reír y las otras dos se unieron a sus risas.

—¿Y Cal? —preguntó Olivia—. Felicity lo puso en un auténtico aprieto. ¿Cómo reaccionó ante semejante humillación pública?

—Ni idea. —Kathy se sirvió más vino—. No está casado, si te refieres a eso, y

asiste a todas las fiestas con una chica distinta. ¿Por qué ese interés por Cal?

—Bueno, es que parece que quedó excluido —explicó Olivia—. Me pregunto cómo reaccionó a aquella noche. ¿Se enfadó con Felicity? ¿La comprendió? Ese tipo de cosas demuestran el auténtico carácter de un hombre.

—No lo sé. Ya os lo he dicho: Cal no se me acerca. Sí sé que después de esa noche le caigo aún peor que antes. Durante meses, incluso procuraba no estar en la misma habitación que yo. En mi boda, dijo: «Espero que obtengas lo que deseas de la vida.» Su tono me puso los pelos de punta. La verdad es que ese hombre me da miedo.

—Y ahora Ray es toda tu vida —dijo Olivia en voz baja—. Más o menos.

—A lo mejor Andy tenía miedo de hablarte porque eres la hija del jefe. ¿Por qué no lo invitaste a salir? —preguntó Elise.

—Me siento bastante segura acerca de lo que puedo hacer en el mundo de la publicidad, se me han ocurrido unas cuantas buenas ideas, pero... —indicó su cuerpo con una mano—, no me siento tan segura respecto de mi persona.

—En fin —dijo Elise—, al menos tu marido sabe que tienes un cerebro. El mío cree que soy una niña no demasiado inteligente.

—Y el mío creía que solo servía para trabajar.

—Eso no ocurre si tienes el marido adecuado —dijo Olivia—. Si hubiera estado con Kit durante todos esos años no habría estado encima de Alan y su hijo. —Suspiró—. Habrían disfrutado de una vida con alguien que les hiciera felices.

—Ojalá no me hubiese creído tan poderosa como para conseguir que Kent me amara.

—Y ojalá hubiera invitado a cenar a Andy.

El peso de los remordimientos flotaba en el ambiente.

Olivia quería relajarlo.

—¿Y vosotras, jovencitas, creéis que vuestras vidas son duras? Pues enteraos bien: cuando se trata de lo romántico nada es peor que ser una mujer mayor y soltera sin problemas económicos. En la tele y en el cine, cuando un hombre mayor se queda viudo, aparecen un montón de aspirantes con ollas llenas de guiso. Lo que yo ignoraba es que por lo visto la gente cree que el auténtico deseo de una mujer mayor sin problemas económicos es encargarse de mantener y cuidar a un hombre, y dedicarse día y noche a encontrar lo que él va perdiendo

por ahí. «Una enfermera o una billetera.» Eso es lo que quieren.

Bebió un sorbo de agua.

—El día del entierro de Alan, tres ancianos se acercaron a mí. Cada uno parecía convencido de que eran ellos quienes decidirían si se instalarían en mi casa sin hipoteca. Y cuando dije «no»... ¡menudo enfado! Ninguno de ellos me quería a mí. Solo parecían suponer que ocuparme de ellos era mi deber. A veces creo que me instalé en la casa de mi hijastro para protegerme.

Kathy dejó su copa en la mesilla.

—Tengo un marido alto y guapo que emana una sexualidad tan potente que las mujeres lo siguen por la calle. Él y yo somos muy amigos y nos queremos de verdad... pero nunca me toca. Es considerado, bueno y generoso... y lo cambiaría todo por un polvo realmente maravilloso.

Ambas contemplaron a Elise.

—¿Yo? Yo soy una buena chica. Siempre obediente. Nunca les causé problemas a mis padres; cuando me impulsaron a casarme con Kent, no me negué. ¿Y por qué no? Es guapísimo, listo y ambicioso. Yo no me crie fantaseando con estrellas del rock, para mí el único que existía era Kent. A los ocho años empecé a recortar fotografías de la casa que compartiríamos; me convertí en lo que él quería. ¿Cabellos hasta los hombros con una diadema? Vale. ¿Ropa de buen tono? Vale. Asistí a los institutos que él dijo que debía asistir la mujer con la que se casaría. Lo hice todo, nunca me lo cuestioné, pero ¿qué pasó? Se casó conmigo, me aprecia, pero la que lo apasiona es Carmen. Soy exactamente lo opuesto de Carmen —dijo, lanzándole una mirada elocuente al magnífico busto de Kathy.

—¡No creas que estas resolverían tus problemas! —exclamó Kathy—. Me alimento de lechuga y pollo a la plancha, pero incluso si fuese tan delgada como tú, dudo mucho de que entre Ray y yo existiera esa chispa.

Elise le lanzó una mirada de interrogación a Olivia. ¿Debían decirle a Kathy que Ray pensaba abandonarla?

Olivia asintió y se dispuso a hablar, pero en ese momento alguien llamó a la puerta y las tres se sobresaltaron. Ella se puso en pie para abrir.

Fuera oscurecía y el Joven Pete, con el rostro arrugado y ceñudo, llevaba un chubasquero amarillo cubierto de gotas de lluvia.

—Les dije a esos dos que se largaran. Se marcharon, pero dejaron las ventanas

abiertas.

Elise y Kathy estaban detrás de Olivia, mirando al viejo. Cuando vio a Kathy, una sonrisa atravesó su cara arrugada.

—A ti no te había visto —dijo en voz baja, le lanzó una mirada lasciva y le tendió un paraguas—. Toma.

—Gracias —dijo Kathy, cogió el paraguas y le sonrió.

Entonces el Joven Pete se volvió, al parecer complacido por el encuentro.

Olivia cerró la puerta.

—Supongo que les dijo a Kevin y Hildy que se marcharan. Será mejor que vaya a cerrar las ventanas.

—Te acompañamos —dijo Elise—. Alguien debe proteger a Kathy del lujurioso Joven Pete.

—¡No! ¡Nada de eso! Es el mejor ofrecimiento que he recibido en años —dijo Kathy.

Todas rieron. Kathy le prestó una chaqueta a Elise, era de Prada y demasiado grande, pero el suave cuero era divino.

—Kathy y yo cerraremos las ventanas —dijo Elise cuando Olivia extrajo las llaves de la casa de su bolso—. No es necesario que entres —añadió y explicó que Olivia quería esperar hasta que Kit llegara para que ambos estuvieran juntos la primera vez que vieran la casa.

—No —dijo Olivia—. Creo que me gustaría verla. Vosotras habéis hecho que me siente bien porque hay un hombre que realmente me quiere a mí.

Cuando se dirigió a la puerta, Kathy y Elise intercambiaron una mirada. Puede que Olivia hubiera encontrado al hombre, pero ¿y los cuarenta y tantos años que se había perdido? ¿Y el hecho de que el actual problema estaba relacionado con eso? Kevin y Hildy formaban parte de la herencia de su difunto marido.

Pero no dijeron nada; Kathy encontró una linterna en un cajón de la cocina y siguieron a Olivia a lo largo del camino de entrada hasta la verja que rodeaba la Casa del Río. Elise bromeó y dijo que la linterna serviría para defenderse del Joven Pete cuando persiguiera a Kathy.

—¿Bromeas? —dijo Kathy—. Lo estoy alentando. Indícame su casa para que después pueda escabullirme y reunirme con él. Será mi propio guardabosque personal.

Aún se reían cuando alcanzaron la entrada.

Olivia había imaginado que la primera vez que viera el interior de la casa en la que ella y Kit vivirían lo único que experimentaría sería dicha. Durante su larga luna de miel compraron muchas cosas preciosas: encajes en España, esculturas nativas en las islas Marquesas, antigüedades en China...

Stacy Hartman, su diseñadora, les había dicho lo que necesitaban. «Una cajonera para la ropa de cama», había escrito y luego las medidas. Añadiría una nota de color, un poco de azul o de plateado, o de laca roja a juego con una alfombra que Kit había comprado veinte años atrás en un mercado egipcio.

La búsqueda de objetos bellos resultó muy divertida. Cuando lo que encontraban no se correspondían con las medidas de Stacy, le enviaban una foto y le pedían que hallara un lugar adecuado. Siempre lo hacía.

Al principio Stacy les enviaba correos electrónicos con fotos de las telas que consideraba adecuadas, pero no tardó en descubrir que Olivia y Kit podían conseguir algo similar en cualquiera de los países en los que se encontraban. Todo el viaje por Italia se había convertido en un periplo dedicado a comprar telas. Regateaban por retales de telas utilizadas en palacios. Un día, Olivia cogió una pieza de brocado de una pila de viejas alfombras y dijo que lo quería para el cabecero de la habitación de huéspedes. La tela estaba sucia y un poco desteñida, pero no estaba agujereada. Kit había regateado —en italiano— y lograron hacerse con una pieza estupenda por un buen precio.

Dos días después volvieron a la tienda y vieron que el viejo y astuto propietario había arrojado otro magnífico tapiz sobre unas alfombras. Con una sonrisa pícaro, les dijo que cada vez que tenía un trozo que no lograba vender, lo dejaba sobre las alfombras y lo cubría de polvo. Se vendía de inmediato.

—En general, a estadounidenses —dijo, con ojos chispeantes.

Había un montón de cosas en la casa de los años en que Olivia y Kit no habían estado juntos, pero también bastantes objetos comprados por ambos como para que sintiera que ese también era su hogar. Sin embargo, no podía dejar de pensar en aquello que le gustaría cambiar. Si hubiera estado con Kit durante los años ochenta habría vetado las máscaras africanas; si hubiese estado con él en los años noventa, habría escogido alfombras diferentes. «Si, si, si...», pensó, siguiendo a las otras hasta la cocina.

Stacy había llenado la despensa y la nevera. Prepararon ensaladas y metieron dos grandes pizzas en el horno.

—Quiero que me hables de ti, del verano de 1970 cuando tú y Kit estabais juntos —dijo Elise.

El intenso chaparrón hacía que se sintieran aisladas.

—No sé... —dijo Olivia.

Era una historia que había procurado olvidar durante cuarenta años, o al menos enterrar bajo la realidad de su vida. Kathy y Elise la contemplaban fijamente.

—No estoy segura de recordarla con claridad.

Elise y Kathy guardaron silencio, pero sus miradas indicaban que no la creían. Olivia miró a través de la ventana del horno para comprobar el estado de las pizzas. ¿A quién trataba de engañar? ¿A sí misma? En ese caso, no servía de nada, porque recordaba cada segundo de aquel verano. Retiró las pizzas con la gran paleta de madera y todas fueron al comedor.

—Esta mesa proviene de Inglaterra y dicen que perteneció a...

Dejó de hablar porque Elise y Kathy todavía esperaban que comenzara a contarles la historia de su vida.

—Es tu turno —dijo Kathy.

—Aún no —contestó Olivia—. No hemos oído lo suficiente acerca de tu vida con Ray. ¿No dijiste que trabajabas con él?

—Éramos como socios. Él me contaba todas sus ideas y las comentábamos. Nada interesante. No vino ningún jardinero de ojos oscuros para salvarme y rara vez reconocían mis méritos por lo que hacía. ¡Así que eso es lo que hay! Quiero que me hables de ti y de Kit, y de ese verano inolvidable.

—Estoy de acuerdo. —Elise se sentó a un lado de Kathy—. Quiero oírlo todo, desde el principio.

Olivia se sentó frente a ellas.

—La historia completa me haría quedar muy mal. Yo era detestable.

—¿Tú? —exclamó Elise—. Pero si eres perfecta, eres tranquila, considerada y muy perceptiva. Tú...

—Te juro que si dices que esperas ser como yo cuando tengas mi edad, te echaré fuera bajo la lluvia y te dejaré en manos del Joven Pete.

—En serio, me gustaría oír la historia —dijo Kathy—. Y dinos la verdad sobre ti misma, por favor. Sobre todo el mundo.

Olivia cerró los ojos, como si intentara tomar una decisión.

—Me he esforzado tanto por olvidar... sin éxito. —Guardó silencio un minuto

—. Corría 1970 —empezó a decir—. Nixon estaba en la Casa Blanca y los jóvenes morían en Vietnam. —Alzó la copa de vino y la contempló con expresión nada dichosa—. El FDA, el Organismo para el Control de Alimentos y Medicamentos, había publicado una advertencia sobre que las píldoras anticonceptivas podían causar una embolia, así que no queríamos usarlas.

Mientras Olivia hablaba, las otras empezaron a comer.

—El mismo día que me licencié en la universidad, tomé un avión a Nueva York. Mi profesora de teatro había arreglado una prueba para el papel de Elizabeth en una nueva producción de *Orgullo y prejuicio* en Broadway. Me avergüenzo de confesar que cuando me dieron el papel, más que agradecimiento lo que sentí fue que me lo merecía. Nunca me había pasado nada malo, así que me sentía invencible. ¡A mí jamás me pasaría algo malo!

»Empezamos a ensayar de inmediato y me encantó. Compartía un diminuto apartamento sin ascensor en una cuarta planta con la chica que interpretaba el papel de Jane. Era oriunda de una pequeña ciudad de Nebraska y estaba deseando disfrutar de todo lo que Nueva York podía ofrecer. Fue una época maravillosa y creí que mi vida siempre sería así.

»Pero entonces el teatro se incendió debido a la instalación eléctrica, que era muy vieja, y lo cerraron para reformarlo por completo. En realidad, el teatro necesitaba una reforma total y postergaron la obra hasta septiembre. Como no tenía un empleo no podía permitirme permanecer en Nueva York y tuve que volver a casa.

Olivia hizo una pausa.

—Lo dicho: yo era detestable. Mis padres disfrutaron de su vida sosegada mientras yo asistía a la universidad, pero regresé llena de energía neoyorquina, con una actitud muy crítica respecto al aburrido verano de Summer Hill y furiosa porque «mi» obra no iba a estrenarse inmediatamente.

Olivia sonrió.

—En aquel entonces lo ignoraba, pero mi madre era una mujer muy sabia. Ella y papá me aguantaron durante tres días, pero mamá lo había previsto todo y me había encontrado un empleo de verano. Me dijo que sería el ama de llaves interna de dos ancianos.

—¿Y tú que dijiste? —preguntó Elise.

—En tono melodramático anuncié que prefería morir a pasar mi último verano

como una persona normal cocinando para dos hombres ancianos. —Olivia meneó la cabeza—. Ya sabéis: el último tiempo que me quedaba antes de convertirme en una estrella mundialmente conocida. —Olivia rio—. Ahora resulta difícil imaginarlo, pero yo era la hija única y mimada de padres mayores, y eso es casi lo peor que existe. Pero mi madre sabía que era hora de que me convirtiese en adulta: me alcanzó mi maleta y me dijo que el señor Gates me recogería en diez minutos. ¡Me quedé conmocionada! Pero pensé que si solo debía encargarme de dos viejos que, por lo que sabía, eran encantadores, tendría tiempo de aprenderme el papel y perfeccionarlo.

Olivia bebió un sorbo de vino.

—Mientras el señor Gates conducía el coche hasta su casa, me dijo que el empleo estaba disponible porque la señora Tattington, una pariente suya que solía cocinar para ellos en verano, se había roto el brazo. Estaba allí con su marido y su hija de cinco años, y el hijo de cinco años del doctor Everett también se alojaba en la Casa Grande. El señor Gates dijo que sería un detalle que también ayudara a cuidarlos.

—¿Cuántas personas eran en total? —preguntó Kathy.

—Dos ancianos, uno de los cuales estaba en una silla de ruedas, tres miembros de la familia Tattington y un niño pequeño, así que debía ocuparme de seis personas.

—Pero ¿Kit no estaba allí también?

—Al principio, no. La noche en que llegó yo estaba tan exhausta tras cocinar y limpiar que me quedé dormida. A la mañana siguiente, cuando me dijeron que también tendría que encargarme de un muchacho de diecinueve años, me puse furiosa. Estaba que echaba chispas —dijo Olivia, sonriendo.

—Supongo que algo te hizo cambiar de parecer —comentó Elise.

—Piensa en cómo se viste Alejandro.

—Sí —dijo Elise—, sin camisa.

—Y casi sin pantalones —puntualizó Olivia en tono soñador—. En 1970, nunca había visto a un hombre que llevara menos ropa que él. Y jamás había visto un cuerpo tan bello como el suyo.

»Y tampoco después —añadió, con una sonrisa pícaro.

Olivia dejó la bayeta en la gran pica de porcelana y miró por la ventana. Los terrenos de la vieja plantación eran muy bonitos, pero cuando uno estaba tan enfadado como ella todo parecía horroroso.

A sus espaldas, sentados ante la mesa de la cocina, estaban el tío Freddy, el señor Gates y los dos niños. La silla de ruedas del tío Freddy se encontraba junto a la vieja silla de mimbre del señor Gates y las piernas de los niños colgaban del banco. Tomaban la sopa Campbell y los sándwiches de queso que ella había preparado para el almuerzo. Una vez más.

Olivia sabía que debía controlar su ira, pero de momento la vida le parecía demasiado injusta como para pensar con claridad. Todo había sido tan perfecto... Había disfrutado de Broadway y el futuro parecía prometedor.

Se volvió y los miró, los cuatro comían en silencio con la cabeza baja.

¡Maldición! ¿Cómo podía zafarse de ese empleo? No estaba hecha para eso y no tenía ganas de aprender. Esos hombres y los niños —sobre todo el pequeño Ace— se merecían algo mejor. La noche anterior había hecho unas llamadas y le ofrecieron un empleo en la tienda de vestidos Abigail. Si lograba encontrar a alguien que la reemplazara en la Casa Grande podría aceptar el puesto.

Olivia contempló la cabeza gacha del tío Freddy. Era un anciano y ella no quería herirlo; a su lado estaba su compañero de toda la vida, el señor Gates. Ambos a menudo mencionaban que habían nacido el mismo día. «Y eso nos convierte en mellizos», y reían cada vez que lo decían. El tío Freddy era rubio y de piel blanca, el señor Gates era afroamericano.

El mismo cumpleaños, pero mundos muy distintos, y todos los habitantes de

Summer Hill conocían la historia.

Frederick Ethan Tattington había sido el más joven de los cuatro hijos de una familia de Filadelfia, vieja, rica, trabajadora y sin sentido del humor. El día que cumplió los veintiuno, su padre hizo lo que había hecho por todos sus otros hijos: le preguntó a Freddy qué era lo que más deseaba. Todos sus hermanos mayores habían dicho algo como «Ser el dueño del mundo». Su padre les había montado empresas que ellos podían dirigir.

Pero el joven Freddy —tan apuesto que casi resultaba femenino y al que todos ellos adoraban— dijo que quería Tattwell, la plantación de Virginia que la familia aún poseía. Que la familia aún fuese la propietaria de una plantación en un estado del Sur todavía los abochornaba, y no por las personas que la habitaban, sino porque ellos habían formado parte de los que perdieron la guerra civil.

De buena gana —pues su padre se había quedado sin empresas para regalar— le entregó la decadente plantación a su hijo, junto con el dinero necesario para reflotarla.

Freddy siempre había sido una persona feliz, pero cuando cumplió los veintiuno su dicha se vio sometida a una dura prueba. Bebió tres copas de champán y brindó por su buena vida, después montó su caballo y decidió comprobar si podía saltar por encima de un carro cargado de paja. Todos le suplicaron que no lo hiciera.

Logró superar el carro, pero cuando su caballo aterrizó, uno de los gatos del granero pasó corriendo. Para no lastimarlo, Freddy tiró de las riendas hacia la derecha, el caballo trató de girar pero no pudo. El joven salió disparado, aterrizó de espaldas contra una vieja fuente de piedra y quedó paralizado de cintura para abajo.

Su bella prometida lo abandonó y su familia le dijo que regresara a Filadelfia. Pero Freddy permaneció donde estaba y su amor por la vida jamás lo abandonó. Alrededor de un año después del accidente, tras despedir amablemente a tres hombres muy cualificados a los que su familia había contratado para que lo ayudaran, apareció un afroamericano alto, delgado y joven en busca de trabajo. Echó un vistazo a la puerta de entrada y dijo llamarse Gates, nada más.

Freddy lo contrató, añadió la palabra «señor» a su nombre, y dos semanas después se convirtieron en compañeros inseparables.

A lo largo de muchos años, el tío Freddy —como lo llamaban todos— había ayudado a numerosas personas. Les daba empleos en la vieja plantación que parecía devorar dinero. Y los escuchaba. De hecho, estaba convencido de que la mayoría de los problemas se podían resolver si las personas se prestaban atención mutuamente.

Estableció contactos con las fuerzas del orden, los servicios sociales y el clero. Aprendió a pedir ayuda para resolver cualquier problema.

Lo único que no logró resolver con éxito fue conseguir que un ama de llaves se quedara. Ninguna conservaba el empleo durante mucho tiempo: la casa era demasiado grande, había demasiadas bocas que alimentar, etcétera. La que más tiempo se quedó, estuvo tres años: era Margaret y se quedó porque el tío Freddy la dejaba librar en verano.

Hacia tres años William, un primo lejano del tío Freddy, Nina su mujer y Ruth, su hija de dos años de edad, pasaron el verano en la plantación. Bill era profesor de física de una universidad del Este y Nina, ama de casa. La idea era que durante todo el verano Bill trabajaría con algunos de los muchachos del lugar limpiando los acres que rodeaban la vieja casona y cuidando del huerto de frutas y verduras. Nina cocinaría, envasaría y congelaría todo lo que cultivaban; en otoño regresarían al Este y Margaret volvería de la casa de su hermana en Alabama, para encontrar una despensa repleta de comida que no necesitaba preparar.

Todo funcionó perfectamente durante un mes, pero entonces el doctor Everett Chapman de Summer Hill acudió para examinar al tío Freddy; su esposa asistía a una reunión de la iglesia así que Kyle, el hijo de dos años del médico, lo acompañaba. Nina dijo que vigilaría a los niños para que los hombres pudieran hablar.

Los niños desaparecieron, desaparecieron del mapa. Media ciudad se unió a la búsqueda y tras ocho horas y sin rastro de ellos, las familias y toda la ciudad estaban muy angustiados.

Entonces los chicos bajaron del altillo, sucios y cubiertos de telarañas. Tenían hambre.

Esa noche los niños recibieron sermones y amenazas... pero nada cambió.

Al día siguiente, cuando el joven Kyle vio pasar la furgoneta roja del señor Gates, se escabulló de la casa, montó en la parte trasera y se ocultó tras unos

sacos de maíz.

Sus padres lo encontraron en Tattwell con Ruth.

—Dejad que se quede —dijo el tío Freddy.

La señora Chapman, que estaba embarazada y se encontraba fatal, dijo que Kyle podía quedarse dos noches. Cuando perdió el bebé estaba tan deprimida y débil que se trasladó a Tennessee a casa de su madre, donde se quedó durante el resto del verano. Kyle se instaló en una de las numerosas habitaciones de Tattwell para que su padre pudiera ocuparse de los diversos enfermos de la ciudad.

El siguiente verano los padres de Kyle intentaban tener otro bebé y, después de que el niño se escapara tres veces en dos días, estuvieron de acuerdo en permitir que se quedara en Tattwell. Ese fue el verano en que Ruth anunció que, a partir de entonces, debían llamarla princesa Colette y a Kyle, Ace. Abreviaron su título a Letty y los apodos quedaron establecidos.

Ese fue el tercer año que los niños pasaban el verano en Tattwell. Letty se alojaba con sus padres en lo que antaño era la vieja cocina, mientras que Ace disponía de su propia habitación en la primera planta de la Casa Grande.

En principio, ese verano debía ser igual a los otros, pero hacía tres semanas Nina había resbalado en la bañera y se había roto el antebrazo derecho. No podía preparar la gran cantidad de alimentos que solía cocinar en verano, no podía cuidar del huerto y preparar todos esos kilos de alubias y tomates, y tampoco los litros de salsa de manzana para el invierno. Y si todos esos alimentos preparados no estaban dispuestos para el regreso de Margaret, tal vez decidiera quedarse en Alabama y entonces ¿qué harían los hombres?

Pero lo que realmente había cambiado era el hecho de que la madre del pequeño Ace sufría un cáncer de ovarios en estado avanzado.

Cuando se lo dijeron a Olivia, supo que no podía enfrentarse a semejante pena y dolor. Era algo que no sabía hacer. El señor Gates dijo que se limitara a ser bondadosa con los niños, pero el día anterior estos habían arrancado las sábanas limpias colgadas del tendedero y las arrastraron por el suelo. También se había fijado en que Letty llevaba su pañuelo de seda predilecto, lo cual significaba que los niños habían entrado en su habitación y revisado sus pertenencias. Olivia le pidió una llave al tío Freddy para cerrar la puerta pero él solo rio: hacía más de un siglo que nadie cerraba las puertas con llave.

—Puede que desde que los yanquis pasaron por aquí —dijo el señor Gates y ambos ancianos se echaron a reír.

En general, los tres días transcurridos en Tattwell resultaron infernales. Niños malcriados, ancianos a los que todo les parecía divertido, el intento de cocinar — algo para lo cual carecía de talento— y la ausencia de contacto con el mundo del teatro la agobiaron y agotaron.

—Será mejor que guardes una lata de sopa para Kit —dijo el señor Gates sin alzar la vista.

Olivia tardó un momento en comprender que se dirigía a ella.

—¿Quién es Kit? —preguntó, ceñuda.

Si se trataba de otra persona a quien debía atender quizás empezaría a gritar.

—Es alto —dijo Letty, dejando de comer.

—Es fuerte —terció Ace.

Olivia contempló al tío Freddy entrecerrando los ojos.

—¿Quién es?

—Él... —el tío Freddy tragó un bocado— es de Maine, el hijo de un pariente de mi madre. Su padre me llamó y me comentó que el joven Kit necesitaba un lugar para pasar el verano, así que yo...

No tenía valor de confesar lo que había hecho.

Olivia apoyó las manos en las caderas y se acercó; sentado en la silla de ruedas, ella era mucho más alta que él.

—¿El verano? ¿Has añadido un hombre más al volumen de mi trabajo? ¿Sin preguntarme?

—Bueno —dijo el señor Gates—, tiene diecinueve años, así que...

—¡Diecinueve! —exclamó Olivia, casi gritando—. ¿Queréis que me ocupe de un muchacho de diecinueve años? ¿Tenéis idea de lo mucho que comen? Tendré que cocinar en toneles, asar pavos enteros para el almuerzo. Tendré que... —Tomó aire—. Pues no lo haré —añadió—. Iré a trabajar en la tienda de Abigail Harding.

Los chicos habían dejado de masticar y su mirada oscilaba entre los adultos: esa era la clase de situación dramática adulta que, en general, no podían presenciar.

El tío Freddy se volvió y miró a través de la puerta mosquitera.

—Acaba de llegar.

—Ese muchacho es muy trabajador —dijo el señor Gates—. No llegó hasta la una de la mañana —añadió, mirando a Olivia—. Supongo que estabas dormida, pero Ace y yo procuramos no hacer ruido, por respeto a ti, Livie. —Entonces miró al tío Freddy—. Y el muchacho se levantó antes del amanecer y podó esas viejas zarzas de la parte trasera. Hace unos diez años que pensaba hacerlo.

—Según Bill, nunca había visto a nadie que trabajara tan duro como ese muchacho —dijo el tío Freddy.

Olivia sabía que los dos vejetes intentaban convencerla de que se quedara, pero no lo lograrían. Les lanzó una mirada airada.

—Me dijeron que cocinaría para dos personas. Eso es todo. Pero medio Summer Hill se deja caer por esta cocina y se supone que debo atender a todo el mundo. ¿Y ahora pretendéis encajarme un adolescente? ¿Habéis pensado en los niños? Él traerá chicas aquí y... y marihuana. Hoy todos los jóvenes hacen esas cosas.

Los niños se quedaron cada vez más boquiabiertos. Suponían que en cualquier momento alguien les diría que se fueran a jugar a otra parte, pero nadie lo hizo.

—Tendrás que decírselo tú —dijo el tío Freddy.

—Sí, tendrás que decirle a Kit que... —El señor Gates agitó la mano—. Dile que coma en otra parte, que de lo contrario te marcharás. Estoy seguro de que lo comprenderá.

Olivia sabía que tramaban algo, pero ignoraba qué era. A lo mejor creían que no tendría el valor de imponer su voluntad. O quizá, Dios mío, creían que a sus veintidós años, tenía la misma edad que el muchacho.

Con aire decidido, se dirigió a la puerta mosquitera y la abrió: estaba dispuesta a enfrentarse al chico y decirle que tendría que buscar otro lugar para comer.

Tal como había dicho Letty, medía más de un metro ochenta y estaba casi desnudo. No llevaba camisa y un par de viejos pantalones colgaban de sus caderas. Olivia se fijó en la línea de vello púbico. Las perneras eran tan cortas que apenas le cubrían el trasero.

Estaba junto a la vieja bomba de agua, enjabonándose el torso desnudo, pasándose sus largos dedos por el cuerpo y por sus espesos cabellos negros.

Olivia permaneció en el umbral, incapaz de moverse. Al tiempo que él derramaba un cubo de agua por encima de su cabeza, ella observó cómo el agua resbalaba por su cuerpo.

«Su cuerpo», pensó Olivia... o más bien lo sintió. No sabía que un cuerpo humano podía tener ese aspecto: delgado y musculoso, con curvas y planos que se deslizaban cuando él se movía. ¡Su vientre!

A ambos lados sus músculos se dividían como hileras de un huerto dispuestas a ser plantadas. Tenía los brazos esculturales, las piernas de muslos desarrollados, las pantorrillas parecían ramas de árbol. La minúscula prenda revelaba los huesos de su cadera.

Nunca había visto algo tan bello como ese cuerpo.

No se dio cuenta, pero retrocedió un paso. Aunque estaba a cierta distancia de él, era como si percibiera el calor de su sexualidad; era como si fuera el círculo interior de un volcán que la atraía irremediabilmente.

Cuando él se inclinó para volver a llenar el cubo, Olivia vio los músculos de su espalda. Se movían, ondulaban. Su maravillosa piel empezaba a broncearse bajo el sol estival. Su aspecto le provocaba un dolor en la boca y en las puntas de los dedos; algo palpitaba en su interior.

Sin parpadear, retrocedió un paso más y luego otro. La puerta permaneció abierta y ella pudo verlo al tiempo que él derramaba otro cubo de agua por encima de su bello y divino cuerpo.

A sus espaldas, ambos ancianos se esforzaban por reprimir la risa.

Ace empezó a preguntar qué le pasaba a Livie, pero una mirada del señor Gates bastó para que cerrara el pico. Ace miró a Letty: su mirada expresaba lo siguiente: «Esto se vuelve cada vez más interesante.»

La niña asintió.

El que vio el camión de madera en el suelo fue el tío Freddy; se interponía en el camino de Olivia. Gracias a los numerosos años transcurridos en una silla de ruedas, la hizo girar, se inclinó y recogió el camión, se lo arrojó al señor Gates y volvió a girar la silla antes de que Olivia tropezara con el juguete.

El señor Gates lo dejó en la mesa, pero sin despegar la vista de Olivia.

Ella solo se detuvo cuando chocó de espaldas contra la pared opuesta de la cocina.

En el exterior, Kit se secaba las gotas de agua de su cuerpo casi desnudo. Se pasó las manos por sus espesos cabellos desparramando gotitas bajo los rayos del sol.

El corazón de Olivia palpitaba con fuerza y estaba jadeando. Si en ese

momento un ciclón hubiera atravesado la cocina, ella no lo habría notado.

Solo empezó a recordar dónde estaba cuando Kit desapareció de su vista y regresó a la realidad con la precisión de un general: se volvió hacia las cuatro personas sentadas ante la mesa, hizo caso omiso de la sonrisa maliciosa de los vejetes y miró a Letty.

—Ve y dile que el almuerzo estará listo dentro de media hora. —Se dirigió a Ace—. Ve a buscar cuatro calabacines del huerto.

Los niños no se movieron.

—Acabamos de almorzar —alegó Letty.

—¿Calabacines? Prefiero pepinos.

—Tomaremos un segundo almuerzo. —Olivia recogió los platos medio llenos de la mesa—. Y antes de que lo preguntéis, no tomasteis un primer almuerzo. Los calabacines son esas plantas verdes que usáis como armas espaciales. ¡Y ahora, en marcha!

Los chicos corrieron hasta la puerta.

—¡Y entretenedlo! —añadió Olivia.

Letty se detuvo en el umbral.

—¿Qué puede hacer?

—Lo que sea —contestó Olivia en voz baja; luego alzó la voz—. Sed vosotros mismos: eso debería mantenerlo ocupado durante una hora. —Dirigió la mirada a los hombres, que parecían pagados de sí mismos. Podrían haber llevado las palabras «te lo dije» tatuadas en la frente—. Una sola palabra y diré que ya habéis comido.

Sus rostros inmediatamente adoptaron una expresión angelical.

—¿Qué podemos hacer para ayudarte? —preguntó el señor Gates.

Olivia depositó un par de viejas tablas de cortar en la mesa, dos cuchillos y un montón de cebollas y patatas.

—Pelar y picar —ordenó—, y sin remolonear. Nada de contar historias sobre los viejos tiempos.

Los hombres no contestaron y se pusieron manos a la obra.

Olivia sabía que su conducta era ridícula. Incluso absurda, pero... No tenía excusa para lo que hacía, excepto el zumbido en los oídos, la vibración de su cuerpo y su confusión mental. Era como si algo hubiese estallado en su interior. ¿Una alarma? No: más bien una bomba.

Estaba ante la ventana de la cocina, pelando zanahorias; detrás de ella estaban los dos viejos y su silencio ocupaba todo el espacio. En general, se divertían riéndose del mundo, pero en ese momento percibía que intercambiaban miradas y agitaban las cejas.

A Olivia le habría gustado mantenerse al margen de lo que sentía, pero entonces miró por la ventana y vio a Kit. Como de costumbre, los chicos lo mantenían ocupado fastidiándolo. Ace había arrojado contra la puerta trasera seis calabacines, tres de ellos partidos por la mitad, después echó a correr y volvió a reunirse con Letty.

Letty era la charlatana, él era pura acción. Letty había bombardeado al joven alto con mil preguntas, sin darle tiempo para contestar. Él la contemplaba con una sonrisa divertida.

La primera vez que lo vio, Olivia no se había fijado en su rostro: podría haber tenido tres ojos y ella no lo hubiese notado. Pero entonces, al reparar en sus facciones, la palabra que le cruzó por la cabeza fue «aristócrata». Pómulos destacados, ojos que no eran redondos y abiertos sino de mirada enigmática, como si no quisiera que adivinaran sus pensamientos. Su nariz era grande y aguileña.

Olivia podía imaginárselo en un retrato de cuerpo entero, ataviado de noble. En una obra de teatro, habría podido interpretar el papel del rey.

Olivia recogió los calabacines. ¿Qué era lo que su madre hacía con ellos? Deseó haber prestado más atención a lo que ocurría en la cocina. Había un pollo troceado en la nevera. Había pensado en prepararlo esa noche, pero...

Cogió el pollo, lo metió en un cuenco con harina y calentó una sartén llena de aceite. Podía rebozar los calabacines y freírlos. «¡Demasiado sureño!», pensó. Ese tipo era un yanqui, así que quizá desdeñara todo lo sureño. Él...

—Tomates —dijo el tío Freddy.

Al principio Olivia no lo oyó.

—Tomates —repitió el señor Gates alzando la voz—. Esta mañana vi que Kit arrancaba uno y lo comía como si fuera una manzana. Dijo que eran los mejores que jamás había saboreado.

Olivia le alcanzó un gran cuenco rojo.

—Puedes ir a por algunos. Yo los cortaré.

El señor Gates se llevó la mano a la espalda.

—Mi ciática me está molestando mucho, Livie. Será mejor que vayas tú a por los tomates.

Durante un minuto Olivia se quedó parpadeando. ¿Salir fuera? ¿Cerca de él? Echó un vistazo a su vestido. Era viejo y había sido lavado muchas veces; no tenía motivos para llevar sus prendas neoyorquinas puesto que solo la veían dos ancianos y un par de niños. Pero, por otra parte, tras todos esos lavados la tela de algodón había encogido un poco y el vestido le quedaba bastante ceñido. Olivia había tomado clases de danza con el único profesor de Summer Hill desde que era una niña. Su cuerpo denotaba todos los pasos de ballet, jazz y claqué que había dado. Aunque Kit tenía un aspecto estupendo ataviado con sus pantalones cortos, ella sabía que, enfundada en su vestido ceñido, no le iba a la zaga.

El tío Freddy y el señor Gates le lanzaban miradas alentadoras, querían que ella fuera a por los tomates; el hecho de que en los tres días que había estado allí no hubiese pisado el huerto no parecía tener importancia.

Olivia dejó el cuenco en la encimera y cogió la bonita cesta que usaban los niños para recoger huevos: los accesorios eran importantes.

Se dirigió a la puerta y se volvió para mirar a ambos viejos, que asintieron con la cabeza. Olivia enderezó los hombros y salió, sin mirar al joven ni a los niños risueños. Él los sostenía con sus brazos largos y musculosos y les lavaba la cara. Desde la llegada de Olivia, nadie había logrado atraparlos y lavarlos.

Con la cabeza alta, mostrando con su postura cada segundo de los años dedicados al ballet, Olivia entró en el huerto, muy consciente de que a sus espaldas el ruido se había interrumpido. Los niños no chillaban ni protestaban mientras semanas de mugre eran eliminadas de sus pequeños cuerpos malolientes y sudorosos.

Sabía que el joven la observaba, evaluándola tal como ella lo había evaluado a él. Como si interpretara un papel, deambuló por el huerto y brincó por encima de una inmensa calabaza. Vio que los tomates con su peso casi habían roto las ramas que los sostenían. Adoptando una elegante pose de ballet, arrancó unos cuantos y los puso en la cesta.

—¡Eh! —gritó Letty—. Esa cesta es para los huevos.

Olivia tomó aire; había llegado la hora de enfrentarse a él. Se volvió y los miró: el joven casi desnudo tenía un niño bajo cada brazo y clavaba la vista en Olivia como si nunca hubiese visto nada igual en la vida.

Solo gracias a los años dedicados a las clases de interpretación Olivia logró ocultar sus sentimientos. Tuvo que adoptar una pose de ballet para no balancearse hacia él.

—Quizá —dijo lentamente— podrías encontrar otra cesta que me sirva para poner verduras.

—¿Qué clase de verduras? —preguntó Ace.

Colgaba del brazo del joven como si fuera un saco de harina.

—La que quieras —dijo Olivia con una sonrisa encantadora y por fin miró al joven. «¡Debo controlar esta situación!», se dijo—. ¿Eres el muchacho que contrataron para ayudar en la finca? —preguntó en el tono más adulto del que fue capaz.

Kit asintió, pero no dijo nada.

—Tal vez podrías volver a sujetar las matas de tomates...

Él volvió a asentir en silencio.

Olivia le dirigió su mejor sonrisa.

—Muy bien. El almuerzo estará listo dentro de veinte minutos. Te llamaré —dijo, y pasó a su lado con toda la dignidad de la que fue capaz.

El tío Freddy y el señor Gates estaban en el umbral y Olivia casi tropezó con la silla de ruedas. Detrás de los ancianos la sartén humeaba y las llamas parecían haberse apagado bajo la otra.

—Vosotros dos moriréis por inhalación de gas. ¡Abrid esa ventana! ¿Has dado vuelta a los trozos de pollo? ¿Por qué no has acabado de pelar esas patatas? —preguntó mientras abría la nevera—. ¿Dónde están los limones que compré ayer?

—Ace... —empezó a decir el tío Freddy.

Olivia alzó la mano.

—No me lo digas. Algo relacionado con los demonios del espacio. —Miró al señor Gates—. Esta tarde te daré una lista para que vayas a la tienda.

—Sí, señora —dijo el señor Gates con sumisión exagerada.

—¡Basta ya! —soltó Livie y volvió al trabajo con gran energía.

Pasó casi una hora antes de que dispusiera el banquete en la vieja mesa: pollo frito, tomates, calabacines y cebollas fritas, puré de patatas y zanahorias hervidas en zumo de naranja. Gracias a una mezcla instantánea de vainilla, incluso logró preparar un pastel de plátano. Entonces pidió al tío Freddy que llamara a los demás.

Los niños, con la cara limpia y reluciente, entraron en la cocina con expresión maravillada, deslumbrados por los aromas, el calor y la abundancia.

Detrás de ellos, con una camisa de algodón azul, pantalones amplios color caqui y los cabellos húmedos, apareció el joven. Mantenía la cabeza gacha, como si pidiera permiso para entrar.

Los chicos se sentaron en el banco y tendieron la mano hacia la fuente de pollo, pero el señor Gates los detuvo.

—Sabéis que primero siempre bendecimos la mesa.

Ace se dispuso a protestar, pero la mirada furibunda del tío Freddy lo hizo callar.

—Kit —dijo el tío Freddy, indicándole una silla—, ¿te han presentado a Olivia?

Kit tomó asiento, pero al igual que antes, no dijo nada.

Tras la bendición, Olivia dispuso más platos en la mesa y se sentó frente al muchacho, a quien no podía dejar de mirar. De cerca, resultaba extraordinario; no se había afeitado, así que la barba incipiente le cubría las mejillas y el labio superior. Llevaba los cabellos más largos que los hombres que ella conocía, de hecho incluso más que los adolescentes que veía por la ciudad. ¿Sería un fan de los Beatles?

Tomó un trozo pequeño de pollo —¡ni que fuera Escarlata O'Hara!—, pero no quería comer como una campesina delante de él.

Los adultos callaron mientras Letty y Ace relataban su última batalla contra los demonios; según ellos, ese era el tercer ejército que había escogido Summer Hill, Virginia, para iniciar su guerra contra el mundo. Una vez más, el señor Gates les dijo que no pisaran el cementerio de Tattington y, como casi siempre, aseguró que al cabo de poco limpiaría el lugar. Cuando todos dejaron de hablar, Olivia levantó los ojos. Los dos hombres y los niños contemplaban al muchacho alto, que mantenía la vista fija en su plato. ¡Menudo apetito!

Al principio Olivia no sabía qué estaban esperando, pero Kit miró al señor Gates y asintió en silencio: parecía decir que sí, que él se encargaría del cementerio.

Olivia frunció el ceño. ¿Acaso el muchacho no sabía hablar? Podía comprender que fuese tímido, pues al fin y al cabo no había vivido lo bastante como saber mucho acerca del mundo, pero aun así, debería esforzarse por hablar

cuando estaba entre adultos.

Cuando volvió a bajar la vista en silencio, Olivia se sintió invadida por una suerte de fervor misionario: ayudaría a ese joven tímido a superar su temor frente a los desconocidos, a convertirse en un hombre adulto. Ella...

Entonces él levantó la cabeza y, por primera vez, la miró directamente a los ojos.

Lo que vio no guardaba ninguna relación con la timidez; vio ardor, vio llamas. Le lanzó una mirada que otros hombres habían intentado lanzarle, sin éxito.

Su mirada no era la de un muchacho, era la de un hombre adulto... Olivia tomó aire. Era un hombre con experiencia, no un muchacho virgen y torpe a quien Olivia pudiera enseñar.

«Sabe —pensó—. ¡Maldito sea, sabe un montón!»

En un instante, una serie de imágenes se le pasaron por la cabeza. Kit, casi desnudo. ¿Lo había hecho porque sabía que una joven estaba cerca y quizá lo observaba? Ace había «ayudado» al señor Gates cuando Kit llegó de madrugada. Olivia consideraba que el crío era muy capaz de abrir la puerta de la habitación de ella y presumir de la joven ante el recién llegado. Como si estuviera exhibiendo un cerdo campeón.

Y aunque él no la hubiera visto, Ace le habría dicho que Livie se encontraba allí; el chico a menudo había dicho que ella parecía una estrella de cine. Así que Kit, ese muchacho, se había quitado la ropa para mostrarle la mercadería... y Olivia había caído en la trampa. Al recordar su propia conducta el rubor le cubrió la cara.

Casi había ejecutado la «Danza del Cisne» entre las tomateras, casi había realizado un *grand jeté* por encima de la enorme calabaza.

Y él había visto todo, y lo peor era que sabía que era para él. Para su disfrute.

Olivia se inclinó hacia atrás en la silla y lanzó una mirada furibunda por encima de la cabeza de Kit.

—¿Livie? —preguntó el tío Freddy—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

No despegó la mirada de la cabeza gacha de Kit. Siempre se había considerado una actriz, pero ese día había fracasado. ¿Cómo no se dio cuenta de inmediato que un muchacho como él lo sabría todo sobre las mujeres? Seguro que tenía docenas de novias en Maine, todas llevando prendas de franela y botas de goma.

Y dado que era un yanqui, quizá pensaba que todas las chicas sureñas eran fáciles.

Estaba segura de que él sabía que lo estaba mirando. Letty preguntaba cómo hacer escudos para protegerse de la última invasión de los monstruos del espacio.

El señor Gates miró a Livie.

—¿Sabes fabricar un escudo?

Olivia no contestó, en cambio, cuando el joven dejó el vaso de té en la mesa, desplazó la fuente de pollo y derramó el vaso. Los demás no se dieron cuenta de lo que había hecho y creyeron que Kit había volcado su té.

—¡Yo no he sido! —chilló Ace.

Kit observó a Olivia. Esa vez su mirada no era cómplice, parecía desconcertado, como si le preguntara por qué había hecho eso.

Todos contemplaban a Olivia, en general, era ella quien se ponía de pie e iba a por una bayeta para secar el líquido derramado. Pero ella se quedó sentada, mirando a Kit.

—No soy la sirvienta de muchachos inútiles —dijo, en el tono más despreocupado posible.

Durante un instante todos se quedaron inmóviles, atónitos ante la grosería de Olivia. El té rebasó el borde de la mesa y las gotas cayeron al suelo. Con lentitud, como si fuera un anciano, el señor Gates empezó a levantarse... pero Kit se puso de pie, cogió un trapo de cocina y lo secó todo.

Sorprendidos, los niños guardaron silencio y de nuevo supusieron que los echarían.

Una vez que Kit hubo limpiado la mesa y el suelo, dobló el paño, abandonó la casa y cerró la puerta con suavidad. Los demás se volvieron hacia Livie como si esperaran una explicación, pero ella no dijo nada. Se puso de pie y, en tono alegre, preguntó:

—¿Ya habéis acabado de comer? —añadió con una sonrisa dulce dirigida a los niños—. Después del almuerzo, ¿por qué no vamos hasta el gran magnolio y os haré un par de escudos? ¿Alguien quiere pastel de plátano?

Letty y Ace la miraron fijamente, casi incapaces de asentir.

El señor Gates miró al tío Freddy, sentado al otro lado de la mesa. Los ojos de ambos brillaban; habían vivido en la misma casa durante muchos años y cada

uno sabía lo que el otro estaba pensando. Había llegado el momento de poner en práctica un chantaje.

—Ese muchacho trabaja mucho —dijo el señor Gates.

—Nunca he visto a un trabajador mejor —asintió el tío Freddy—. Apuesto a que deja el cementerio bien limpio antes de que oscurezca.

Con una porción de pastel en la mano, Livie los miró. ¿Qué querían decir?

El señor Gates le sonrió.

—Bien, Livie, ¿qué tipo de sopa tomaremos esta noche? A lo mejor debería ir a Richmond a una tienda que abastece restaurantes y comprar un cajón de sopa Campbell.

Olivia apretó las mandíbulas.

—No es necesario —dijo el tío Freddy, alzando la voz—. Olivia trabajará en una tienda de ropa.

—¡No! —gritó Letty—. ¿Quién hará los escudos?

Cuando a Ace empezó a temblarle el labio, Olivia recordó aquello a lo que el niño estaba a punto de enfrentarse. Sabía que su madre estaba muy enferma y...

La expresión de Olivia era airada. No era una cocinera, era una mujer con una gran carrera en ciernes, no una de esas madrazas que abrazaban niños con naturalidad. No era... Soltó el aliento y fulminó al tío Freddy con la mirada.

—Contratarás a otra persona para que limpie la casa. Yo no lo haré. Y la cantidad de ropa que debo lavar es excesiva. —Se dirigió al señor Gates—. Y tú te encargarás de los recados.

Los dos ancianos asintieron con la cabeza. Habían hecho un trato.

—¿Y nosotros qué hacemos, Livie? —preguntó Ace.

—Huevos. Y se acabó lo de hacerlos rodar por la rampa. Y me ayudaréis a limpiar el huerto.

—¿Y recoger calabacines?

—Eso es: calabacines —dijo, dirigiéndose a la puerta trasera—. Vosotros cuatro podéis recoger la mesa. Debo ir a ver a Nina.

—¿Mi mamá? —Letty parecía preocupada—. Yo no rompí esa lámpara, se cayó sola. Estaba a un millón de metros de distancia, en el garaje.

Olivia meneó la cabeza.

—Me ocuparé de ello más tarde. Tu madre tiene un libro de recetas, quiero pedírselo prestado. —Miró a los hombres—. Es de Julia Child: *Dominar el arte*

de la cocina francesa —dijo, y abandonó la casa.

—¿Qué es eso? —preguntó Letty.

—El paraíso —dijo el señor Gates—. El paraíso terrenal. ¿Quién quiere un poco de pastel de plátano?

—*Bœuf bourguignon* —susurró el tío Freddy como si fuera una frase sagrada—. ¿Os he hablado de cuando estuve en París?

El señor Gates había oído la historia docenas de veces, pero dijo que no, que esa se la había perdido.

Todos sonreían mientras acababan su segundo almuerzo y escuchaban la historia del tío Freddy acerca de una comida en París cuando era joven. Se alegraban de que Livie se quedara. Por más que protestara y a menudo estuviera de mal humor, su manera de dar órdenes resultaba vivificante para todos. Y lo mejor de todo era que hacía que las cosas ocurrieran.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Kathy—. Ahora no puedes detenerte. Elise se inclinó hacia delante.

—¿Por qué andaba por ahí con tan poca ropa?

—Esa es otra historia —dijo Olivia, poniéndose de pie—. ¿Alguien quiere más vino? ¿O un poco de helado?

Las mujeres la siguieron a la cocina.

—Dices que Kit vivió por todo el mundo y que ahora trabaja para el gobierno —dijo Kathy—. Seguro que por eso estaba allí. Pensaba emprender su primera misión, ¿no?

—Tienes razón —dijo Olivia—, pero hubiese muerto antes de decírselo a nadie. Para él lo primero era su país. Para mí solo era un exhibicionista, un predador y... —agitó la mano—, todo lo malo.

—Lo odiabas, pero te fascinaba —comentó Kathy.

Olivia llenó unos cuencos con helado.

—Fue exactamente así. Y tras oírlo hablar, estaba todavía más enfadada.

Kathy y Elise aguardaron que continuara.

—¿Alguna vez habéis oído una voz que os produce escalofríos en la espalda? ¿Que hace que se os erice el vello? ¿Que os acelera los latidos del corazón? —preguntó Olivia.

Elise hizo una mueca.

—¿Cuenta el hecho de que mi padre me gritara cuando a los seis años rompí un jarrón de Tiffany?

—No, decididamente.

Olivia se volvió hacia Kathy.

—¡A mí no me mires! Cuando oigo la voz de Ray solo me pregunto qué más quiere que haga.

Mientras reflexionaba sobre el comentario de Kathy, Olivia hizo una pausa. Según Ray, su mujer solo vivía para él, pero Kathy se quejaba de la ausencia de pasión.

—¿Es que Ray...?

—Continúa con tu historia —dijo Elise—. Estabas pidiendo prestado un libro de recetas y fabricando escudos.

—No era un simple «libro de recetas»: era el libro de recetas —dijo Kathy.

—Así es —asintió Olivia—. Yo, que no sabía preparar un pastel de carne, decía que prepararía platos franceses. Claro que en realidad no pensaba hacerlo, solo estaba tan furiosa al ver las sonrisas pagadas de sí mismas de esos dos viejos que hubiera dicho cualquier cosa para que cerraran el pico. ¡Y él! ¡Ese muchacho! ¡Ya estaba harta de oír lo fantástico que era! Solo quería ser mejor que él, en lo que fuera.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Kathy.

—Por poco me mato... y también a él. —Olivia soltó una risita—. Durante tres semanas Kit y yo emprendimos una competición que debería figurar en la historia como la más dura, la más difícil... —dijo, sonriendo—. La guerra más estúpida jamás librada.

—Vale —dijo Elise—, comienza por el principio. ¿Qué vino primero, el libro de recetas o el magnolio?

Olivia tomó un bocado de helado de café.

—Lo primero fueron los escudos. Me avergüenza reconocer que en el tiempo que estuve allí había estado tan enfadada que no hice caso a los niños. Pero en aquel entonces echabas a los niños fuera y dejabas que se divirtieran ellos solos. Los padres no se veían obligados a supervisar cada segundo de la vida de sus hijos.

—Pero habías visto a Kit jugando con ellos —señaló Kathy.

—Sí, y estaba bastante celosa. En fin, llevé una gran caja de cartón, unas tijeras, cordel, cinta adhesiva y papel de aluminio hasta el árbol. Los chicos me seguían como patitos. No se me ocurrió que lo estaba haciendo todo al aire libre para que ese muchacho inútil lo viera.

Hizo una pausa.

—Tardé dos horas en fabricar los peores escudos jamás creados. Eran endebles, las asas de cordel que pegué en la parte posterior se despegaban y el papel de aluminio se rompió. Los chicos se mostraron muy amables, pero sabían que los escudos eran un desastre.

—¿Qué hizo Kit? —preguntó Kathy en tono un tanto disgustado—. Si hubiese sido Ray, habría aparecido con una obra maestra solo para poder ganar.

—Eso es más o menos lo que pasó. —Olivia miró a Kathy—. Yo intentaba pegar unas ramas de árbol a la parte posterior de los escudos para reforzarlos cuando él apareció montado en el tractor.

—El equivalente moderno del brioso corcel —dijo Elise—. Mi fantasía personal.

—No lo sabía, pero esa mañana los chicos le habían pedido que les fabricara unos escudos. Ya había pegado tres hojas de cartón grueso entre sí y después del almuerzo recortó los escudos con la vieja sierra mecánica.

—¿Era justo? Tú no disponías de herramientas —señaló Kathy.

—Eso fue lo que pensé yo. Había atornillado dos asas de madera a la parte de atrás, pero en posición vertical, y usó cordones de zapatos para atar grandes trozos de cuero.

—Ah. —Kathy asintió—. Para que pudieran pasar el brazo y sujetarlos.

—Sí —dijo Olivia—. Eran realmente magníficos y los chicos estaban muy impresionados, tanto por los escudos como por Kit. Se arrojaron en sus brazos y él los abrazó a ambos. —Olivia meneó la cabeza—. ¡Me dio una rabia...! Mis lamentables escudos estaban en el suelo, torcidos y medio rotos, mientras que los suyos eran sólidos y... —se interrumpió, agitando la mano.

—¿Qué dijo Kit? —quiso saber Elise.

—Nada. Los niños colgaban de sus brazos y me miró como si esperara que lo elogiara y le diera las gracias —dijo, acentuando la última palabra—. Pero lo que yo quería era romperle un escudo en la cabeza o atropellarlo con el tractor. En vez de eso, le dije que se largara.

Miró a Kathy y Elise, que esperaban que prosiguiera.

—Kit dejó a los niños en el suelo y dijo: «Como quieras», después montó en el tractor y se marchó.

—Como en *La princesa prometida* —dijo Elise, suspirando.

—Solo que Kit lo dijo antes de que estrenaran la película.

—Y su voz te hacía estremecer.

—¿Y a ti cómo te afecta la voz de tu joven Adonis jardinero? —preguntó Olivia.

—Como si me bañara en champán —contestó Elise, volviendo a suspirar—. Y suena aún mejor cuando habla en español.

—¡Cómo cuando Kit habla en árabe! Pero aquella primera vez la voz profunda y áspera de Kit fue como una descarga eléctrica.

—Y eso te enfadó todavía más —dijo Kathy.

—Pues sí. Yo era la adulta, pero él... él me superaba. Aplaudían su trabajo, mientras ridiculizaban el mío. Los niños lo adoraban, a mí solo me toleraban. Mi escudo era una birria; el suyo, perfecto. Consideré que se había declarado la guerra: tenía que demostrar que era mejor que él.

Kathy abrió una botella de vino.

—¿Con qué luchaste? ¿Cocinando y qué más?

—Con todo, con cualquier cosa. —Olivia cerró los ojos un momento—. Durante tres semanas casi me maté. ¿Recuerdas la película sobre la mujer que cocinaba todo lo que figuraba en el libro de Julia Child? Casi logré hacerlo antes que ella. Pato a la naranja y vieiras con salsa de limón y mantequilla, y crema bávara. Preparé conservas de mermelada de uvas y litros de mantequilla de manzana, grandes ollas de sopa provenzal y *vichyssoise*, y las congelé.

—Apuesto que los ancianos estaban encantados de la vida —dijo Kathy.

—¡Ya lo creo! El señor Gates iba a la tienda casi todos los días. Empezaron a hablar de comida como si estuvieran escribiendo reseñas para el *New York Times*.

—¿Y los chicos? —preguntó Elise.

Olivia sonrió.

—Una de las cosas que yo sabía hacer y Kit, no, era coser. Rebusqué en el desván y descubrí una vieja máquina de coser y mi madre contribuyó con todos sus retales. Confeccioné disfraces de aspecto medieval para los niños, a juego con los escudos que Kit había hecho y que, dicho sea de paso, pinté de plateado. Gracias a las clases de escenografía pude pintar un dragón azul en el escudo de Ace y un unicornio blanco en el de Letty. Coseché besos y abrazos por eso.

—¿Qué hizo Kit? —preguntó Kathy.

—Se esforzaba tanto como yo. Todos los días, Bill, el padre de Letty, pasaba para decirnos lo que Kit estaba haciendo. Limpió todo el viejo cementerio sin la ayuda de nadie. Bill nos contó que Kit levantaba las grandes lápidas de mármol y volvía a fijarlas con cemento después de eliminar el musgo. Reparó la vieja verja, plantó rosales en torno al cementerio. Bill dijo que Kit se deslizó boca abajo por las zarzamoras para alcanzar la vieja caseta del pozo y arreglar el techo.

Olivia tomó aire.

—Según Bill, gracias a los desvelos de Kit y míos, él y su mujer tenían tiempo para una segunda luna de miel. «Nina quiere tener otro bebé», dijo. Los viejos rieron, pero yo me avergoncé.

—¿Quién ganó? —preguntó Kathy.

—Ninguno de los dos. Todo acabó cuando dormimos juntos.

—¡Ah... el sexo! —dijo Elise, suspirando.

—No, nada de sexo. Dormir. Y no sabíamos que estábamos juntos. Habíamos trabajado durante semanas sin descanso. Estábamos agotados. Sin darnos cuenta, ambos nos desplomamos bajo el gran magnolio, uno a cada lado, y nos quedamos dormidos. Todo habría salido bien si los chicos no nos hubiesen visto.

Olivia rio.

—Para entonces yo había preparado tantos platos con mantequilla que todos comenzaban a tener problemas digestivos. Empezaban a echar de menos la comida anodina de siempre y los niños se negaban a tomar cualquier cosa que llevase anchoas o ajo, y también hígados de pollo. Querían sopa de tomate en lata y sándwiches de queso... y nada de color verde añadido a ninguno de los dos. «Como antes», dijeron.

Olivia sonrió.

—Años después, el doctor Kyle, que es en quien se convirtió Ace, me confesó que el tío Freddy se había quejado de que si yo y Kit no dejábamos de pelear, la acidez acabaría con él. El pobre y tierno Ace se echó a llorar: nunca había oído hablar de la acidez y no sabía que no era fatal. Creía que llevarían al tío Freddy al hospital donde estaba ingresada su madre.

—¿Qué hicieron para uniros? —quiso saber Kathy.

—Nos ataron —dijo Olivia, y sus ojos brillaron al recordarlo—. Mientras dormíamos, esos mocosos se acercaron de puntillas y nos sujetaron con hilos.

Supongo que pensaron que si nos ataban, hablaríamos y nos haríamos amigos.

Al menos eso es lo que imagino. ¿Vamos a sentarnos en la sala de estar?

—Solo si nos cuentas el resto de la historia.

Elise se puso de pie.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Kathy cuando abandonaron la cocina.

Summer Hill, Virginia. 1970

Olivia despertó cuando un puñado de guijarros cayó sobre su cuerpo, seguido de las risitas apagadas de dos niños y luego el rumor de sus pasos alejándose.

No abrió los ojos. Sabía que estaba tendida al pie del gran magnolio y que había estado profundamente dormida. Una rama se le clavaba en la espalda, pero no le dio importancia; el aire era tibio y aromático. Hacía semanas que apenas salía de la cocina ¡y estaba harta! Cebollas, tomates, pepinos... pensó que no quería volver a ver nada de eso.

¡Y todo por culpa de ese muchacho! Que levantaba lápidas sin ayuda alguna, arrancaba zarzas con las manos, construía cosas, restauraba y reparaba...

Era absolutamente repugnante... ya estaba harta de él.

Suspirando, abrió los ojos y contempló la parte inferior del árbol grande y bello. El tío Freddy dijo que lo había plantado su madre y que por eso había una estatua de ella al pie. Los niños decían que era una reina de un planeta llamado Atenea —el tío Freddy había mencionado ese nombre— y hacían guirnaldas de flores para colgárselas del cuello.

Olivia sabía que debía ponerse de pie. Tenía que preparar mermelada y sopa, asar pollos.

—A saber qué habrá hecho él mientras yo dormía —masculló.

Cuando trató de levantar la cabeza no lo logró.

—¿Qué diablos...?

Trató de incorporarse, pero parecía estar atada al suelo. Tironeó del brazo y se

soltó, y aún tendida de espaldas, alzó el brazo y lo miró: estaba envuelto en una docena de carretes de hilo de diversos colores.

Se incorporó lentamente y con cada movimiento arrancaba hilos de las pinzas de la ropa clavadas en la tierra blanda. Su enfado dio paso al asombro. ¿Cómo diablos los niños se las habían arreglado para realizar esta tarea liliputiense? Había visto una gran versión ilustrada de *Los viajes de Gulliver* en la habitación de Letty. ¿Es que habían tratado de copiarlo?

—¿Qué diablos...?

Era la voz de él que surgía del otro lado del árbol.

—Te oigo respirar —dijo—, así que ven aquí y corta estos hilos.

Al parecer creía que ella era los niños.

—Soy yo —dijo. Eran las primeras palabras que le dirigía carentes de hostilidad—. ¿Estás atado?

Él soltó un gruñido de dolor.

—Sí. ¿Y tú?

Olivia pegó unas cuantas patadas, rodó hacia un lado y los hilos se rompieron. Se puso de pie y rodeó el árbol. Kit estaba sentado en el suelo, desatando hilos de color morado de sus tobillos. Como siempre, estaba casi completamente desnudo y cubierto de trozos de hilo. A Olivia se le escapó una risita y él le lanzó una mirada furiosa.

—Lo sé, el inútil está todavía más ridículo.

Olivia estiró el brazo del que colgaban hilos multicolores.

—Un ala de murciélago con flecos. ¿Crees que se pondrá de moda?

Los hilos también le cubrían el vestido y los tobillos.

Al notar que bromeaba, Kit se inclinó hacia atrás apoyado en las manos y sus rasgos se suavizaron.

—Por lo visto también te atraparon a ti.

Olivia se agachó y aflojó los hilos que sujetaban los tobillos de Kit.

—¿Cómo habrán conseguido hacer todo esto sin despertarnos?

Se sentó en el suelo a unos pasos de distancia y empezó a quitarse hilos de la ropa.

Kit tironeaba de las hebras de color rosa que le rodeaban la muñeca y cuando no logró aflojar el nudo le tendió el brazo a Olivia.

—Desde una nave espacial; esos dos son capaces de cualquier cosa. Tuve que

esparcir maíz picado alrededor de las zarzamoras para evitar que se acercaran, porque no servía de nada decirles que se iban a pinchar.

Olivia procuraba desatar el nudo, pero estaba demasiado ajustado y empezó a romper el hilo. Kit retiró el brazo.

—Te harás daño.

Cuando rompió el hilo una marca roja apareció en su muñeca.

Ella intentaba hacer caso omiso de la proximidad del cuerpo casi desnudo de él.

—¿Por qué maíz picado?

—Para atraer al *Viejo Tomás* para que vigilara el túnel que abrí y que me costó mis buenos arañazos —dijo y se puso de pie.

Se refería al viejo, odioso, agresivo y malhumorado pavo real que deambulaba por el terreno. El maravilloso cuerpo de Kit estaba a escasos centímetros de ella y él le tendió la mano, ella la cogió y se puso de pie. Nunca había estado tan cerca de él y percibía la tibieza de su cuerpo. Cuando él alargó la mano como para tocarle la cara, ella retrocedió de manera instintiva.

—Tienes hilos en el pelo.

Olivia se quedó inmóvil mientras él quitaba varias hebras de sus cabellos y sus hombros. La rodeó y le quitó más hilos de la ropa, se inclinó y retiró largos hilos verdes de sus tobillos.

—¡Ya está! —exclamó. Dio un paso atrás y la miró—. Ahora vuelves a ser perfecta.

Durante un momento ambos se miraron a los ojos en silencio.

—Supongo que será mejor que vuelva al trabajo —dijo él.

—Yo también.

Kit se volvió, se alejó unos pasos y después se detuvo y la miró.

—Tú y yo podríamos declarar una tregua y tomarnos la tarde libre. Debo ir a la ciudad para...

—Sí —dijo Olivia—. A donde sea. «Ir» es mi nueva palabra favorita.

Kit sonrió.

—Entonces vayamos por aquí: si alguien nos viera, nos daría alguna tarea.

—O algo para cocinar —dijo Olivia—. ¿Y qué pasa...? —preguntó, indicando su cuerpo semidesnudo.

—Tengo ropa en la caseta del pozo.

—Ah, muy bien —dijo ella—, protegida por las espinas que vigila el *Viejo Tomás*.

—¡Exactamente!

Olivia siguió a Kit por el terreno y cuando este se detuvo detrás de unos grandes arbustos y troncos de árbol y miró en todas direcciones, ella lo imitó. Eran como un par de espías de comedia, corriendo de un escondrijo al siguiente.

—Los monstruos del hilo —dijo Kit, arrancando otro hilo de su brazo—. ¿Por qué no desperté mientras ocurría todo eso?

—Es el resultado de tres semanas de falta de sueño y de trabajo ininterrumpido —dijo Olivia y se agachó detrás de un sicomoro.

Él se detuvo a su lado.

—Deberíamos parar.

Ella sabía a qué se refería: deberían dejar de tratar de superarse el uno al otro.

Cuando ella asintió con la cabeza, echaron a correr hacia un montón de zarzamoras. Hacía tiempo que ya no daban frutos y había que podarlas, pero hacía años que nadie se ocupaba de ello.

—Será mejor que me esperes aquí —dijo Kit, se puso boca abajo y se deslizó a través de lo que parecía un túnel.

—¿Porque soy una chica?

La hostilidad había regresado.

—Más bien pensaba en tu bonito vestido —dijo. Se tendió de espaldas e indicó la entrada—. Pero, por favor, haz como si estuvieras en tu casa.

Olivia no quería deslizarse por el suelo, pero ella misma se había metido en un callejón sin salida, así que se tendió junto a él, hizo caso omiso de su sonrisa de satisfacción, y se abrió paso por el túnel.

En el otro extremo había un pequeño edificio con una puerta casi cubierta de zarzas; el interior era reducido y había una ventana. En un colgador había una camisa azul de manga corta recién planchada y pantalones de color claro, justo encima de unos mocasines.

En un rincón había media docena de cojines que habían pertenecido a los muebles de la Casa Grande y unos libros en un viejo estante. Aquí y acullá había artefactos que él quizás había encontrado en la plantación: puntas de flecha, caracolas, una taza de té sin asa, una oxidada espada que parecía originaria de la guerra de Secesión.

Kit entró en silencio y le dio tiempo para mirar en torno.

—Ahora has visto mi escondrijo secreto. Donde me resguardo.

Ella comprendía muy bien la necesidad de semejante refugio: en Tattwell escaseaba la privacidad; entre los niños y los dos viejos, Olivia rara vez disfrutaba de un momento de soledad.

—Es estupendo —dijo y se sentó en los cojines—. Creo que podría volver a dormirme.

Kit sonreía, complacido de que le gustara su escondite.

—¿Te importa si...? —preguntó, indicando la ropa.

Olivia se encogió de hombros, adoptando una expresión de «Soy una mujer de mundo», y cogió un libro, fingiendo leer mientras observaba disimuladamente como él se quitaba sus minúsculos pantalones. Por debajo llevaba calzoncillos... pero lo sabía porque la tela a menudo se asomaba. ¡Y no se trataba de que hubiera mirado!

Cuando él le dio la espalda admiró su piel bronceada, pero cuando los calzoncillos se deslizaron a un lado se dio cuenta de que por debajo la piel no era blanca. «¡Dios mío! —pensó—. ¡Tiene todo el cuerpo bronceado!»: en alguna parte de esa vieja plantación Christopher Montgomery correteaba desnudo.

Él se vistió con rapidez y cuando volvió a mirarla, Olivia estaba sumida en la lectura.

Ella se puso de pie.

—Genial —dijo—, tú estás limpio y yo estoy hecha un desastre. No puedo ir a ningún lugar con esta pinta.

—Podría ayudarte a escalar la espaldera del rosal para que alcances tu habitación —dijo, con mirada sugerente.

Olivia no pudo evitar una sonrisa.

—Gracias, pero cuando lleguemos a la ciudad quizá podríamos pasar por casa de mis padres. Necesito ropa.

Kit adoptó una expresión seria.

—¿Quieres presentarme a tus padres? —preguntó—. ¿No soy lo peor de lo peor? ¿No tienes miedo de que los contamine?

Ella tuvo que esforzarse para no reír.

—Es martes por la tarde. Papá habrá ido a pescar y mamá estará en su club de bridge.

—Debería haberlo sabido. —El tono de él la hizo reír—. Después de ti —dijo e indicó el túnel.

—¿Cómo lograrás salir sin ensuciarte?

—Eso es un secreto.

Olivia se agachó y volvió a abrirse paso a través de las zarzas; la tierra estaba húmeda, pero su vestido ya estaba sucio, así que daba igual. Se volvió y observó la salida de Kit: se apoyaba en los antebrazos y los pies, sus rodillas y sus pantalones limpios no tocaban el suelo. Nunca había visto esos movimientos y la desconcertaron: para hacerlos, debía de estar muy en forma.

Lo siguió a través de la plantación, una vez más de un árbol a otro para no ser vistos, hasta donde estaba aparcado el viejo camión. Kit recogió una piedra, debajo había una lata con las llaves en el interior.

—Los niños todavía no han descubierto mi escondite, pero seguro que solo es cuestión de tiempo.

Sonriendo, Olivia montó en el camión y arrancaron. Cuando alcanzaron el camino que conducía a la ciudad, ambos se miraron y estallaron en carcajadas ¡Habían escapado!

—¿Por qué tienes este empleo? —preguntó Kit.

Dado que el tío Freddy y el señor Gates adoraban el chismorreo, Olivia se sorprendió de que nadie le hubiese contado todo sobre ella.

—Me crie en Summer Hill, soy una chica de pueblo. Aceptamos todos los empleos posibles.

Kit desvió la vista del camino y la miró.

—Yo no soy jardinero, tú no eres un ama de casa. ¿Por qué estás aquí?

Sus palabras la complacieron, pero no quería que él lo notara.

—En realidad, tengo otro empleo. Pero el teatro se incendió y la obra se postergó hasta el otoño.

—¿Teatro? —Cuando Olivia permaneció en silencio, él dijo—: ¿Me harás adivinar?

Ella se encogió de hombros.

—¿En Richmond?

—No precisamente —contestó, adoptando una expresión altanera.

—Algo local. ¿Te dieron el papel protagonista en una obra sobre la historia de Summer Hill?

—¡No! Yo... —Se dio cuenta de que Kit le tomaba el pelo—. En Broadway.

—¿Dónde está eso? ¿En Virginia? ¿En Carolina del Norte?

Ella guardó silencio mientras esperaba que él comprendiera a qué se refería.

Él abrió los ojos con sorpresa gratificante.

—¿Ese Broadway?

—Sí, ese —contestó Olivia con una sonrisa dulce.

Durante el resto del trayecto le contó que había obtenido el papel protagonista tras la prueba, compartido un apartamento con la coprotagonista durante los ensayos y, por fin, que el incendio había causado que se postergara el estreno.

Él enfiló el camino de entrada de la casa de sus padres, apagó el motor y la miró.

—Estoy impresionado. De verdad. Ahora comprendo por qué te enfadaste tanto cuando yo llegué.

Su tono hizo que se ruborizara.

—Supongo que lo estaba. Un poco.

—¿Bromeas? El primer día te tenía tanto miedo que no pude pronunciar palabra. Tenía miedo de lo que me harías. Cualquiera capaz de volar por encima de las calabazas como tú debía de ser peligrosamente fuerte. Me inquietaba que tal vez...

La mirada de ella hizo que se detuviera y, riendo, se apeó del camión.

Olivia se alejó con expresión altanera, pero reprimiendo una sonrisa. Le encantaba su sentido del humor; durante semanas todo lo que había oído sobre ese individuo era lo mucho que trabajaba. Y había visto su cuerpo: nunca se le ocurrió que podía tener un cerebro... o una personalidad.

Como siempre, la puerta de entrada de la casa de sus padres no estaba cerrada con llave; cuando entró, miró en derredor como si la viera por primera vez. Ella y su madre la habían decorado. El estilo del momento consistía en colores vivos y papel pintado en hojas de aluminio, pero ellas habían optado por colores suaves, como el arena, el crema y el rosa de la aurora. Todavía le gustaba, pero nunca antes había notado las numerosas fotografías de ella misma diseminadas por el salón.

Kit no dijo nada, empezó a recorrer la sala y a contemplar las fotos enmarcadas. Los padres de Olivia habían insistido en contratar a un fotógrafo profesional para que tomara fotos de ella vestida con todos los trajes que había

llevado en una obra, ya fuera en el instituto o la universidad. En una llevaba el pelo corto: interpretaba a Juana de Arco; en otra, una capucha de monja para una obra que representó en el instituto. Su predilecta era una instantánea en la que llevaba la gorra de un vendedor de diarios con expresión seria. Había vuelto a casa durante las vacaciones y escuchaba a su padre mientras su madre tomaba la foto.

Kit recogió la imagen y la observó un momento antes de dejarla en su lugar.

—Guapa y con talento —dijo con suavidad; su voz era aún más profunda que de costumbre.

Olivia agitó la mano quitándole importancia al cumplido, pero estaba muy complacida.

—Iré a por mi ropa, después podemos ir a la ciudad y...

No estaba segura de lo que harían. Su intención no era que él la acompañara a su habitación, pero Kit la siguió; decirle que no entrara le pareció demasiado provinciano. Se recordó a sí misma que había vivido en Nueva York, así que la moral burguesa era indigna de ella.

Su habitación era de los mismos colores del resto de la casa. El empapelado que cubría la pared detrás de su cama era a rayas de un rosa y un crema muy sutiles. Ella y su madre discutieron cuando Olivia insistió en empapelar solo una pared, pero lo había visto en una revista y no cedió. Los cuadros colgados de las paredes eran grabados de pintores impresionistas: Renoir, Matisse, Degas.

Mientras abría la puerta de su vestidor le lanzó una mirada. Él estaba en el umbral con expresión muy seria y parecía estar examinando lo que veía, como un director que intentara decidir si ese era un buen decorado para la escena que quería rodar. Se llevó las manos a la espalda y entró en la habitación.

—Tras una minuciosa observación, he decidido que pese a tus orígenes humildes y la ausencia de importancia de tus padres en una ciudad corriente, te consideraré mi acompañante durante una velada. A lo mejor incluso durante la cena.

Olivia se quedó boquiabierta. ¡Pero qué se había creído...! Cuando Kit recogió un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* de la mesilla de noche se dio cuenta de lo que hacía: estaba interpretando una versión de Darcy.

No abandonó su expresión horrorizada.

—Me insultáis a mí, a mi familia, incluso a mis orígenes, ¿y, sin embargo,

creéis que saldré con vos? ¡Jamás saldré en compañía vuestra, señor!

Kit se puso tenso.

—Lo decís por lo que os han contado de mí. Os aseguro que fueron los Niños Malvados quienes me quitaron mi dignidad con sus moradas cadenas de la humillación.

—No hicieron falta cadenas para demostrar vuestro orgullo desmedido, vuestra carencia de atuendo, incluso vuestro pavoneo semidesnudo os proporciona vuestra propia ignominia.

Kit se dispuso a responder, pero no pudo contenerse y se echó a reír.

—Mi madre estaría de acuerdo contigo, pero yo...

Olivia esperó que siguiera hablando, pero Kit calló y se sentó en un sillón color crema.

—Estaba pensando en regalarles unas bicicletas a esos dos diablillos. ¿Hay algún lugar por aquí donde pueda comprarlas?

Olivia cogió un vestido sin mangas y tres blusas del armario y los dejó en la cama.

—Electrodomésticos Trumbull puede encargar lo que quieras, de lo contrario tendrás que ir a Richmond o a Charlottesville.

—Donde vivo yo lo hacemos de la misma manera.

—¿Ah, sí? —dijo ella.

—En Warbrooke, Maine. La ciudad fue fundada por uno de mis antepasados y está llena de mis parientes. Si no queremos casarnos con una prima, hemos de salir del estado.

—¿Y qué pasa si no quieres casarte con una prima?

Olivia sacó un traje pantalón de color hueso y botones dorados de Bill Blass: estaba harta de llevar vestidos viejos y desgastados. A lo mejor, una noche podían cenar sentados ante la gran mesa de caoba del comedor.

—Eso es tan probable como que tú te largues con el chico que te trae el butano.

—No sé... Alfie es bastante mono.

—En todo caso, él cree que tú lo eres —dijo Kit, en tono ponzoñoso—. Y el individuo que dijo que pasaba para visitar a los ancianos no podía despegar la vista de ti.

Olivia le lanzó una mirada atónita. Kit estaba muy ceñudo.

—Ese es Ted. Su padre es el dueño de la tienda de muebles, apenas lo conozco.

Kit no contestó, pero parecía enfadado. Se puso de pie, murmuró que la vería más tarde y abandonó la habitación.

Durante un momento Olivia se quedó inmóvil. ¿Qué diablos le pasaba? Arrojó una chaqueta azul de Pierre Cardin en la cama y luego un mono rojo. La parte superior era una camiseta sin mangas y los pantalones eran anchos y de cintura estrecha. Tal vez harían un picnic bajo el magnolio. Cogió algunas prendas más, unas joyas y algunos zapatos, después extrajo una maleta de debajo de la cama y lo metió todo dentro. Se tomó su tiempo, pues no quería que él creyera que ella tenía prisa por ir a la ciudad con él.

Cuando terminó se sentó en la cama. Debía pensar en lo que estaba haciendo. Sabía que se sentía muy —vale, extremadamente— atraída por él, pero que el asunto no tenía solución. En Nueva York sus compañeros de reparto habían intentado ver el lado positivo de pasar el verano esperando que la obra se estrenara. Una aventura de verano parecía lo que la mayoría de ellos planeaba.

—Empleos de verano, sexo veraniego —dijo uno de ellos.

Olivia quiso parecer tan mundana como ellos, así que asintió, pero ¿una aventura de verano con un adolescente? Y después, ¿qué? ¿Romperle el corazón cuando regresara a Nueva York? Cuando él cumpliera cincuenta años, ¿hablaría de la célebre actriz que le destrozó el corazón? No quería que algo así estuviera relacionado con su nombre.

Unas voces la arrancaron de su ensimismamiento. Se suponía que nadie estaba en casa. ¿A quién diablos había invitado a pasar Kit?

Entró en la sala de estar justo en el momento en que su padre y Kit entraron del pasillo que daba al estudio de su padre. Desde que se retiró, su padre había satisfecho su amor por la historia antigua e incluso había escrito algunos ensayos.

—Estás aquí —dijo su padre. Era un poco más bajo que Kit y estaba encorvado tras todos esos años inclinado por encima de su escritorio, pero aún era apuesto—. Tu novio ha estado hablándome sobre su vida en Egipto. Hasta nos ha invitado a tu madre y a mí a alojarnos en la casa de sus padres en El Cairo, en enero.

Los años de las clases de interpretación le ayudaron a disimular su conmoción.

—¡Qué bien! —logró decir, luego añadió—: No es mi novio. Solo tiene diecinueve años.

—Ah, comprendo. Me he equivocado.

Olivia le lanzó una mirada furibunda: sabía que su padre se burlaba de ella y la mirada de Kit también era risueña.

—¿Podemos irnos? —soltó—, o prefieres quedarte aquí hablando de la tumba de Tutankamón... que quizá tú ayudaste a construir.

El señor Paget parecía escandalizado ante la grosería de su hija.

—Pues la verdad es que he visto su tumba —dijo Kit—. La abrieron durante escasas horas y mi padre me sacó de la cama a las tres de la mañana para ir a verla. Tenía diez años y todo fue muy excitante.

El señor Paget estaba cada vez más atónito.

—¿Es...? ¿Está...?

—¿Puedes ir a por mi maleta? —le dijo Olivia a Kit mientras se dirigía a la puerta principal.

Una vez en el exterior, Olivia se odió a sí misma. ¿Qué pasaba con ese muchacho, por qué sacaba a la luz lo peor de sí misma? Cuando él estaba presente parecía caer presa de todas las emociones: ira, risa, deseo, la sensación de que tenía que ganar, y todas tan intensas que casi acababan con ella. Y, además, debía reconocer que a veces también sentía envidia: tanto los niños como el tío Freddy y el señor Gates, y en ese momento su propio padre, parecían rendirse a sus encantos. Todo lo que hacía era perfecto; parecían creer que Kit era brillante, divertido, que trabajaba mucho, y resultaba que encima parecía haber viajado por todo el mundo. ¡Una casa en El Cairo! Y no Cairo —pronunciado Queirou—. Illinois, sino el auténtico. Pirámides, la Esfinge baleada por los turcos. ¡De verdad! ¿Es que las virtudes de ese muchacho no tenían fin?

Él salió con la maleta de ella en la mano, la dejó en la parte de atrás del camión y se dispuso a rodearlo para abrirle la puerta, pero lo hizo ella misma.

Kit arrancó y condujo hacia la ciudad, pero después se detuvo junto al prado del señor Ellis, apagó el motor, se apeó y abrió la puerta.

—Hemos de hablar.

Olivia no lo miró ni se movió.

—Si no hay más remedio, te cogeré en brazos.

Ella bajó del camión, pero su expresión delataba que su actitud le disgustaba.

Había una verja cerca y él la indicó; ambos caminaron unos minutos hasta que alcanzaron una bonita formación rocosa. De niña, Olivia había estado allí numerosas veces. Kit retrocedió un paso y le tendió la mano, indicándole que tomara asiento y durante unos momentos se quedaron sentados en silencio, observando a las vacas pastando en el prado.

—Me crie por todo el mundo —dijo Kit—. Mi padre es diplomático. Empezó siendo el chico que cargaba con el maletín de algún hombre importante y acabó como consejero viajero. Si había un problema en Oriente Medio, a menudo lo llamaban para que lo solucionara. Mi madre lo seguía a todas partes... arrastrando a sus tres hijos. Soy el menor, así que he estado en más países, expuesto a más culturas y lenguas que mis hermanos.

Durante unos momentos Olivia no dijo nada. Al parecer, Kit decía algo muy serio. ¿Deberían dar rienda suelta a los intensos sentimientos que los embargaban o retroceder? ¿Detenerlo antes de que empezara?

—Me espera una carrera. He trabajado para obtenerla desde que soy una niña.

—Y a mí también me espera algo —dijo él.

Ella le dio tiempo para que le dijera qué pensaba hacer, pero él calló y Olivia comprendió que no diría nada más.

—Seremos amigos —dijo ella y él asintió con la cabeza.

«Que así sea», pensó, o como había dicho él: «Como tú quieras.» Habían establecido límites. No habían admitido abiertamente la... la atracción que sentían el uno por el otro, pero en cierto modo sí... y ambos estaban de acuerdo. Ese momento no era el indicado para ninguno de los dos. A ambos les esperaba una vida y no querían interrumpirla. Su destino era ser amigos.

—¿Qué es eso tan secreto relacionado con Ace? —preguntó Kit—. ¿Y cómo se llama en realidad?

—¿Nadie te lo ha dicho? —dijo ella, volviéndose hacia él.

—He estado trabajando mucho, así que no tuve tiempo para mantener conversaciones —contestó Kit, negando con la cabeza.

—Yo también —dijo ella—, pero preparar *coq au vin* no es comparable con levantar lápidas sin la ayuda de nadie.

—Me dijeron que tú te desempeñas mejor.

Ambos se miraron y rieron. Al parecer, los dos viejos los habían estado enfrentando. La risa compartida relajó el ambiente.

—Ace se llama Kyle Chapman y su madre se está muriendo de cáncer de ovarios. Su padre es el único médico de la ciudad y, entre sus pacientes y su mujer, no puede cuidar del niño, y, además, Ace necesita a Letty.

—Pobrecito. Es tan joven...

—No pensarás mirarlo con compasión, ¿verdad?

—No —dijo Kit—, haré... —dijo, se interrumpió y desvió la mirada.

Cuando notó que reprimía un sollozo, Olivia le cogió la mano.

—Creo que debemos comportarnos con la mayor normalidad posible.

—¿Tal vez atarlos a los dos a un árbol con hilo de color morado?

Volvió a mirarla y cuando le presionó la mano, ella la retiró: estaban demasiado solos en un lugar maravilloso como para arriesgarse a tocarse.

—Propongo que les brindemos el mejor verano del mundo a los niños —dijo ella.

—¿Llenarlos de regalos? ¿Navidad todos los días? ¿Algo por el estilo? —preguntó él.

—¡No, en absoluto! En primer lugar, debemos regañarlos por atarnos al árbol y creo que hay un fantasma en el desván y que el *Viejo Tomás* procede de un planeta llamado Zenos.

La sonrisa de Kit se volvía más amplia con cada una de sus palabras.

—Me gusta como piensas. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre. ¿No había una cafetería en la ciudad? Bebamos litros y comamos kilos mientras a mí se me ocurren algunas cosas aterradoras para hacerles a esos mocosos. Y quiero encargarme unas bicicletas.

—¿Puedes permitirte las? —Olivia alzó la mano—. Déjame adivinarlo: eres rico.

Él se puso de pie y le tendió la mano.

—Esa solo es una de las muchas cosas malas de las que adolezco. ¿Has traído tu guion? ¿Puedo interpretar a Wickham y escaparme con una muchacha?

—Lidia es una estúpida —dijo ella, lo cogió de la mano y se levantó.

Él brincó de la roca, le rodeó la cintura con las manos y la depositó en el suelo.

—Recuérdame que llame a mi padre y le diga que en enero recibirá un par de visitas.

—¿Crees que de verdad los recibirían? No te imaginas lo que significaría para mi padre. ¿Hay que montar en un jeep para ir a las pirámides?

—¡Ja! Están al otro lado de la calle desde el hotel Mena House. Hay una carretera que pasa junto a las pirámides.

—Papá se desilusionará.

—No te preocupes. Hay montones de lugares que lo fascinarán. Egipto es mágico —dijo, abrió la puerta del camión y ella montó.

Kit rodeó el camión para que ella no viera su sonrisa. «Amigos», pensó. Eso era lo que Olivia quería que fueran y si eso era lo que necesitaba en ese momento, pues él se lo brindaría. En cuanto a él, había encontrado la mujer que amaba y que siempre amaría... y haría lo que fuera necesario para conquistarla. Se tomaría su tiempo, avanzaría tan lentamente como ella necesitaba que lo hiciera.

Y cuando llegara el momento indicado... Kit sonrió: Olivia no sabría con quién se había topado.

—¿Eso es lo que te dijo? ¿Que haría lo que fuera necesario para conquistarte?
—preguntó Kathy.

—En aquel entonces no me lo dijo, pero sí en nuestra luna de miel.

—¿Quieres decir hace poco?

—Sí —contestó Olivia—, hace muy poco.

Al reflexionar sobre lo que acababan de oír, Elise y Kathy callaron. Todo lo que Olivia les contaba había sucedido hacía mucho tiempo; incluso si entonces no les hubieran hablado de su amor, era obvio hacia dónde se encaminaba la joven pareja y, sin embargo, habían pasado su vida separados.

—¿En qué momento la amistad dio paso a la pasión? —preguntó Elise—. ¿Una noche de luna llena? ¿Viste a Kit desnudo bajo un árbol y la lujuria se apoderó de ti hasta tal punto que no pudiste controlarte?

Olivia y Kathy la miraban fijamente.

—Cariño —dijo Kathy—, necesitas un hombre.

Olivia asintió con la cabeza.

—Estoy dispuesta, pero solo tengo a Ray y no lo tendría si... —Le lanzó una mirada horrorizada a Kathy—. Lo siento. No quería criticar a tu marido, es bastante simpático y muy apuesto. Olivia y yo lo obligamos a quedarse sentado sin camisa durante horas y él... —Volvió a interrumpirse—. Creo que ahora cerraré el pico. ¿Hay té helado? Ya he bebido demasiado vino.

Kathy siguió contemplando a Elise un momento y luego a Olivia, que le servía un vaso de té.

—¿Cuánto tiempo duró vuestra dulce e inocente amistad?

—Un momento, quiero que me hables de los niños —dijo Elise—. Nos dijiste que Ace se convirtió en médico, pero ¿qué pasó con Letty? Por favor, dime que esos niños acabaron casándose.

—No, no se casaron —dijo Olivia—. Cuando cumplieron unos diez años Bill obtuvo un empleo en California y dejaron de pasar los veranos en Tattwell. Letty se casó con un hombre que conoció en la universidad. ¿Conoces a Tate Landers, el actor?

—Claro. Todo el mundo lo conoce —dijo Kathy.

—Es casi tan bello como Alejandro, pero no del todo.

—Es el hijo de Letty —dijo, haciendo una pausa—, y hace poco se casó con una de las hijas de Ace.

—Eso es estupendo —dijo Kathy—, de verdad. ¿El nombre de Tate procede de Tattwell?

—Tate es una abreviatura de Tatton y ambos nombres provienen de Tattington. Su hermana se llama Nina. Tate compró la plantación en memoria de su madre.

—¿En memoria? —exclamó Elise—. ¡Ay, no! Creo que detesto saber el futuro. Pobrecitos Ace y su madre y pobrecita Letty, que murió tan joven. Y tú y Kit... —añadió con lágrimas en los ojos.

—Cuéntanos más cosas bonitas —dijo Kathy—. Háblanos de tu amistad con Kit y las cosas maravillosas que hicisteis por los niños.

—Mi madre... —Durante un instante Olivia tuvo que parpadear y secarse una lágrima. Todas esas palabras le traían recuerdos dolorosos—. Mi madre me conocía muy bien. Hablaba con ella por teléfono todos los días; al principio me limité a protestar, pero poco a poco empecé a hacerle preguntas. Unas dos veces por semana aparecía con cosas para la cocina que yo necesitaba o con algo que me resultaba útil. En aquel entonces era demasiado joven y tonta, lo siento, Elise, para comprender cuánto me conocía.

—No me ofendo —dijo Elise—, pero todos tendemos a complicarnos la vida independientemente de nuestra edad.

—¡Ay! —dijo Olivia, y las otras rieron—. Mamá previó que dos ancianos sureños y dos niños pequeños se hartarían de comer elegantes platos franceses y, antes de que lo hicieran, me tendió una caja de zapatos que contenía grandes fichas con recetas de rollo de carne, guiso de ternera, pollo con albóndigas, pescado con patatas, etcétera. Todos platos hogareños. La primera vez que volví

a servirles sopa de tomate Campbell y sándwiches tostados de queso para el almuerzo creí que los cuatro se echarían a llorar.

—¿Y las bicicletas? —quiso saber Kathy.

—El sábado después de conocer a mi padre, Kit y yo condujimos hasta Richmond para comprarlas —dijo, sonriendo al recordarlo—. Fue una excursión agradable; me contó tantas cosas sobre sí mismo que no me di cuenta que omitía lo más importante. Habló del primer año en la universidad, de hacer un grado en ciencias políticas, de sus amigos y de su familia. De todo. Al menos eso fue lo que creí. Solo omitió decirme que planeaba infiltrarse en el nuevo régimen de Muamar al Gadafi.

Tanto Kathy como Elise soltaron un grito ahogado.

—En fin, en aquel entonces ignorábamos la clase de hombre que era; no había indicios de lo que ocurriría.

Elise se cubrió la cara con las manos.

—No quiero que me cuentes las cosas horribles. Pobrecitos Ace y Letty, y ahora Kit.

—¿Le hicieron daño? —se apresuró a preguntar Kathy antes de que Elise pudiera añadir el primer matrimonio de Olivia a la lista de las cosas malas.

—Sí. Que aún pueda caminar es un milagro, pero el aspecto positivo es que lo declararon no apto para ser un soldado. Por eso ingresó en el servicio diplomático. Pero yo siempre supe que esa era su vocación, me di cuenta aquel primer verano.

—Tienes que contárnoslo —dijo Elise.

—Pero primero —dijo Kathy—, háganos de los niños y las bicicletas. ¿Les gustaron?

Olivia bebió un sorbo de vino.

—Sí y no. Kit y yo acordamos que si les regalábamos dos bicicletas nuevas y relucientes se volverían tan sospechosos que quizá no las usaran. Así que las decoramos —dijo, sonriendo—. Con fango del estanque. La bici de Letty era plateada y la de Ace, negra, pero Kit y yo las cubrimos de barro y todas las cosas pringosas que logramos sacar del estanque.

Durante unos instantes la mirada de Olivia se perdió en el recuerdo.

—Una tarde lluviosa estaba enseñando a los chicos, y con eso me refiero a los cuatro, a cubrir globos con tiras de papel maché. Cuando salió el sol Kit entró

hecho una furia. Todos nos quedamos espantados. Dijo que no podía seguir trabajando en el cobertizo porque estaba tan lleno de trastos inútiles que había tenido que deshacerse de unos cuantos. Dijo que lo primero que había tirado a la basura eran esas viejas bicicletas que había encontrado en el fondo. Dijo que debían de tener unos cien años. Eso fue todo lo que los chicos necesitaron: salieron pitando.

Olivia bebió otro sorbo de vino.

—Kit y yo tratamos de convencerlos de que lavaran las bicis para quitar el fango, pero jamás lo hicieron. ¡Adoraban esas bicis!

Las otras dos callaron un momento, pensando que haberles dado tanto placer a unos niños cuyo futuro no era perfecto era algo muy positivo.

Olivia se inclinó hacia atrás en la silla.

—Supe que Kit era un diplomático nato el día que los chicos mataron al tío Freddy. —Tal como se había propuesto, Elise y Kathy la miraron horrorizadas—. Todo el mundo estaba muerto de risa, pues resulta que Kit había estado enseñando a nadar a los chicos, pero tenían prohibido meterse en el estanque sin que hubiese un adulto presente.

—Y el tío Freddy era un adulto —dijo Kathy, frunciendo el ceño y dudando de si quería oír el final de la historia si esta acababa en tragedia.

Olivia asintió con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que dije en ese momento.

Summer Hill, Virginia. 1970

Olivia estaba colgando sábanas en el tendedero y Kit la ayudaba. La lavandera que habían contratado tenía un hijo enfermo, así que Olivia tuvo que encargarse de la tarea. Sospechaba que el niño no estaría enfermo si no fuera el día de cambiar la ropa de cama.

En las semanas desde que ella y Kit habían firmado una tregua aprendieron a ayudarse mutuamente con las tareas; ambos se habían encargado de limpiar el gran huerto de verduras. Nina había pasado, murmurando que se sentía culpable por no ayudarles, pero después se había largado con Bill, como siempre.

—«Os apuesto mil libras contra una corona que dentro de nueve meses tendremos un niño» —dijo Kit.

Olivia se mondó de risa porque sabía que la cita era de la película *Tom Jones*.

Era un día muy caluroso y la ropa que vestían ambos era tan diferente que podrían haber vivido en países distintos. Olivia llevaba mangas largas, el cuello alzado y un sombrero de ala ancha, unos pantalones de algodón envolvían sus largas piernas. Kit casi no llevaba nada.

—¿Y tus pies? —preguntó Kit—. Les da el sol. ¿No tienes miedo?

—Ríes, pero no sabes lo que el sol puede hacerle a tu piel: cuando tengas cuarenta años parecerás de sesenta.

—Y tú siempre parecerás de veinte —dijo él en tono tan admirativo que ella se ruborizó.

Los ancianos habían disfrutado tomándole el pelo sobre la manera que ella y

Kit estaban trabajando juntos.

—Es indudable que vosotros dos os habéis hecho amigos —dijo el tío Freddy.

—Nunca hubiese pensado que ocurriría después del modo en que ambos os tratasteis al principio —dijo el señor Gates.

—Realmente creí que nuestra Livie odiaba al joven Kit —añadió el tío Freddy. Letty estaba desconcertada.

—Pero si preparó un segundo almuerzo para él. Creí que le gustaba.

—¿De veras? —dijo el tío Freddy—. No lo recuerdo.

El señor Gates estaba de acuerdo: él tampoco lo recordaba.

—Era el mejor pollo frito que jamás he comido —dijo Ace—. ¿Cómo podéis olvidar eso?

—No lo olvidaron —dijo Olivia—. Solo te están tomando el pelo.

Sus palabras dejaron boquiabiertos a ambos niños.

Ella no quería verse atrapada en una de sus sesiones de «por qué» de veinte minutos de duración, así que cambió de tema.

—¿Quién quiere un polo de fresa?

Les lanzó una mirada ceñuda a ambos viejos, pero su advertencia solo los hizo reír.

Era al día siguiente, mientras ella y Kit colgaban las sábanas cuando él oyó los gritos. Cuando dejó caer la punta de la sábana esta rozó el suelo.

—¡Eh! Acabo de lavarla. Tendrás que...

—¡Calla!

Su voz era una orden y un segundo después echó a correr.

Olivia arrojó la sábana en una cesta y echó a correr tras él. Oyó el llanto de los niños tan solo rodear los árboles y también un gemido tan angustiado que un escalofrío le recorrió la espalda; se hubiera detenido, temerosa de lo que vería, pero Kit no se detuvo.

Ella se detuvo al ver el estanque. Los chicos estaban a su izquierda, abrazados y llorando. A su derecha, el señor Gates estaba sentado al borde del fangoso estanque con las piernas en el agua y encima de él estaba el tío Freddy, boca abajo como una criatura arrancada de las profundidades y cubierto de las asquerosas algas del estanque.

—¡Coge a los niños! —ordenó Kit y se acercó a los dos ancianos.

—Está muerto.

Su tono angustiado hizo que Olivia se estremeciera. Se dirigió a los niños, pero estos echaron a correr en dirección opuesta, temerosos de lo ocurrido. ¡Resultó muy difícil atraparlos! Los persiguió más allá del gallinero, a través del huerto y hacia la casa.

—Que no entren en la casa por favor —dijo en voz alta.

Nunca los encontraría en esa casa llena de escondrijos.

Logró alcanzar a Ace cuando llegó hasta el tendedero, pero el llanto del niño era demasiado intenso como para seguir corriendo. Olivia se puso de rodillas y lo abrazó. Sus convulsiones le agitaron el cuerpo.

Tal como Olivia sabía que lo haría, Letty dejó de correr y regresó junto a ellos. Olivia abrió los brazos y también la abrazó.

—Matamos al tío Freddy —gimió Ace.

—Lo ahogamos —dijo Letty.

Olivia adivinó lo que había ocurrido. Los niños adoraban empujar la silla de ruedas del tío Freddy, los habían advertido que no se acercaran demasiado al estanque con él, pero, al parecer, dado que aquel día todos los adultos estaban ocupados, habían desobedecido: algo que solían hacer a menudo.

—Fue un accidente —dijo Olivia, pero entonces ella también se echó a llorar.

El tío Freddy y su gran sentido del humor, su bondad y generosidad con todos los habitantes de Summer Hill. Muerto. Y el pobrecito señor Gates. ¿Cómo podría vivir sin su amigo? ¿Cómo...?

—Puedo nadar —dijo una voz áspera por encima de sus cabezas.

Olivia estaba inclinada sobre los niños, los tres tan estrechamente abrazados que parecían un barril. Kit permanecía de pie con el tío Freddy en brazos.

—Livie —susurró Ace, hipando.

Olivia no dejaba de llorar. Querido tío Freddy. ¿Y qué les aguardaban a Ace y su madre? Era una carga demasiado pesada para un niño pequeño y su corta vida.

—Lo sé, Ace, cariño. No fue culpa tuya, fue un accidente.

—Olivia —dijo Kit en tono severo.

Ella todavía abrazaba a los niños.

Letty miró a Ace y después se volvió para ver a Kit sosteniendo al tío Freddy como si fuese un bebé. Entonces soltó un grito y empujó a Olivia con tanta violencia que esta cayó al suelo y, un instante después, los niños aferraban al tío

Freddy de las manos, riendo, llorando e hipando.

—Te quemará el sol.

Kit le sonreía a Olivia al tiempo que ella alzaba la vista y lo miraba, atónita. A sus espaldas, el señor Gates empujaba la silla de ruedas. Parecía haber envejecido años.

El tío Freddy, su cuerpo flácido en los brazos de Kit, les sonrió.

—Vamos a construir una piscina, porque puedo nadar.

—Vamos, viejo —dijo Kit—, te estás volviendo muy pesado.

Miró a Olivia e indicó al señor Gates con la cabeza; había que ocuparse de él.

Ella se acercó, alejó la silla de ruedas de un empujón y le rodeó los hombros con el brazo. Que no hiciera ningún comentario sobre abrazar a una muchacha bonita la asustó.

Llamaron al doctor Everett, el padre de Ace, y mientras esperaban que llegara el señor Gates insistió en bañar al tío Freddy. Era lo que había hecho desde que ambos tenían veinte años y entonces no tenía intención de no cumplir con su deber.

Kit le ayudó a desvestir al tío Freddy y sumergirlo en la bañera de agua caliente, después lo dejó con el señor Gates, que aún temblaba.

—Ambos se necesitan —le dijo a Olivia.

En cuanto a los niños, estaban tan abrumados por lo que casi había ocurrido que permanecían en silencio. Olivia les preparó sándwiches de mantequilla de cacahuete y jalea y un vaso de leche, y estaban en la cocina, comiendo en silencio.

Kit se había puesto una camisa y él y Olivia estaban sentados en el pasillo, uno a cada lado de la puerta del baño. En el interior oían hablar al tío Freddy; hablaba en voz baja pero animada.

—Los chicos no echaron los frenos de la silla —dijo Kit—. Y todo porque los hice jurar que no nadarían en el estanque sin la presencia de un adulto.

—Y tío Freddy es un adulto.

—Correcto —dijo Kit—. Debería haber añadido otras condiciones: que fuese un adulto capaz de lanzarse al agua si ellos empezaban a ahogarse, un adulto que no estaba en una silla de ruedas. Uno que...

A Olivia le resultaba insoportable oír cómo se echaba la culpa.

—Pero ¿descubrió que podía nadar?

—Sí. Su silla rodó dentro del estanque y cuando él salió flotando empezó a agitar los brazos: entonces recordó que sabía nadar. El esfuerzo casi acaba con él, pero logró alcanzar la orilla.

—Y entonces lo encontró el señor Gates.

—El tío Freddy estaba tan agotado que no podía moverse, toda una vida sin hacer ejercicio pasa factura. Cuando el señor Gates vio al tío Freddy tendido boca abajo a orillas del estanque creyó que estaba muerto.

—Y los pobres niños... —dijo, pero se interrumpió al oír las voces en la cocina. Por lo visto había llegado el médico—. Iré yo.

En la cocina, Ace abrazaba a su padre y volvía a llorar, Letty estaba sentada ante la mesa, las lágrimas se derramaban por sus mejillas.

—Vamos —les dijo Olivia—, vamos a recoger unos lirios.

El doctor Everett, un hombre apuesto de treinta y tantos años, le lanzó una mirada agradecida. Estaba ojeroso.

Ella cogió de la mano a los niños y salieron fuera. No eran tan bulliciosos como de costumbre sino que querían que Olivia los columpiara en el columpio colgado del gran roble cerca de la casa. Era como si quisieran volver a ser más pequeños.

Unos treinta minutos después, Kit y el doctor Everett salieron fuera y se quedaron junto al coche, hablando. Después el doctor echó un vistazo a su reloj de pulsera, saludó a su hijo con la mano y se marchó. A Olivia le disgustó que no se hubiese despedido de su hijo y su expresión lo manifestaba.

—No pasa nada —dijo el niño—. Su trabajo es muy importante y mi mamá lo necesita.

Sus palabras y su tono dignos de un adulto le rompieron el corazón. Todos los domingos alguien recogía a Ace y lo llevaba junto a su madre, ingresada en el hospital. Cuando volvía a casa, Letty siempre tardaba bastante en convencerlo de salir fuera. Livie había adoptado la costumbre de preparar una tarta de cerezas todos los domingos por la tarde.

Cuando el médico se marchó Kit se volvió hacia los otros tres con una sonrisa; sus dientes blancos se destacaban contra su piel morena.

—El tío Freddy ha salido de la bañera y quiere helado. ¿Alguien más quiere helado?

—¡Yo! —gritaron los chicos y echaron a correr.

Pero Ace volvió, cogió la mano de Olivia y la obligó a correr junto a ellos.

Esa noche, una vez que acostaron a los cuatro niños, los pequeños y los viejos, Olivia y Kit se dejaron caer en el sofá de la sala de estar. Él había preparado sendos Tom Collins y ella bebió la mitad del suyo de un único trago.

—Poco a poco —dijo Kit—, hoy ya he sufrido bastantes desastres.

—Lo controlaste todo perfectamente —dijo ella.

—Hice lo que había que hacer.

—Creí que el tío Freddy estaba muerto. Lo parecía.

—Casi lo estaba —dijo Kit—. Solo nadó unos metros, pero es lo máximo que ha hecho tras lesionarse. Durante todos estos años debería haber hecho ejercicio, usado pesas. Pero no lo hizo. —Él...

Olivia lo cogió de la mano y la presionó.

—Estuviste genial.

Cuando Kit cogió la suya y depositó un beso en el dorso ella la retiró. De pronto se dio cuenta de que estaban solos. Los hombres y Ace estaban en la cama y Nina se había llevado a Letty a casa. Las habitaciones de Kit y Olivia se encontraban a ambos lados del pasillo. Ella se puso de pie abruptamente.

—Necesito dormir. Hoy ha sido demasiado para mí.

Él asintió, pero sin decir nada.

Ella se detuvo en el umbral.

—¿De qué hablasteis tú y el doctor Everett?

Kit cerró los ojos un momento.

—La mamá de Ace se está muriendo. Solo le dan morfina para aliviar el dolor.

Olivia se quedó allí, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que había pasado y lo que pasaría. Se volvió, dispuesta a llevarse su tristeza, pero Kit alzó la mano como diciéndole que se quedara, abrió una puerta de un armario repleto de viejas cajas destartadas y extrajo una.

—Las traje de mi casa porque creo que ahora mismo las necesitamos.

Llevó la caja hasta un mueble grande de caoba al otro lado de la sala. Olivia nunca sintió curiosidad por lo que contenía, pero de todos modos llevaría semanas revisar todos los muebles de la casa grande y vieja.

Cuando él levantó la tapa, ella vio que era un tocadiscos y que los altavoces ocupaban toda la parte inferior. La caja de Kit albergaba varios discos de 45 rpm.

—Ahora no puedes poner música —dijo, frunciendo el ceño—. Todos

duermen, necesitan descansar.

—Sí, es verdad, pero nosotros necesitamos dicha. El tío Freddy está a salvo, el señor Gates se recuperará, la madre de Ace sigue viva. Hoy, en este preciso momento, lo tenemos todo para sentirnos dichosos.

—Tienes razón. Pero pon algo suave, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Depositó una pila de discos en el grueso eje y subió el volumen al máximo. Olivia se horrorizó cuando empezó a sonar la picante y gutural versión de Steppenwolf de *Born to be wild*.

Olivia casi atravesó la sala de un brinco y trató de bajar el volumen, pero Kit la agarró y empezó a bailar con ella, aplastando sus caderas contra las de ella.

Ella se debatió durante unos ocho segundos, luego gritó:

—¡Qué diablos! ¡Estamos vivos! ¡Hoy no ha muerto nadie! —exclamó y le lanzó una mirada desafiante a Kit, una suerte de reto sexy—. Vamos, muchacho inútil, veamos si sabes bailar.

—No sé saltar por encima de calabazas —gritó él—, pero en cuanto al sexo, nena, no necesito clases.

Ella se quitó los zapatos y empezó a agitar las caderas. Gracias a sus músculos fortalecidos tras años de clases de danza, se inclinó hacia atrás sin dejar de moverse.

Kit la imitó. Ella se volvió de manera que su pierna quedó entre las de él y siguió inclinándose cada vez más.

Cuando él descendió hacia ella como para besarla, ella se inclinó aún más hasta tocarse los tobillos con las manos. Kit no se separó de ella.

El primero que apareció fue Ace y, adormilado, se quedó allí con la vista clavada en ambos, un minuto después Letty apareció en el umbral... y entonces Olivia y Kit se echaron a reír. Se suponía que Letty estaba en casa con sus padres, pero no era sorprendente que se hubiese escabullido y durmiera cerca de Ace... y quizá del tío Freddy.

El niño corrió hacia ellos y se abrió paso entre Olivia y Kit, como si la reclamara.

—Eh, chico —dijo Kit—, esta chica es mía. Consigue una para ti.

Letty se restregó los ojos y se acercó a Kit.

El disco se detuvo y hubo un momento de silencio antes de que cayera el

siguiente. Era el conjunto Cream, llamado así por ser lo mejor de lo mejor: Ginger Baker, Jack Bruce, Eric Clapton. Los mejores. Entonces sonó *Sunshine of your love* a todo volumen.

Kit volvió a intentar acercarse a Olivia, pero Letty y Ace lo frustraron. Riendo, recogió a Letty y empezó a bailar a través de la gran sala con ella.

Cuando aparecieron el tío Freddy y el señor Gates no supuso ninguna sorpresa; el señor Gates hizo girar la silla de ruedas de un modo que parecía haberlo hecho muchas veces con anterioridad.

Lo que sí resultó una sorpresa fue cuando Nina y Bill entraron en la sala. Llevaban albornoces cortos pero sin nada por debajo y los adultos prorrumpieron en carcajadas. Era obvio que habían estado nadando desnudos bajo la luz de la luna.

—Una pareja enamorada —Kit le dijo a Olivia cuando los padres de Letty fueron al otro extremo de la sala, se abrazaron y se mecieron.

Los discos no dejaban de cambiar y todos bailaban. Jefferson Airplane, Rolling Stones, Marvin Gaye, Aretha Franklin, James Brown, Creedence Clearwater Revival, todos sonando a un volumen ensordecedor.

Alrededor de medianoche, los más viejos y los más jóvenes abandonaron. Los padres de Letty desaparecieron en la oscuridad exterior y Kit alzó al tío Freddy en brazos y lo llevó a la cama. El señor Gates se tendió en el catre junto a su amigo y se negó a abandonar la habitación. Olivia logró llevar a los niños a su habitación de la primera planta y ambos se desplomaron en las camas gemelas de la habitación de Ace. No los desvistió, pero los tapó con las mantas.

Cuando Kit apagó la música, era como si la casa estuviera en silencio, pero también agradecida y maravillosamente despierta. La casa era una vieja dama que había visto guerras, nacimientos y muertes, y en ese momento parecía complacida de que todos sus seres queridos estuvieran a salvo.

Olivia salió al pasillo y cerró la puerta de la habitación de Ace, dejando solo una rendija. Kit estaba ante la puerta de la suya; tenía un aspecto estupendo. Era como todos sus sueños viriles hechos realidad. Lo que más quería era tocarlo, sentirlo, percibir su piel contra la suya: bailar tan pegados el uno al otro había hecho que Olivia fuera muy consciente de su presencia.

Él le lanzó una mirada, invitándola a acercarse. Ella sabía que si daba el más mínimo paso hacia él, Kit le tendería los brazos y después...

Antes de que se le ocurriera otra cosa, ella murmuró:

—Buenas noches —se deslizó en su habitación y cerró la puerta con firmeza.

A la mañana siguiente, antes de bajar, Olivia mantuvo una larga conversación consigo misma sobre ella y Kit. Sabía que estaba enamorado de ella, que la observaba. «Pero es imposible», pensó. Él volvería a su universidad yanqui y ella iría a Broadway y acabaría enamorándose de un productor. Podía soportarlo, pero sería injusto para con Kit. Una cosa era contarle a su amiga —la que interpretaba el papel de Jane— que había tenido una aventura de verano con un lozano universitario, pero ¿qué pasaría cuando él apareciera con un grupo de sus amigos bebedores de cerveza de la hermandad?

Quizá moriría de vergüenza en el acto.

No, pasara lo que pasara, ella debía ser la adulta e impedir que la vista de su bello y maravilloso cuerpo desnudo la hiciera hacer algo de lo que se arrepentiría.

Recordó la primera vez que su madre vio a Kit. Había pasado para darle a Livie un mortero y una mano para preparar paté de hígado y Kit había pasado rumbo al estanque. Como siempre, llevaba muy poca ropa.

Su madre bajó los anteojos de leer y lo observó hasta que alcanzó el estanque y desapareció entre los árboles.

—Ahora comprendo —dijo en tono tan insinuante que Olivia se quedó espantada.

—¡Madre! —exclamó.

—Puede que hayas nacido cuando yo y tu padre ya éramos mayores, querida, pero pasamos años enteros tratando de crearte.

Olivia estaba tan pasmada que se quedó muda.

La señora Paget abrió la puerta del coche.

—La verdad es que el joven Kit me recuerda a tu padre a esa edad. A que adoras esos vientres lisos y musculosos, ¿verdad? —Su madre puso el motor en marcha y añadió—: Que te diviertas, cielo. Y espero que hagas todo lo que hicimos tu padre y yo.

Riendo ante el silencio de su hija, arrancó y se marchó.

Después de la Gran Falsa Alarma, tal como el padre de Letty apodó el

accidente casi mortal del tío Freddy, las cosas cambiaron. Bill tenía derecho a mostrarse sarcástico: debido a lo ocurrido su carga de trabajo aumentó mucho. En el pasado debía supervisar los treinta y cinco acres. Contrataban chicos del instituto para que ayudaran, pero él dijo que a partir del año pasado, después de Woodstock, lo único que querían hacer era fumar marihuana y dejarse crecer el pelo.

Entonces llegó Kit y se encargó de casi todo. Por primera vez tras el nacimiento de su hija, él y Nina disponían de tiempo para estar juntos. Bill sonrió: mucho tiempo.

Pero desde la casi tragedia, Kit dedicaba la mayor parte de su tiempo a dar clases de educación física. Les daba dos clases diarias de natación a los niños y pasaba una hora en el agua con los ancianos. El señor Gates nunca había aprendido a nadar, pero debía ser capaz de ayudarlo al tío Freddy, así que Kit trabajaba con ambos.

Kit dijo que el señor Gates aún tenía algunos músculos; al fin y al cabo, había estado levantando al tío Freddy durante años pero como detestaba el agua, eso causó problemas. Kit tuvo que esforzarse en convencerlo y en cuanto al tío Freddy, Kit dijo que los donuts tenían más músculos que él.

Cuando las señoras de la limpieza llamaban diciendo que estaban enfermas, Olivia aprendió a decirles que el trabajo estaría esperándolas. Todos los días se ponía un bañador y le ayudaba a Kit con las clases. E inició una clase de danza en la que todos participaban: los niños, los ancianos, Bill y Nina. Livie estaba segura de que el señor Gates se recuperaba cuando dijo que haría cualquier cosa ridícula que le pasara por la cabeza solo para verla enfundada en leotardos de color rosa.

El domingo Kit y Olivia condujeron a Ace al hospital para visitar a su madre; incluso le llevaron una gran porción de tarta de chocolate. Apenas estaba consciente, pero le sonrió a su hijo y Kit lo había alzado en brazos para que pudiera besar a su madre.

Llevó un tiempo, pero todos estaban recuperándose tras el accidente que casi resultó fatal.

Un día, de camino al huerto donde le ayudaría a Kit a cortar el césped, Bill saludó a su mujer y a Livie con la mano. Estaban sentadas ante la gran mesa de picni a un lado de su pequeña casita, pelando y cortando un par de fanegas de

judías verdes. Pensaban enlazarlas esa tarde y prometieron preparar el plato favorito de Bill: guiso de judías.

Cuando Bill se marchó, no vio a las dos muchachas que recorrían el viejo sendero de ladrillos.

—¡Olivia! —gritó Betty Schneider.

Olivia estaba frente a Nina, de espaldas a la joven y durante un momento cerró los ojos.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —masculló.

Tuvo que recurrir a todo su entrenamiento como actriz para sonreír antes de volverse.

Betty y su amiga Shirley Williamson se acercaban a ellas. Olivia había asistido al instituto con ambas; habían sido bastante populares pues eran monas y bonitas, y siempre vestían a la última moda: jerséis con apliques de imágenes de caballos en la espalda, faldas escocesas con hebillas de latón, un pin circular en todos los cuellos Peter Pan y lazos a juego en el cabello. Encabezaban todos los comités, sus novios eran los mejores atletas y nunca cometían errores. ¡Eran perfectas!

En cuanto a Livie, estaba tan involucrada en el grupo de teatro que se limitaba a tratar de asistir a clase sin maquillaje en la cara.

—Olivia —dijo Shirley—, encantada de verte.

Para consternación de Livie, Shirley se inclinó y depositó un beso en su mejilla, y Betty la imitó.

—Es así que lo hacen en Nueva York, ¿no? ¿O es en Francia? Me las confundo.

Shirley soltó una risita, como si creyera que eso todavía resultaba gracioso.

Olivia dio un paso atrás.

—Esta es Nina Tattington. Su marido...

—¿Tattington? ¿Sois los propietarios de esta vieja casona? —preguntó Betty.

—No, de momento mi marido y yo solo trabajamos aquí.

Mientras las jóvenes examinaban a Nina, evaluándola, Olivia las miraba a ellas. Estaban tan arregladas y maquilladas como si fueran actrices. Betty se había depilado las cejas, casi no quedaba nada de ellas, y Shirley se había alisado el pelo, ya no quedaba ni un rizo. Llevaban faldas tan ceñidas que parecían salchichas y las blusas desprendidas, revelando el sujetador. Llevaban las piernas

enfundadas en medias y zapatos puntiagudos en los pies.

«¿Qué querrán?», se preguntó Olivia. Su madre la había mantenido al corriente del cotilleo de la ciudad, así que Olivia sabía que la vida de esas dos no había sido tan perfecta como esperaban. Betty se había casado con su novio jugador de fútbol, pero se divorciaron un año después y él se trasladó a California. El novio de Shirley rompió su compromiso después de que ella llevara su anillo durante cuatro años. La madre de Olivia dijo que prefirió presentarse voluntario a la guerra de Vietnam antes que casarse con Shirley.

Cuando volvió se casó inmediatamente con una joven que Shirley siempre había considerado inferior a ella.

En cuanto a Olivia, en el instituto siempre fingieron que ella no existía. Nunca la habían invitado a sus fiestas ni a tomar café con ellas. Pero la verdad es que Olivia jamás trató de formar parte de su grupo. Para ella, el instituto solo había sido un trampolín para alcanzar su objetivo.

Sin que las invitaran, las muchachas tomaron asiento ante la mesa de picni.

—Bien, Olivia —dijo Betty—, me han dicho que te despidieron de tu obra de Broadway.

Olivia se sentó en la punta del banco, dispuesta a defenderse, pero cambió de idea. Al parecer, las chicas aún actuaban como si estuvieran en el instituto, desdeñando a los demás para sentirse importantes.

—Es verdad —dijo, sonriendo—, y ahora soy la señora de la limpieza de dos ancianos.

Nina tosió para reprimir la risa.

Olivia optó por pagarles con la misma moneda.

—¿Y vosotras dos? ¿Estáis casadas? ¿Tenéis hijos?

Ambas fruncieron el ceño.

—No me casaría con ningún hombre de esta ciudad —dijo Betty—. Hiciste bien en ir a Nueva York para cazar uno.

El comentario desconcertó a Olivia.

—No cacé ninguno.

—¿Y ese al que toda la ciudad te vio halagando en la cafetería? Nos dijeron que resultaba bastante bochornoso.

—Y también que corretea por aquí desnudo —dijo Shirley en voz baja y sugerente.

Olivia abandonó su expresión complacida. «Quieren conquistar a Kit —pensó—. Han venido aquí cubiertas de kilos de maquillaje para atraparlo.»

—¿Cómo es él? —preguntó Betty.

—Me han dicho que es rico —dijo Shirley—. Tu padre se lo dijo al señor Wilson en el club y él le dijo a mi tío que el hombre tiene un palacio en Italia. ¿Es un príncipe?

Olivia les lanzó una mirada horrorizada. Se imaginó a ambas —y a todas las otras solteras de la ciudad— desfilando por Tattwell con zapatos de tacón. Echó un vistazo al cuenco de judías verdes y se imaginó que todo había acabado. De repente se dio cuenta de que habían creado una familia, allí en Tattwell. Compartían bromas, cada uno tenía sus tareas, todos se conocían, se cuidaban y se querían. Sí, todos acabaron queriéndose.

¡Y ella no quería que eso se acabara!

Olivia hurgó en sus propios sentimientos para encontrar el personaje que necesitaba interpretar. Soltó una risita, procurando parecer despreocupada.

—¿Os referís a Christopher? ¿Creéis que es rico? ¡Debéis estar de broma! ¿Estaría cortando el césped si tuviera dinero? Y chicas —añadió, inclinándose hacia delante como si compartiera un secreto—, Christopher solo es un muchacho, un adolescente. No es la clase de hombre que las mujeres realmente necesitan. No debéis malgastar vuestro tiempo con un niño como él.

Se alegró al ver que sus palabras surtían efecto. Los rostros maquillados de Betty y Shirley empezaron a desinflarse, como globos pinchados. No era rico, no era lo bastante mayor. Olivia decidió venderles la idea.

—Si os vieran por ahí con el Muchacho Inútil, como yo lo llamo, os convertiríais en el hazmerreír de toda la ciudad.

Tras oír esas palabras, ambas jóvenes se pusieron de pie.

—Ay, supongo que nos hemos equivocado.

Procurando disimular su alivio, Olivia también se levantó.

—Deberíais decirles un par de cosillas a esas chismosas que os mintieron. No creo que lo hicieran en beneficio vuestro.

—Puedes estar segura de que lo haremos —dijo Shirley.

—Creo que será mejor que nos marchemos —dijo Betty.

—Sí, vale. Te veremos en la ciudad, Olivia. Supongo.

Ambas se alejaron por el viejo sendero de ladrillos lo más rápidamente posible

en sus zapatos de tacón y se subieron al coche.

Olivia se volvió hacia Nina con una sonrisa triunfal, pero la expresión de esta era de horror. Estaba muy pálida.

«No, por favor —pensó Olivia—. Que no se trate de lo que yo creo.»

Lentamente, se volvió hacia donde Nina estaba mirando: Kit se hallaba de pie al otro lado de la esquina de la casa, vestido con una camisa y un bañador. Delante de él estaba el tío Freddy en su silla de ruedas y su rostro de costumbre sonriente parecía triste; detrás de ellos se encontraba el señor Gates, con aire disgustado. Una cosa era llamar a Kit «muchacho inútil» en familia, pero decirselo a otras personas era algo muy distinto.

En cuanto a Kit, Olivia no vio su expresión porque había vuelto la cabeza, pero incluso bajo su piel bronceada Olivia advirtió que estaba rojo de ira.

Cuando empujó la silla de ruedas hacia delante, Olivia vio que los niños estaban detrás de él y, a juzgar por sus caras, ellos también habían oído sus palabras. Por más jóvenes que fueran, la expresión de sus rostros pequeños y dulces manifestaba que se sentían traicionados por ella, que había roto algún código no escrito de lealtad familiar.

Olivia quiso decir algo para defenderse, pero ¿qué podía decir? Fuera cual fuese su excusa, había despreciado a Kit, lo había humillado y desdeñado. Había convertido una broma familiar en una condena pública.

Kit soltó la silla de ruedas y se dispuso a marchar. Su silencio parecía expresar que él tampoco sabía qué decir. Se alejó unos pasos y después se volvió y su expresión ya no era la misma. Por primera vez, todos ellos vieron su cólera, la ira que brillaba en su mirada. Tenía un aspecto impresionante.

Olivia se dispuso a dar un paso atrás, pero después se mantuvo firme.

Kit se acercó, se enfrentó a ella y la rodeó con los brazos, no con suavidad sino con una violencia que casi la dejó sin aliento. Después la besó y su cuerpo, sus labios demostraron la pasión que sentía por ella desde el primer día. Su deseo por ella, a causa de verla todos los días, de estar cerca, de reír con ella, de las lágrimas hasta los sosegados momentos de felicidad que habían compartido, todo eso estaba en aquel beso.

Acarició la cara de Olivia con la mano, le acarició la comisura de los labios y los labios de él se abrieron sobre los de ella.

Ese beso no era el de un adolescente ni producto de la falta de experiencia. Era

el beso de un hombre, un hombre que había visto mucho mundo y saboreado gran parte de este.

Era un beso muy distinto de todos los anteriores. Experto, carente de torpeza y de inseguridad. Era el beso de un hombre que sabía lo que estaba haciendo.

Kit se apartó y la miró durante un segundo. Su mirada era la misma de antes, fría, quizás incluso cruel. Le rodeaba el cuerpo con un brazo y cuando se apartó, las piernas de Olivia dejaron de sostenerla y, con un rápido movimiento, Kit la soltó.

Olivia tropezó hacia atrás, pero había perdido el equilibrio. Todas las clases de danza no la habían preparado para un beso que la evisceró. Las emociones, los sentimientos, hasta la cordura habían desaparecido.

Cayó sentada en el sendero de ladrillos, sus dientes entrechocaron y una punzada de dolor la atravesó.

De pie ante ella, la expresión de Kit dio paso a una sonrisa desdeñosa.

—No soy un niño —dijo.

Luego dio media vuelta y se alejó.

Summer Hill, Virginia.1970

—Lo siento, pero aún no hemos abierto —dijo el barman—. Vuelve en un par de horas.

Kit depositó un billete de cincuenta dólares en la barra.

—Quiero una cerveza y quédate con el cambio.

—Supongo que acabamos de abrir. —Le sirvió una cerveza a Kit y luego se quedó allí, observándolo cavilar—. ¿A cuál escogiste?

—¿Qué?

El barman limpiaba la barra.

—Supongo que estás aquí porque persigues a una de las chicas. ¿O acaso viniste a la ciudad para echarle un vistazo a tus otras opciones?

Kit lo miró como si estuviese loco.

—¡Chicas! —El barman indicó el bronceado de Kit con la cabeza—. ¿Has estado tanto tiempo al sol que las olvidaste?

Kit suspiró.

—Las chicas son lo único en lo que pienso.

—Eso es normal, es lo que yo hacía a tu edad. Así que, ¿cuál es?

Kit frunció el ceño.

—No tengo ni idea de qué hablas.

—¿Betty Schneider o Shirley Williamson? Anoche estuvieron aquí hablando del individuo rico y desnudo que es un pariente del tío Freddy. Dijeron que se dirigían a Tattwell para conocerlo. Eres tú, ¿correcto?

Kit bebió un gran trago de cerveza.

—Individuo rico y desnudo —murmuró—. Eso me describe perfectamente.

—¿Aparecieron?

—¿Quiénes?

El barman le lanzó una mirada furiosa.

Kit se encogió de hombros.

—Sí, hoy había un par de mujeres jóvenes allí, no hablé con ellas.

—¿Que no...? —El barman se inclinó hacia delante—. Oye, esas dos arden de deseo y sabes a qué me refiero. Solían ser las reinas del instituto, pero ahora solo quieren un hombre. Betty es la más lista de las dos, Shirley es la más buena, pero no te perderá de vista. Si quieres echarles un vistazo a las demás, puedo hacer correr la voz. Si vuelves a eso de las siete, todas las solteras de cuarenta kilómetros a la redonda estarán aquí. Y unas cuantas casadas, si eso es lo que te apetece.

Kit miraba al barman como si fuese de otro planeta, pero después cambió de expresión y sonrió, como si quizá le gustara que un montón de mujeres cachondas trataran de ligar con él.

—¿Eres de aquí?

—Nací y me crie aquí.

—¿Cómo es Olivia Paget?

El hombre dio un paso atrás y lo miró.

—¿Conque esas tenemos? Pues abandona la idea. Es la chica más bonita de la ciudad pero no nos quiere a ninguno de nosotros. Puede que haya sido una muchacha de pueblo, pero ya no lo es. Tiene otros intereses —dijo y se quedó mirando a Kit, que mantenía la cabeza tan gacha que casi rozaba la barra—. Te ha dado fuerte, ¿no?

—Sí, muy fuerte.

—Pobrecito. Yo me enamoré de una chica como esa. Estaba muy fuera de mi alcance. Deja que te dé un consejo: Olivia Paget no es para un chico que corretea por ahí desnudo y se dedica a limpiar cementerios. Sí: oímos hablar de eso.

—Me parece que hoy hice algo realmente estúpido. Livie mandó a las chicas a paseo.

—¿Te refieres a Betty y Shirley? ¿Por qué hizo eso? Me parece inimaginable que Livie sienta interés por ellas. Cuando vivía aquí, mientras los demás

hacíamos barbacoas en el patio trasero, Livie estaba en Richmond tomando clases para su vida futura... y solo tenía doce años. Así que, ¿por qué echó a las chicas? Más bien se reiría de ellas por aparecer por allí para echarte un vistazo. El sentido de humor de Olivia es muy agudo.

Kit lo miró; su rostro expresaba su tristeza. El barman le lanzó una mirada atónita.

—No creerás que... Olivia no podría estar... —Soltó una carcajada—. ¿Crees que Olivia echó a esas chicas porque está interesada en ti? ¿En un chico que corta el césped? —Entonces soltó otra carcajada—. Pero te diré una cosa, chico: tienes un par.

—Creo que la ausencia de cerebro compensa mi abrumadora consciencia de mí mismo —dijo Kit, vació la copa de un trago y abandonó el bar.

Al tiempo que contemplaba la puerta que se cerraba, el barman meneó la cabeza.

—Abrumadora consciencia de mí mismo —citó—. Sigue hablando así, chico, y quién sabe, tal vez tengas una oportunidad con Livie después de todo.

Pero entonces recordó a todos los jóvenes que le tiraron los tejos a Olivia Paget y fracasaron.

No, era imposible y, riendo, fue al almacén a por más cerveza.

Fue Nina quien resolvió todo el asunto. Primero averiguó a dónde se habían dirigido Kit y Olivia cuando ambos escaparon. El barman de la taberna le soltó un rollo considerable: le dijo que Kit había estado allí y después se marchó.

En cuanto a Olivia, era una muchacha lugareña. Fue hasta el camino y alguien que conocía se detuvo y la llevó. Nina llamó a la señora Paget, le dio una breve explicación de lo ocurrido y luego le dijo que si averiguaba dónde estaba Olivia que se lo hiciera saber, por favor.

Después Nina se enfrentó a la familia y les soltó un sermón. Los dos ancianos y los niños habían supuesto que Olivia los había traicionado.

—¡Os estaba protegiendo a todos! —exclamó Nina y siguió adelante.

Ver al tío Freddy y al señor Gates siendo regañados por la madre de Letty resultó tan fascinante para los niños que casi lo disfrutaron.

Cuando acabó, Nina abandonó la casa y se rascó por debajo del yeso con la

percha de alambre que siempre tenía a mano. Estaba muy enfadada con todos ellos.

Cuando llegó a su casa el teléfono estaba sonando. Era la señora Paget, que le dijo que Livie había ido a casa, subido a su habitación y cerrado la puerta. Dijo que su marido estaba buscando a Kit.

—Y yo estoy haciendo las maletas. Pasaremos unos días en la cabaña junto al lago.

—Buena idea —dijo Nina sin dejar de rascarse.

Su enfado había aumentado el picor.

Una hora después, la señora Paget volvió a llamar y susurró que Kit estaba allí y que ella y su marido abandonarían la casa.

—No pensamos volver hasta dentro de dos días.

—Que sean tres —dijo Nina.

—Confío que no estoy cometiendo un error —dijo la señora Paget.

—No lo está —contestó Nina.

Se despidieron y colgaron.

Cuando Olivia dejó de hablar, Kathy y Elise callaron, esperando que continuara, pero Olivia no dijo nada.

—Quiero saber el resto —dijo Elise.

Olivia parpadeó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Disfrutamos de seis semanas perfectas. Decir que estábamos en el paraíso es un cliché, pero fue así. Mis padres tenían un motivo oculto para dejarnos a solas en su casa; estaban orgullosos de mi papel en Broadway, pero en realidad solo querían que me casara y tuviera hijos. No lo sabía, pero después de que mi padre conoció a Kit hizo algunas comprobaciones y lo que oyó le agradó. Dejándonos allí, mis padres hacían de casamenteros.

—¿Os quedasteis allí tú y Kit? —preguntó Elise—. ¿En la casa? ¿Solos?

—Si me preguntas acerca del sexo —contestó Olivia con una sonrisita—, la respuesta es sí, sí, sí. Sexo sudoroso, agotador, apasionado e interminable. Después de tres días conocía su cuerpo tan bien como el mío.

Kathy y Elise sonreían.

—Cuando mi madre llamó para avisarnos de que regresaban, Kit y yo volvimos a Tattwell. Nadie le dio mucha importancia, pero se pusieron muy contentos de vernos y nosotros sentíamos lo mismo.

Olivia tuvo que hacer una pausa y cerró los ojos un minuto.

—Durante semanas, fuimos una familia muy feliz. Nos llenaba de dicha que el tío Freddy estuviera vivo, que la madre de Ace también, y Kit y yo estábamos... muy risueños —dijo, con una sonrisa de medio lado—. La caseta del pozo se convirtió en nuestro lugar privado. Kit dobló unas chapas galvanizadas y formó

una especie de túnel para que las espinas no nos arañaran, y rodeó la entrada de maíz partido.

—Para que el pavo real la vigilara —dijo Elise.

Olivia asintió.

—Fue un período divinamente feliz. Todos nos llevábamos muy bien. Incluso hoy, Kit cree que nosotros no lo sabíamos, pero el pequeño Ace empezó a dormir con él: el niño sabía lo que le esperaba y necesitaba consuelo.

—Pero todo acabó —dijo Kathy.

Olivia inspiró profundamente.

—Mi vida cambió porque fui a Richmond. No, eso no es verdad. Cambió a causa del día anterior, porque dije esas palabras: «Te amo.» No lo hice adrede, pero era justo antes de mi partida y las solté. Kit me besó, pero no repitió mis palabras.

Calló durante unos momentos.

—Esa tarde casi se mató limpiando veinte metros cuadrados del terreno donde construirían la piscina del tío Freddy y al día siguiente durmió hasta tarde. Yo estaba tan enfadada con él por no decirme que me amaba que cuando el señor Gates dijo que llevaría al tío Freddy a Richmond para su revisión médica semestral, me ofrecí a acompañarlos.

Hizo una pausa.

—Antes de marchar, entré en la habitación de Kit de puntillas y lo observé mientras dormía. Tenía arañazos en la cara y la barba negra crecida; tenía tan buen aspecto que estuve a punto de quedarme, pero por desgracia mi enfado superó mi pasión. Le di un beso en la frente y abandoné la habitación. —Entonces se volvió y susurró—: No volví a verlo durante más de cuarenta años.

Miró a Kathy y a Elise.

—Cuando volvimos, Kit no estaba allí y tampoco su ropa, los libros, los discos... Era como si hubiera desaparecido. Desapareció tan completamente que dudé de que hubiera existido.

—Creíste que había huido porque le dijiste que lo amabas —dijo Kathy.

—Me avergüenza decirlo pero sí: eso fue lo que pensé. Los niños dijeron que el padre de Kit pasó a recogerlo en un gran coche negro; creí que eso era lo que Kit les había dicho. Estaba demasiado disgustada, demasiado furiosa como para darme cuenta de que eso era su interpretación infantil de lo que habían visto:

hombre vestido de traje igual a padre.

Hizo una pausa.

—Creí que Kit había llamado a su padre para pedirle que lo sacara de allí, y que el hombre se había apresurado a acudir. El tío Freddy dijo que había llamado a la familia de Kit y que le dijeron que no sabían dónde estaba, pero supuse que mentían. Ninguno de ellos sabía que yo había dicho esas dos palabritas así que, ¿cómo podían saber algo? —dijo, alzando la voz.

—¿Y cuál era la verdad? —preguntó Elise en voz baja.

Olivia tomó aire.

—Los militares vinieron a por él. Por eso estaba allí, ocultándose de la curiosidad de su familia y bronceándose todo el cuerpo. Se preparaba para emprender una misión secreta. Ellos sabían lo que había llevado consigo y se aseguraron de que lo recogiera todo. Pero logró dejarme un mensaje en la caseta del pozo: una propuesta matrimonial... junto con el anillo de su abuela.

Olivia tendió la mano y les mostró el hermoso anillo de oro blanco con un gran diamante en el centro.

—No lo vi porque estaba tan furiosa que siempre me negué a entrar en la caseta del pozo. No quería oír su nombre ni pensar en él. Y tampoco... —Cuando alzó la vista estaba pálida—. Mi estupidez aún me enfurece y el arrepentimiento me corroe.

—El amor es estúpido —dijo Elise en tono ponzoñoso—. ¿Por qué Kent ama a Carmen y no a mí? ¿Y por qué me vuelvo loca por... —Suspiró—. El amor es insensato.

—Estoy de acuerdo —dijo Kathy—. Mi marido es guapísimo pero yo quería a Andy, un hombrecillo de aspecto común y corriente que jamás me echó una mirada.

Durante un momento, las tres mujeres callaron.

—¿Fuiste a Broadway? —preguntó Kathy.

—Solo unos días después de la desaparición de Kit estaba en un avión a Nueva York.

Las otras guardaron silencio, pero entonces y en tono desconcertado, Kathy preguntó:

—Estudiaste para convertirte en actriz durante toda tu vida, pero abandonaste tu sueño y regresaste a casa.

—Y te casaste con otra persona —añadió Elise.

Olivia parecía considerar qué diría, pero al final no contestó y se puso de pie.

—Debo irme a la cama. De verdad.

Y abruptamente, sin mediar palabra, se volvió, cogió una linterna y salió por la puerta principal.

—Uau —dijo Elise en voz baja—. Cuarenta años.

Kathy mantenía la vista clavada en la puerta.

—Creo que omitió gran parte de la historia.

—¿Cómo qué? —preguntó Elise.

—¿Recuerdas cómo empezó? Nixon, Vietnam y...

—Que nadie tomaba píldoras anticonceptivas —dijo Elise, empezando a recoger los platos y llevarlos a la cocina. Después se interrumpió y ambas intercambiaron una mirada.

—Dejemos este desorden —dijo Kathy—. No quiero que Livie esté sola. Podemos recogerlo todo mañana.

—Buena idea.

El chalet estaba en silencio y en la primera planta Elise se detuvo ante la puerta de Olivia, pero no oyó nada.

Eso se debía a que Olivia había dispuesto de cuarenta años para aprender a llorar en silencio.

A la mañana siguiente, cuando Kathy despertó, el silencio reinaba en la casa. Se notaba que había personas en el interior, pero era como si estuvieran muy lejos. Se levantó, se vistió y salió fuera. Aún era muy temprano, pero a ella le gustaban los amaneceres. El rocío humedecía el césped y la sensación era agradable bajo sus sandalias.

El Joven Pete estaba pasando un rastrillo por una zona del césped y ella lo saludó con la mano; él se detuvo y le lanzó una sonrisa que la hubiese sonrojado si no estuviera tan complacida. Dado todo ese tiempo pasado junto a Ray, casi había olvidado cuán agradable resultaba sentirse femenina y deseable.

Pasó junto a la desierta Camden Hall, atravesó la pared cubierta de rosales y se dirigió a la Casa del Río. Durante unos minutos contempló el arroyo con el puente curvo y la bonita isla. Estaba convencida de que a la mayoría de la gente le gustaría vivir en un lugar como ese, pero lo único en lo que Kathy pensó fue en el mantenimiento. El terreno de dieciséis mil metros cuadrados que ella y Ray poseían en Connecticut era tan bonito como ese, un placer para la vista. Uno de los clientes de Ray dijo que era «la viva imagen de la serenidad».

Cambiaría todas las flores perfectas que le ocupaban tanto tiempo por un apartamento en Nueva York. No tendría ningún inconveniente en cambiar el canto de las aves por la sirena de una ambulancia.

La puerta principal de la casa no estaba cerrada con llave y Kathy entró. En el suelo había una caja pequeña envuelta en papel marrón; en la etiqueta ponía el nombre de las tres mujeres, pero ningún remitente. «Debe de ser de Ray —pensó Kathy. Era el único que sabía que las mujeres estaban allí—. O quizá lo ha

dejado el Joven Pete.»

Kathy sonrió.

Recogió la caja, la depositó en una mesa junto a la puerta principal y empezó a recoger los restos de la cena de anoche. El relato de Olivia de su pasado la había hecho pensar en su propia vida. Ray había dicho que se quedara allí para tomarse unas vacaciones. «Diviértete, ve de compras.» Parecía creer que ir de compras resolvía todos los problemas femeninos, pero en ese momento lo último que quería era una blusa nueva. Lo que realmente quería era una vida nueva.

Conectó el lavavajillas y después recorrió la casa. Había objetos artísticos de todo el mundo, muy hermosos, pero mientras los contemplaba pensó en el relato de Olivia. «Arrepentimiento», había dicho. Se arrepentía tanto...

—Yo también —dijo Kathy en voz alta.

—¿Tú también qué?

La voz de Elise la sobresaltó.

—Nada importante.

Olivia estaba detrás de Elise y sostenía la caja en la mano.

—¿Qué es esto?

—La encontré en el suelo. Supongo que la envió Ray. Un regalo para decir «gracias».

«Yo le enseñé a hacer eso», pensó Kathy, pero no lo dijo.

—Creo que deberíamos abrirla —dijo Olivia y empezó a desenvolver la caja. En el interior había una nota de la doctora Hightower.

Esto es real. Probadlo, por favor.

Y su firma.

Olivia depositó la caja en la mesa; estaba llena de lo que parecía guata de algodón y enterradas en la guata había tres tarjetas de visita en cuya parte posterior los nombres de las tres estaban caligrafiados a mano.

Futures, Inc.

¿Alguna vez quisiste reescribir tu pasado?

Madame Zoya puede ayudarte.

333 Everlasting Street

En la parte inferior ponía: «Hoy en el Camino Rural 77.»

Olivia y Elise se sentaron ante la gran mesa de la cocina mientras Kathy abría la puerta de la nevera y cogía una docena de naranjas. Había un exprimidor manual fijado a la encimera; cortó las naranjas por la mitad, las exprimió y llenó vasos de zumo.

—Una fantasía encantadora, ¿verdad? «Reescribir el pasado.»

Elise sonreía: le parecía absurdo.

—Coincido. —Kathy depositó los vasos de zumo en la mesa—. Pero es una idea genial, ¿no? ¿Adónde regresarías?

Hacían caso omiso de Olivia, que mantenía la vista clavada en la tarjeta, sin pestañear. No hacía falta preguntarle qué cambiaría: ella no iría a Richmond aquel día.

—Yo iría a mi boda —dijo Elise.

Kathy cascó unos huevos y los batió en un cuenco.

—Supongo que te gustaría regresar y decirle «no» a tu marido cuando este te propuso matrimonio.

—Eso no funcionaría —contestó Elise—. Si dijera que no en privado, mis padres y los de Kent me volverían tan loca que acabaría por decir «sí» solo para que se callaran. Tendría que decir «no» en público. Me colgaría la falda del brazo y echaría a correr fuera de la iglesia.

—Y después, ¿qué?

—Ni idea. Me gustaría que me salvara un hombre guapísimo montado en un gran caballo negro, pero como eso no ocurrirá, no lo sé.

—¿Y qué te parece un chófer y una larga limusina negra? —Kathy empezó a revolver los huevos—. Que te lleve hasta el aeropuerto y luego volar a alguna parte. Si lo planearas con antelación, podrías tener una maleta en el maletero y podrías cambiarte de ropa en el asiento trasero del coche.

—Eso me gusta —dijo Elise—, excepto que no tengo adónde ir.

—A Maine —dijo Olivia, que por fin salía de su ensimismamiento. Dejó la tarjeta en la mesa—. Kit tiene montones de parientes masculinos solteros en Maine. Podrías elegir. Estoy segura de que competirían entre sí para ver quién sería capaz de conquistarte.

—¡Eso suena fantástico! —Elise reía—. Me escaparé con uno de ellos y regresaré casada con un tío tan rico que incluso mis padres estarán satisfechos.

—¿Y Alejandro?

—En aquel entonces no me di cuenta, pero él empezó a trabajar allí justo una semana antes de mi boda. Pero incluso si regresara, nada habría cambiado, todavía viviríamos en mundos diferentes y no sé cómo podrían combinarse.

—¿Y tú? —le preguntó Olivia a Kathy, que depositaba un cuenco de huevos revueltos y un plato de tostadas de pan integral en la mesa—. ¿Regresarías para conquistar a tu Andy?

Kathy se sentó, frunciendo el ceño y concentrándose.

—¿Que qué cambiaría? —Alzó la vista—. ¿Tiene que tratarse de un hombre?

—¡No! —contestaron las otras dos al unísono.

—Bueno —dijo Kathy—, si regresara al pasado, es decir, sabiendo lo que sé ahora, lo primero que haría sería hacerme un lugar en la empresa publicitaria de mi padre. Muchas de las ideas que presentaba Ray eran mías. Y lo segundo que haría sería mantenerme a distancia de Ray. ¿Sabéis una cosa? Detesto vivir en Connecticut, odio la enorme casa que poseemos Ray y yo, incluso detesto mi maravilloso jardín. Ocuparme de todo lleva muchísimo tiempo... por no hablar del coste de todo.

Tomó un bocado de huevo revuelto.

—Regresaría a aquellas dos semanas cuando Ray quedó atrapado por una tormenta de nieve en Chicago. Antes de casarnos. Casada o no, nunca sería capaz de hacer nada si él estuviese presente. Durante esas dos semanas en las que Ray estuvo ausente, mi padre se volvió loco. Había clientes que llegaban desde Hong Kong y...

Kathy se encogió de hombros.

—¿Cómo se solucionó? —quiso saber Olivia.

—Como siempre. Ray volvió de Chicago con una campaña estupenda y todos estaban contentos. Mi fantasía es que quien se ganara a los clientes sería yo —dijo, alzando la barbilla—. Y después exigiría que mi padre me diera un auténtico empleo, uno que no supusiera hacer de anfitriona para él y Ray. Me gustaría que me pagaran un verdadero sueldo y disponer de un despacho con mi nombre en la puerta... y un apartamento en el Upper West Side de Nueva York. Algo bonito con una terraza.

Suspiró.

—Pero jamás lo conseguiré. Ray es igual que Kent, cree que necesita la casa

de Connecticut para agasajar a los clientes —añadió, bajando la vista.

—Ray quiere divorciarse —dijo Olivia en voz baja—. Por eso acudí a la doctora Hightower.

Durante un instante Kathy se quedó boquiabierta, después hundió la cara en las manos y se echó a llorar. Elise y Olivia inmediatamente la abrazaron y le palmearon la espalda.

—Lo siento muchísimo —dijo Olivia—. No debería habértelo dicho. Lo siento, lo siento.

Kathy se puso de pie, con su bonito rostro bañado en lágrimas, y se dirigió a la nevera. Cogió una botella de champán y la abrió. Vertió el líquido en los vasos de zumo de naranja y alzó el suyo.

—¡Un brindis! En este momento soy la mujer más feliz de este planeta.

Elise y Olivia estaban demasiado azoradas como para hablar; lograron coger sus vasos, pero se quedaron mirándola fijamente. Kathy bebió un gran trago y luego añadió más champán a su zumo.

—Ray jamás se iría si no tuviera a alguien esperándolo. Decidme que es Rita, por favor, espero que sea ella. Están hechos el uno para el otro. Y si se casa con ella y tienen hijos, a lo mejor la madre de Carl le perdonará por lo de su hijo —dijo y las miró—. Si os habló de Rita, ¿también os habló de Carl? Por supuesto que sí. Pues sabed que Carl era un matón, no el santo que Ray quiere creer que era.

Elise y Olivia sostenían sus vasos en silencio.

—¡Bebed, chicas! Tenemos mucho que celebrar.

Ambas bebieron unos sorbos, pero sus miradas eran de espanto.

Olivia empezó a recuperarse.

—¿Cómo te has enterado de lo de Carl?

—Siempre lo supe todo —contestó Kathy—. Ray y papá se conocieron cuando Ray irrumpió en un almuerzo entre papá y un cliente. Después, papá dijo que o Ray era el mejor vendedor que jamás había conocido, o bien un ladrón y un mentiroso. Me dijo que averiguara cuál de los dos. Mi informe afirmaba que Ray era ambas cosas. Papá dijo que era perfecto para el mundo de la publicidad y lo contrató.

Con expresión de asombro, Elise y Olivia se sentaron y empezaron a comer.

—Ray dijo que tú contratabas a sus secretarias —dijo Olivia.

—Sí, es verdad —contestó Kathy en tono orgulloso—. Tanto mi padre como Ray me obligan a encargarme de la vida social de sus clientes. Si un individuo dueño de medio Iowa viene a Nueva York y quiere que la agencia de papá publicite lo que él vende, yo soy la encargada de pasear a su mujer. Sea lo que sea lo que quiera hacer, me dicen que cumpla con sus deseos. Una de las esposas quería que contratara a un bailarín tipo Magic Mike para que la visitara en su habitación de hotel. Parecía creer que yo sabía cómo arreglar esa clase de cosas. «Vives en Nueva York, ¿verdad?»

Kathy tomó aire.

—En fin, me harté de todo eso. Estaba casada con Ray, pero no me sentía su mujer. Habíamos llegado al punto en el que él me palmeaba el hombro y decía: «Buen trabajo.» Como si fuera uno de sus colegas. Quería dejar todo eso, pero ya habéis conocido a Ray. Fue igual que con Dolores: ponerle punto final debía ser la decisión de Ray. Yo sabía que la única manera en la que me dejaría marchar, quiero decir que me dejara en libertad de verdad, era si tenía otra mujer.

—Así que decidiste buscarla —comentó Olivia.

—Cuando la secretaria original de Ray se jubiló, logré convencerlo de que me dejara encontrar alguien que la reemplazara. Lo enfoqué como si fuera un concurso de belleza. Desconozco las preferencias sexuales de Ray, solo sé que no le gustan las mujeres grandes, sanas y curvilíneas como yo, así que opté por la variedad.

Con una amplia sonrisa Kathy bebió un sorbo de su combinado de naranja con champán.

—Encontré una rubia escandinava que hacía que los hombres de su despacho chocaran contra las puertas cristalleras, pero Ray no demostró el menor interés. La siguiente fue una bonita latina que se casó con otro hombre del despacho. Después una pelirroja pechugona.

Kathy rio.

—Durante dos años casi volví loco a mi marido. Cada vez que una muchacha aprendía a administrar su despacho, ideaba una excusa para conseguirle otro empleo.

—E intentabas encontrar una esposa para tu marido —dijo Elise.

—Sí. Por más que Ray lleve un traje en la oficina y se siente a cenar con hombres que juegan al polo, si rascas un poco encuentras a un chico de las calles

de Brooklyn.

—Y Rita es de allí —dijo Olivia.

—¡Ya lo creo! Era un regalo del cielo, la respuesta a todas mis oraciones. Había llegado a un punto en que creí que yo tendría que pedirle el divorcio a Ray.

—Y si lo hacías, él se obstinaría y se negaría —dijo Olivia—. El que tomara la decisión debía ser él y nadie más. Si tú pidieras el divorcio él libraría una guerra, solo por principio... y todos saldríais perdiendo: tú, tu padre, Ray, la empresa, tus clientes...

—Me parece que comprendes perfectamente a mi marido... al igual que la madre de Carl. Cuando Rita necesitó un empleo me la mandó a mí, no a Ray. Creo que supuso que tras vivir años con él, ya lo conocería bastante bien. Invité a Rita a almorzar en casa y me di cuenta de inmediato de que era lo bastante discreta para él en público, pero que por debajo aún poseía el atractivo callejero. Me pareció que formarían una pareja perfecta y la contraté como secretaria de Ray —dijo, con una sonrisa maliciosa—. ¡Estoy muy orgullosa de mí misma!

—¿Y qué pasa con la doctora Hightower? —preguntó Olivia.

—Eso fue otro regalo completamente inesperado —dijo Kathy—. Cuando Ray me dijo que iría a ver a una terapeuta creo que esperaba que yo quisiera convencerlo de lo contrario, que dijera que un tipo tan maravilloso como él no podía tener problemas, pero no lo hice. Albergaba la esperanza de que intentara cobrar valor para pedirme el divorcio. Ese hombre tiene la curiosa idea de que él es toda mi vida. ¡Casi lo es, pero no porque yo lo haya elegido!

Kathy se sirvió más champán, pero sin zumo de naranja.

Olivia recogió la tarjeta y la miró.

—Ahora que has conseguido lo que quieres, quizá no querrás cambiar nada.

—Podrás conseguir tu apartamento en Nueva York y a lo mejor logras convencer a tu padre de que te escuche —dijo Elise.

Kathy reflexionó un momento.

—Creo que en este caso es como si fuera un prisionero que recobra la libertad tras ser declarado inocente. Alguien a quien durante toda la vida le han dicho: «Estuviste en la cárcel, ¿no? ¿Cómo era?» En el mundo publicitario siempre seré «la primera mujer de Ray. La que él abandonó. De hecho, las mujeres me preguntan cómo es estar casada con él. Perciben que solo está a un paso de ser

un gánster y eso las excita.

—Pero a ti, no —dijo Elise.

Kathy puso los ojos en blanco.

—Cuando nos casamos él apenas era un ser civilizado. Le enseñé buenos modales en la mesa y le enseñé a bailar bailes de salón. ¿Sabéis lo que me regaló para nuestro primer aniversario? Un bolso de cocodrilo, un cocodrilo de verdad que había estado vivo. Dijo que su madre siempre había querido tener uno de esos bolsos.

La primera en reír fue Olivia.

—Me regaló tantas cosas extrañas que una de las condiciones que le impuse a su secretaria fue que debía hacer todo lo posible para evitar que me comprara algo. Y abrí una cuenta en Chanel.

Olivia reía a carcajadas.

—Ray me dijo que Elise era totalmente Chanel y Cartier.

—¿Y quién crees que le enseñó eso? —Kathy vació el vaso y se inclinó hacia delante—. Esa cosa —dijo, indicando la tarjeta— es un timo. Sea quien sea, querrá mucho dinero, pero considero que debemos ir de todos modos. Hace años que no me divierto tanto... y la mera idea de reescribir mi pasado y no casarme con Ray Hanran me da ganas de bailar.

—¡A mí también! —exclamó Elise—. Imaginar que corro por el pasillo de la iglesia en mi traje de novia para alejarme de Kent es una fantasía estupenda.

—Yo no tengo ganas de bailar —dijo Olivia—, más bien de conducir... aunque no servirá de nada. No existe ninguna calle Everlasting en ningún lugar de Summer Hill y en el Camino Rural 77 solo hay unas cuantas casas viejas. Una está abandonada hace años.

—Yo apuesto por cualquier cosa que pueda ayudarme en mi situación actual. O que al menos me ofrezca esperanza de encontrar una solución.

Elise se puso de pie.

—Estoy de acuerdo —dijo Kathy.

—Dejadlo todo en el fregadero y subamos al coche de Kathy —dijo Olivia—. Podrían reconocer el mío. ¿Alguien tiene gafas de sol grandes y unos pañuelos?

—¿Te conformas con Prada y Hermès? —preguntó Kathy.

—¿No hay cocodrilos muertos? ¡Caray!

Todas rieron.

Olivia conducía, Kathy estaba sentada a su lado y Elise en el asiento trasero. Olivia se alegró de que ambas charlaran y se entendieran. Las dos tenían problemas con su cuerpo: Kathy, obsesionada por el peso y observando cada bocado, como si calculara las calorías y su valor nutricional.

Elise observaba cada movimiento de Kathy y evaluaba cada curva; parecía preguntarse si ser más voluptuosa le ayudaría a despertar el amor.

Olivia tuvo que hacer un esfuerzo por no sermonearlas: lo que conquistaba a un hombre o hacía que lo perdieras no era tu tipo de cuerpo, era él. El hombre. Ambas habían hecho una mala elección... y Olivia era una experta en esa materia. Las cosas que a Kit le gustaban de ella era las que Alan había aborrecido; su capacidad, su talento para realizar el trabajo lo habían hecho sentirse un inútil, le habían quitado la sensación esencial de ser un hombre.

Olivia reflexionó sobre la diferencia de sus caracteres solo después de que Kit volviera a formar parte de su vida; Kit no lo sabía, pero ella le había hecho preguntas al hijo de Kit sobre su madre.

La expresión casi siempre seria de Rowan se había suavizado.

—Mamá es un encanto. Está emparentada con la nobleza italiana y es muy bella, culta, viajada y capaz de hablar con cualquiera sobre cualquier tema.

—Ah —la mirada de Olivia manifestó su desilusión.

¿Cómo podía competir con la «nobleza italiana»? Ella nunca había salido de Estados Unidos.

—Pero mamá no podía lidiar con la vida peripatética de papá. Recibía una llamada de algún gobierno y partíamos en veinticuatro horas; esperaba que mamá se encargara de organizar la mudanza y de todo lo demás, pero ella no podía. Estaba acostumbrada a que cuidaran de ella, no a la inversa.

Sus palabras la animaron: mudarse, organizar a las personas... esas eran cosas que sabía hacer. Y aún más importante: le gustaba hacerlas.

El rostro apuesto de Rowan se endureció.

—Papá quería que mamá fuese algo que no era y cuando se mostraba incapaz de ser esa persona, se enfadaba.

Olivia se limitó a asentir con la cabeza. Lo había comprendido perfectamente, pero comprenderlo no eliminaba el dolor.

Pasaron junto a la granja del señor Ellis que, años atrás, había sido vendida a un constructor que había edificado unas cuantas casitas y planeado muchas más.

Si pudiera regresar en el tiempo, compraría el terreno con las rocas en las que ella y Kit se sentaron y conversaron. Alguien le dijo que el nuevo propietario las eliminaría: para construir casas aburridas se requería un terreno llano y aburrido.

Al igual que no había una calle Everlasting en Summer Hill, Olivia estaba segura de que nadie de este mundo podía reescribir el pasado... si es que eso era lo que realmente significaba esa estúpida tarjeta.

Kathy y Elise estaban comentando los detalles del diseño de los bolsos marca Phillip Lim en tono entusiasta y coincidiendo que era alguien a tener presente.

Olivia no pudo evitar una sonrisa, se alegraba de que hubiesen encontrado puntos en común... y que durante unos minutos hubieran olvidado los fracasos de sus respectivas vidas. Lo que la preocupaba era que ambas jóvenes estuvieran tan traumatizadas por lo que los hombres les habían hecho que jamás se recuperasen. Ambas eran mujeres bellas, distintas pero muy encantadoras, pero años de desprecio y de críticas las habían afectado negativamente. ¿Cómo era posible que Ray, grandote y apasionado, no quisiera lanzarse sobre Kathy? Y en cuanto a Kent, solo era un tonto.

Cuando Olivia alcanzó el Camino Rural 77 aminoró la velocidad y giró a la derecha; sabía lo que había calle abajo: tres viejas casas de labranza muy distantes entre ellas. Parejas de personas mayores ocupaban las dos primeras que, debido a la falta de dinero, se habían deteriorado. El año pasado la iglesia le pagó a Josh Hartman para que reparara los techos. Olivia sabía que había trabajado muchas horas gratis.

La tercera casa se encontraba al final del camino y hacía más de veinte años que estaba desierta. Estaba alejada del camino de gravilla y antaño perteneció a un anciano que tenía seis perros. Le había dejado la casa a su hijo, pero nadie logró encontrarlo así que la casa quedó desocupada.

Olivia condujo lentamente a lo largo del camino y ante cada entrada sintió el impulso de dar media vuelta. ¡Eso era ridículo! ¿Por qué estaban allí? ¿Para darle dinero a una timadora? ¿Para ser engañadas porque... porque tenían esperanzas? ¿Era eso lo que estaban buscando?

Para cuando alcanzó el final del camino el coche apenas avanzaba; oía el crujido de cada trozo de gravilla bajo los neumáticos.

Kathy se volvió y miró a través del parabrisas.

—¿Te encuentras bien?

—Me siento como una tonta. ¿Por qué estamos haciendo esto? —preguntó Olivia.

—¿Y por qué no? Salir de la casa, pensar en algo positivo en vez de en las cosas horribles que los hombres nos han hecho tiene que ser positivo.

—Me gusta tu actitud —dijo Olivia, sonriendo.

—¡Mira! —exclamó Elise, se inclinó hacia delante y señaló.

Había un cartel verde y blanco muy nuevo donde ponía EVERLASTING STREET. Olivia no logró reprimir la risa.

—Esto es un camino de entrada.

—La magia adopta muchas formas —dijo Kathy.

Olivia enfiló el camino de entrada que entonces se llamaba «calle». Árboles altos y viejos sombreaban el camino y solo vieron la casa cuando llegaron al final.

Lo que antaño era una vieja casa medio en ruinas había sido completamente reformada; habían añadido grandes ventanas y la parte delantera había sido ampliada, formando una gran ventana salediza. El viejo porche rodeaba todo un lado de la casa.

—Parece que han hecho unas reformas —dijo Elise—. ¿Crees que fue magia?

—Si no me equivoco, es obra de Josh Hartman: además de construir, sabe diseñar. ¡Puedo aseguraros que la casa original nunca fue tan bonita!

Olivia apagó el motor y durante un momento contempló la bonita casa. Era de un tamaño agradable, no muy amplia pero tampoco era una cabaña. Que nadie le hubiera informado de las reformas la enfadó un poco. Stacy, la diseñadora de su casa, era la hermana de Josh, así que debería haber mencionado que su hermano estaba...

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kathy.

—Sí, claro. —Olivia procuró reprimir la sensación de haber sido omitida—. Hagámoslo.

Elise bajó del coche y las otras la siguieron.

El silencio reinaba en torno a la casa, las aves gorjeaban y el viento agitaba las hojas. Habían levantado una alta verja de madera a la derecha, con un arco por encima de la puerta. Olivia se acercó y echó un vistazo al interior: era un amplio huerto de verduras y hierbas. De momento era nuevo y tosco, pero en un par de años sería magnífico.

—¿Hierbas para preparar bebedizos de bruja? —preguntó Kathy, aligerando los presentimientos de Olivia—. No haremos esto si no tienes ganas.

Antes de que Olivia pudiera contestar Elise echó a correr.

—Vamos, adelante.

—Su vida es muy desdichada, ¿verdad? —comentó Kathy en voz baja.

Olivia suspiró.

—Me niego a pensar en lo que le espera. Este paréntesis no durará mucho, cuando la encuentren sus padres... No sé qué intentarán. Necesita un empleo y...

—Se interrumpió y miró a Kathy—. Sea lo que sea que le proporcione un minuto de esperanza a esa niña, estoy completamente a favor de ello.

En cuanto alcanzaron la puerta principal una joven bonita la abrió. Era de estatura mediana, abundantes cabellos castaños y bastante delgada. Llevaba una amplia camiseta verde y pantalones negros de algodón.

—Hola —dijo, sonriendo y revelando dientes blancos—. Sois... No, no me lo digáis: Olivia, Kathy y tú eres Elise. ¿Lo he adivinado correctamente?

Si la doctora Hightower le había dicho que acudirían no hubiese sido difícil adivinar quién era quién.

Olivia estaba detrás de las otras dos. Siempre había observado a las personas; cuando interpretaba un papel en una obra, le gustaba reflexionar sobre la manera de hacerlo. Si no se equivocaba, esa joven estaba muy nerviosa y su desparpajo era forzado, como si intentara disimular cierta inseguridad.

—¿Eres Madame Zoya?

La voz de Elise delataba su desilusión.

—No —dijo en tono feroz y bastante desafiante—. Esa es mi tía. Soy Arrieta Day. Yo... —Hizo una pausa e inspiró profundamente—. La estoy reemplazando.

Aún estaban en el umbral y la joven no dejaba de mirar a Olivia con una expresión que ella no lograba descifrar. Era casi como si ansiara su aprobación... o su permiso, pero ¿permiso para qué? Hubo un momento de silencio incómodo, después Arrieta dio un paso atrás.

—Pasad, por favor. He preparado galletas de pasas, el agua está caliente y... y...

No parecía saber cómo proseguir.

Entraron en un amplio vestíbulo del que se elevaba una escalera. A la derecha había un pequeño comedor y una antigua mesa de pino. A la izquierda había una

habitación que parecía una pequeña biblioteca de puertas dobles abiertas. Todas las otras puertas de la casa estaban cerradas.

Arrieta les indicó que entraran en la biblioteca; en el otro extremo había una alta ventana salediza con un asiento acolchado. Estantes altos hasta el cielorraso cubrían las otras paredes, todos casi vacíos. El único mueble era un gran escritorio de madera de arce y cuatro sillas de respaldo enrejado. Todo resultaba estéril, como si nadie se hubiese mudado allí todavía. Las mujeres tomaron asiento, al tiempo que Arrieta se quedó de pie detrás del escritorio.

—Supongo que queréis saber cómo funciona esto.

Elise asintió, Kathy y Olivia se limitaron a mirarla fijamente.

—Puedo enviaros al pasado. —El tono de Arrieta casi parecía de disculpa—. Vosotras escogéis la fecha y permanecéis allí tres semanas, luego volvéis aquí. ¿Alguien quiere una galleta?

—¿Viajar en el tiempo? —dijo Kathy—. Creí que esto solo suponía una... una sesión de quiromancia, pero ¿viajar en el tiempo? No creo que...

—Yo me apunto —dijo Elise—. ¿Cuándo empezamos? ¿Cuánto hemos de pagar? ¿Aceptas un pago diferido, puesto que no tengo dinero?

—Yo tampoco —dijo Arrieta, y después pareció un tanto temerosa—. Quiero decir... Supongo que no habrá inconveniente. No había pensado en ello, tal vez debería llamar a mi tía y preguntarle. Ah, y son cien dólares por persona.

Kathy veía la esperanza en el rostro de Elise; no apelaría a la lógica y le quitaría esa esperanza.

—Yo pagaré por las demás. ¿Cuántas veces debemos regresar antes de emprender el viaje en el tiempo?

—Ninguna. —La expresión de Arrieta demostraba que sabía que Kathy no le daba crédito a nada—. Os preparo un té, lo bebéis y luego retrocedéis en el tiempo. Todo en una única visita.

—¿Qué clase de té? —preguntó Kathy en tono desconfiado.

—No contiene drogas, si eso es lo que crees, son hierbas que te ayudan a relajarte —contestó Arrieta, mirando en derredor como si buscara una vía de escape.

—Esto no es posible —dijo Olivia. Todas la miraron—. ¿El Efecto Mariposa? —Cuando nadie dijo nada, continuó—. Cambias algo del pasado y por más pequeño que sea, después todo será diferente.

—Solo puedes cambiar lo que te afecta a ti —dijo Arrieta.

Esperaron que prosiguiera, pero no lo hizo.

—Pero yo quiero regresar a un día tres semanas antes del once de septiembre —dijo Olivia—. Quiero advertir a las personas. O antes de Pearl Harbor. O...

—No. —Arrieta tomó asiento detrás del escritorio—. Algunos lo intentaron. Un hombre se pasó sus tres semanas en la cárcel. Cuando trató de advertir a las personas, lo arrestaron por alterar el orden público, creyeron que haría estallar bombas. Otro hombre regresó para tener otra oportunidad de ser un buen padre, pero ¿sabéis lo que hizo?

Nadie contestó.

—Plagió canciones. Tenía buena memoria y recordaba las letras, así que las apuntó y las firmó con su nombre. Obligó a sus hijos a memorizarlas.

—Así que cuando regresara al presente sería rico y famoso —dijo Kathy.

—Exactamente —contestó Arrieta.

—Pero supongo que no funcionó —comentó Olivia.

—Cuando regresó estaba exactamente en el mismo lugar que cuando se marchó. Nadie recordaba las canciones robadas, su ex mujer aún lo detestaba y sus hijos no querían saber nada de él. Fue un caso muy triste. —Hizo una pausa—. Y los peores son los autores. Mi tía dice que jamás volverá a enviar a un autor al pasado. Adoran robar tramas. Un hombre reescribió *Guardianes de la Galaxia* de memoria y se lo envió a su agente.

Las mujeres aguardaron que les contara el resultado. Arrieta se encogió de hombros.

—El libro le encantó al agente, pero más adelante consideró que el autor estaba loco por afirmar que había escrito el libro antes de que lo filmaran. El agente lo abandonó.

—Así que no debemos meter las narices en los asuntos de los demás —dijo Olivia—. ¿Hay una manera de saber cuándo te pasas de la raya?

Arrieta se encogió de hombros.

—Lo único que ocurrirá es lo que debe ocurrir —dijo y se puso de pie—. Os dejaré reflexionar sobre el momento al que queréis regresar —añadió y casi echó a correr fuera de la habitación.

—Esto es una broma —dijo Kathy, poniéndose de pie. Olivia y Elise se quedaron sentadas—. No creeréis que sea verdad...

—Me gustaría regresar a la mañana de mi boda —dijo Elise—. Antes de que papá dijera que podía soportarlo todo. Estaba totalmente convencida de que después de casarme con Kent todo cambiaría. Creí que mis padres empezarían a estar complacidos conmigo, que Kent y yo tendríamos hijos y hablaríamos de a dónde iríamos de vacaciones. Cosas normales, comunes y corrientes. Pero no ocurrieron —añadió, alzando la voz—. Después de casarme todo empeoró, la gente estaba aún menos complacida conmigo que antes y Kent no sentía el menor interés por mí. Él...

Olivia le apoyó la mano en el brazo.

—Lo siento. —Elise le lanzó una mirada suplicante a Kathy—. No me importa si solo me duermo y sueño. Prefiero tener esperanzas que limitarme a aguardar que vengan a por mí.

Olivia se puso de pie, se acercó a las estanterías casi vacías. Había unos cuantos libros sobre el cultivo de hierbas y una docena sobre cómo servir el té, cómo dirigir una tetería, qué servir, libros de recetas... Se volvió hacia las otras dos.

—Averiguaré algo más acerca de esto —dijo, salió al amplio vestíbulo y contempló las puertas cerradas. «La dama o el tigre», pensó, ¿cuál puerta debería elegir?

El traqueteo de cubiertos hizo que se dirigiera a la puerta de la derecha que daba a una bonita cocina.

—Hola —dijo en voz baja, pero Arrieta se sobresaltó tanto que casi dejó caer una taza—. Déjalo, lo haré yo. Tú siéntate —añadió, indicando la mesa en un rincón.

—Creo que se supone que debo servirlos —dijo Arrieta, pero se sentó de todos modos.

—¿Cuántas veces has hecho esto? —preguntó Olivia.

La expresión de Arrieta fue una respuesta suficiente.

—Ah, comprendo. Es la primera vez. —Olivia depositó hojas de té en la tetera floreada—. Háblame de ti.

—También se supone que soy la que hace las preguntas.

—Estoy segura de que sí, pero existen circunstancias atenuantes, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Aún parecía que Arrieta quería escapar.

—¿Acaso tu tía te cargó con esta tarea?

—¡Sí! —exclamó Arrieta—. ¡Odio el destino! Suena romántico, pero no lo es. Significa que no puedo elegir libremente, sino que estoy obligada a hacer algo, pero eso no es justo, ¿verdad? Una persona puede tener una voz magnífica, pero eso no significa que está obligada a cantar, ¿verdad?

—Y tú no quieres cobrarle a la gente por la esperanza y después no darles nada —dijo Olivia.

—No, no se trata de eso en absoluto. Sé cantar. Quiero decir que puedo enviar a la gente al pasado, pero alternar no se me da muy bien.

—En ese caso, ¿por qué quieres abrir una tetería? —se apresuró a preguntar Olivia.

Arrieta abrió mucho los ojos, después rio.

—La tía Primrose me dijo que tenías mucho talento para entender a los demás. He de ganarme la vida y me gusta cocinar y la jardinería. Creo que con un par de buenas empleadas puedo hacerlo funcionar.

—Y conocer a otras personas te ayudará con tu destino —dijo Olivia—. Eso que dices que eres capaz de hacer me parece imposible.

—No lo es. Solo hemos de tener cuidado, no se lo podemos contar a todo el mundo. La doctora Hightower les ha remitido numerosas personas a mis tías... y ahora a mí.

—Siento curiosidad. ¿Quién era la persona escogida para brindarle esta... oportunidad? ¿Ray o Kathy?

—Kathy —contestó Arrieta—. Nunca fue Ray. La doctora Hightower consideró que debías oírlo hablar de cómo trata a su mujer, porque quizá Kathy no diría nada: lo de guardar secretos se le da muy bien. Pero Ray está perfectamente... gracias a los cuidados que le prodiga su mujer. La que tiene problemas es ella.

—¿Cómo lograste que acudiera aquí?

Arrieta se encogió de hombros.

—Mis tías conocen a muchas personas, así que hicieron unas llamadas y *voilà!* Ray abandona el país y Kathy acude a la casa de la doctora Hightower. Todo salió bien.

No fue necesario que Olivia le preguntara por Elise.

—La doctora Hightower quiere jubilarse —dijo Arrieta, dirigiendo una intensa

mirada a Olivia—. Salvar a Elise fue la gota que colmó el vaso. Jeanne no aguanta más y necesitamos que alguien ocupe su lugar: alguien que nos envíe a las personas idóneas.

—Me parece que necesitaréis una persona muy especial, alguien que crea en... ¿Cómo llamáis a esto? ¿Viaje en el tiempo?

El tono de Olivia denotaba lo ridículo que le parecía todo.

Arrieta bajó la vista.

—Si regresaras a 1970, podrías ir a la universidad mientras el señor Montgomery está en Oriente Medio. A estas alturas serías una terapeuta profesional.

Esa afirmación dejó tan atónita a Olivia que se quedó muda.

—Le dije a la tía Primrose que nunca lo aceptarías.

—Es como si hubieras planeado que yo entrara en la cocina para que pudieras decírmelo.

—Cale dijo que entrarías.

—¿Cale? ¿La prima de Kit? ¿La autora? Apenas la conozco.

—Es amiga de Ellie Abbot, a quien mi tía envió al pasado. Cale dijo que tu curiosidad es insaciable y que eres la mujer más capaz que conoce.

—Ah —dijo Olivia—, no tenía ni idea, es un cumplido maravilloso.

—Nada comenzaría hasta este momento, desde luego.

—¿Qué significa eso?

—Puedes regresar a 1970, casarte con el señor Montgomery y empezar tus estudios de psicología. Cuando él vuelva de su misión secreta, tú y tu familia podréis vivir en diversos lugares del mundo y entonces —¡zas!— regresas aquí y usas tu título para ayudarnos. A las tías y a mí. Nos ayudarás a encontrar a las personas que nos necesitan.

Todo resultaba demasiado fantasioso como para que Olivia lo comprendiera y se quedó sentada, parpadeando.

—Supongo que debo hablarte de la memoria. Cuando regreses aquí tras tu... viaje, puedes escoger si quieres recordar o no. Creo que Elise no querrá recordar lo que su familia le hizo. Kathy tendrá que recordar que Ray, ese grandote fogoso, no es el marido idóneo. Y tú querrás saberlo todo sobre tus dos matrimonios porque eres curiosa. En realidad, es necesario que recuerdes todo acerca de tu difunto marido y tu insoportable nuera, a quien he conocido, para

que puedas ayudar a otras personas.

Olivia intentaba asimilar lo que acababan de decirle.

—¿Y Elise? ¿Nos recordará?

—Lo único que se eliminará de sus recuerdos será el odio, no el amor.

—¿Puedo contárselo a Kit?

—Si lo deseas... tu vida te pertenece.

—Si... esto, si... regresara al pasado, ¿puedo decirle que vengo del futuro?

—Sí, pero será como lo que le pasó a ese hombre con las canciones. Puedes hablarle de ordenadores, móviles y del once de septiembre, todo. Pero tras tres semanas todo desaparecerá. Volverás a esta casa y tendrás la misma edad que ahora. Ambos habréis vivido juntos todos esos años, pero ninguno de los dos habrá conocido el futuro.

—Me formé como actriz así que, ¿cómo recordaré que debo estudiar psicología?

Arrieta sonrió.

—Eso fue exactamente lo que les pregunté a mis tías. Dijeron que si de verdad te gustaba ser actriz, lo seguirías siendo.

Olivia esbozó una sonrisa. Nunca le había dicho a nadie, salvo a Kit, que había adorado la primera semana que pasó en Broadway, pero que repetirlo una y otra vez, noche tras noche, la aburría.

—La tía Primrose dijo que si te hubieras casado con el señor Montgomery y hubieses sido feliz, habrías regresado a la universidad. Y cree que habrías estudiado psicología.

—Es verdad que hice unos cursos en la universidad y me encantaron, pero parecía que el teatro me llamaba —dijo y miró a Arrieta unos momentos—. El hombre de las canciones... esa no fue la única vez que las cosas salieron mal, ¿verdad?

—Sí, de vez en cuando ocurren desastres. —Arrieta se inclinó hacia delante—. A veces las personas sienten tanta dicha por volver a ser jóvenes que se vuelven imprudentes y se lesionan o incluso mueren. Dicen que quieren experimentar un aspecto distinto de la vida, así que se lían con personas horribles. Cuando vuelven al presente, casi siempre optan por retomar su vida anterior. Sobre todo si murieron durante la segunda visita.

—¡Y que lo digas! Pero incluso tras todo lo negativo, cuando regresan se

habrían deshecho de esa sensación de remordimiento. Es algo que me persigue todos los días. Hace poco empecé arrepentirme de algo más: creí que era una buena madre para mi hijastro, pero descubrí que él cree que lo único que me importa es el dinero y eso hizo que me preocupara la idea de que no sería una buena madre para nadie.

—Tu hijastro es un pequeño y codicioso cabrón —dijo Arrieta en tono vehemente—. Lo siento, pero esta es una ciudad pequeña. Cuando Josh estaba haciendo las reformas, tu hijastro vino aquí. Él y su mujer piensan añadir un ala destinada a recibir visitas a su amplia casa; dijeron que la pagaría el señor Montgomery.

Olivia tardó unos minutos en comprender lo que estaba oyendo. Después de lo mucho que Kevin y Hildy habían protestado acerca de su matrimonio con Kit, planeaban aprovecharse del dinero de su familia. Eso era más de lo que Olivia podía aguantar.

—De acuerdo, lo intentaré... pero solo si me dices cómo lo haces.

Arrieta se encogió de hombros.

—En realidad, depende de las personas. Yo me limito a concentrarme y si ellas realmente quieren regresar al pasado, entonces ocurre. No tengo idea de cómo, solo es algo que las mujeres de mi familia somos capaces de hacer. Nosotras... —Entonces cerró la boca, no dijo nada más y depositó la tetera en una bandeja —. ¿Estás dispuesta a regresar al pasado?

—Creo que sí —dijo Olivia y abandonaron la cocina.

Cuando alcanzaron la pequeña y desierta biblioteca, Arrieta dejó la bandeja en el escritorio y le alcanzó una taza a cada una. Mientras bebían el té, les explicó lo que ocurría con los recuerdos.

—¡No quiero recordar lo que me hicieron mis padres y Kent! —dijo Elise.

Arrieta y Olivia intercambiaron una mirada: era lo que habían previsto que diría.

Cuando acabaron de beber el té, Arrieta cogió las tazas vacías y las depositó en la bandeja, reflexionó unos instantes, retiró su silla de detrás del escritorio y se sentó ante las tres mujeres.

—¿Empezamos? Lo único que debéis decirme es la fecha a la que queréis regresar, luego cerráis los ojos y os concentráis en ese período. Yo haré lo demás.

Elise juntó las manos en el regazo de inmediato y cerró los ojos. Todo su cuerpo pareció relajarse.

Arrieta desvió la mirada de Elise.

—Ya está allí, tenía tantas ganas de escapar de este mundo... pero si vosotras dos no queréis regresar...

—Lo siento —dijo Olivia.

Elise sonreía, parecía estar durmiendo... y parecía muy, muy dichosa. Soñara con lo que soñara, lo estaba disfrutando. Olivia miró a Arrieta. Tanto si lo que proponía era verdad, o no, a Olivia le gustaría sentir la misma felicidad que la de Elise.

—Quiero regresar al momento exactamente tres semanas antes de que vinieran a por Kit. Quiero disponer de cada segundo para cambiar un montón de cosas con muchas personas. Quiero...

No dijo nada más porque era como si flotara, como si se alejara flotando. «Kit, Kit, Kit», pensó. Sonriendo, imaginó al tío Freddy, al señor Gates, los niños, sus padres y... Se encontraba demasiado bien como para seguir pensando, solo disfrutó de la sensación de ingravidez, de la ausencia de pensamientos o sentimientos tristes. Siguió flotando; era como si toda la infelicidad de su vida desapareciera de su cabeza, eliminada de donde parecía haberse acumulado en sus huesos. Sonreía, sonreía como no había sonreído desde aquel día que Kit se marchó.

Arrieta miró a Kathy.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—Ser tan feliz como esas dos. ¿Debo golpear los talones?

—Callarte sería una buena manera de empezar —dijo Arrieta en tono irritado—. Lo siento, soy nueva en esto, no estoy acostumbrada a lidiar con el sarcasmo, la duda y todas las otras cosas negativas que acompañan esta tarea, una que en primer lugar nunca quise aceptar.

Kathy la contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Cuando Ray se marchó a Chicago —dijo en voz baja y cerró los ojos.

Su escepticismo era tan grande que tardó varios minutos hasta que empezó a sentirse liberada de aquello en lo que se había convertido su vida.

—¡Kathy! —oyó que ordenaba su padre—. Sírvenos café.

—Sírvetelo tú mismo —se oyó contestar.

Y eso la hizo sonreír. Nadie le había hablado a su padre en ese tono; la sonrisa de Kathy se ensanchó y pareció ocupar todo su cuerpo. Era como si su amplitud la volviera del revés: no tenía cuerpo, solo una enorme sonrisa que le cambiaba toda la vida.

Arrieta contempló a las tres mujeres, alegrándose de que estuvieran donde debían estar; luego fue a la cocina para llamar a su tía Primrose. Todo estaba saliendo bien. Al menos de momento.

Mientras Elise aporreaba la puerta de la habitación de hotel de Carmen, lo único en lo que pensaba era en Alejandro. La falda de su amplio vestido de novia colgaba de su brazo y el puño le dolía de tanto golpear la puerta. Se esforzaba por no pensar en el horror de las últimas cuatro horas.

—¡Abre! —gritó con voz ronca, deslizando la mirada por el pasillo.

Estaba desierto, pero quizá todos estaban en la iglesia, esperando que Elise desfilara por el pasillo.

Hacía solo unas horas estaba sentada en la pequeña biblioteca con Arrieta, haciendo lo que esta le ordenaba y concentrándose en el período al que quería regresar. Cuando el silencio continuó, Elise abrió los ojos, esperando ver a Olivia y Kathy sentadas a su lado, pero en vez de eso se encontró en la gran suite de hotel que su madre había reservado para su uso durante la boda. Elise estaba sentada en un escabel envuelta en su horrendo vestido de novia: era como una nube de seda, los restos de una explosión nuclear.

A su izquierda había un gran espejo y a su derecha se encontraban cuatro de las seis damas de honor escogidas por su madre. Eran las hijas escasamente atractivas de las dos amigas de la universidad de su madre.

—Todas son ricas y te ayudarán en el futuro —había dicho su madre cuando Elise protestó.

Echó un vistazo al espejo y vio que las jóvenes formaban un corrillo y susurraban; durante unos minutos Elise se vio atrapada en un punto medio entre el entonces y el ahora, y aún sentía el alborozo del día de su boda. ¡Se casaría con Kent! El hombre de sus sueños y un efecto colateral era que complacería a

todo el mundo. Se imaginó a ambas familias sonriendo y compartiendo mesa. ¡Sería el paraíso!

Pero entonces, años después, sabía cuánto se había equivocado: casarse con Kent había supuesto someterse a un mayor control de las familias y la había vuelto aún más desdichada.

Tardó unos minutos en adaptarse a la transición y oía la voz de Kathy en su cabeza, diciéndole que lo que debía hacer era escapar. Le dijo a una de las damas de honor que llamara al chófer de la limusina y este le dijo que sus maletas estaban en el maletero y que le habían ordenado que condujera a la pareja recién casada a un hotel de los alrededores, pues no habría una luna de miel porque Kent no podía ausentarse del trabajo durante muchos días. Elise le dio un cheque de cinco mil dólares al chófer y le dijo que en alrededor de una hora quería que la llevara al aeropuerto. Él sonrió, como si fuese algo que ocurría todo el tiempo y dijo que lo haría con mucho gusto. Entonces reservó un billete de ida a Bangor, Maine, a través de su móvil.

Cuando el chófer se marchó el corazón le latía con fuerza, pero también estaba eufórica. ¡Lo haría! Se miró la mano izquierda: no llevaba una alianza y, arrastrada por un impulso, le preguntó a una de las muchachas dónde se encontraba la habitación de Carmen, como si realmente le importara la servidumbre. «Me importa lo bastante como para estrangularla», pensó, pero no dejó de sonreír y cuando las jóvenes no soltaron risitas ni intercambiaron miradas elocuentes Elise se sintió aliviada: al menos no parecían estar al tanto sobre lo de Kent y Carmen.

Elise solo descubrió que el chófer la había traicionado por casualidad. Justo cuando estaba a punto de marchar y efectuar su huida triunfal de la iglesia, una de las damas de honor irrumpió en la habitación y dijo que había una amenaza de bomba. Todas se detuvieron. La joven había concluido que había una amenaza de bomba porque el padre de Elise había llamado a una empresa de seguridad y los hombres acudieron con rapidez.

—Hay hombres con armas delante de las puertas de la iglesia. ¡Y deberías ver la limusina! Hay un guardia en el asiento delantero y otro en el trasero. Y acabo de ver a dos guardias de seguridad esperando el ascensor. Creo que vienen aquí.

Elise creyó que el corazón le dejaba de latir. Después se le hizo un nudo en la garganta. «¡Piensa! —se dijo—, ¿qué haría Olivia? ¡Jamás toleraría esto! Quizá

diría que no estaba dispuesta a... Bueno, no soy Olivia y nunca lo seré.» Pero conocía un lugar donde era muy improbable que alguien la buscara.

Se volvió hacia las damas de honor y les dijo que le gustaría estar sola unos momentos.

—Para rezar —añadió, sabiendo que se marcharían con rapidez.

Cerró la puerta tras ellas, esperó unos dos minutos, luego la abrió y echó a correr. En el vestíbulo algunos de los huéspedes del hotel soltaron exclamaciones de admiración al ver a la novia y su enorme vestido blanco. Elise recogió la pesada falda y subió las escaleras justo cuando llegó el ascensor.

Kent había reservado una suite para su amante embarazada en la última planta del hotel. Era indudable que le había dicho a Carmen que necesitaba que ella estuviera allí, que no podía casarse con la insípida Elise sin saber que la ardiente y fogosa Carmen estaba cerca. Si alguien buscaba a Elise, la habitación de Carmen era el último lugar que registrarían.

Aporreó de nuevo la puerta. ¿Y si Carmen se había marchado? ¿Y si...?

Por fin Carmen abrió la puerta. Su hermosa cara había adoptado un tono casi verdoso debido a las náuseas del embarazo y este se acentuó al ver a Elise.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con desdén.

Elise se abrió paso.

—Estoy escapándome y tú me ayudarás a hacerlo —dijo y cerró la puerta.

—Solo soy la hermana del jardinero —replicó Carmen—, no puedo...

Elise clavó la mirada en el vientre de Carmen.

—¿De verdad quieres hacer eso? ¿Quieres entregarme para que me case con tu novio?

Por toda reacción Carmen se limitó a parpadear un par de veces antes de echar la cadena de la puerta.

—Tu padre ha llamado a hombres armados. Estás metida en un gran problema.

Cuando Elise se sentó en la cama, la falda de su vestido se hinchó y le cubrió la boca.

Farfullando, dijo:

—No me obligarán a casarme.

El tono verde empezaba a desaparecer de la cara de Carmen y, por primera vez, Elise consideró la situación desde el punto de vista de la otra: estaba allí para asistir a la boda de un hombre cuyo hijo llevaba en las entrañas. La voz de

Elise se suavizó.

—Necesito que me prestes ropa y que me ayudes a encontrar el modo de salir de aquí.

—Mi ropa no te entrará —dijo Carmen, apretando los labios y lanzando una mirada al torso mucho menos prominente de Elise.

—¿De verdad crees que es el momento indicado para ponerte sarcástica? —preguntó Elise.

Carmen se encogió de hombros, como si lo que hacía no tuviera importancia, y durante unos instantes ambas se contemplaron fijamente. Entonces Carmen cogió su móvil y llamó a su hermano y, en español, le dijo que debía acudir al hotel a toda prisa, que se trataba de una emergencia. Escuchó la respuesta y colgó.

—Mi hermano no tardará en llegar —dijo Carmen.

Ni su mirada ni su voz se suavizaron; aún contemplaba a Elise como si fuese el enemigo. No Kent, que las enfrentaba a ambas, sino Elise.

Se disponía a decir que había oído esa llamada, pero entonces se dio cuenta de que estaba muchos años en el pasado. Nadie sabía que había aprendido a hablar español y tampoco que ella y Alejandro eran amigos. La primera vez no se conocieron hasta después de la boda.

—¿Así que Diego vendrá a buscarme? —preguntó.

—No, está fuera de la ciudad. Alejandro, mi hermano menor, llegará en cuanto pueda, pero tardará una hora como mínimo. Es uno de los hombres que ha estado trabajando en la casa de tu padre durante un mes —dijo, lanzándole una mirada de desprecio a Elise—. Si piensas escabullirte, has de cambiarte ahora. Mi hermano tiene que trabajar para ganarse el sustento, no puede esperarte durante horas.

Elise trataba de tranquilizarse cuando comprendió lo que le decía: ¡Alejandro venía a por ella!

Le dio la espalda a Carmen, indicó los botones del vestido y, de mala gana, Carmen empezó a desprenderlos. Una vez desabotonado, Elise dejó caer el vestido al suelo y se alegró de haber llevado sus pantalones de yoga.

Con gesto reverente, Carmen recogió el vestido y lo dejó en la cama. Mientras Elise cogía un albornoz de una silla vio que Carmen alisaba el vestido como si imaginara su propia boda y, en tono suave, preguntó:

—¿Qué es lo que te gusta de Kent?

Carmen no se volvió y, en voz baja, dijo:

—Me hace reír. Es generoso, siempre está haciendo algo por mí. —Luego enderezó los hombros y se volvió hacia Elise—. Y el sexo es fantástico.

Elise reprimió el dolor que sentía.

—Supongo que está realmente enamorado de ti.

—Sí, lo está. Y yo estoy enamorada de él.

Elise indicó el vestido de novia con la cabeza.

—Debió de ser doloroso verlo planear esta boda para casarse conmigo.

Carmen hizo rechinar los dientes.

—Quería matarte. No te ofendas.

—No me ofendo.

Elise entró en el baño y cerró la puerta. Durante un momento se apoyó contra esta con los ojos llenos de lágrimas. Generosidad, risas, sexo fantástico: no había experimentado nada de eso en los años que estuvo casada con Kent.

Se apartó de la puerta y se secó las lágrimas. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no podía limitarse a enfrentarse a todos ellos? ¿Por qué no podía mirar a su madre y decirle que no pensaba casarse con Kent? Que no pasaría la vida junto a un hombre que no la amaba...

Pero entonces ¿qué? Elise no tenía dinero. Había recibido una educación inútil que la preparó para ser la esposa de un ejecutivo; había estudiado arte y poesía y hecho mucho ejercicio para mantenerse en forma. Si desafiaba a sus padres no conocía a nadie dispuesto a exponerse a su cólera como para ayudarla hasta que ella pudiera valerse por sí misma y esa idea la aterrorizaba. ¿Qué podía hacer?

Bajo la ducha, eliminó el medio kilo de maquillaje que su madre había insistido en que llevara: intentaba combatir la «insipidez» de Elise, refiriéndose a sus cabellos, cejas y pestañas rubios. Lo que su «familia» pensaba hacerle no era justo. ¿Dónde estaban esos padres que te decían: «Te apoyaremos, hagas lo que hagas.»?

Salió de la ducha, se secó, volvió a ponerse su ropa interior y el grueso albornoz del hotel, y después empezó a secarse los largos cabellos. Muy bien, ahora disponía de una segunda oportunidad, pero ¿qué había cambiado? Sus padres se enfadarían tanto que la desheredarían.

Tal vez no debería haberle dicho a Arrieta que quería regresar al tiempo en que

ingresó en la universidad para hacer un máster en administración de empresas. Pero entonces, una vez acabadas las tres semanas, su antiguo yo quizás aún creería que estaba enamorada de Kent. ¿Qué podía hacer? ¿Escribirse una carta a sí misma hablando del futuro? No: necesitaba los años de matrimonio para comprender que Kent no era el que ella creía.

Un sonido bajo interrumpió sus pensamientos, un sonido que reconoció: era la voz de Alejandro, ¡estaba allí!

Elise se contempló en el espejo. Estaba pálida sin el maquillaje, pero sabía que eso le gustaba a Alejandro.

Apoyó una mano en el picaporte, tomó aliento y se recordó a sí misma que nunca se había encontrado con el hermano de Carmen antes de la boda. En ese momento debía comportarse teniéndolo en cuenta.

Abrió la puerta sin hacer ruido; Carmen y su hermano se encontraban en el otro extremo de la habitación así que no podía verlos, pero oía sus voces con claridad: hablaban en español en voz bastante alta.

—¿Quieres que me encargue de ella? —preguntó Alejandro en tono incrédulo.

—Quiero que te ocupes de ella durante dos o tres días, eso es todo. ¿Es demasiado para pedírselo a mi propio hermano?

—Estás tramando algo, ¿verdad? Tú... —dijo, e hizo una pausa—. ¿Qué quieres que haga, que la seduzca? ¿Para que puedas robarle el marido?

—Él no es su marido. —Carmen parecía enfadada—. No es necesario que hagas nada con ella. Solo alimentarla. Es tan flaca que a lo mejor solo come un cacahuete diario. Bastará con que la escondas durante unos días, después métela en un avión y que vaya a donde le dé la gana.

—¿Qué diablos se supone que he de hacer con ella? ¿Sabe cavar canteros? ¿Extender mantillo?

—No —dijo Carmen—. No sabe hacer nada. ¡Kent dice que es una persona completamente inútil!

Elise se apoyó contra la puerta con los ojos cerrados, procurando asimilar el dolor.

La voz de Carmen se volvió más dulce y convincente.

—Sé que todo este asunto te disgusta, pero Kent y yo estamos enamorados.

—Pues él piensa casarse con otra.

—Iba a hacerlo, pero tras esta humillación dudo de que lo lleve adelante. Y

puede que Kent pierda su empleo por culpa de ella. ¿Por qué ha tenido que destruirlo todo? Deja de mirarme así, has visto a esa chica: es tan amorfa que no estoy segura de que sea una mujer. Y Kent dijo que era muy fría. Lo único que hay entre ellos dos son negocios y ella lo sabe.

—Si ella quiere casarse, ¿por qué escapó?

—Quién sabe. Quizá quiera más dinero. Sé que pensó que recurriendo a mí yo podría convencer a Kent de que la perdonara.

Elise soltó un grito ahogado al oír esa tremenda mentira.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alejandro.

—Nada, algo en el pasillo. ¿Harás esto por mí o no?

—No sé. ¿Dónde se supone que se alojará?

—Yo me alojo con Diego, así que ella estará contigo, en tu habitación.

—¿Qué? —casi gritó Alejandro.

—¡Calla! Te oiré. No comprenderé lo que dices, pero te oiré. Si crees que dormiré en la habitación con una loca te equivocas. Esa mujer escapó de su propia boda, ¿quién sabe qué hará después?

Elise volvió a entrar en el baño y cerró la puerta silenciosamente. «¿Tienes miedo de dormir en la misma habitación que yo?», pensó. Pues se acabó la compasión por Carmen: no parecía ser correspondida. Se enderezó. «Ahora debo reflexionar sobre cómo cuidar de mí misma.»

Dado que había visto hasta qué punto sus padres y Kent estaban dispuestos a llegar para controlarla, debía actuar con sabiduría. Sabía que si entonces aparecía ante ellos o se casaría con Kent o bien la ingresarían en... No quería pensar en eso.

Necesitaba comida y un refugio hasta que descubriera qué hacer. Tenía que haber alguien que pudiera ayudarla, solo necesitaba tiempo para reflexionar sobre todo el asunto. Aunque lograra llegar hasta Warbrooke, Maine, no sabía si allí encontraría ayuda. Era muchos años antes de conocer a Olivia y muchos años antes de que esta volviera a estar con Kit.

—Paso a paso —murmuró.

De momento, era necesario que procurara conseguir comida y un refugio, después tendría que ocuparse de lo demás. Volvió a abrir la puerta, Carmen y Alejandro seguían discutiendo.

—¿Estás segura de que no habla español? —estaba diciendo él.

—Pues claro. Es estadounidense. Apenas sabe hablar un idioma, no te digo dos, ciertamente. Y no es asunto mío, pero si fuese tú, no le diría que sabes hablar inglés. Kent dice que es la quejica más grande del mundo, que no deja de protestar. Se lamenta de que nadie le presta atención o le dedica el tiempo suficiente. Tú eres tan bondadoso que tal vez empieces a creerle. ¡Hasta podrías enamorarte de esa flacucha!

—¿Después del lío del que acabo de escapar? No pienso acercarme a ninguna mujer. Dejaré que mamá elija una esposa para mí. Alguna pueblerina con bigote.

Carmen rio.

—Lo creeré cuando lo vea.

Elise estaba harta. Se dispuso a entrar en la habitación, pero siguiendo un impulso, dejó caer el albornoz al suelo: si había algo que sabía sobre Alejandro era que se sentía atraído físicamente por ella.

Llevaba un sujetador de encaje de media copa que realzaba sus pechos y, gracias a sus frecuentes visitas al gimnasio, sus braguitas a juego cubrían su trasero respingón.

Abrió la puerta de golpe y exclamó:

—¡Carmen! —Atravesó la habitación hasta el ropero sin mirar a los otros dos—. ¿Qué ropa tuya voy a ponerme? Todo es demasiado grande o demasiado corto. Tus tejanos no me llegarían ni a las pantorrillas. Tener las piernas tan largas es una maldición.

Elise cogió la falda más pequeña y la sostuvo de un modo que revelaba su vientre plano. Estaba casi desnuda de cintura para arriba.

Se volvió y notó que Carmen y Alejandro la miraban fijamente. Ella tenía el ceño muy fruncido; su hermano la contemplaba en silencio, pasmado.

¿Había algo más gratificante que ver a un hombre muy guapo mudo de deseo? Una expresión que Elise jamás había visto en la cara de su marido. Y Alejandro siempre se había controlado; ella había notado chispas en su mirada, pero nunca una tan lasciva.

—¡Ay! —dijo Elise, procurando hablar en tono inocente—. No sabía que había alguien más aquí. Tú debes de ser Alejandro —añadió; lo pronunció Alex-andro—. ¿Lo he dicho correctamente?

Sostuvo la falda de manera que no cubría ni un centímetro de su cuerpo y se acercó tendiéndole la otra mano.

Él se limitó a clavarle la mirada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Elise con un susurro fingido, y se dio cuenta de que estaba imitando a Tara.

Carmen seguía ceñuda.

—No habla inglés y no saluda a mujeres desnudas.

—Ah. —Elise se cubrió con la falda, pero apenas ocultó su cuerpo firme—. Lo. Siento. Mucho —dijo en voz alta y hablando lentamente—. Bienvenido. A Estados. Unidos —dijo, casi gritando. Después miró a Carmen y susurró—: No tardaré ni un minuto, después podremos marcharnos.

Dirigió otra mirada a Alejandro, como diciendo que era una pena que no fuese un ser humano plenamente operativo, y después regresó hasta el ropero... sosteniendo la falda por delante de ella y revelando su trasero y sus largas piernas. Les lanzó una cordial sonrisa a ambos, cogió un puñado de prendas de Carmen y desapareció en el baño.

—Soy hombre muerto —dijo Alejandro y se desplomó en una silla.

Gracias a Alejandro, resultó fácil salir del hotel sin ser vista. Delante de la suite estaba una joven bonita con un carrito de limpieza. Con una sonrisa, Alejandro le dijo en español que Elise era la novia huida que todos estaban buscando y que necesitaba un disfraz y, aunque no fuera necesario, añadió que ambos se fugaban juntos para casarse. La joven le devolvió la sonrisa con mirada romántica y abrió un armario que contenía el uniforme de una empleada.

Alejandro le indicó a Elise que se lo pusiera y aguardó ante la puerta mientras ella se cambiaba. Cuando salió, él frunció el ceño: el uniforme era para una mujer de estatura mucho menor y dejaba sus piernas a la vista, pero cuando bajaron en el ascensor nadie les prestó atención. Él llevaba unos tejanos sucios, una vieja camiseta y una gorra de béisbol, mientras que ella iba vestida de doncella: resultaban completamente anónimos.

Cuando llegaron a la planta baja, él la condujo a través de la cocina. Gran parte del personal sabía que era la novia fugada, pero no los delataron. Pero claro, Alejandro no dejaba de afirmar que estaban enamorados y que ella abandonaba a su cruel exnovio gringo para vivir con él en México.

Elise no abrió la boca, fingió no entender lo que decía y no se despegó de Alejandro al tiempo que él la conducía fuera.

Atravesaron el aparcamiento a toda prisa hasta alcanzar su camión y cuando ella lo vio no pudo dejar de reír. Había olvidado que era grande y negro. ¿Acaso era el origen de su fantasía sobre un caballo negro?

Alejandro le lanzó una mirada interrogativa; quería saber por qué reía.

Elise agitó la mano, quitándole importancia. Cuando montó en el camión su

falda corta se deslizó hacia arriba: bien podría haber llevado solo braguitas. Se dispuso a coger una camisa metida detrás del asiento y taparse, pero como Alejandro no dejaba de ojearle las piernas, cambió de idea.

Cuando él arrancó, Elise se dio cuenta de que debía conseguir que se pusiera de su parte. Carmen había mentido sobre ella, o más bien, había repetido lo dicho por Kent y Elise quería contrarrestar sus palabras.

Primero tenía que averiguar si Alejandro seguiría insistiendo en que no sabía inglés y se volvió hacia él. Era aún más apuesto de lo que recordaba: pómulos cincelados, cabello muy negro, barba incipiente que quería tocar...

—Me llamo Elise —dijo y esperó que él se presentara, pero no lo hizo, se comportó como si no la hubiese comprendido.

Durante unos instantes Elise miró por la ventanilla. Tal vez su amistad todavía no se había establecido, pero ¡maldita sea! Que le mintiera era un golpe bajo. Elise tomó aire.

—Sé que no entiendes lo que estoy diciendo, pero necesito hablar con alguien. Ante todo, quiero disculparme por aquello de: «Bienvenido. A. Estados Unidos.» Lo saqué de *West Side Story*. Estaba muy enfadada con Carmen y supongo que la pagué contigo. Y también te pido disculpas por correr por ahí en ropa interior, pero quería enfurecer a tu hermana. —Elise sonrió—. Creo que lo logré.

Él no reaccionó.

—Muy bien, ¿por dónde comienzo? Hace poco descubrí que tu hermana y mi... —titubeó: no su marido, todavía no—, que mi prometido y tu hermana son pareja. Sabía que Kent no estaba locamente enamorado de mí, pero creí que lo estaría. Lo he perseguido como si fuese una *groupie* de un grupo musical desde que soy una niña y realmente creí que lograría que me amara.

Cuando Alejandro enfiló la autopista le lanzó una mirada: si bien fingía no entender sus palabras, la mirada era escéptica.

En otras circunstancias, ella habría exclamado que él la había entendido, pero en ese momento solo quería hablar. Sin embargo, echó un vistazo al retrovisor. Una de las ventajas de retroceder en el tiempo era que era cuatro años menor que ayer. No era mucho, pero esos años suponían la experiencia de toda una vida.

—En fin —dijo—, descubrir lo de tu hermana con Kent supuso un golpe. Supongo que sabes que está embarazada. —Cuando él no desvió la vista de la

carretera ella le golpeó el hombro con un dedo. Él la miró y ella dijo—: Carmen. —Y se señaló el vientre.

Alejandro asintió con expresión disgustada: sí, lo sabía.

Durante un momento, Elise se preguntó qué habría hecho si hubiese averiguado lo de Carmen antes de casarse. A juzgar por sus sentimientos de aquel entonces, se habría casado con Kent de todas maneras, porque siempre había estado absolutamente segura de que lograría que él la amara.

—Planeaba escaparme al aeropuerto, pero el chófer de la limusina me traicionó.

Entonces le contó que le había dado un cheque y que el chófer debía de haberse dirigido directamente a su padre. Alejandro no dijo nada, pero apretaba las mandíbulas y la ira le enrojecía el cuello. Elise sonrió: aunque mintiera acerca de no saber inglés, su ira cada vez mayor le causaba una sensación agradable. ¡Que alguien tomara partido por ella era muy bonito!

—Los agentes de seguridad me asustaron —dijo—. Sabía que si no me largaba acabaría por casarme con Kent y entonces, ¿qué? ¿Él tendría dos vidas? ¿Yo en una casa y Carmen y el bebé en otra? Sabía quién perdería en ese tira y afloja.

Cuando lo miró, Alejandro se volvió hacia ella y Elise reconoció su mirada compasiva. «¡Bien!», pensó. Al menos le estaba mostrando otro aspecto de las cosas horribles que Carmen había dicho de ella, pero no quería ir demasiado lejos, no quería que él sintiera pena por ella, porque eso podía producir un efecto indeseado. Pensaba pasar solo unos días con la familia de la amante de su casi marido y luego largarse. Era imposible que Carmen callara más de cuarenta y ocho horas antes de soltarle todo a Kent.

Mientras contemplaba a Alejandro, Elise percibía su calor. Aún no había ocurrido, pero recordaba la intimidad compartida, riendo, contándose lo que habían hecho durante el día. Él le había hablado de la estadounidense que le exigió algo más que las clases de español. Dijo que aceptó trabajar para su hermano durante el verano por un capricho, pensando que no aguantaría más de una semana, pero le gustó el trabajo duro y los Estados Unidos.

—¡Pero no me gustan vuestros autores! —había dicho y ambos rieron.

Elise se recordó a sí misma que nada de aquello había ocurrido... pero estaba segura de que si dejaba que ocurriera, se repetiría. En ese momento, lo último que necesitaba era unir su vida a otro hombre, en esencia, decir: «Soy tuya. Haz

conmigo lo que quieras.»

No, lo que necesitaba era un lugar donde recalar. En dos días —máximo tres— iría a Warbrooke, Maine. No tenía contactos allí, pero debía arreglárselas para hacerse amiga de la futura familia de Olivia; a lo mejor sus parientes podían ayudarla con los asuntos legales y a encontrar un empleo.

Alejandro detuvo el camión. Ella no había prestado atención, así que se sorprendió cuando vio que se había detenido en el aparcamiento de un centro comercial. Ante ellos había tiendas Nordstrom. Él apagó el motor, sacó la cartera y le dio cuatro billetes de cien dólares.

El corazón de Elise casi dejó de latir: había ido demasiado lejos y él la estaba expulsando del camión, pero no: indicó su uniforme de doncella, quería que se comprara ropa nueva.

Aceptó el dinero porque lo necesitaba, pero no bajó del camión.

—Me pareces un hombre encantador, pero tu hermana no se ha mostrado muy amistosa conmigo —dijo, riendo y bromeando—. En fin, si nos hicieran responsables de nuestros parientes me vería obligada a cargar con los pecados de mis padres. Lo siento, pero ahora mismo estoy en un aprieto. Y lamento que hayas tenido que cargar conmigo —añadió y le tendió la mano derecha—. Gracias.

—Amigos —dijo él y le estrechó la mano.

—Sí —dijo ella—, amigos. —Y bajó del camión.

En la tienda, Elise se apresuró a comprar unos tejanos y camisetas. Cuando volvió a salir, él la estaba esperando y cuando le sonrió, él le devolvió la sonrisa: durante un momento fue el Alejandro que era su amigo.

Montó en el camión y cuando le alcanzó el billete sobrante de cien dólares y el cambio, él pareció sorprenderse. Durante los años de su matrimonio se había visto obligada a aprender a economizar. Pero por otra parte, su marido mantenía a dos familias.

El móvil de Alejandro sonó y él contestó.

—Sí, está conmigo —dijo en español—. No, no puedes quedarte con él, has de volver esta noche. —Vaciló—. Me importa una mierda que tu amante esté disgustado. En casa te necesitan.

Le dio la espalda a Elise.

—Porque no quiero estar a solas con ella. ¡No! No es una inútil y quiero que

dejes de decir eso. —Hizo una pausa—. Debo regresar al trabajo. ¿Recuerdas lo que es eso? ¿O estás demasiado ocupada con... con él?

Elise mantuvo la cara apartada para que él no viera su expresión. Al parecer, Carmen estaba con Kent y Alejandro no quería quedarse a solas con Elise.

Él cortó la llamada, puso en marcha el camión y volvió a la carretera. Unos minutos después enfiló el agrietado camino de entrada de una pequeña casa en las afueras del barrio de Long Island donde Elise había vivido con Kent. Supuso que habían alquilado la casa durante el verano: presentaba ese aspecto triste y abandonado, carente de afecto. «Como yo», pensó.

El interior estaba casi vacío. Había una pequeña sala de estar con muebles viejos, y una cocina a un lado. Junto a la puerta trasera se veían una vieja mesa y dos sillas.

Había dos habitaciones y dos baños diminutos, lo cual la alegró. Por lo visto, Alejandro y su hermano ocupaban una habitación y Carmen, la otra. Pero eso cambiaría.

Alejandro la miraba fijamente.

«Ah», pensó. Se suponía que no debía saber que ella ocuparía una de las camas gemelas de su habitación.

—No, no, no —dijo Elise—. No he abandonado a un hombre para conseguir otro.

Notó que él tuvo que esforzarse por no soltar una carcajada al oír algo que supuestamente no comprendía. Señaló su cama, cuidadosamente hecha y con una de las camisas tendida a los pies. Por desgracia, él llevaba otra y seguía mirándola fijamente.

Elise señaló la cama.

—¿Carmen?

Él negó con la cabeza e indicó la otra habitación.

—Carmen allí —dijo.

Por segunda vez, Elise pensó que si no hubiese sabido que hablaba inglés, sus palabras sin deje lo delataban.

—Comprendo —dijo—. Carmen *la Cobarde*. Se quedó embarazada de mi novio, así que tiene miedo de dormir en mi presencia.

Alejandro se encogió de hombros como si no comprendiera lo que decía, pero su mirada era chispeante.

—Bien, ¿cómo te digo qué quiero decir? —preguntó. Indicó la cama de él y dijo—: Carmen —Luego se dirigió al otro extremo de la habitación y se señaló a sí misma, simuló dormir y después despertar y acercarse de puntillas a la otra cama... rodear el cuello de Carmen con las manos y estrangularla. Y después apuñalarla, coger el cuerpo de Carmen de un tobillo, arrastrarlo de la cama y golpearlo contra el suelo tres veces.

Cuando se detuvo, miró a Alejandro con una sonrisa dulce.

—¿Por eso que no quiere dormir en la misma habitación que yo?

Eso no requería una explicación y, riendo, él asintió.

Ella lo siguió a la cocina y observó mientras él hacía mímica e indicaba que debía regresar al trabajo, pero que hiciera lo que quisiera, Elise fingía no comprender qué quería decir. Tras la cuarta vez, él entrecerró los ojos y ella sonrió.

Riendo, Alejandro señaló los platos sucios del fregadero e indicó que no los tocara y abrió la puerta de la nevera para que ella supiera que podía servirse lo que quisiera.

Ella señaló su muñeca donde acostumbraba a llevar un reloj de pulsera, para preguntarle a qué hora regresaría. Él le indicó que lo ignoraba y después le mostró cómo funcionaba el pasador de la puerta, pero no se marchó.

—¡Vete! —dijo ella—. Estaré perfectamente y, mientras Carmen no aparezca, no asesinaré a nadie.

Cuando él se marchó, su mirada era risueña.

Elise cerró la puerta con llave y se sentó en el viejo sofá. «¿Y ahora, qué?», pensó. ¿Qué haría a partir de entonces? Sí, había evitado casarse con Kent, pero ¿qué había logrado con eso? ¿Cómo podía hacer algo en solo tres semanas que fuera tan fabuloso que cambiaría su vida para siempre?

Cuando regresara junto a Olivia y Kathy quería decirles que había... ¿qué? ¿Que había ocurrido una pequeña tontería con Alejandro en la que ambos fingieron que no sabían hablar sus respectivos idiomas?

¿O acaso este período transcurrido en el pasado estaría dedicado al sexo? ¿Sería capaz de decirles a Olivia y Kathy que por fin había disfrutado de una estupenda relación sexual? Pero ellas se encontraban cuatro años antes en el futuro. ¿Cómo ocuparía cuatro años enteros? ¡Hasta todo el Kama Sutra no llevaría tantos años!

Durante un momento derramó unas lágrimas autocompasivas: salir de un problema solo para meterse en otro. Estaba en una miserable casita con una cocina llena de platos sucios en el fregadero.

—Qué pena que haya tenido que regresar como yo misma —masculló.

«Hay algo que no te dicen en la universidad —pensó—: que cuando te casas necesitas un diploma de ingeniería doméstica.» Con lo que su padre le pagaba a Kent, deberían haber tenido un montón de criados... pero no era así. Ella había ignorado que se debía a que Kent mantenía a Carmen y a su hijo. Lo único que Elise sabía era que ella había realizado gran parte de las tareas del hogar.

Se puso de pie y fue a la cocina; siempre había opciones y en ese preciso momento sabía que podía compadecerse de sí misma, sumirse en la tristeza o...

«Hacer algo útil», pensó y empezó a limpiar la cocina. Había una vieja lavadora en un armario y encima un montón de la ropa sucia y embarrada de ambos hombres. Empezó a cargar la lavadora.

Había que limpiar y barrer el resto de la casa; encontró una escoba, pero no una aspiradora. Cuando la primera carga de ropa quedó lavada, vio que no había una secadora. En el patio trasero repleto de malezas había un tendedero roto. La madre de Kent había insistido en que todas las sábanas debían secarse al aire libre, así que eso era lo que Elise debía hacer para su marido. Daba igual que las dos criadas de su madre colgaran la ropa, siempre que las sábanas de Kent olieran a sol.

Esos pensamientos la llenaron de ira. Sin duda, en ese momento él estaría con Carmen, lloriqueando porque Elise lo había humillado. Pobrecito, pensarían todos. ¡Él, que es un santo!

Recogió una lata oxidada oculta entre las malezas y después otra. Tras unos minutos reunió una pila. Cuando volvió a entrar cogió unas bolsas de plástico, metió más ropa en la lavadora, volvió a salir y colgó la primera carga.

Para cuando hubo realizado el suficiente esfuerzo físico para calmar su enfado, el patio trasero presentaba un aspecto mucho mejor. Barrió el pequeño patio, arrancó unas cuantas malezas, lavó más ropa y la colgó.

—Calzoncillos —dijo en voz alta, sujetándolos con una pinza.

Después se preparó un sándwich y decidió que era hora de sentarse y relajarse. ¿Y reflexionar sobre su vida? Eso no era algo que le apeteciera hacer.

En una punta de la encimera de la cocina había un ordenador portátil y una

caja llena de papeles, facturas de material y plantas, en cada una de las cuales aparecía el nombre del cliente para el que habían sido compradas. El nombre de sus padres aparecía en seis cuentas; al parecer, su madre había reemplazado las rosas del jardín situado al sur.

Elise depositó la caja en la mesa y empezó a ordenar las cuentas. Cuando terminó, se preguntó cuál sería el sistema contable de Diego.

Miró el ordenador, algo tan íntimo como el bolso de una mujer. Sin embargo...

Apoyó el ordenador en la mesa y lo abrió. Quizá disponía de una contraseña y no podría acceder, pero no fue así. En la pantalla aparecía una foto de Diego con su mujer y sus dos hijos —el tercero aún no había nacido— y había un archivo dedicado a su empresa de paisajismo.

Elise solo vaciló unos segundos antes de comenzar a incorporar las cuentas en sus lugares correspondientes. Estaba tentada de doblar el dinero que sus padres debían, pero su nombre no aparecía en la factura.

Una vez completadas las facturas las preparó para enviarlas por correo electrónico a los propietarios de las casas.

Sonriendo y sintiendo que había logrado hacer unas cuantas cosas, empezó a buscar comestibles para preparar la cena. Cuando regresara, Alejandro tendría hambre.

Las clases de cocina que había tomado en un intento de complacer a Kent resultaban prácticas. Se conectó a internet, encontró una receta de chile con pan de maíz y se puso manos a la obra.

—¡La culpa la tenéis vosotros dos! —dijo Diego mientras abría la puerta principal—. Tú y Carmen habéis hecho esto. ¿Qué se supone que he de hacer con ella ahora? ¿Ocultar una muchacha rica hasta que la policía la encuentre? Ella... —Se interrumpió al entrar en la casita: olía a limpio y a algo sabroso que hervía en las ollas.

Tocó el interruptor y encendió la lámpara situada en un rincón. La ropa tirada en los muebles había desaparecido, el suelo estaba limpio y ya no había una capa de polvo cubriéndolo todo.

Diego se volvió y le lanzó una mirada interrogativa a Alejandro, pero este se encogió de hombros. No tenía idea de quién había limpiado la casa y su mirada expresaba que no podía haber sido la muchacha rica. En la cocina burbujeaba una olla de chile y a su lado había una sartén con pan de maíz.

—Mira esto —dijo Alejandro.

Había abierto el ordenador para ver el correo electrónico y había visto que las facturas mensuales estaban listas para ser enviadas.

Diego abrió la puerta del armario que albergaba la lavadora: no había ropa sucia.

Fuera estaba oscuro, pero Alejandro abrió la puerta trasera y encendió la luz. Habían recogido toda la basura de la casa, junto a la verja había dos bolsas llenas de desperdicios. Se acercó al tendedero y cogió tres pares de calcetines colgados de la cuerda.

—Así que inútil, ¿eh? —dijo, pasó junto a su hermano y entró en la casa.

Encontró a Elise en la habitación; estaba tendida en la cama con una revista de

cinco años atrás apoyada en el pecho, profundamente dormida. Se sentó a su lado y retiró la revista con suavidad.

—Hoy has realizado una tarea excelente —susurró en inglés—. Y nos has demostrado que vales mucho... algo que yo sabía. En cuanto te vi, supe que... que eras... distinta. —Le apartó el cabello de la frente—. Nunca olvidaré la imagen de ti, solo con esa ropa interior blanca.

No pudo evitarlo: le rozó el brazo con la mano. Parecía tan frágil, tan hermosa... y tan inalcanzable...

Antes de que Alejandro viajara a Estados Unidos, su hermana se había granjeado su compasión al contarle que estaba enamorada de un hombre al que obligaban a casarse con una chica rica y sin corazón. Llegó al país creyendo todo lo que ella le había dicho, pero entonces empezó a ayudar a Diego y había visto a Elise desde lejos: para él, era increíblemente hermosa. Carmen no dejaba de decir que no era femenina, pero a él no se lo parecía; había oído a su madre criticándola, corrigiéndola y quejándose de ella, y lo único que su padre parecía decir era: «Tráeme otra copa, nena.»

Alejandro se aseguró de que Elise nunca notara que él la observaba, pero de todos modos, ella parecía vivir en una burbuja de felicidad debido a su futura boda.

Alejandro estaba dividido entre la lealtad para con su hermana embarazada y el deseo de advertir a la inocente muchacha de lo que le esperaba en ese matrimonio, pero se impuso la lealtad a su familia, como siempre.

Mientras la tapaba con la manta pensó en lo mucho que le gustaba su proximidad y estaba muy contento de que hubiera limpiado la casa y cocinado, porque esas cosas contribuían en gran medida a convencer al terco de su hermano. Diego cuidaba de muchas personas y ocultar a la hija de su jefe lo ponía nervioso.

Elise había querido levantarse y preparar el desayuno, pero la despertó el aroma del beicon frito. Durante unos momentos la idea de que si no aportaba lo suyo la abandonarían la aterró y entonces ¿qué? Estaba segura de que su padre había enviado hombres al aeropuerto para atraparla. En cuanto presentara su identificación, quizá sonarían sirenas y hombres de bata blanca se la llevarían.

Brincó de la cama, se duchó durante tres minutos, se puso sus únicas prendas limpias y fue a la cocina. Diego y Alejandro estaban sentados ante la mesa comiendo beicon, huevos y tostadas: muy estadounidense.

—Siento haberme despertado tarde —le dijo a Diego. Era de menor estatura que su hermano menor y más fornido; era apuesto, pero mucho menos que Alejandro—. Pero ayer fue un día traumático —añadió, echando un vistazo a la puerta cerrada de la otra habitación—. ¿Carmen ha regresado? —preguntó y metió dos rebanadas de pan en la vieja tostadora.

—No.

Diego no alzó la cabeza, no osaba mirarla a los ojos, puesto que todos sabían dónde estaba su hermana.

Mientras Elise esperaba que el pan se tostara contempló la parte superior de la cabeza de Alejandro; resultaba difícil de creer, pero parecía todavía más guapo a primera hora de la mañana. En ese instante estaba bastante segura de que era la única mujer del mundo que alguna vez había deseado no ser fiel a su marido.

Cuando el tostador escupió las tostadas, Elise cogió un plato, se sentó frente a ambos y miró a Diego.

—Quería hacerte preguntas sobre tu hermano. ¡No! No lo mires. No quiero que sepa que hablamos de él. ¿Se encuentra bien? Lo he oído hablar por teléfono con Carmen, pero a mí no me habla. ¿Me odia?

Diego esbozó una sonrisa.

—Considera que eres bonita.

—¿De veras?

—Sí. Muy bonita.

Elise trató de reprimir una sonrisa.

—Pero cree que soy una inútil, ¿verdad? Carmen dice que lo soy.

Diego frunció el ceño.

—Has hecho una tarea excelente aquí —dijo, indicando la casa.

—Me alegro de que te agrada. ¿Adónde iremos hoy?

Diego se volvió aún más ceñudo.

—Nosotros iremos a casa de los Bellmont, pero tú te quedarás aquí.

Elise no contestó de inmediato.

—Conozco a Tiffany, la hija de los Bellmont, fui al instituto con ella. Pobrecita, no es muy inteligente, pero consiguió un buen marido. Desde luego,

no hay quien entienda a los hombres. No le gusto al hombre con el que iba a casarme, pero a él le gusta tu... ¡Huy! Lamento haber mencionado algo negativo.

Alejandro bajó la cabeza, pero ella vio su sonrisa. En cuanto a Diego, le clavaba la mirada. Hacía años que estaba casado, así que sabía cuando una mujer quería algo. Elise tenía un motivo para intentar que se sintiera culpable.

—No puedes acompañarnos. Te persigue la ley.

—¿Por huir de mi propia boda? No creo que sea un delito por el que te puedan procesar —dijo, pestañeando—. Os ayudaré con el trabajo.

Diego resopló.

—Sé plantar petunias híbridas. —Cuando él le lanzó una mirada de incompreensión, ella añadió—: Es de una película, *Regreso a Cross Creek*. No tiene importancia. Por favor, Diego, aquí tengo miedo. ¿Y si Carmen me delata? Kent llegaría inmediatamente y entonces ¿qué? ¿Los tres nos peleamos? ¿Crees que derrotaría a Carmen? ¿Ella...?

—Deja que venga —dijo Alejandro en español—. Puede quedarse sentada en el camión escuchando música. Solo serán unos días, después la llevaré al aeropuerto.

Diego le lanzó una mirada furibunda a su hermano.

—Oí lo que dijiste en ese hotel de lujo. Te gustaría llevártela a México, ¿verdad? ¡Ella no es para ti! Se casará con algún individuo adinerado, no con un maestro de mujeres cachondas.

Elise comió sus tostadas y se esforzó por no intervenir en la conversación, pero resultaba interesante saber quién estaba de su parte.

—La quiero cerca de mí para protegerla —dijo Alejandro—. Los hombres que la buscaban estaban armados.

—¿Y a quién crees que querían disparar? ¿A ella? Ella es el cebo que sus codiciosos padres utilizaron para atraer a un individuo que pueden controlar. ¿Crees que su padre entregará su hija a un jardinero mexicano?

Elise dejó de comer durante un momento. Eso era espantoso, pero por otra parte resultaba agradable oír que tenía algún valor para su padre.

Cuando tomó la palabra, trató de no mostrarse afectada por lo que acababa de oír.

—A la señora Bellmont le gustan los colores chillones y es tan vanidosa que espera que los demás le lean el pensamiento. Si pensabas plantar flores de

colores pálidos se enfadará. ¿Recuerdas ese horrible mantillo rojo que pusiste en los canteros de mi madre y que ella te obligó a retirar?

No aguardó la respuesta de Diego.

—Supongo que eso hizo que creyeras que todas las mujeres de la zona detestarían ese mantillo, pero le encantaría a la señora Bellmont. Cuanto más chillón, mejor. Podría decirte qué flores has de comprar para que ella esté satisfecha con tu trabajo y no te despida, como a los últimos tres jardineros —dijo, y acabó de comer sus tostadas.

—¿Y si te ve? —preguntó Diego—. No quiero problemas.

—No te ofendas, Diego, pero ¿acaso la señora Bellmont os ha mirado alguna vez?

Alejandro contempló a su hermano en silencio, pero con expresión de: «Te lo advertí, ¿no?»

Diego hizo una mueca.

—Coge un sombrero del armario y cúbrete la cara.

Elise procuró disimular su sonrisa triunfal.

Esa noche Elise estaba cansadísima; se había pasado todo el día acarreando cajas de plantas, plantando arbustos, pequeños árboles y lo que parecían miles de plantas anuales. Diego y sus hombres no despegaron la vista de ella, todos suponían que en un momento dado se negaría a seguir, pero ella no se dio por vencida.

Cometió un único error, pero fue mayúsculo. Los seis hombres de Diego solo tardaron tres horas en darse cuenta de que sabía hablar español, pero Elise no pudo evitarlo: contaron un chiste y ella se rio. Les suplicó que no se lo dijeran a Alejandro y puesto que sabían que él fingía no saber inglés, estuvieron encantados de mentirle. Además, esa chica alta y flaca que trabajaba tanto como ellos les caía muy bien.

A la hora de almorzar, cuando condujeron hasta un restaurante de carretera, estaba sentada entre Diego y Alejandro.

—Espero que sepáis que esto es muy malo para vosotros —dijo, al tiempo que comía un bocado de una hamburguesa del tamaño de un plato de la que goteaban tres clases de salsas—. ¡Huy! Patatas fritas. ¡Qué ricas!

Esa noche tomó una ducha, se puso una amplia camiseta de Diego, sus pantalones de yoga que había llevado bajo el vestido de novia y se desplomó en

la cama. Durmió tan profundamente que no la hubiese despertado ni un tornado.

A la mañana siguiente despertó temprano; un poco de luz penetraba a través de la cortina de la habitación y vio a Alejandro, durmiendo a escasos pasos de distancia. En los dos días que había estado allí nunca lo había visto en la otra cama y se quedó tendida, contemplándolo. Tenía los ojos cerrados, la barba crecida y las pestañas le acariciaban la piel. La sábana revelaba un hombro desnudo, lo que significaba que por debajo no llevaba nada.

Elise se preguntó qué haría si se deslizaba en la cama junto a él. Imaginó no decir nada y atravesar la habitación en dos pasos, retirar la sábana y meterse en la estrecha cama con él.

¿Y cómo sería besarlo? Tenía labios muy bellos, carnosos y deliciosos, y cuando contempló su cuello casi percibió sus labios en la tibia piel de Alejandro.

El día anterior había destapado una gran botella de agua y bebido la mitad de un trago. El agua se había derramado por su barbilla, su cuello y su camiseta. Elise estaba plantando unos geranios rojos y se detuvo para observarlo. Era como si se le secaran la boca y las manos.

Miguel, uno de los empleados de Diego, había notado su mirada.

—Será mejor que presentes tu solicitud —dijo en español, indicando el otro extremo del jardín con la cabeza: Tiffany Bellmont, con un perrito en brazos, también observaba a Alejandro.

Elise reprimió un impulso de arrojar su puntiaguda espátula contra la muchacha. ¿Por qué lo estaba mirando? Estaba casada y, al igual que su madre, era una esnob. Si quería a Alejandro, solo era con un único fin.

Miguel y los otros dos jardineros rieron al ver la expresión de Elise; dijo que sería mejor que tuviera cuidado, de lo contrario sus celos le quemarían el sombrero.

—No estoy... —dijo, pero se interrumpió cuando Alejandro se volvió hacia ella.

Elise tosió y le lanzó una mirada furiosa a Miguel, que le devolvió una sonrisa maliciosa.

En ese momento, Elise miraba la parte visible del cuerpo de Alejandro e imaginaba tocarlo, saborearlo... Dejó de imaginárselo cuando notó que él tenía los ojos abiertos. Lentamente, le tendió la mano.

«¡Sí!», pensó. Se metería en la cama con él y por primera vez haría el amor

con un hombre que la deseaba, que la quería, que...

Lo que hizo le pareció increíble, pero arrojó la sábana a un lado y echó a correr fuera de la habitación. En la sala de estar se apoyó contra la pared con el corazón palpitante y trató de comprender lo que acababa de hacer. Eso era lo que ella quería, ¿no? Eso era el tema del que se había quejado ante Olivia y Kathy. Hasta ese momento de su vida, nunca había disfrutado del sexo. Tal vez más adelante, una vez que escapara de Kent y de sus padres, encontraría a alguien con quien hacer el amor, pero en ese momento estaba ese hombre guapísimo. ¿Por qué rechazaba su invitación?

Porque Alejandro le agradaba. Para él, acababan de conocerse, pero para ella había reído con él, compartido sus esperanzas y sus sueños...

Además, maldita sea, ¡ella quería algo más que un polvo rápido y «no hagas ruido para que Diego no te oiga».

Quería... «lo que no podía tener», pensó.

Oyó la ducha en el baño «de ambos». El día anterior, después del almuerzo, Alejandro había insistido en que Diego se detuviera en una droguería y la dejara entrar para comprar unos artículos de tocador. Alejandro la acompañó y pagó la cuenta.

Su cepillo de dientes estaba en un vaso, junto al de él, usaban el mismo tubo de dentífrico y su maquinilla de afeitar —que usaba rara vez— reposaba junto a la suya de color rosa.

Elise procuró tranquilizarse... y dejar de pensar. Cuando se despegó de la pared se fijó en un rollo de papeles en la mesa y se preguntó qué serían. Los desenrolló y vio que eran un plano del jardín de la señora Bellmont.

Elise no tardó ni dos minutos en darse cuenta de que era una copia de un diseño de una finca que había visto en Inglaterra: un jardín inglés elegante y sereno era lo último que querría una persona tan extravagante como la señora Bellmont.

Miró la parte inferior del plano. Ah, correcto: diseñado por Leonardo, ese hombrecillo delicado que era el último grito del barrio. Su madre había dicho que quería que Leonardo rediseñara su jardín. «¿E incluya algunas estatuas de acero inoxidable?», dijo Elise, pero la mirada despectiva de su madre la acalló.

Diego entró en la sala, bostezando.

—¿Realizarás este jardín?

—Si consigo el contrato —dijo él—. Detesto a ese individuo. Nunca dice lo que quiere que plante y me obliga a adivinar. Pondrá «Flores rojas». ¿Qué significa eso? Ni siquiera me dice la altura que han de tener las plantas.

—Así que cuando al cliente no le gustan, la culpa es tuya —dijo Elise.

—Así es —contestó y fue a la cocina—. ¿Quieres unos huevos?

Ella volvió a enrollar el plano.

—Prepararé el desayuno, tú siéntate y háblame de Alejandro —pidió, y enseguida se sonrojó—. Quiero decir, háblame de Leonardo desde tu punto de vista.

Él sabía que no se había equivocado, que quería saber cosas sobre su hermano.

—No tiene novia y nadie creyó que se quedaría aquí haciendo un trabajo que le ensucia las manos, pero vio a una chica en ropa interior paseándose por una habitación de hotel y desde entonces no es el mismo.

Solo cuando dejó de hablar, Elise se dio cuenta de que lo había dicho todo en español. Sus ojos brillaban.

—Muy gracioso —replicó ella—. No se lo cuentes.

—¿Cuando no hablar contigo entristece tanto a mi hermano menor? Ni en sueños. —Oyeron los pasos de Alejandro en la habitación y Diego bajó la voz—. ¿Le romperás el corazón?

—Esta mañana él me rompió el mío cuando tuve que decirle que no —susurró Elise—. Además, tu hermana quiere que me seduzca para poder delatarme a Kent. Quiero estar segura de que no me limito a formar parte de ese plan.

Diego le lanzó una mirada compasiva.

—La familia, ¿correcto?

Elise rio y luego empezó a preparar el desayuno cuando Alejandro entró en la sala.

Fueron a casa de los Kendrick para eliminar las malezas de los canteros y aplicar mantillo de cedro; Elise se encargó de cortar las rosas marchitas. Se colgó una gran bolsa de lona del hombro, cogió unas tijeras pequeñas y empezó a cortar.

Pero, en realidad, estaba observando a los hombres. En cuanto se desplazaran hasta la parte delantera de la casa pensaba emprender la huida. La casa de los

Kendrick se encontraba justo al otro lado del callejón al que daba la casa de sus padres y la pequeña casa donde viviría después de la boda.

Le había prometido a Diego que no haría nada que le causara problemas, pero si la atrapaban podía haber repercusiones: su padre insistiría en que le dijera quién le había ayudado a escapar.

Lo que Elise quería hacer era deslizarse en la casa de sus padres y hacerse con algo de ropa. Y en su habitación había dinero en efectivo escondido: para escapar a Maine debía comprar un billete de avión.

La oportunidad no se presentó hasta después del almuerzo. Cuando le dijo a Diego que trabajaría en el cantero junto a la alambrada posterior, él asintió con la cabeza. En cuanto los hombres desaparecieron tras la esquina Elise entró en movimiento.

Un amplio callejón separaba ambas casas, donde los paisajistas, limpiadores y recaderos aparcaban sus vehículos y donde también recogían la basura. Nunca depositaban grandes contenedores verdes delante de las casas.

Elise sabía que la casa de sus padres probablemente estaría vacía, pues incluso si había gente buscando a su hija desaparecida, dudaba de que sus padres interrumpieran su rutina cotidiana. Las citas en el salón de belleza y con el masajista ocupaban gran parte del tiempo de su madre. Además iba de compras y asistía a lo que Elise denominaba «comidas de cotilleo», en las que las mujeres relataban todos los detalles salaces que habían oído acerca de todas ellas. No cabía duda de que su madre asistiría a esas comidas para evitar que la verdad sobre Elise y Kent saliera a la luz.

Salió por la parte de atrás, atravesó el callejón y después entró por la verja situada detrás de la casa en la que vivió con Kent. Pasó corriendo, pero se detuvo un momento: nunca había sido dichosa en esa casa y jamás le había parecido suya.

Cuando se volvió vio a Alejandro: estaba observándola.

Incluso cuando mascullo:

—¡Regresa junto a los demás! —él no se movió. No osaba alzar la voz por si alguien estaba en la casa y la oía—. Necesito algo de ropa.

Se preguntó cuándo dejaría esa tontería de fingir que no la entendía. Él hizo un gesto y le indicó que no se marchaba. Ella se volvió y echó a correr a través del jardín hasta la puerta lateral de la casa; sabía dónde habían ocultado una llave y

también el código de la alarma. «Que no lo hayan cambiado, por favor», pensó.

Alejandro estaba a su lado al tiempo que ella introducía la fecha de nacimiento de su padre sosteniendo el aliento, pero la alarma no sonó. Cuando volvió a mirar en torno Alejandro había desaparecido, pero cuando alcanzó el gran vestíbulo de dos plantas, él estaba al pie de las escaleras.

«¿Cómo es que conoce el interior de la casa?», se preguntó.

Cuando alcanzó su habitación él ya estaba ante la puerta abierta y ella frunció el ceño.

—En cuanto veamos a Diego, me explicarás por qué sabes dónde está mi habitación.

Alejandro sonrió y se encogió de hombros, simulando que no sabía qué estaba diciendo. Elise empezaba a cansarse del juego y se acercó a su gran armario ropero. Debía llevarse algunas cosas, pero no demasiadas, para que sus padres no dieran parte de un robo.

Alejandro se apoyó contra el umbral del armario ropero.

—Ojalá pudiera hablar contigo —dijo en español—. Ojalá no hubiese escuchado a mi hermana y empezado todo este asunto del idioma, pero por otra parte, tengo miedo de lo que diría si pudiese hablarte.

Cuando se detuvo, Elise lo miró.

—Adelante, habla —dijo—. Estoy nerviosa y tu voz me tranquiliza —dijo, indicando lo que quería decir con un gesto.

—Ahora mismo me alegro mucho de que no puedas entenderme —prosiguió en español—. Porque recuerdo cosas sobre nosotros. Y eso es imposible. —Durante un momento la observó mientras ella examinaba su ropa—. Si comprendieras lo que estoy diciendo creerías que estoy loco. A veces me parece que puedo ver el futuro, ¡pero no! Es como si viera cosas que ya ocurrieron... pero sé que no es así. —Tomó aire—. Ayer vi que recogías una rosa damasco y también docenas de rosas mientras yo sostenía una cesta alargada. Dijiste que era inglesa y tenía un nombre extraño.

«Esa cesta», pensó Elise, pero no dijo nada. Removía los vestidos colgados pero en realidad no los miraba, estaba escuchando cada una de las palabras de él.

—Te he visto llorar. Sé que quería abrazarte pero que no podía. Acercarme demasiado a ti estaba prohibido, pero no sé por qué. Parecías necesitar que alguien te abrazara —dijo y se pasó la mano por los cabellos—. No sé por qué te

digo todo esto. ¿Son sueños? ¿Se trata de la imaginación de un hombre enfermo? Solo que parece tan real que no logro quitármelo de la cabeza.

Ella quiso decirle que lo que estaba recordando aún no había ocurrido —y jamás ocurriría—, pero entonces él creería que la loca era ella. Indicó una maleta en el estante superior.

—Sigue hablando —insistió.

Mientras cogía la maleta, él prosiguió:

—Siempre te gustó mi voz. Lo dijiste. Pero no, jamás lo has dicho, porque nunca hemos hablado.

Cuando Elise metió un vestido de flores azules y blancas en la maleta, él añadió:

—¡Conozco ese vestido! Tiene una chaqueta azul a juego —comentó y se sentó en un escabel en un rincón—. ¿Cómo sabía dónde se encuentra tu habitación? ¿Por qué recuerdo el empapelado? Dije que era de color rosa y tú respondiste que era de color melocotón.

Ella lo miró: eso era exactamente lo que había ocurrido. Él estaba sentado en el escabel con las largas piernas estiradas en el suelo y, al igual que antes, quiso arrodillarse entre sus piernas y... Desvió la mirada con rapidez.

Alejandro lanzó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Cuántas veces he visto esa mirada? —dijo en voz baja—. Nunca, y sin embargo la he visto miles de veces. —Abrió los ojos—. ¿Quieres que te diga algo extraño? En todas esas... visiones, sueños o lo que sean, estoy medio desnudo. A lo mejor son mis deseos que cobran vida —añadió, observándola mientras ella metía prendas en la maleta—. Pero por más nítidos que sean esos sueños, nunca siento tu piel junto a la mía. Lo he intentado. Esta mañana... Esta mañana te deseaba, te deseaba tanto como a la vida. Cuando huiste era como si se me partiera el corazón. Quería sentir tu carne contra la mía, tus labios en mi piel. Sentirme dentro de ti.

Alejandro hizo una pausa y tomó aire.

—Pero esa visión no existe, es como si estuviera condenado a desearte pero a no poseerte nunca... ni siquiera en mi imaginación —dijo, soltando una carcajada burlona—, Diego dice que cuando se trata de mujeres soy un idiota. Dice que debería casarme con una muchacha mexicana y tener un montón de hijos, que eso me calmaría. Su esposa tiene una hermana bonita y...

Elise se volvió para que no viera su expresión. No sabía cómo era posible que él recordara lo que todavía no había sucedido, pero por otra parte ella, sí. Pero sus recuerdos eran diferentes. Cuando había estado cerca de Alejandro también había estado casada con Kent... e intentando interminablemente complacer a su marido.

Pero entonces no sufría ese conflicto. Kent no gobernaba su vida... y nunca lo haría. Miró a Alejandro: su mirada, tan oscura y tan llena de deseo la traía hacia él.

«Aún no —pensó—. Necesito más.» Pero ¿más de qué?

Salió del armario abruptamente y entró en su habitación. Tenía que hacerse con el dinero que había ahorrado y ocultado bajo el cajón superior. Su pasaporte estaba junto al dinero. Dado que ella y Kent solo recorrerían una distancia corta para pasar la luna de miel, lo había dejado en casa y se alegró de figurar con su nombre de soltera, no el de casada.

Mientras Alejandro depositaba su maleta en la cama siguió hablando en español.

—Ah, muy bien. Tienes dinero. Ahora podrás escaparte. Podría llevarte al aeropuerto JFK o al La Guardia. Tu padre no puede vigilar esos aeropuertos, puedes ir donde te plazca. Algún lugar lejos de tu familia que te ha causado tanto dolor. —Sonrió—. ¿Sabes una cosa? Me alegro de que Carmen escapara con ese hombre cobarde y estúpido con el que ibas a casarte.

Elise jamás había oído tantas palabras sinceras... y si en su vida algo faltaba era la veracidad. Sonriendo, cogió una pequeña carpeta de dibujo de un cajón y la metió en el compartimento de cremallera exterior. Quizá le ayudaría a Diego a idear los planos para el encargo de los Bellmont.

Cuando depositó un puñado de collares en el bolso que contenía el dinero oyeron voces en la planta baja.

Elise entró en pánico de inmediato y recordó aquel atroz viaje en el maletero del coche de la doctora Hightower. En la actual versión de su vida eso no había sucedido, pero podía ocurrir. Estaban todos. Sus padres podrían...

Tras ver su expresión de pánico, Alejandro cerró la maleta y la arrojó por la ventana, rodeó a Elise con el brazo y la condujo allí.

Ella se asomó. La habitación estaba en la segunda planta.

—Estás de broma, ¿verdad?

Él salió primero, apoyó los pies en el techo bajo del solarío de una planta y le tendió la mano.

Elise no vaciló al cogerla... y tampoco miró hacia abajo. Cuando casi había alcanzado el techo más bajo él tiró de su brazo y la abrazó durante un instante, después la soltó. Aún cogidos de la mano, ambos corrieron a lo largo del empinado techo. En el otro extremo había una gran pérgola cubierta de rosales. Alejandro bajó primero y luego le tendió los brazos. Cuando Elise alcanzó los últimos peldaños, la agarró de la cintura y la arrastró hacia atrás con tanta violencia que ella aterrizó entre sus brazos.

Cuando recuperó el aliento él le sonreía y ella no lo pudo evitar: apoyó la cabeza contra su pecho. ¡Era muy tibio! Percibía/oía los latidos de su corazón.

—Mi padre tiene una escopeta —susurró, pero no despegó la cabeza del pecho de él.

Alejandro tampoco se movió.

—Bang, bang —le dijo ella, pero sin mucha energía. Se conformaba con permanecer donde estaba. A lo mejor para siempre.

Finalmente, las palabras de Elise lo alcanzaron. Estaba abrazando a la hija del dueño de la casa. Era el jardinero. La apoyó en el suelo y le cogió la mano, la empujó hacia la puerta trasera y fue a recoger su maleta bajo la ventana. Cuando llegaron al callejón, la arrojó dentro del camión. Su gran camión negro.

—No es un brioso corcel, pero me conformo.

Mientras atravesaban la puerta que daba al jardín de los Kendrick, Alejandro le lanzó una mirada curiosa.

—Tengo una fantasía: que me rescata un hombre montado en un gran caballo negro. Hasta practiqué con mi profesor de equitación. Él cabalga hacia mí rápidamente, luego se inclina, me agarra del brazo y me levanta. Sé cómo hacerlo.

Él la miró como si no la comprendiera e, irritada, ella desvió la mirada.

—¿Dónde diablos habéis estado? —gritó Diego en cuanto los vio.

—Allanando una morada —dijo Elise—. Mi agente de la condicional estará furioso.

Diego alzó las manos.

—Si quieres cobrar, tienes que trabajar.

—¿Me pagarán? Uau, que alguien me alcance la podadora.

Diego desconfiaba de ambos, así que durante el resto del día no los perdió de vista; le preocupaba que ignorasen la ira del padre de Elise... y lo que les haría a quienes ocultaban a su hija.

Esa tarde Elise trabajó más que nunca, pero cada vez que intentaba levantar una pesada caja de geranios el brazo de Alejandro aparecía por encima de su cabeza.

—Gracias —murmuraba y luego descargaba la próxima caja del camión.

La visita a la casa de sus padres la había hecho recordar el pasado y lo que le había ocurrido, no dejaba de pensar en lo que supuestamente debía lograr. ¿Cómo podía cambiar su vida en solo tres semanas? Recordó las palabras de Kathy: «¿Es que debe tratarse de un hombre?» Era como si las tres mujeres tuvieran la misma meta: cambiar de hombre, cambiar de vida.

Pero sin duda se trataría de algo más, ¿no? Tenía que existir un modo diferente. Con mirada distraída, observó a Alejandro derramando agua por encima de su cabeza y como la sudada camiseta se pegaba a su cuerpo estupendo. Ella lo deseaba, de acuerdo, pero y después, ¿qué? ¿Qué pasaba tras satisfacer los impulsos sexuales? Y no se trataba de que lo supiera por experiencia, pero debía de existir un momento en el que incluso el hombre más apuesto dejaba de resultar excitante. Tenía que haber noches en las que el único deseo era arrebujarse bajo las mantas con un libro de un autor favorito.

Necesitaba algo más en la vida, además de un hombre.

Cuando Elise oyó risas despertó de su ensimismamiento. Miguel y los demás hombres se reían de Alejandro, le decían en español que debía trabajar más duro

para impresionar a la chica, porque ella lo estaba mirando pero no lo estaba viendo.

Elise tuvo que volverse para que Alejandro no viera su expresión.

—¡Seréis idiotas! —masculló y ellos rieron.

Esa noche Elise estaba sudada, sucia y muy cansada, pero sabía que había que preparar la cena y meter la ropa sucia en la lavadora para colgarla del tendedero por la mañana. Lo llamaban «el segundo turno», y casi siempre recaía sobre las mujeres.

Diego indicó el ordenador.

—Tu novio se quedó con Carmen, así que tú has de encargarte de la contabilidad. Mañana es el día de pago.

—¿Mi novio? —farfulló, acentuando la primera palabra—. Aquí la víctima soy yo. Vosotros deberíais... —Entonces vio la sonrisa burlona de Diego; Alejandro se volvió, pero también sonreía—. Muy gracioso.

Ambos hombres se dedicaron a cocinar mientras Elise se sentaba ante la mesa de la cocina y trataba de descubrir cómo funcionaba el programa de la nómina. Después de restar el precio al por mayor de todos los materiales no quedaba mucho dinero. Tardó un rato en calcular los impuestos, pero una vez calculados, los sueldos eran espantosamente bajos.

Cogió la cerveza fría que le alcanzó Alejandro y se inclinó hacia atrás en la silla.

—Esto es un asco —dijo—. Ese gilipollas de Leonardo copia el diseño de otro y le pagan una suma de cinco cifras. Nosotros nos matamos haciendo el auténtico trabajo y apenas cobramos un salario mínimo.

—Entonces deberías realizar un diseño mejor —dijo Alejandro en español.

Diego tradujo sus palabras.

—Él es un experto en plantas, no yo. El único diseño de jardines que hice fue dibujar un círculo en una hoja de papel, y solo fue porque quería... —Elise se interrumpió. Los hombres la miraban fijamente. ¿Cómo sabía que Alejandro era un experto en plantas?—. Además —añadió en voz alta—, la señora Bellmont no me haría caso. ¿Qué sé yo de jardinería?

—Tanto como sabe ese pequeño ladrón —dijo Alejandro, y Diego volvió a traducir, sin dejar de lanzar miradas ceñudas a su hermano.

—Ella quiere que lo haga algún famoso, para poder alardear ante las otras

mujeres. —Elise se puso de pie—. A lo mejor debería decir que me llamo Caliente y que tengo un diploma de una escuela italiana inventada.

Ambos hombres la contemplaban fijamente.

—¿Qué? —preguntó y bajó la mirada. Su ropa era demasiado grande y ya se había quitado ramitas del cabello—. ¿Qué pasa?

—La hija de un hombre rico —dijo Alejandro—. La universidad de Bryn Mawr.

—Entendí ese nombre. —No esperó que Diego tradujera lo demás—. Bryn Mawr no es conocida precisamente por enseñar paisajismo. Estudié mucha historia del arte. Lo más cerca que estuve de estudiar diseño de jardines fue cuando analizamos los nenúfares de Monet.

Ambos hombres seguían clavándole la mirada.

Elise alzó la voz, procurando que entendieran.

—La señora Bellmont jamás miraría algo que yo sugiriera. Ella y mi padre se aborrecen; él dijo que en cierta ocasión ella se le insinuó y cuando él la rechazó, ella...

Los hombres estaban apoyados contra la encimera, aguardando que ella viera lo que estaban haciendo.

—Una mujer despechada... —dijo Elise—. Es muy posible que a Audrey Bellmont le encantara la idea de contratar a la hija de un hombre que la humilló.

Alejandro y Diego le sonrieron. Una semilla —una grande— había sido plantada. Elise cogió un bloc de dibujo y lápices de su maleta. ¿Por dónde empezar?

Diego depositó un plato de alubias refritas y arroz a su lado.

—Regresamos a la casa de los Bellmont el viernes. Tienes dos días para idear algo que podamos mostrarle.

—Pero no sé cómo hacer esto —dijo Elise—. No lo estudié. Ni siquiera conozco el tamaño del jardín.

Diego recogió el plano enrollado de la encimera.

—Todo está aquí. Límitate a cambiarlo.

—Pero...

—Come y después ponte a trabajar.

«No puedo y no sé cómo», pensó Elise.

Alejandro dijo:

—Detesto el estanque de peces. —Diego tradujo sus palabras.

—Yo también —dijo Elise—, sus perros devorarían a los pobres peces. En cierta ocasión, mi madre dijo que Audrey Bellmont quería ser bailarina profesional, pero luego se casó y abandonó la idea.

Los hombres volvieron a mirarla.

—Una pista de baile. De cemento. Redonda, luego un edificio enrejado donde ella pueda sentarse y, en la parte de atrás, espejos y una barra de ballet.

Cogió el bloc y comenzó a dibujar; sabía exactamente dónde podía construirse en el jardín. Horas después, cuando se quedó dormida con la cabeza apoyada en el bloc de dibujo, quien la cogió en brazos y la llevó a la cama fue Alejandro.

—Estoy sucia —murmuró.

—Mañana por la mañana podrás ducharte.

Estaba demasiado adormilada para notar que hablaba en inglés.

—Astilbes de color rosa. ¡No! ¿Cómo se llaman esas plantas de flores curvas? Son gruesas y aterciopeladas.

—Crestas de gallo.

—Eso es. —Elise bostezó—. Tú has de escoger las plantas. ¿Qué crece en Long Island? ¿Hay alguna clase de orquídeas silvestres por aquí?

Cerró los ojos y Alejandro le besó la frente... y después se limpió la boca: en efecto, ella estaba muy sucia. Estaba descalza, pero completamente vestida; no obstante, no se atrevió a quitarle nada y, sonriendo, se dirigió a su propia cama. Se alegró de ver que esa mirada asustada empezaba a desaparecer, tal vez para siempre.

A la mañana siguiente, cuando los hombres fueron a desayunar, Elise estaba sentada ante la mesa de la cocina. Aún no se había duchado. Alejandro se apoyó contra la encimera bebiendo café y sonriéndole. Miró a Diego y dijo:

—Dile que pasaré a recogerla al mediodía y la acompañaré a comprar lo que necesite.

—Díselo tú —dijo Diego y salió fuera para cargar el camión.

Pero Alejandro no dijo nada porque Elise estaba concentrada en sus dibujos y los hombres la dejaron allí. Alejandro regresó a la casa a mediodía. Elise se había duchado y puesto algunas de sus propias prendas. Cuando montó en el camión con él, empezó a hablar.

—No tengo idea de si mi plano es bueno o no. Nunca he visto uno igual. Lo

peor es que no recuerdo exactamente qué dijo mi madre de la señora Bellmont. Tal vez era un comentario sarcástico y en realidad nunca fue una bailarina. Estoy planificando lo que denomino un Jardín de Bailarina, pero tal vez lo deteste. — Suspiró—. En fin, creo que debería haber electricidad en la cabaña para que haya música. Encontré unas esculturas en internet, copias de las bailarinas de Degas; me gusta toparme con algo bello tras una esquina. La señora Bellmont posee más de ocho mil metros cuadrados, así que no hay problemas de espacio.

Apoyó la cabeza contra el asiento.

—La verdad es que no sé lo que estoy haciendo.

Alejandro solo le sonrió mientras aparcaba en el aparcamiento delante de una librería de segunda mano. Era uno de esos lugares con muchos libros viejos de tapa dura en los estantes, en el suelo y amontonados en sillas. Hacía años que nadie limpiaba la tienda.

—¡Perfecto! —dijo Elise y bajó del camión.

En el interior, él sostenía los libros que ella escogía sobre diseño de jardines y unos cuantos más sobre danza.

—Menos mal que no me entiendes, porque quiero decirte que eres el burro de carga más guapo del mundo.

Alejandro se esforzó por permanecer inexpresivo, pero ella vio su sonrisa.

Tras pagarlo todo —y los libros eran maravillosamente baratos—, Alejandro la condujo hasta una papelería donde ella compró papel, lápices y una regla.

El viernes por la mañana, cuando Elise despertó, se quedó tendida en su cama gemela, escuchando la respiración de Alejandro. En general, despertaba con la idea de lanzarse sobre él, pero ese día quería deslizarse a su lado para que él la abrazara y le dijera cosas para animarla... en el idioma que prefiriera. En swahili, tanto daba; lo único que necesitaba era que alguien le dijese que era capaz de hacer lo que se había propuesto: imponerle su voluntad a la señora Bellmont, a quien recordaba como una mujer bastante malhumorada... como su madre.

Elise cerró los ojos un momento, pensando que era el producto de unos padres muy agresivos. ¡Ganar a toda costa! Ese había sido su lema. Y eso incluía a la hija de ambos.

Nunca consideraron que había un motivo para que Elise tomara sus propias

decisiones, desde su ropa a sus amigos, su educación e incluso su marido. De niña, Elise se dio cuenta de que la manera más sencilla de lidiar con ellos era ceder. La querían, ¿verdad? Deseaban lo mejor para ella, ¿no?

Solo después de descubrir que sus padres siempre habían estado al corriente de lo de Carmen, Elise empezó a dudar de todo.

Cuando Alejandro se volvió en la cama lo miró: adormilado y con una barba incipiente, seguía siendo un hombre guapísimo. Alejandro arqueó las cejas.

—Tengo miedo —dijo ella—. ¿Y si me presento ante la señora Bellmont y ella llama a mi padre? Ha contratado guardias de seguridad. ¿Y si aparece con ellos?

Alejandro negó con la cabeza, apartó la sábana y se acercó a ella, la cogió del hombro y la arrastró fuera de la cama, y durante un minuto apoyó la frente contra la de Elise sin soltarle los hombros.

Ella inspiró profundamente varias veces.

—Muy bien, comprendo —susurró—. Sé fuerte, ten valor, ten fe.

Él le levantó la barbilla y la miró directamente a los ojos. Durante un instante, Elise creyó que la besaría, pero no lo hizo. La hizo girar y la empujó hacia el baño.

Riendo, ella cerró la puerta a sus espaldas.

Para cuando salió, duchada y vestida con ropa limpia, Alejandro y Diego estaban sentados ante la mesa del desayuno. Los dibujos y las anotaciones de Elise estaban prolijamente apilados.

—Estaba pensando... —le dijo Diego a su hermano menor en español—. Bueno, yo diría que Carmen no piensa volver, así que deberías trasladarte a mi habitación y brindarle un poco de intimidad a nuestra invitada.

Elise se quedó paralizada.

—No —dijo Alejandro en tono sereno pero muy firme.

Ella desvió la mirada para que no vieran su sonrisa. Empezaba a acostumbrarse a despertar y oír la respiración de Alejandro y ver que le sonreía. A compartir sus ideas y sus pensamientos —y sus aventuras— con él.

«La amistad», pensó. Estaba muy infravalorada como afrodisíaco.

Ambos montaron en el camión con Diego, que guardó silencio mientras conducía hasta la casa de la señora Bellmont. Alejandro apoyaba el brazo en el asiento, casi rodeando a Elise.

De pronto Elise se dio cuenta de que todos sus temores estaban relacionados

con ella, de lo que podría pasarle a ella, pero también de que el éxito o el fracaso de esa empresa podía afectar a los demás. Debían de haber pensado que ella podría, bueno, abandonarlos. Podía conseguir el empleo y luego contratar a una de las empresas paisajistas más glamurosas, esas con furgonetas verdes y letras doradas en las puertas. Los empleados llevaban uniformes elegantes.

—No me fallaréis, ¿verdad?

—¿Qué? —exclamó Diego.

—Si obtengo este empleo, no me diréis que os queda grande, que no disponéis de los hombres suficientes, las herramientas o lo que sea, ¿verdad? No me quedaré sola en este asunto, ¿verdad?

Alejandro parecía saber lo que ella estaba haciendo, pero por otra parte conocía bien a su hermano: Diego siempre creía que todo lo bueno se volvería malo.

Elise tenía una mano apoyada en el asiento y Alejandro la presionó.

—En México tengo miles de primos —dijo Diego—, y traeré a todos los que necesite para que me ayuden. Y conozco a trabajadores que saben utilizar el hormigón. ¿Quieres azulejos artesanales para tu casita? Puedo conseguirlos.

—¿Ah, sí? —dijo Elise—. ¿Y qué más puedes conseguirnos?

El silencio en el camión se rompió cuando Diego empezó a hablar. No había dejado ver que consideraba la empresa como su gran oportunidad, pero lo soltó todo al tiempo que hablaba sin parar camino de la gran casa.

Cuando llegaron Alejandro se apeó, cogió a Elise de la cintura y la depositó en el suelo.

—Gracias —dijo.

—¡No te apures! Todavía no he hecho nada que las merezca.

Alejandro se limitó a sonreír y regresaron para descargar las herramientas del camión. Elise quería reflexionar sobre el argumento de venta, pero la señora Bellmont los estaba esperando... y parecía estar de mal humor. Le decía a Diego que arrancara unas flores que no le gustaban.

—Cuando llegue Leonardo, todo esto deberá desaparecer. Ahora haz limpieza y después él lo supervisará todo —añadió.

Cuando se dispuso a volver a la casa, Alejandro le pegó un empujón a Elise y le lanzó una mirada furiosa.

—¡Vale, vale! —dijo ella y cogió los dibujos que él sostenía.

Todos los obreros la observaban; la risa habitual de Miguel había desaparecido.

—¿Cómo obtuve la tarea de salvadora? —masculló Elise.

Alejandro sonrió. Cuando se disponía a acercarse a la señora Bellmont él le quitó la gorra de béisbol y sus rubios cabellos le cubrieron los hombros, agitó la cabeza, enderezó los hombros y dio un paso adelante.

—¿Señora Bellmont?

—¿Sí? —preguntó en tono irritado—. ¿Qué pasa? —Se volvió, vio a Elise y se quedó boquiabierta—. Eres... ¡Dios mío! Todos te están buscando. —Echó un vistazo a los hombres detrás de Elise—. No has estado con ellos, ¿verdad?

Elise no le contestó.

—Dígame, ¿fue usted bailarina?

La señora Bellmont parpadeó y después sonrió.

—Pues sí, lo fui.

—Ya me lo parecía, debido a cómo se mueve. Me pregunto si podría mostrarle...

—¿Por qué huiste de tu boda? —preguntó la señora Bellmont—. Se rumorea que tienes problemas mentales.

Elise recordó aquel trayecto en el maletero del coche de la doctora Hightower y que Kent había mentado sobre las pastillas que le administró. Pero cuando miró a la señora Bellmont, supo que no podía decirle la verdad: delatar a Carmen perjudicaría a sus hermanos.

—Descubrí que Kent es gay.

—¡No! —exclamó la señora Bellmont—. ¿Ese joven tan guapo? Pero por otra parte, eso lo dice todo. Pobrecita. ¿Cómo lo soportaste?

—No podía, así que tuve que escapar.

—¿Y esto? —dijo, señalando a los hombres que solo fingían trabajar, y clavó la vista en Alejandro.

—Sexo —dijo Elise—. Sexo salvaje e interminable. Alejandro no habla una palabra de inglés y eso me encanta; es el antídoto perfecto de Kent y su... bueno, su nada.

La señora Bellmont le lanzó una mirada especulativa.

—No te pareces a la descripción de tu madre en absoluto, ¿verdad?

—Si se refiere a insulsa y carente de personalidad, no: no soy así.

Ambas se contemplaron durante unos momentos, después la señora Belmont indicó el gran bloc de dibujo que Elise sostenía.

—Supongo que tienes algo que quieres mostrarme, ¿no?

—Sí.

—¿Enfurecerá a tu padre?

—Muchísimo. —Elise empezaba a sonreír—. Y a mi madre también —dijo, bajando la voz—. Y significará deshacerse de ese fastidioso Leonardo y su estúpido estanque de peces. Si acepta mi diseño para su jardín podrá invitar a estudiantes de Juilliard durante el fin de semana y bailar para ellos.

—Ay Dios mío, como dicen los chicos, pero sueñas como tu padre intentando venderme algo.

—¡Retire eso! —dijo Elise en tono duro y sin sonreír.

La señora Belmont rio.

—Pasa y hablemos —dijo, se volvió y se dirigió a la casa.

A sus espaldas, Elise alzó ambos pulgares. Diego y Alejandro le lanzaban sonrisas muy amplias.

Elise abandonó la casa de la señora Belmont dos horas después y, a medida que se acercaba a los hombres, asentía con la cabeza con cada paso.

—Obtuvimos el empleo —susurró. Todos estaban de pie ante ella, esperando que entrara en detalles—. Le gustó todo: el edificio, la pista de baile, las esculturas, todo. Es un contrato de seis cifras y necesitaremos... —Elise tomó aliento—. ¿Cómo diablos voy a saber qué necesitamos? —preguntó, mirando a Alejandro—. No dejé de tirar faroles. Le dije que vosotros sabías lo que yo ignoraba. ¿Alguna vez habéis construido un salón de baile de seis metros de largo?

Durante un minuto la miraron con expresión desconcertada. ¡No eran constructores! Entonces Alejandro saltó encima de un muro bajo y adoptó la pose de un bailarín de flamenco, taconeando unas cuantas veces.

—¡No necesitamos un bailarín, necesitamos un constructor! —gritó Elise.

Alejandro parecía tan desconcertado que todos se echaron a reír.

—¡Baja! —Diego le gritó a su hermano—. ¡Tenemos trabajo! —Se detuvo un momento y después apoyó ambas manos en los hombros de Elise y le besó la

mejilla—. Gracias.

Era la primera vez que alguien había felicitado a Elise por algo que había hecho. Al igual que todos los otros chicos de la escuela, había recibido trofeos, daba igual lo que hubiese logrado, pero eso era real. De acuerdo: logró cruzar el umbral gracias a ser la hija de sus padres, pero consiguió el empleo gracias a sus ideas.

—¡Un momento! —dijo y después se tocó la mejilla—. Todos vosotros. ¡Ahora mismo!

Con sonrisas pícaras, todos le besaron la mejilla... a excepción de Alejandro. Miguel dijo que sería mejor que no incendiaran el jardín incluso antes de empezar, así que sería mejor que Alejandro no la tocara. Entonces Alejandro la agarró, la inclinó hacia atrás y... depositó un beso en su mejilla.

—¡Maldita sea! —exclamó ella cuando él la soltó y los demás siguieron riendo.

Todo el día, mientras trabajaban, la excitación flotaba en el aire. Durante años, Diego y sus hombres tuvieron que aguantar a malos paisajistas y dueños de casa ineptos que les habían dicho qué hacer y cómo, pero en una única mañana habían cambiado de estatus. ¡Ese trabajo sería el suyo!

Esa noche todos se reunieron en la casa alquilada de Diego. Alguien trajo una pequeña barbacoa y otros aportaron cerveza y tequila. Diego llamó a su mujer en México y le dijo que contrataría más gente... y que a lo mejor ella podría ir a vivir en Estados Unidos en otoño.

Fue una fiesta magnífica y Elise no se acostó hasta medianoche. Alejandro estaba de pie junto a su cama, sonriendo.

—Has hecho mucho por todos nosotros —dijo en voz baja, el sonido de su lengua materna era muy bello bajo la luz de la luna que entraba por la ventana. Empezó a volverse, pero entonces la miró—. En cuanto a esa promesa de que solo seamos amigos... estoy dispuesto a retractarme.

Elise, muy somnolienta y un poco ebria, alzó las manos. Alejandro las cogió, le besó las palmas, pero después las soltó y dio un paso atrás.

—Solo cuando estés completamente sobria y sepas lo que estás haciendo. Me preocupa la idea de que una vez que tú y yo empecemos, puede que no se acabe nunca, así que debes estar muy segura de lo que haces. En cuanto a mí, sé exactamente qué, y a quién, realmente quiero. Buenas noches —dijo y abandonó

la habitación.

A la mañana siguiente, mientras Diego conducía hasta la casa, no podía dejar de sonreír. Se había pasado toda la mañana hablando sin parar de su nueva empresa. Elise estaba sentada entre él y Alejandro, ambos tan somnolientos que apenas lograban permanecer sentados... o tal vez solo se trataba de una excusa para que ella se apoyara contra él.

El trayecto era largo porque Diego tenía un trabajo en el campo. Había tratado de diversificarse y hacer algo más que cortar el césped, así que ese día reparaban un muro de piedra. Antes le había pedido a Elise que hablara con la esposa del propietario.

—¿Y qué se supone que debo decirle? —preguntó Elise, bostezando.

Diego le lanzó una mirada furiosa.

—Resultaba más agradable cuando era una honorable invitada —murmuró.

Diego arrojó todos sus elementos de dibujo en una vieja bolsa de la compra y la depositó en la parte delantera del camión; reposaba entre las botas de Alejandro.

Cuando abandonaron la carretera y enfilaron por un largo camino de entrada, Elise se incorporó. Quería mirar en derredor, ver qué podía sugerir que añadieran o eliminaran. Además de la planificación, si llevaría a cabo esa tarea, debía aprender a vender cosas. «Como Ray», pensó. Ray, con quien nunca se había encontrado, pero en realidad, sí. La confusa idea la hizo sonreír.

El lugar parecía ser un rancho. A la derecha había un granero junto a un prado con unos cuantos caballos. A lo lejos había una casa baja y alargada oculta entre los árboles. Todo el lugar rezumaba riqueza.

—¿Sabes montar a caballo? —le preguntó Elise a Alejandro en inglés.

Todavía confiaba en descubrirlo en esa mentira de que no sabía hablar su idioma.

—Ha jugado al polo —contestó Diego.

—¿De veras? —Se inclinó hacia atrás para mirarlo, como si evaluara su cuerpo... que era precisamente lo que estaba haciendo—. ¿En algún equipo de una mujer rica? ¿Qué más hiciste por ella? ¿Le arreglaste las manos? ¿La peinaste? —dijo, pestañeando con aire inocente.

Alejandro apretó los labios para reprimir una sonrisa, se volvió y miró por la ventanilla.

—Le escoge la ropa —dijo Diego—. Le gusta comprar zapatos.

—¿Para él o para ella?

—Los comparten. —Riendo, Diego detuvo el camión y se apeó; su sonrisa demostraba cuán contento estaba—. Vamos, manos a la obra.

—Dile que soy bueno montando otras cosas además de caballos —dijo Alejandro en español.

—Díselo tú mismo —contestó Diego—. Y todavía mejor: no hables, solo trabaja. —Cogió la bolsa con el bloc y los lápices y se lo dio a Elise—. Ahí viene. A vender.

—No estoy segura... —empezó a decir Elise.

Pero Alejandro le apoyó las manos en los hombros, los enderezó y la empujó hacia delante.

La mujer era alta, de abundantes cabellos oscuros y su rostro estaba tan perfectamente cuidado que resultaba difícil adivinar su edad, pero era joven. Llevaba tejanos ceñidos y una camiseta de algodón que realzaba su silueta. Pasó junto a los dos hombres y se acercó a Elise.

—Tú debes de ser la diseñadora de la que tanto he oído hablar.

—¿Yo? —exclamó Elise y luego se recuperó de la sorpresa—. Qué bien, quiero decir. ¿Cuál de mis clientes le habló de mí?

Diego y Alejandro la vigilaban como los guardianes de un templo.

—Audrey Bellmont no se cansó de elogiarte. Un salón de baile. ¡Qué idea más ingeniosa! Podrá invitar estupendos hombres semidesnudos y llamarlo bailar. —Miró a Alejandro—. Tal vez recibas una invitación.

La sonrisa se borró del rostro de Elise y dio un paso hacia él. La mujer la miró y asintió: había comprendido, ese hombre ya tenía dueña.

—Soy Eva Foster y en cuanto los hombres se hayan instalado entraremos en casa y hablaremos de algo que me gustaría hacer en la parte de atrás. Mi marido lo aborrecerá, pero se acostumbrará.

Elise dio un paso a un lado al tiempo que la señora Foster se dirigía a Diego en español y, a menos que Elise se equivocara, esa era su lengua materna. ¿Cubana, tal vez?

La señora Foster le habló a Diego del muro y de eliminar unos arbustos en la

parte trasera. Después miró a Alejandro y le preguntó si sabía ensillar un caballo. Elise vio que le lanzaba una sonrisa lenta y perezosa que hizo que ella se acercara un paso.

—Si me acerco demasiado, tu novia me arrancará los cabellos —dijo la señora Foster en voz baja y en español.

—No es mi novia —contestó él—. Sueño con ello, pero ella dice que no; me parece que me tiene miedo. Soy demasiado para ella.

Elise no pudo evitar ponerse ceñuda. Alejandro le lanzó una sonrisa inocente; supuestamente ella ignoraba lo que había dicho.

—Hoy uno de mis mozos de cuadra ha salido, ensilla el caballo negro para mí. En cuanto haya acabado con la joven Elise debo atravesar el río. —Después se dirigió a Alejandro en español—. ¿Quieres acompañarme?

Elise lo observaba sin el menor disimulo. Si bien era cierto que no había nada entre ellos, al mismo tiempo no era verdad en absoluto.

—Lo siento, pero mi corazón le pertenece a otra —dijo Alejandro—. Solo estoy esperando que cobre valor y acepte lo que le ofrezco.

La señora Foster soltó una carcajada.

—Ah... conozco eso. Pero ¡ay!, tú te lo pierdes. —Se volvió hacia Elise y, en inglés, dijo—: ¿Nos vamos? Tengo un invitado que se muere por conocerte, dice que tiene un gran jardín y necesita un paisajista. ¿Crees que puedes realizar una obra importante?

Las palabras de Alejandro aún reverberaban en la cabeza de Elise. ¿Su corazón? ¿Cómo era posible? Para él, solo hacía unos días que se conocían, nunca había mantenido ni siquiera una conversación. ¿Cómo podía hablar de corazones cuando ni siquiera se conocían el uno al otro? Por otra parte, conocía a Kent desde que era una niña y mira cómo resultó aquello.

Cuando la señora Foster se adelantó, Elise se quedó junto a Alejandro. Quería decirle algo, en español, en inglés, le daba igual, pero no se le ocurrió nada y en cambio, con la vista al frente, entrelazó sus dedos con los de él. No le cogió la mano, solo la punta de los dedos. Al igual que ella, él no desvió la vista, pero sus manos expresaban una promesa: era hora de que estuvieran juntos.

Cuando la señora Foster empezó a volverse, Elise dejó caer la mano de Alejandro y se apresuró a seguirla, aferrando la bolsa de la compra.

«Ha llegado la hora», pensó. Realmente estaba emprendiendo una nueva

profesión. Nunca había pensado en ser una paisajista, pero la idea le gustaba y dispondría de Alejandro, Diego, Miguel y los otros hombres. Puede que incluso Carmen le prestara ayuda.

La señora Foster abrió la puerta de su casa y dio un paso atrás para dejar pasar a Elise. En el umbral, esta se volvió para mirar a Alejandro, que no se había movido. En su rostro apuesto había una expresión que ella jamás había visto en un hombre, o al menos no dirigida a ella: es verdad que era de deseo, de excitación sexual, pero también de... Elise inspiró. ¿Amor? ¿Era eso lo que veía en la mirada de ojos oscuros de Alejandro? ¿Acaso ella también lo miraba del mismo modo?

No solo estaba iniciando una nueva carrera, ¡eso era una nueva vida!

Desvió la mirada de mala gana y entró en la fresca oscuridad interior. Su vista tardó unos instantes en adaptarse... y después no dio crédito a lo que veía.

Su padre estaba de pie en la gran sala de estar y dos de sus guardias armados se acercaban a ella con rapidez.

—Elise, me gustaría presentarte a... —empezó a decir la señora Foster, pero Elise ya había echado a correr hacia la puerta, pero no logró alcanzarla: los guardias la agarraron, uno de cada brazo, y la arrastraron hacia el interior.

—¿Qué diablos es esto? —gritó la señora Foster—. Llamaré al sheriff.

Sin soltar a Elise uno de los guardias le quitó el móvil.

—¡Lárguese! —Elise le dijo a la señora Foster en español—. Dígale a Alejandro que vaya en busca del sheriff.

—Realmente, Elise —dijo su padre en tono sufrido—, cuán dramático. ¿Dónde aprendiste a hablar ese horrendo idioma? Pareces una señora de la limpieza. Solo queremos ayudarte. —Se dirigió a la señora Foster—. Lamento este subterfugio, pero esta es mi hija y tiene problemas mentales graves. Un médico debe verla, ¡y de inmediato!

—¡Cielo santo! —exclamó la señora Foster—. No tenía ni idea. Pobrecita. —Le lanzó una mirada compasiva a Elise—. Llamaré a ese cabrón —dijo en español y se dirigió a los hombres—. ¿Necesitáis un coche?

—No —dijo el padre de Elise—. Hemos traído uno. —A lo lejos sonaron sirenas—. ¿Qué ha hecho? —gritó.

La señora Foster parecía realmente desconcertada. El padre de Elise miró a su hija con desdén.

—Si crees que esos ilegales con quienes te has liado pueden evitar que cumplas con tu deber familiar te equivocas. ¡Llevala al coche! —les ordenó a los hombres.

En cuanto salieron la señora Foster corrió a la cocina y marcó el 911 en el teléfono fijo, pero le dijeron que el sheriff ya estaba en camino.

Fuera, Elise procuraba no perder la dignidad. Ambos guardias la agarraban de los brazos y la conducían hacia una gran furgoneta conducida por un tercer hombre. Aunque podía oír las sirenas, aún estaban demasiado lejos como para alcanzarla antes de que su padre se la llevara.

Ella sabía que lo que su padre hacía era ilegal, pero ¿cómo escapar? Sabía por experiencia que afirmar que no estaba loca resultaba inútil, porque la gente tendía a creerle al hombre sereno, exitoso y bien vestido, y no a una chica histérica de terror de cabellos y ropas desordenadas, y rostro crispado tras días de lágrimas.

Cuando solo unos pasos los separaban del coche, Elise vio a Diego: tenía muy mal aspecto, era como si observara cómo le quitaban todas las esperanzas de su vida.

Elise apartó la vista de él buscando a Alejandro, pero había desaparecido y entonces perdió toda esperanza y la convicción de que todo se arreglaría de alguna manera se desvaneció. Había viajado hacia atrás en el tiempo, pero no había logrado nada. Tendría que dedicar las dos semanas que le quedaban luchando contra su padre... y él saldría victorioso. Como siempre. Esa vez no habría ninguna doctora Hightower ni ninguna Arrieta para salvarla. Esa vez...

Entonces oyó el golpe de los cascos de un caballo y se detuvo, alzó la vista y vio a Alejandro —el bello Alejandro de cabellos oscuros— montado en un caballo de un color aún más oscuro e, instantáneamente, supo lo que pensaba hacer. Ella le había contado que había aprendido a saltar a lomos de un caballo al galope y él lo estaba aprovechando.

—¿Qué diablos está haciendo ese loco cabrón? —gritó uno de los guardias.

El otro guardia aferró el brazo de Elise y trató de arrastrarla a un lado y alejarla del animal que se acercaba a ellos. Era mucho más fuerte que ella y sabía que no podría resistirse. Entonces le mordió la mano, se giró y apretó las mandíbulas.

El hombre retiró la mano violentamente.

—¡Que él se quede contigo! —chilló.

Ambos hombres saltaron a un lado al tiempo que Alejandro se abalanzaba sobre ellos montado en el gran caballo. No redujo la velocidad, sino que se inclinó hacia a un lado y le tendió el brazo a Elise. Tal como había aprendido a hacer, ella lo agarró del brazo y saltó hacia arriba. Alejandro tiró de ella con tal violencia que salió volando y aterrizó en la silla de montar detrás de él, lo rodeó con los brazos y ocultó su cara contra su espalda.

Alejandro no redujo la velocidad y taconeó al caballo: rodearon la casa pasando junto a pollos, perros y un par de obreros. No se detuvo hasta alcanzar la ladera de una colina que se asomaba al rancho y cuando se inclinó hacia delante para acariciar el cuello sudado del caballo, Elise no se apartó de él, no aflojó su abrazo ni despegó la cara de su espalda, ni siquiera abrió los ojos.

—Puedes mirar —dijo él en voz baja y en español. Sus manos cubrían las de Elise, que le presionaban el vientre con tanta violencia que seguramente dejarían un moratón.

—Lo siento, pero no hablo español —murmuró ella en español.

—Y yo no sé hablar inglés —dijo él en inglés—. ¡Mira!

Sonriendo y aliviada por que la farsa con los idiomas hubiera llegado a su fin, abrió los ojos y dirigió la vista ladera abajo. Había cuatro coches en cuyas puertas ponía SHERIFF y metían a su padre en el asiento trasero de uno de ellos. Los tres guardias estaban en los otros coches. A un lado y hablando en tono airado con un hombre uniformado, estaba la señora Foster.

—¿Tú llamaste al sheriff? —preguntó Elise a Alejandro.

—No. Creo que fue él.

La joven miró en la dirección que él indicaba: a un lado, apoyado contra un coche plateado, estaba Kent. El sol brillaba en sus cabellos rubios. Justo cuando su padre montó en el coche del sheriff, vio que le decía algo a Kent; Elise supuso que su padre le ordenaba que la buscara.

—Eso es imposible —dijo Elise—. Kent jamás llamaría al sheriff. Venera a mi padre, haría lo que fuera por él: casarse conmigo, administrarme somníferos, encerrarme en un psiquiátrico, perseguirme por todo el país, amenazar con...

Alejandro se volvió en la silla de montar y la miró: las cosas de las que ella hablaba no habían ocurrido.

Los coches con los prisioneros enfilaron por el largo camino de entrada. La

señora Foster fue a hablar con Kent, luego se volvió e indicó la colina donde Alejandro y Elise estaban sentados sobre un caballo.

—Debo hablar con él, ¿no? —dijo Elise.

—Sí.

Alejandro había respondido en tono decidido, pero también temeroso. Ella no había visto a Kent desde que huyó de la boda. La primera vez había ignorado que no es posible obligar a una persona a que ame a otra, las buenas obras o las tareas virtuosas no inspiran amor. En todo caso, no ese amor ardiente, arrollador y apasionado necesario en un matrimonio.

Alejandro la sostuvo del brazo y la ayudó a bajar del caballo. Cuando alzó la vista él no pudo mirarla a los ojos. «Le preocupa que regrese con Kent», pensó... y no pudo reprimir una sonrisa.

Él desmontó, pero se centró en el caballo.

—Supongo que será mejor que cabalgue colina abajo —dijo ella, y él asintió—. Hablaré con él y... y le diré que lamento mucho haber escapado y que por favor vuelva a aceptarme. Que haré lo que sea...

Con un único movimiento, Alejandro se volvió, la abrazó y la besó.

Ella había pasado mucho tiempo imaginando cómo sería besarlo, pero la realidad superaba su fantasía. Cuando los labios de Alejandro presionaron los suyos, una avalancha de sensaciones desconocidas le recorrió el cuerpo. Los brazos fuertes de él la estrecharon y percibió sus músculos contra la suavidad de su propia piel.

Pero por más agradable que fuera el beso, había algo más: una emoción fluía entre ambos, algo más profundo que el mero roce. Era como si sus espíritus — ¿sus almas?— se comunicaran. Él despegó los labios de los de ella, que tenía la mejilla apoyada contra su camisa, en el hueco justo por debajo de la clavícula: era como si el espacio hubiera sido creado para alojar su cabeza.

«¿Es así el amor? —se preguntó—. ¿Esta unión? ¿Esta fusión?»

No podía evitar pensar en Kent. Ella había llorado y gemido y rechinado con los dientes preguntándose por qué. ¿Por qué Kent había escogido a Carmen y no a ella? ¿Qué pasaba con ella? ¿Qué tenía Carmen que ella no tuviera?

Y la respuesta era: nada.

El amor no era científico. Era... «Esto», pensó: esa unión entre dos personas, ese lazo.

Visto en perspectiva, sabía que Kent era un mejor partido para ella que Alejandro; él se había criado en un país distinto, hablaba un idioma extranjero, sus experiencias habían sido muy diferentes a las de ella, ella y ese hombre no tenían nada en común, así que desde un punto de vista lógico una unión entre ambos era una insensatez.

Elise se apartó y lo miró. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro y ella le tocó la mejilla. Su mirada era de preocupación y ella sabía que lo que ocurriese después de ese día dependía de ella. «Es la mujer la que elige —había oído decir—. El hombre puede preguntar, pero quien elige es la mujer.»

Una parte de ella quería tomarle el pelo y reír, pero la otra no quería hacerlo sufrir.

—Quiero tener un bebé —dijo—. Ya he esperado bastante para formar mi propia familia. Sé que está de moda que primero vivamos juntos, pero quiero...

Él la interrumpió con otro beso y esa vez fue un beso dulce y prometedor. Cuando Alejandro se apartó, ella vio que las lágrimas le humedecían los ojos.

—Bueno —dijo—, ayúdame a montar. Debo ir a aclarar las cosas con Kent. Después regresaré y podemos empezar a hacer un bebé.

Las lágrimas desaparecieron de los ojos de él y recuperó esa actitud invencible que convertía un hombre en lo que era. Entonces, como ya estaba seguro de que ella no lo abandonaría, se puso al mando.

—¡Ni hablar! —dijo—. Bebés, sí, pero tú no te quedarás a solas con él —dijo, antes de juntar las manos para que ella apoyara el pie y montara en la silla.

—¿Kent? ¿Crees que me haría daño a mí?

Alejandro montó detrás de ella.

—Carmen dijo...

—¡No me hables de tu hermana! Ella... —Alejandro le besaba el cuello—. ¿Haces eso para que Kent lo vea?

—¿Acaso lo haría por otro motivo? ¡No por placer, desde luego! ¡Ay!

Elise le había pegado un codazo en las costillas. Ya habían bajado de la colina y ella vio que Kent la estaba esperando. Involuntariamente, toda la antigua sensación de sentirse intimidada por él la invadió. ¡Cuánto se había esforzado por complacerlo! ¡Y hasta qué punto había fracasado!

—No tendrás problemas —susurró Alejandro al tiempo que le mordisqueaba la oreja—. Esto es necesario para ti, no para él. —Ella asintió porque sabía que

tenía razón—. No me alejaré. Estás a salvo.

Durante un momento se apoyó contra él: sí, hacía que se sintiera a salvo. «Y amada», pensó. Casi se volvió para decírselo, pero no era el momento. Primero debía cortar unos viejos lazos. Cuando alcanzaron la casa él la cogió del brazo, ella desmontó y él se alejó.

Kent la estaba esperando. Parecía más joven de lo que recordaba, pero claro: aún no había pasado años casado con una mujer mientras amaba a otra.

—¿Fuiste tú quien me delató a mi padre? —preguntó.

Él asintió con gesto brusco.

—Carmen no quería decirme dónde estabas, pero al final lo hizo. Estaba preocupado por ti.

—¿Así que le dijiste a papá que viniera a por mí con guardias armados? —dijo y no se esforzó por disimular su enfado.

—No sabía que haría eso.

—¿Fuiste tú quien llamó al sheriff?

—No, fue Carmen. Tu padre estaba tan furioso que temió que les hiciesen daño a sus hermanos. —Durante unos instantes bajó la vista, luego la alzó—. Quiero asegurarme de que sabes lo que estás haciendo. Si tú y yo no nos casamos, lo perderemos todo. No me convertiré en socio de la empresa. Tu padre incluso es el dueño de la casa en la que viviremos.

—Pero tú estás con Carmen y vas a tener un hijo.

No era su intención, pero no pudo disimular su amargura. Kent esbozó una sonrisa: esa que solía marearla con lo que ella creía que era amor.

—Necesitaba un poco de diversión. No puedes negarle eso a un hombre.

Esa vez su sonrisa no surtió efecto.

—Lo que ninguno de vosotros tuvo en cuenta es que yo también quiero divertirme. Necesito risas en mi vida, quiero eso que tú tienes con Carmen —dijo e hizo una pausa: no era eso lo que quería expresar—. ¿Por qué no les dices a todos que se jodan, Kent? Tú has sido tan víctima de nuestros padres egoístas y codiciosos como yo. A ti también te manipularon. Lárgate, abandónalos. Cásate con Carmen, vive con ella y con tus hijos y sé feliz. Puede que no rico, pero feliz.

Kent se quedaba cada vez más boquiabierto con cada palabra que ella pronunciaba.

—¿Estás segura que eres la chica de la casa de al lado? No hablas como ella. Esa chica es absolutamente perfecta... y obediente. Es como una muñeca de porcelana: irreal.

A Elise no le gustaba esa imagen de sí misma, pero sabía que era verdadera. Pero por otra parte, era imposible ser una chica descarada e impertinente cuando estás rodeada de personas que no te quieren.

—Esa es la que intenté ser y ahora resulta maravillosamente liberador abandonar. —Ella lo miró—. A juzgar por lo que dice Carmen, vosotros dos os amáis de verdad.

—Sí, puedo ser yo mismo cuando estoy con ella. No necesito fingir que soy una especie de héroe perfecto.

—Si con eso pretendes echarme la culpa, no funciona.

Él le lanzó una sonrisa genuina, no una de paciencia fingida, como si lo aburriera.

—Verás: si antes hubieses sido así no habría necesitado a nadie más.

Por primera vez en su vida, Elise lo vio con claridad: ella había creado un mito, lo había convertido en un héroe y esperado que se comportara como tal. No era de extrañar que hubiese preferido a una mujer que le gritaba cuando no le gustaba lo que estaba haciendo. Así, en ese instante se deshizo de todo. Todos los años de anhelar algo que no existía se desvanecieron. Desaparecieron para siempre.

Kent parecía darse cuenta de lo que había sucedido, pues había cierto pesar en su sonrisa. ¡Todo el mundo quería ser un héroe para alguien!

—¿Así que te marchas con él?

Cerca, bajo la sombra de un gran árbol, Alejandro aún estaba montado en el caballo negro... y tenía el ceño fruncido: Elise estaba tardando demasiado.

—Sí. Es un buen hombre y...

Se negaba a mencionar la palabra «amor» ante Kent.

—Carmen solo dice cosas buenas de sus hermanos. Quería que yo les ayudara a conseguir trabajo.

—No creo que debas preocuparte por eso. Nos estamos ayudando mutuamente.

—Así que ya se trata de «nosotros», ¿no?

Elise miró a Alejandro. Ya no estaba ceñudo y se quedó atónita cuando vio que

se desabrochaba la camisa.

—Debo irme —se apresuró a decir—. Harás lo que sea necesario para sacar a papá de la cárcel, ¿verdad?

—Con el tiempo. Primero puede que hable con tu madre sobre sus futuros nietos.

—¿Te refieres a ti y a Carmen? ¿Te olvidas de que sin mí, no estás emparentado con mi madre?

Kent echó un vistazo a Alejandro. Llevaba la camisa completamente abierta, revelando sus músculos.

—Pronostico que nuestros hijos serán primos —dijo, e indicó a Alejandro con la cabeza—. ¿Crees que podrás lidiar con él? No has tenido mucha experiencia y parece un caso serio.

Elise recordó lo que Kit le dijo a Olivia. Resopló desdeñosa y luego citó: «En cuanto al sexo, nena, no necesito clases.» Se volvió y miró a Alejandro: allí sentado con la camisa abierta sobre un gran caballo negro, lo único en lo que podía pensar era en él.

Cuando le sonrió y asintió con la cabeza, sabía exactamente lo que él haría. Bajó la cabeza, lanzó el caballo al galope y cabalgó en línea recta hacia Elise y su antiguo prometido. Kent soltó un grito de advertencia, brincó hacia atrás y aterrizó en el polvo sobre el trasero.

Pero Elise no se movió. Solo levantó el brazo y cuando Alejandro pasó atronadoramente a su lado, la cogió, la alzó y la depositó en la silla de montar detrás de él. Ella lo rodeó con los brazos, apoyó la cabeza contra su espalda y sonrió.

—Amigos —dijo Alejandro, haciéndola reír. Sí, la amistad era un afrodisíaco excelente.

Summer Hill, Virginia. 1970

Olivia sabía que no funcionaría, que era imposible, pero la idea de regresar en el tiempo era un concepto maravilloso. Desde que vio la tarjeta de visita no dejó de pensar en ello ni un minuto, todas las cosas que haría de un modo diferente se le cruzaban por la cabeza: se prepararía para vivir la vida deseada, no la que vivió sino la vida con Kit.

Mientras conducía a las mujeres a la casa de —sonrió al recordar lo absurdo del nombre— Everlasting Street: la calle Eterna, se dijo que todo era ridículo, pero eso no la sosegó. Cuando habló con esa joven, con Arrieta, ello debería haberla convencido de que todo era un cuento de hadas.

En cambio fue como si hubiese cobrado energía; lo primero que pensó fue que si tras tres semanas olvidaba lo que había ocurrido, tendría que arreglar las cosas para que no pudieran cambiar. Las volvería legales. Serían permanentes y eso significaba matrimonio, y si estudiara psicología tendría que matricularse en la universidad.

Tres semanas antes de que los militares recogieran a Kit. Sería más o menos en julio, pero no estaba segura de la fecha. Los niños habían estado allí y esos ancianos encantadores, y Bill y Nina y... Tomó aire: sus adorados padres todavía estaban vivos. Pero en aquel entonces los demás no existían para ella y Kit, eran jóvenes y estaban enamorados, y se escabullían en cuanto se presentaba la oportunidad para hacer el amor.

Olivia cerró los ojos. No quería volver a abrirlos, no quería ver la cara de

Arrieta, no quería oírle decir: «No sé qué ha salido mal», porque eso era lo que decían todos los timadores, ¿verdad? Y después te pedían más dinero.

Y estaría la pobre Elise, llorando porque todas las esperanzas de escapar de lo que le esperaba con su padre se habían desvanecido. ¿Cómo demostrabas que estabas cuerda cuando las personas que supuestamente te querían le decían a todo el mundo que estabas loca?

Kathy se enfrentaba a una vida con el estigma de ser la mujer a la que Ray Hanran había abandonado. Tras conocerlo, Olivia estaba segura de que nadie daría crédito a que Kathy era la que quería librarse de él. No: todos creerían que era una persona inadecuada, incapaz de conservar a su marido y eso acabaría con su autoestima.

Olivia cerró los ojos con fuerza, sabiendo que eso aumentaba las arrugas que le surcaban la cara. Ay, la vejez, las cosas por las que había que preocuparse...

—Los rompió el gato —dijo una voz infantil.

—Era un gato endemoniado —dijo otro niño—. Verde, con manchas moradas que resplandecen en la oscuridad.

—Lo sentimos —susurró Ace.

«Siempre tuvo buen corazón», pensó Olivia. Tenía el rostro húmedo y estaba demasiado asustada como para abrir los ojos. ¿Había deseado con tanta intensidad que los había invocado? ¿Cómo en un hechizo vudú?

—¡Livie!

Era la voz autoritaria de Letty: de los dos niños, ella siempre llevaba la voz cantante.

Olivia tragó saliva y abrió los ojos muy lentamente, pero estaban tan llenos de lágrimas que tuvo que parpadear varias veces antes de poder ver con claridad.

Estaba sentada bajo el gran magnolio en una vieja silla de roble que hacía años que estaba en el exterior. Un cuenco lleno de judías verdes que había estado cortando reposaba en su regazo; a su derecha estaba el huerto lleno de verduras a punto para ser cosechadas. Veía la esquina de la casa, necesitaba una mano de pintura.

Ruth y Kyle, alias Letty y Ace, los dos niños, estaban ante ella. La expresión de Letty era desafiante, con el ceño fruncido, mientras que Ace parecía un tanto culpable por no decirle la verdad sobre los huevos rotos de la cesta.

«¡Qué guapos son!», pensó Olivia. ¿Por qué no había recordado que eran unos

niños extraordinariamente hermosos? Podía reconocer a Tate, el niño al que un día Letty daría a luz, en el rostro de ella: bajo las mejillas redondeadas aparecían los pómulos cincelados de Tate.

En cuanto a Ace, era rubio y de ojos azules, y de mayor se convertiría en un médico excelente. Le importaban todos sus pacientes, todos los habitantes de Summer Hill.

—¿Qué te pasa? —preguntó Letty.

Su agresividad ocultaba la culpa de ambos por haber vuelto a romper todos los huevos que habían recogido.

Lentamente, Olivia depositó el cuenco de judías en el suelo.

Los niños observaban su extraña conducta y ella les leía el pensamiento. ¿Los castigarían negándoles los pastelitos de chocolate y nueces, o Livie se largaría con Kit y olvidaría su última transgresión?

Cuando Olivia se puso de pie soltó un grito ahogado. La rigidez de las articulaciones había desaparecido, no le dolía la rodilla, lesionada cuando trataba de mover una lavadora. Dio un rápido paso a un lado. Su cuerpo era ágil, sus movimientos elegantes. Alzó los brazos e hizo una pirueta y, riendo, les tendió las manos a los niños.

Estaban desconcertados, pero Letty dejó caer la cesta de huevos rotos, le indicó a Ace que cogiera la mano de Olivia y ella cogió la otra, y los tres bailaron alrededor del árbol.

—¿Todavía puedo cantar? —se preguntó en voz alta.

Mientras se criaba, cuando estaba absolutamente segura de cómo sería su vida, había tomado lecciones de canto.

Arrieta había dicho que no recordaría las canciones y las historias, así que empezó a cantar *Let It Go*, de la película *Frozen*. Los niños no tardaron en captar la melodía y las palabras y Letty las cantó a voz en cuello. Ace entonó la línea acerca de que no te importaba el frío con un gracioso gesto de desafío y cuando los tres cantaron el título a viva voz, el gallo y el pavo real se unieron a ellos a todo volumen: parecían músicos corraleros. Livie y los niños brincaban y giraban y cantaban a voz en cuello.

Solo cuando entonaron el cuarto coro Olivia vio que el tío Freddy y el señor Gates estaban al borde de la sombra, observándolos con expresión atónita. Olivia se detuvo abruptamente.

De joven, había considerado que los hombres eran muy viejos, incluso ancianos, pero entonces los vio de un modo diferente: tendrían setenta y tantos, quizás ochenta. No eran tan viejos... Y parecían sanos. Sabía que vivirían once años más... y que solo unos meses separarían la muerte de ambos. También sabía que durante sus funerales la ciudad se enteraría de todo el bien que ambos habían hecho. Toda la fruta y las verduras de las que Olivia no se ocupó fueron donadas a cualquiera de los necesitados de la ciudad.

El tío Freddy había ayudado a varios estudiantes del instituto a matricularse en la universidad. Uno de los motivos por los que no pudo darse el lujo de disponer de un ama de llaves era porque su enorme casa era una estación de paso no oficial para las personas que sufrían abusos. Una docena de mujeres llorosas asistieron a su funeral y contaron que el tío Freddy las había ayudado a escapar de una vida atroz. Y en cuanto al señor Gates, él era el encargado de asegurar que todo quedara hecho.

Cuando Olivia tenía veintidós años y estaba enfadada con el mundo por retrasar sus planes de convertirse en una estrella de Broadway, no tenía consciencia de lo que les ocurría a esas personas. Lo único que le importaba eran sus propios deseos. Y Kit. Y más Kit.

Pero entonces, a su edad, había aprendido que las personas no existen solas. Se dio cuenta cuando Kit se marchó abruptamente, pero la pena no fue solo suya: fue profunda para todos ellos.

Olivia se quedó allí parada, aferrando las manos pequeñas y preciosas de los niños, y se echó a llorar. Y no eran unas lágrimas elegantes, era un llanto sonoro. Cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos y lloró muchísimo.

Cuando Ace también empezó a llorar, Olivia lo abrazó.

—Soy feliz —sollozó—. Estoy muy, muy contenta de estar aquí. Os quiero tanto a todos... —añadió y también abrazó a Letty.

—¿Es que alguien ha muerto? —le susurró esta al oído.

Olivia sabía que la niña se refería a la madre de Ace, que aguantaría hasta otoño.

—¡No! Todos están vivos, sanos y felices.

—¿Pondremos discos y bailaremos un poco más? —preguntó Ace en tono esperanzado.

—Sí, podemos hacerlo.

Olivia empezó a besar las caras sucias y sudorosas de los niños. Ace miró a Letty para ver si estaba de acuerdo, pero la niña contemplaba a Olivia con expresión especulativa. En general, Livie o estaba de mal humor o bien tenía prisa para largarse con Kit, nunca tenía tiempo para algo tan tonto como bailar alrededor de un árbol.

—¿Tienes un poco de azúcar para nosotros? —preguntó el señor Gates.

Ella contempló a los hombres rodeando a los niños con los brazos: el tío Freddy en su silla de ruedas, el señor Gates con la mano apoyada en el respaldo. Livie se puso de pie, una vez más maravillada por la facilidad de movimiento, y se acercó a ellos. Abrazó al señor Gates, depositó dos sonoros besos en sus mejillas y luego besó al tío Freddy, dio un paso atrás, cogió a los niños de la mano y preguntó:

—¿Quién quiere *mac* con queso para el almuerzo? —Cuando la miraron con desconcierto, añadió—: Macarrones gratinados con queso. —Todos asintieron.

Estaban en 1970 y en Estados Unidos todavía no habían empezado a abreviar todas las palabras: «invi» por «invitación», «vacas» por «vacaciones», «mayo» por «mayonesa», etcétera. Todo ello vendría con el invento del teléfono móvil.

—Kit está trabajando en el huerto —dijo el señor Gates en voz baja, devolviéndola al presente.

Durante un momento Olivia tuvo que resistir el impulso de echar a correr hacia él, pero lo logró. Puede que su cuerpo volviera a ser joven, pero era lo bastante adulta como para saber que todas las personas eran importantes. Aún aferraba las manos de los niños.

—Creo que esta tarde debería hacerlos un par de animales de peluche para vosotros. ¡Ya veréis! Mi madre... —Olivia tuvo que hacer una pausa para respirar. ¡Su madre estaba viva!—. Mi madre vendrá y nos ayudará a coserlos, pero vosotros tenéis que decirme qué aspecto tienen las criaturas del espacio. Y me parece que hemos de decirle a Kit que nos fabrique pistolas láser con un par de linternas. Usaremos alambre y plástico.

—¿Qué es un láser? —preguntó Letty.

—Un arma.

Los ojos de Ace parecían girar.

Livie miró al tío Freddy.

—¿Hay una cámara por aquí en alguna parte? Me gustaría tomar miles de

fotos de todos. Tate y Nina querrán ver...

Se interrumpió: todavía no existían.

—¿Quién es Tate? —preguntó Letty.

Olivia empezó por callar, pero si regresar al pasado era verdad, entonces olvidar también.

—Es tu hijo y es una estrella de cine. Nina es tu hija y tiene una hijita llamada Emma que se te parece mucho.

—¡Puaj! —exclamó Letty—. Nunca me casaré.

—¡Yo sí! —dijo Ace—. Y tendré cien hijos.

Entonces Olivia soltó otra carcajada y brincó con los niños hasta la casa.

El señor Gates los observó unos instantes y luego dijo:

—No sé qué mosca le ha picado, pero me gusta.

El tío Freddy fruncía el ceño.

—El padre de Bill se llamaba Tate, por Tattington. Si Letty tuviera un hijo puede que lo llamara Tate. Y Nina podría ser el nombre de su hija.

—Es un poco pronto para planificar sus hijos, ¿verdad? —El señor Gates empezó a empujar la silla hasta la casa—. Hace tanto tiempo que Livie frecuenta a esos niños que se ha vuelto tan fantasiosa como ellos.

—Es casi como si fuera una persona diferente —dijo el tío Freddy en tono pensativo.

—Al menos parece apreciarnos —dijo el señor Gates—. ¿Crees que ella y Kit se pelearon e intenta ponerlo celoso?

—No —dijo el tío Freddy—. ¡Pero algo le ha ocurrido! Ojalá supiera qué.

—Sea lo que sea, significa que nos preparará... ¿Qué dijo? ¿Mac y queso? Estoy a favor.

Mientras pasaban junto al huerto, el tío Freddy indicó las calabazas amarillas.

—Será mejor que llesves una cesta de esas a la casa de los Willis. ¿Cómo está su nuevo bebé?

—Mal. Lloro mucho.

—Entonces ve a comprar un poco de pollo y llévaselo. Apuesto a que la que necesita fuerzas es la madre.

—Eso es lo que dice el doctor Everett. ¿Tienes inconveniente en que también les lleve unas bayas? Los chicos pueden recogerlas esta tarde.

—¿Mientras Livie y Kit celebran una de sus reuniones secretas en la vieja

caseta del pozo?

»Ese sería un momento ideal —dijo el tío Freddy—. Además, no es necesario que los chicos oigan lo que ocurre allí dentro.

—Para que eso no estuviera al alcance de sus oídos tendría que llevarlos a Richmond.

Las carcajadas de ambos hombres resonaron en el interior de la casa.

Cuando Olivia vio a su madre volvió a echarse a llorar y, como si fuera una niña pequeña, se lanzó en sus brazos. Los sollozos surgían de lo más profundo de su ser.

—Te quiero tanto...

Tisha la estrechó entre sus brazos y, cuando se apartó ella, también tenía lágrimas en los ojos.

—Ayudemos a los niños, ¿de acuerdo?

Olivia solo pudo asentir con la cabeza.

Su madre había traído su máquina de coser marca Bernina y los niños les ayudaron a encontrar un enchufe en el rodapié de la vieja casa. Tisha dijo que toda la casa necesitaba una reforma.

—La hará Tate —se le escapó a Olivia.

En vez de hacer preguntas, su madre dijo:

—Espero que sí.

Pero sonreía de un modo que hizo que Olivia pudiera hablarle del once de septiembre y que, sin embargo, siguiera sonriendo; entonces Olivia se apenó, pensando que muy rara vez le había dicho a su madre que la quería.

No tardaron en empezar a hacer animales de peluche; Tisha había confeccionado toda la ropa de Olivia cuando esta era una niña y varias prendas que esta se llevó a Nueva York eran obra de su madre. En aquel entonces Olivia las había despreciado: «Hecho en casa» eran palabras despectivas.

Los niños no tardaron en descubrir que quien era capaz de confeccionar lo que querían era la señora Paget. Añadió un dispositivo a la máquina de coser y cosió unas piezas redondas de color morado para satisfacer la fantasía de Letty respecto de una criatura moteada.

A Olivia le encantaba observarlos. Mientras estuvo casada con Alan, su madre

había insistido en que Kevin era su nieto, pese a que no guardaba ningún parentesco con él. En aquel entonces Olivia había estado demasiado ocupada y era demasiado joven para considerar que su madre se había visto privada de ese vínculo tan especial con el único nieto que jamás tendría.

El que incluyó a los hombres en esa actividad fue Ace. Encontraron gafas de lectura, encendieron las lámparas y todos se pusieron manos a la obra.

Mientras Olivia se ocupaba de las costuras más sencillas en la vieja máquina a pedal, empezó a sentir que su cuerpo se rejuvenecía; a medida que transcurrían los minutos notó que cambiaba. Al principio le bastó con moverse con facilidad y fluidez y en lo único que pensaba era en ver viejos amigos y conocer sus respectivos futuros. Al cabo de ocho años, su madre llamaría a su padre y le diría que la cena estaba lista y, tras no recibir respuesta, lo encontraría tumbado sobre su mesa de trabajo, muerto. Tisha Paget viviría dieciocho años más y se dedicaría a la Iglesia y la comunidad... al igual que Olivia tras la muerte de Alan. La diferencia consistía en que su madre había disfrutado de su papel, pero incluso después de la muerte de Alan, la culpa había abrumado a Olivia hasta tal punto que casi no disfrutaba de nada.

—Ya está otra vez —susurró Ace al tío Freddy.

Todos miraron a Livie cuando las lágrimas volvieron a derramarse por sus mejillas. Ella se las restregó con el dorso de la mano.

De pronto Olivia supo que era hora de ver a Kit y se puso de pie.

—Yo, eh...

No sabía qué decir, se volvió procurando mantener una actitud digna, abandonó la habitación, atravesó la cocina y salió fuera.

El aire y el sol le acariciaban el cuerpo; había olvidado lo inquieta que había sido de joven. A lo largo de los años, se había lamentado de haber sido tan malhumorada y grosera aquel verano cuando se alojó en Tattwell. ¿Por qué no fue más bondadosa con los niños? ¿Con los dos ancianos? ¿Por qué había estado tan obsesionada con Kit? De vez en cuando incluso olvidó su carrera. Más adelante, cuando regresó a Nueva York, lo único en lo que podía pensar era en Kit. Por otra parte, estaba furiosa con él por haberla abandonado, sin embargo Kit lo era todo.

Recorrió el jardín. ¡Qué hermosura! Cuando alcanzó el viejo magnolio se apoyó contra el tronco y cerró los ojos, recordando la ocasión en que los chicos

la habían atado a Kit, y la primera vez que él la besó. Estaba furioso, ¡pero qué beso! «No soy un niño», había dicho él.

No. No era un niño. Entonces lo ignoraba, pero él se había estado enfrentando a lo que se convirtió en un acto heroico: arriesgar su vida para ayudar a su país. No era la acción de un niño, ciertamente.

Sin abrir los ojos, Olivia inspiró el aire fragante y estival. Notaba un hormigueo en el cuerpo, en los labios, los pechos y la entrepierna.

Había olvidado esa sensación a lo largo de los años. Había encontrado placer en la lectura de un buen libro, una tarde de cine, una hora dedicada a otra cosa que no fuera administrar tiendas de electrodomésticos. Y hacía poco, después de casarse con Kit, había disfrutado de unas relaciones sexuales dulces y tiernas. Pero no era el sexo apasionado, ardiente e impetuoso de su juventud.

Y en ese preciso momento eso era lo que sentía, un deseo muy intenso, ansiándolo, anhelándolo, necesítándolo. Necesitaba entrar en contacto con otra piel, tanto como necesitaba respirar. Labios y lenguas. Quería tocar la dura virilidad de Kit con las manos y la boca. Solo lo deseaba a él.

Cuando abrió los ojos no se sorprendió al ver a Kit ante ella. Vivo, respirando, joven. Ella lo recordaba como un hombre guapísimo, pero la realidad no encajaba con su recuerdo: estaba casi desnudo y su piel era de un delicioso tono dorado. Era todo músculos.

Ella contempló sus pies desnudos y luego alzó la vista, saboreando cada centímetro de su cuerpo. El bulto apenas cubierto por sus pantalones de tiro corto aumentaba de volumen, se volvía grande y presionaba contra el tejido, hambriento.

Cuando alcanzó su rostro vio un ardor que apenas recordaba. «Por eso los adolescentes son como son —pensó—. Los adultos olvidamos ese deseo creciente, palpitante y absolutamente incontrolable.»

Notó que su cuerpo se acercaba al de él, era como si llevara una cuerda alrededor de la cintura y él sostuviera el otro extremo.

Él no dijo nada, solo hizo un rápido movimiento con la cabeza y la cuerda se tensó.

Una parte de Olivia sabía que era un ser racional; había sido una adulta que advertía a los jóvenes y les decía que no se dejaran arrastrar por sus «bajos instintos».

—Debéis decir «no» —les había dicho a los adolescentes en la iglesia. ¡Qué pomposa había sido!

Mientras seguía a Kit a dondequiera que la condujera —y le daba igual— si alguien hubiese intentado detenerla le habría disparado un tiro. Lo que sentía era tan primitivo como una lucha por la supervivencia.

Cuando alcanzaron la parte posterior de la propiedad, Kit se detuvo y le tendió la mano. Ella la tomó y percibió el roce en todo el cuerpo, lanzó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada alborozada: estaba en el presente y el hombre que amaría para siempre estaba con ella.

Kit sonrió, pero no hizo preguntas, sino que echó a correr, abandonó Tattwell, pasó por encima de la vieja cerca y la condujo a través de los bosques que en su momento habían rodeado la plantación. Olivia sabía que en los años ochenta un promotor inmobiliario talaría casi todos los árboles y construiría unas casas pequeñas y aburridas. De repente se dio cuenta de adónde la conducía.

—La Casa del Río —dijo Olivia.

Sin palabras, Kit le estaba preguntando si le parecía bien.

Olivia no creía que su felicidad pudiera ser aún mayor, pero así fue. Ese era el día que se habían encaramado a la tapia hasta Camden Hall. Hoy construirían el recuerdo que Olivia había repetido con Elise. «No debo olvidarme de dejar mi sujetador», pensó y volvió a reír.

Al oír su risa Kit le cogió la mano con más fuerza y empezó a correr más rápidamente. Cuando alcanzaron la tapia, Olivia sabía cómo saltar. La primera vez fue Kit quien descubrió cómo hacerlo, pero esa vez ella ya lo sabía y estaba impaciente. En aquel entonces habían transcurrido menos de veinticuatro horas desde que hicieran el amor loca y apasionadamente, pero esa vez habían pasado más de cuarenta años.

Ella corrió a lo largo de la pared esquivando las ramas bajas hasta que alcanzó la grande que se asomaba al otro lado. Dobló la pierna para que Kit la empujara hacia arriba y después él saltó y se sentó en la rama a espaldas de Olivia. Durante un momento, cuando ambos se pusieron de pie, ella creyó que Kit la besaría y sus ojos chispearon de ilusión.

Sonriendo y sabiendo lo que ella quería, la cogió de la cintura, pasó a su lado y avanzó unos pasos, pero no la besó.

—Me las pagarás —dijo ella.

—Eso es lo que espero —dijo en tono tan elocuente que Olivia soltó un grito ahogado.

Cuando alcanzaron el otro lado de la pared, Kit saltó y le tendió los brazos para cogerla y, mientras apoyaba los pies en el suelo, fue Olivia quien acercó sus labios a los de él y luego volvió la cabeza. Kit soltó una carcajada de deleite.

Ella sabía adónde se dirigían y le cogió la mano. Para alcanzar el puente tenían que atravesar el agua que en aquel entonces era bastante más profunda que cuando ella y Elise recorrieron el mismo camino. Las ruinas del pequeño edificio aún se encontraban en la isla, rodeadas de árboles y flores bonitas: restos de la época en la que cuidaban de la finca y esta estaba habitada.

Olivia se detuvo ante el pequeño edificio y se volvió hacia Kit y, cuando se disponía a decir algo, él la abrazó y la besó con toda la pasión que ambos sentían.

La ropa de ella cayó al suelo en un instante y también los pantalones de él, y antes de que pudiera tomar aliento, él la penetró con fuerza y rapidez, con el impulso y el deseo abrasador exclusivo de la juventud.

Penetraciones violentas y prolongadas, tan profundas que creyó que le golpeaban el corazón. Ya no era un ser vivo sino algo primitivo, pura sensación, sin pensamientos.

El primer asalto no tardó en llegar a su fin, entonces Kit la tomó en brazos aplastando su cuerpo desnudo contra el suyo y la tendió en el musgo.

Volvieron a hacer el amor, lentamente, besándose, tocándose y acariciándose. Explorando sus cuerpos jóvenes y bellos tan llenos de energía y anhelo.

Cuando se separaron, satisfechos por fin, el sol se acercaba al horizonte. Esa vez, Olivia había vivido toda una vida responsabilizándose de la comida, la ropa y el transporte de otras personas, y con Alan, de mantener las familias.

—Deberíamos irnos —dijo en voz baja, pero no se movió.

Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Kit y una pierna entre las suyas. ¡Ay, la piel sudorosa, el agotamiento dichoso! ¿Cómo había olvidado todo eso?

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Kit—. Has cambiado. ¿Por qué?

Su voz denotaba inquietud, incluso tal vez temor.

Ella tomó aire lentamente, para poder pensar. Si convertía el asunto en permanente, significaba el matrimonio, pero ¿cómo pedirle que se casara con ella? ¿Debía decirle que estaba al tanto de su misión secreta que se suponía que

debía ignorar? ¿O decirle que quizás estaba embarazada? Si era verdad que olvidaría su futuro alternativo, durante el resto de su vida no dejaría de preguntarse si se había casado con ella porque se sentía obligado.

—¿Cuándo abandonarás Summer Hill? Me lo preguntaba porque pronto he de ir a Nueva York.

—Sobre eso... —dijo, y la estrechó—. Estaba pensando sobre eso... Verás, me aguarda un asunto, pero no sé exactamente cuándo.

Aunque no dijo nada más, Olivia lo miró.

—Ah, pues muy bien. Ahora que hemos establecido eso podemos volver a casa. Debo cocinar...

Él no la soltó.

—Estoy aquí en Virginia por un motivo.

Olivia intentaba no disfrutar a su costa, pero disfrutaba. Kit le había dicho cuánto lamentaba no haberle dicho nada acerca de la misión que emprendería y lo difícil que le había resultado mantenerlo en secreto. Había dicho: «En aquel entonces creí que mi país era más importante que tú. ¡Qué estúpido!»

—¿Y cuál sería ese motivo? —preguntó ella—. ¿Te envió la familia del tío Freddy para que lo pusieras en forma?

Kit no sonrió.

—Me marchó.

—¿Ah, sí? ¿A algún lugar interesante?

—Olivia —dijo Kit lentamente—. Me preguntaba si tú...

Ella tomó aire. ¿Había llegado ese momento? ¿Ese cuya ausencia lamentó durante los últimos cuarenta y pico de años?

—Cásate conmigo antes de que me marche.

Al oír sus palabras volvió a tomar aire. Eso era diferente, no había ocurrido la primera vez. Si hubiese ocurrido, ¿qué habría contestado?

Fuera cual fuese el motivo, eso era lo que ella quería, pero... faltaba algo.

Por una parte, ¿dónde estaban esas palabras de «amor eterno»? Olivia vaciló.

—Somos muy jóvenes, sobre todo tú. Y debes acabar tus estudios universitarios y...

Él se tendió de costado y la miró.

—Estoy en el ejército. Es lo único que puedo decirte, pero vendrán a recogerme y estaré ausente durante un año. Si tú yo nos casamos, te dirán dónde

estoy. Te enviarán mi sueldo. Te...

Ella alzó la cabeza y lo besó.

—¿Es el único motivo para casarte conmigo?

Kit volvió a tenderse a su lado.

—¿Sabes lo que pasa cuando vas a un concesionario de coches y sabes inmediatamente cuál quieres? A lo mejor no era el que tú creías que querías, pero en cuanto lo ves, lo sabes —dijo, acentuando la última palabra.

—¿Estás diciendo que soy como un coche de segunda mano?

Una vez más, él no sonrió.

—El día que te vi con ese ceñido vestido verde y saltaste por encima de las calabazas y dabas órdenes a todo el mundo y preparaste un segundo almuerzo solo para mí y...

—¿Lo sabías?

—¿Crees que los chicos son capaces de guardar un secreto?

Ella rio.

—Claro que no.

—Pero lo que sentías por mí no tenía importancia. Aunque de verdad hubieras creído que yo era un niño inútil, en ese momento lo supe. Tú eres la que quiero.

Olivia estaba tendida en la aromática hierba, mirando el cielo a través de las hojas de los árboles y sonriendo. Kit le había contado todo eso durante su luna de miel, pero ¡cuánto deseaba haberlo sabido antes! ¿Y por qué estaba cambiando en ese momento? ¿Por qué le pedía matrimonio esa vez? No tenía sentido. Era como si él recordara que se habían separado e intentara evitarlo.

—¿Cuándo? —preguntó.

—¿Dentro de seis semanas? ¿Es demasiado pronto?

Los militares vendrían a recogerlo en tres semanas.

—Entonces sabes cuándo vendrán a recogerte, ¿no?

Notó que él se ponía un poco tenso: no quería decirle nada más.

—No, no lo sé. Dijeron que sería en otoño.

—¿Qué pasa si no estamos casado antes de que aparezcan?

—Nada —contestó él—. Me marcharé y no sabrás nada de mí hasta que llame a tu puerta un año después.

«Serán tres años —pensó Olivia—, y luego más tiempo para que él se recupere de un accidente, cuando el vehículo vuelque con él en su interior.» Ella quería

estar con Kit mientras él se recuperaba. Se volvió para mirarlo.

—Muy bien, seis semanas.

Kit parpadeó un par de veces.

—¿Estás diciendo que sí? ¿Que te casarás conmigo? Nunca creí que...

Ella volvió a tenderse.

—Yo tampoco, sobre todo tras esta propuesta tan poco romántica: sin anillo, sin rodilla apoyada en el suelo, sin...

Se interrumpió porque Kit se había incorporado y adoptado la posición tradicional, algo incómodo porque ambos estaban desnudos. Él recogió sus pantalones, metió los dedos en un bolsillo interior y extrajo lo que Olivia sabía que era el anillo de su abuela, tan bonito en su anticuada montura.

Ella se incorporó, se cubrió los pechos modestamente con el brazo y tendió la mano izquierda. Kit deslizó el anillo en su dedo.

Olivia no sabía qué decir: así es como debería haber sido, eso es lo que debería haber ocurrido, como debía ser. Si hubiese ocurrido, se habría evitado mucho sufrimiento.

Entonces oyeron el ladrido de un perro y una voz masculina acallándolo.

—¡Es el Joven Pete! —exclamó, alarmada—. Lo olvidé. Tiene una escopeta.

Al igual que antes, Kit reaccionó de inmediato y se camufló al estilo militar, cubriéndose la cara y el torso de fango, se puso ramas en el pelo y echó a correr, gritando. Olivia se puso de pie, riendo al verlo... pero de pronto recordó que Arrieta dijo que a veces las personas morían en el pasado. Las escopetas no eran ninguna broma. Cogió su ropa, atravesó el puente a la carrera y se dirigió a la pared. Al igual que en el pasado, Kit ya estaba allí para tirar de ella del brazo y ayudarla a encaramarse. Ambos atravesaron el umbroso bosque hasta dejar atrás a Pete y su escopeta. Riendo, no pudieron evitar hacer el amor en la hierba.

Más tarde, cuando se vestían, Kit notó que faltaba el bonito sujetador de color rosa de Olivia.

—No tiene importancia —dijo ella y, sonriendo, recordó lo que el Joven Pete haría y las consecuencias de ello.

Miró hacia atrás a través de los árboles y logró divisar el techo de Camden Hall. Algo muy parecido a una oleada de nostalgia se apoderó de ella. Kit le había comprado la bella Casa del Río como regalo de bodas; sería el primer hogar de ambos.

—Me encanta ese lugar —dijo, suspirando—. Creo que si pudiera escoger cualquier lugar del mundo para vivir sería ese.

Kit se estaba abrochando la camisa y trató de disimular su ceño fruncido, pero ella lo vio.

—Si eso es lo que quieres —dijo en voz baja.

Era como si se le erizara el vello y el enfado la invadió. ¡Le disgustaba ese tono!

—No te pedía que me la compraras, si crees que eso era lo que insinuaba. ¡Toma! Creo que debes quedarte con esto —dijo, tironeando del anillo, pero no logró quitárselo: siempre le había quedado un poco ajustado.

Kit la estrechó entre sus brazos.

—Creo que nuestras vidas no se limitarán a esta ciudad, a lo mejor soy como mi familia y viviré por todo el mundo. ¿Crees que podrás soportarlo? ¿El Cairo en enero? Espera hasta que veas Bali. Y Java. Y...

Ella se apartó, su enfado era evidente.

—Me parece estupendo, pero ¿tu familia no tenía una base, un hogar en Estados Unidos? —Antes de que él pudiera contestar ella dio un paso atrás—. Creo que será mejor que volvamos. Debo preparar la cena.

A sus espaldas, Kit fruncía el ceño. Algo iba mal con Olivia, pero ignoraba qué. Estaba tan rara que era como si fuera otra persona: reía mientras escapaba de un hombre con una escopeta, parecía considerar que no había peligro, que todo era una gran broma.

Y había aceptado su apresurada propuesta de matrimonio. La Olivia que él conocía y amaba se lo hubiera puesto más difícil, le habría dicho que no una docena de veces antes de darle el sí. Pero esa Olivia parecía... Bueno, su propuesta no había parecido sorprenderla y el tono en el que dijo «sí» era como si estuviera tachando algo de una lista. El matrimonio parecía tener la misma importancia que decirles a los niños que se lavaran las manos. Y en cuanto a la casa, él había captado una insinuación. Antes ella se había mostrado desdeñosa de sus antecedentes, pero entonces quería que le comprara una finca. ¿El hecho de que pudiera permitirse una casa tan grande guardaba alguna relación con su aceptación de la propuesta?

«No, es imposible», se dijo. Debía haber otro motivo para que actuara de ese modo. La alcanzó antes de que llegaran a la verja rota de Tattwell y la cogió del brazo.

—Si hubiera un problema me lo dirías, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Solo tengo un montón de cosas que hacer. «Debo reunir a Alan con su amante —pensó—. ¡Debo compensar a Kevin por lo que le hice cuando era niño! Tengo que organizar mi futuro.»

A cada segundo que pasaba, lo que debía hacer se volvía más claro y, con una sonrisa débil, se quitó la mano de Kit del brazo.

—Esta noche... —empezó a decir él.

Olivia lo interrumpió.

—Creo que durante un tiempo tú y yo deberíamos tomarnos el sexo con calma. No querría quedarme embarazada.

Sus palabras lo dejaron pasmado.

—Sabes que siempre uso condón.

—Debo irme, de verdad. He de dar de comer a varias personas.

Olivia se volvió y echó a correr hacia la casa.

Kit la observó.

—¿Tomárnoslo con calma? —murmuró—. ¿Quién eres? ¿Y qué has hecho con mi Olivia?

Cuando Olivia alcanzó la casa vio que su madre había preparado la cena para todos.

Oyó las voces de la tele y se alegró de pasar inadvertida, subió a su habitación y se tendió en la cama. Necesitaba tiempo para pensar... y recordar. Había pasado una tarde maravillosa con Kit y tenía un anillo en el dedo, pero ¿realmente había logrado modificar lo más importante? Poco después de que los militares recogieran a Kit, ella había regresado a Nueva York, protagonizado algunas funciones de *Orgullo y prejuicio*, recibido críticas excelentes y después había descubierto que estaba embarazada.

Olivia aporreó las almohadas con los puños. Los recuerdos, reprimidos durante tantos años, la invadían. Descubrir que estaba embarazada supuso el peor momento de su existencia: consideraba que su vida estaba acabada, de tocar el cielo con las manos había pasado a un abismo oscuro.

A quien llamó fue al doctor Everett, el padre de Ace, llorando e informándole de su problema. Él lo organizó todo: pasaría los meses en una institución para madres solteras de Jacksonville, Florida, y daría al niño en adopción. En aquel entonces las madres solteras eran despreciadas y Olivia no quería hacerle eso a su hijo o a su familia. Obligó al doctor Everett a jurar que no se lo diría a sus padres y, como él sabía que el padre de Olivia sufría del corazón, estuvo de acuerdo en no decírselo a nadie.

Durante esos meses en la institución se sentía como muerta. Existía y su vientre crecía, pero no formaba parte de la especie humana.

El embarazo no fue problemático, pero el parto fue largo y difícil. Cuando

despertó de la anestesia, su hija —a la que nunca vio— había desaparecido y un médico le dijo que nunca tendría otros hijos. En los años setenta los médicos no informaban a sus pacientes sobre los detalles de lo ocurrido con sus cuerpos: consideraban que era demasiado complicado de comprender.

Pero el doctor Everett no cumplió su juramento, no del todo. Dispuso que Estelle Latham, una compañera de Olivia del instituto, adoptara a la niña, y como Estelle había perdido un bebé hacía poco, le dijo a todos los habitantes de Summer Hill que había dado a luz a la preciosa niñita.

En cuanto Olivia se recuperó físicamente, regresó a su hogar de Summer Hill y entonces descubrió que toda su personalidad había cambiado. Ya no tenía metas, consideraba que, bueno, que no las merecía. La sensación de ser invencible, de que nada malo podía ocurrirle, había desaparecido.

Durante un tiempo se quedó en casa de sus padres; intentaron que les hablara, pero ella se negó y supusieron que había sufrido un desengaño amoroso, pero en realidad estaban tan contentos de haberla recuperado que no insistieron demasiado. El tío Freddy le ofreció un trabajo en su casa, pero Olivia no soportaba la idea de volver a ver ese lugar ni a esas personas.

Obtuvo un empleo en Electrodomésticos Trumbull y poco después se casó con Alan y cuidó de su hijo. Olivia nunca le habló de la existencia de su bebé, solo le dijo que no podía tener hijos. Él aseguró que no tenía importancia, pero en varias ocasiones a lo largo de los años soltó un profundo suspiro y dijo que le hubiese gustado tener una hija. La respuesta de Olivia consistió en trabajar aún más duro.

Ignoraba que veía a su hija con frecuencia. Henry, el marido de Estelle, consiguió un empleo en un banco de Pensilvania y se trasladaron allí, pero regresaban a Summer Hill para las vacaciones y asistían a la misma iglesia.

Olivia nunca se permitió contemplar a la niña porque tenía la misma edad de la hija que ella había dado en adopción, pero por más que se esforzara por olvidar no lo logró... y lo ocurrido la cambió, produjo cambios en lo más profundo de su ser.

«Pasé de ser una persona segura de mí misma a disculparme por mi existencia», pensó.

Puede que hubieran pasado más de cuarenta años, pero entonces, cuando volvía a encontrarse dentro de su cuerpo joven, sentía esa esperanza en el futuro: con cada hora que pasaba volvía a sentir que podía comerse el mundo.

¡No quería repetir lo sucedido en el pasado!

Esa noche no logró conciliar el sueño, era tarde y sabía que los niños se levantaban temprano y que debía prepararles el desayuno, así que tenía que dormir, pero no dejaba de pensar en todo el asunto.

La primera vez que vio la tarjeta de «Madame Zoya», también conocida como Arrieta Day, y se le presentó la idea de regresar al pasado, supo exactamente lo que haría. Primero conseguiría que Kit se casara con ella, pero si cambiaba eso, tendría que cambiar otras cosas más.

Tendría que asegurar que Alan se juntara con Willie, el amor de su vida, eso era imprescindible, se lo debía a ambos. Tras la conversación con Arrieta, Olivia sabía que tendría que matricularse y estudiar psicología en la Universidad de Virginia.

Todo había parecido tan sencillo... Si cambiaba lo que le había ocurrido, transformaría también las vidas de las personas con las que había estado.

Pero entonces, al encontrarse allí, descubrió algo: no solo estaba dentro de su cuerpo joven, su mente joven estaba poniéndose al mando.

El año anterior había sido una mujer de más de sesenta años y habían pasado muchas cosas desde que vio a Kit. Por una parte, había dedicado años a dirigir una empresa. Mientras hacía pedidos, supervisaba envíos y discutía con los repartidores, se habían generado amistades y enemistades. Conocía a casi todos los habitantes de Summer Hill y, sobre todo, había vivido con Alan y su hijo.

Todas esas personas, lugares y acontecimientos habían apagado el dolor de su pasado. Mediante un enorme esfuerzo cotidiano había logrado reprimir la pérdida del bebé al que había dado a luz... y entregado en adopción.

Pero en el presente las cosas eran diferentes. Con cada hora que pasaba, la juventud volvía a filtrarse en ella. No solo se trataba de la ausencia de dolor en las articulaciones, sino que estaba recuperando toda su anterior energía. A los sesenta, anhelaba que llegara la hora de sentarse y no hacer nada. A sus veinte años, una hora libre era un tiempo para hacer algo excitante: reír, bailar, discutir, hacer el amor... Ir. Hacer. Crear.

En ese preciso momento lo que sentía era ira. Cuando Kit regresó a su vida tras años de ausencia, ella se había mostrado comprensiva e indulgente, pues al fin y al cabo había visto y hecho muchas cosas en esos años.

Y, además, el hecho de no gustarle a Alan había embotado su espíritu.

Se tendió de espaldas y contempló el techo; la luz de la luna penetraba en su habitación y veía las sombras de las ramas de los árboles. A lo largo de los años, se había preguntado por qué no había actuado con sensatez y cordura, por qué no se había puesto en contacto con los padres de Kit cuando descubrió que estaba embarazada. En aquel entonces, Olivia consideraba que sus propios padres eran viejos y, por tanto, frágiles. ¡Ja! ¡La vejez no tiene nada de frágil! Se necesitaba fuerza y aguante solo para levantarse de la cama todas las mañanas.

Pero allí estaba y no se sentía cuerda y sensata, sino furiosa.

Y aún peor, su enfado con Kit aumentaba a cada minuto que pasaba. Se había obligado a reprimir recuerdos de lo que realmente ocurrió. Cuando estaba sola en el hogar de madres solteras su única esperanza era que apareciera Kit. Se dijo que a lo mejor no se había aterrado cuando ella le dijo que lo amaba; había fantaseado con que la encontraría de algún modo y le diría por qué se había marchado. En general, la idea que se imponía era la muerte de un ser querido.

En ese momento, lo que la preocupaba era que Kit la había visto actuando en Broadway, había estado en Nueva York justo antes de embarcarse a Libia. Sosteniendo una cámara gubernamental en la mano, se había escabullido por una ventana del baño y pagado un precio exorbitante para verla en el escenario. Dijo que lamentaba muchísimo no haberle hablado.

«¡No haberme hablado!», pensó.

Se volvió en la cama. ¿Qué clase de hombre era como para vivir el verano que ambos habían compartido y después largarse y desaparecer? Podría haberse tomado cinco minutos para hablar con ella aquella noche en Nueva York, decirle que debía hacer algo por su país, confesarle lo que sentía por ella. Y ella le hubiese dicho que estaba embarazada; si él hubiera dispuesto que ella se alojara en la casa de los padres de él, sus vidas habrían cambiado para siempre, la suya, la de Kit y la de su hija. Sus padres no hubieran muerto creyendo que no tenían nietos. ¡Si Kit solo hubiese hablado con ella!

Olivia no se durmió hasta bien pasada la medianoche y despertó a menudo. Cada vez que abría los ojos recordaba esos meses lamentables transcurridos en el hogar de madres solteras. El doctor Everett había pagado su estancia y, más adelante, ella le devolvió el dinero y los intereses. Además, cada vez que él tenía un paciente que necesitaba una cocina, una nevera, un fregadero nuevo o un calefactor, Olivia se lo había proporcionado. Sentía que estaba en deuda con él

por su ayuda, aparte de que quería ayudar a otras mujeres necesitadas.

La soledad, las lágrimas, el temor... lo recordó todo. Kit podría haber impedido todo ese dolor, evitado todo ese trágico acontecimiento... si solo le hubiese hablado aquella noche. ¿Era demasiado pedir?

Los niños entraron en la habitación a las seis de la mañana, querían saber qué Olivia sería ese día. ¿Lloraría un poco más y bailarían con ellos? ¿O pondría perritos calientes y alubias en un cuenco y después se largaría con Kit?

Olivia abrió los brazos y ambos se acurrucaron a su lado. El año anterior, el hijo de Letty por fin había recibido un papel que no era el de galán rompecorazones y había recibido críticas excelentes. Y el deseo de Ace de tener muchos hijos se cumpliría.

—Cuéntanos un cuento —pidió Letty.

—Uno nuevo. Como la canción de ayer —dijo Ace.

—¿Y si os cuento cómo domesticar un dragón? Érase una vez un niño flacucho llamado Hipo.

Robar una historia le parecía mal, pero como caería en el olvido supuso que no pasaba nada. Cuando vio un pie asomado a la esquina, les dijo al tío Freddy y al señor Gates que entraran.

Al llegar a la parte en la que Hipo confeccionaba una silla de montar para *Desdentado*, su dragón, Kit apareció en el umbral. Llevaba unos pantalones muy cortos que revelaban su cuerpo alto y delgado. El día anterior, el mero hecho de verlo había causado en Olivia un estallido de deseo, pero esa mañana la joven le lanzó una mirada ceñuda.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta y su actitud manifestaba que lo sabía todo de ella, sabía lo que pensaba, lo que deseaba. Y que lo que debía poseer, absoluta y positivamente, era a él.

Olivia desvió la mirada y siguió con la historia. Para cuando llegó a la parte en la que Hipo se niega a matar al dragón, Kit había desaparecido. No pudo evitarlo, pero soltó un suspiro de alivio.

Preparó panqueques para el desayuno y se esforzó por darles forma de dragón.

Alrededor de las diez condujo hasta la ciudad en el viejo coche del tío Freddy para ver a su padre: había llegado la hora de poner en marcha las cosas que necesitaba hacer.

Fue al banco de Summer Hill del que su padre era presidente. Verlo le produjo

una emoción tan profunda como ver a su madre y tardó unos momentos en controlar sus emociones antes de poder hablar. Hablaron durante más de una hora antes de que él tuviera que regresar al trabajo. Mientras salía del banco, organizó un encuentro con Willie, una cajera, y la mujer a quien tanto amaría Alan. Mientras Olivia conducía de regreso a Tattwell, lo que pensaba hacer la complacía.

En el pasado siempre había aguardado acontecimientos con impaciencia, pero esa vez se conformó con dedicarle tiempo a los niños y a los encantadores ancianos. Dirigió su clase de gimnasia y al final les brindó un espectáculo de danza... y a sí misma, porque quería comprobar la capacidad de su joven cuerpo.

Al final de la tarde vio que Kit estaba en el huerto arrancando malezas; alzó la vista con una sonrisa, pero cuando ella volvió la cabeza su sonrisa se borró.

«Tengo que arreglar esto», pensó mientras entraba en la casa. No se sentía embarazada, pero tal vez ya llevaba la hija de Kit en las entrañas. «Hemos de casarnos antes de tres semanas. Él es mi destino, sin él acabaré con un hombre que me detesta. Mi hija será...»

Lo que sabía que le ocurriría sin Kit le resultaba insoportable, pero ¿era verdad? Kathy había preguntado si debían construir sus respectivos futuros basándose en un hombre y en ese momento Olivia se preguntaba lo mismo.

La primera vez sus emociones y su orgullo se interpusieron, no le había pedido ayuda a nadie, pero ¿y si la pedía? ¿Y si una vez que Kit se marchara le pidiera ayuda a sus padres? Sabía que, en ese caso, no cabía duda de que sus padres se trasladarían a otro estado: no permitirían que la vergüenza cayera sobre su hija o su nieta.

Era una mujer del siglo veintiuno que se encontraba en 1970. Si estaba embarazada —¿qué no daría por una prueba de embarazo adquirida en la farmacia!—, se las arreglaría. Solía creer que no disponía de ayuda, pero esta siempre había estado a su disposición: sus padres, el tío Freddy y el señor Gates, el doctor Everett, todos ellos estaban allí y dispuestos.

Mientras preparaba la cena: pollo con albaricoques —una receta que le había enseñado a preparar la esposa del hijo de Letty— empezó a sentirse mejor. Cuando le brindaron la idea de regresar al pasado lo único en lo que pensó fue en reunirse con Kit, pero de momento, mientras estaba allí, se dio cuenta de que tenía varias opciones. «¡Qué palabra tan maravillosa!», pensó. ¡Opciones! Había

más de un hombre disponible y, aún más importante, la mujer del siglo veintiuno había descubierto que, para la felicidad de una mujer, un hombre no era necesario.

Cuando Kit entró, estaba cantando una canción de Lady Gaga y bailando por la cocina. Se había duchado y estaba completamente vestido; como estaban solos, le rodeó la cintura con los brazos y le depositó un beso en la nuca, pero Olivia se zafó.

—Alguien podría entrar.

—¿Y eso sería tan grave? Besarse es algo que hacen las parejas de novios —dijo, lanzando una mirada elocuente a su dedo, donde faltaba el anillo.

—Tareas para el hogar —dijo ella, su explicación de por qué no llevaba el anillo.

—¿Cenamos temprano porque esta noche piensas salir? ¿Y a dónde, si puede saberse?

Ella no tenía intención de decirle la verdad.

—He quedado con Willie.

—Ah —dijo Kit, cogió una zanahoria y le pegó un mordisco—. Es la chica que trabaja en el banco de tu padre, ¿no?

Olivia no respondió, pero le fastidiaba que lo supiera.

—Me llamó y dijo que estaba impaciente por asistir a las rebajas de esta noche y me preguntó qué debía ponerse. Le dije que tacones y tejanos ceñidos. Tiene una risita simpática y sí: necesita una nueva tostadora.

Cuando Olivia no hizo ningún comentario él se sentó ante la mesa y observó mientras ella disponía las fuentes de comida.

—Bien, ¿cuándo partimos?

—La que ha quedado con Willie soy yo, y tú no vendrás.

—Creo que deberíamos hacer cosas juntos. Con la ropa puesta. Conocernos a la luz del día.

—¿Eso incluye saber que correteas por ahí desnudo bajo el sol para broncearte todo el cuerpo?

Si Kit se sorprendió porque lo supiera, no lo demostró, solo sonrió.

—¿Qué coche quieres coger? Esta noche Bill y Nina se quedan en casa, así que podríamos usar el de ellos. No creo que el viejo Packard del tío Freddy aguante el trayecto de tres kilómetros hasta la ciudad. También podríamos ir en

la furgoneta. A lo mejor...

—Tengo cosas que hacer. —Olivia cambió de tono, utilizó uno menos estridente y menos airado, porque al fin y al cabo, Kit todavía no había hecho las cosas que la enfurecían. Cuando él no dijo nada, ella lo encaró—. No pretendo ser grosera, pero realmente hay un par de cosas muy importantes que debo hacer y solo puedo hacerlas a solas.

—Ah —repitió él.

—¡Deja de decir eso! Saldremos mañana, lo prometo.

Kit se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Iré a por el coche de Bill y me reuniré contigo ante la puerta dentro de quince minutos. No queremos perdernos un minuto de las rebajas semestrales de... ¿dónde era...?, de la tienda de electrodomésticos Trumbull. Estoy seguro que será una cita muy excitante.

Salió por la puerta antes de que Olivia pudiese añadir nada más. Eso era algo con lo cual ella no había contado. ¿Cómo se las arreglaría para reunir a Alan con su Gran Amor si Kit estaba por ahí? A él le gustaba estar al mando, le gustaba dar órdenes.

Llamó a los niños a la mesa y los hombres los siguieron. Todos querían saber por qué se había arreglado tanto y adónde iba. Se lo dijo. Letty preguntó si ella también podía ir; Ace preguntó si les traería helados; el tío Freddy dijo que en la panadería de Summer Hill tenían tartas de moras; el señor Gates le pidió que averiguara cuánto costaba una estufa nueva.

Olivia cogió su jersey y huyó antes de que le hicieran más encargos. Kit estaba apoyado contra el Chevrolet de Bill, limpiándose las uñas con un cortaplumas.

—¿Quieres conducir? No tenía edad para aprender hasta la semana pasada.

Al oír su mentira Olivia puso los ojos en blanco y se sentó en el asiento del acompañante. En cuanto abandonaron el camino de entrada Kit dijo:

—¿Por qué es tan importante que asistas a las rebajas esta noche y por qué has invitado a una persona a la que apenas conoces para que te acompañe?

—¿Cómo sabes que no es mi mejor amiga?

—Me cuesta imaginar que seas amiga de alguien que suelta risitas y flirtea por teléfono con un desconocido. No es tu tipo, en absoluto.

¡Desde luego! Cuando Alan estaba agonizando llegó a conocer muy bien a Willie: lo que más le importaba eran el maquillaje, la ropa y quién pagaría sus

facturas.

—No me dirás lo que estás tramando, ¿verdad?

—No estoy «tramando» nada. Willie es nueva en la ciudad. Vi que Electrodomésticos Trumbull celebra grandes rebajas, así que la invité a acompañarme. ¿Estás satisfecho?

—En absoluto. ¿Cuál es el auténtico motivo?

Olivia alzó las manos.

—¡Eres un hombre exasperante! De acuerdo: creo que ella y Alan Trumbull se gustarían. ¿Ya estás contento?

—Más contento —dijo él—. ¿Qué piensas comprar? Diría que nuestra lavadora conoció sus mejores tiempos durante la Primera Guerra Mundial.

Kit estaba estacionando el coche en el callejón junto al banco. Al cabo de unos años demolerían tres viejos y encantadores edificios para instalar el aparcamiento. Se volvió para contestarle, pero la familia Caldwell pasó junto al coche. Seis años después su casa se incendiaría y el señor Caldwell perdería la vida tratando de salvar a su hija menor.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —susurró Olivia.

Entonces pasaron el señor Deavers y su esposa. Perderían a su hijo en Afganistán.

—¿Livie? —Kit la abrazó y le acarició la espalda—. ¿Qué pasa?

—No me gusta saber el futuro.

Él se apartó y la miró.

—Puedes hablar conmigo, lo sabes. Dime qué pasa.

Ella se recostó contra el asiento. Patty Ferris caminaba junto a su novio del instituto. Cuando lo plantó para casarse con el prometido de Sue Collier causaría mucha ira, pero Patty tendría tres hijos y sería muy feliz, Sue abandonaría la ciudad presa de la furia, asistiría a la facultad de derecho, se licenciaría y también sería muy feliz.

—No todo el futuro es negativo —dijo Olivia—, a veces ocurren cosas buenas.

—Me alegra oírlo. ¿Cuál es el verdadero motivo por el que quieres que Willie conozca al joven Trumbull?

—Para que puedan brindarle una vida dichosa a Kevin y Alana, o tal vez para aliviar mi sentimiento de culpa. —Abrió la puerta del coche—. ¿Por qué no vas

a tomarte una cerveza mientras yo me encargo de esto?

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Hay otros que quieras emparejar? Al tío Freddy le vendría bien una novia.

Ella se apeó del coche.

—¿Qué te parece si te emparejara con Betty Schneider?

—No es mala idea. He oído que tiene mucha experiencia.

—Más que tú —soltó Olivia.

—Si eso es lo que quieres creer, pues adelante.

Ella no pudo evitar una sonrisa y cuando alcanzaron la tienda de electrodomésticos, Olivia se dio cuenta de que Kit había logrado que olvidara su mal humor, pero la idea de volver a ver a Alan, incluso de ver la tienda, la incomodaba. En principio, ese hombre debería haberle parecido atractivo. Podía decirse a sí misma que solo se trataba de un deseo de ocuparse de un bebé; ella acababa de perder a su hija y allí estaba Alan con un bebé que necesitaba una madre. En aquel entonces parecía perfecto.

Pero tuvo que haber existido cierta atracción sexual, ¿no? Había desaparecido en el transcurso de los muchos años de vivir con él, pero al principio tuvo que existir.

Kit la cogió del brazo.

—Sea lo que sea que tanto te preocupa, yo estaré allí —dijo, abrió la puerta cristalera y ambos entraron.

—¡Olivia!

Se volvió y vio a Estelle Latham de pie a un lado. Henry, su nuevo marido, estaba inclinado por encima de una lavadora y durante un instante se le doblaron las rodillas: esa era la pareja que adoptaría la niña que ella abandonaría. Le pondrían Porcia, el nombre de pila de la madre de Livie, e incluso conservarían su apodo: Tisha. Finalmente se la llevarían y regresarían años después con una nieta adolescente.

—Hace años que no te veo.

Olivia se aferró al brazo de Kit para no caerse. Estelle esperaba que la presentara.

—Hola, soy Christopher. Kit. Trabajo en Tattwell y Livie dejó que la acompañara en coche a la ciudad.

Su explicación diplomática alegró a Olivia y también que no hubiera soltado lo

del compromiso, pero claro, era una ciudad pequeña: quizá los habitantes sabían lo que ocurría entre ambos.

—Henry está aquí para comprar una nueva lavadora y yo insisto en una secadora. Estoy harta de colgar la ropa en el tendedero.

Olivia aún era incapaz de pronunciar palabra. Si estaba embarazada, entonces Estelle también. Solo que ella perdería a su bebé en un accidente automovilístico en un camino resbaladizo. «Si pudiese evitarlo —pensó Olivia—, tal vez Estelle no se vería obligada a adoptar.» No resultaba fácil, pero se obligó a enderezarse y soltó el brazo de Kit.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —Miró a Kit—. ¿Podrías...?

—¿Darme una vuelta por ahí? —contestó en tono alegre—. Claro. Miraré licuadoras.

—¡Livie! —exclamó Estelle en cuanto estuvieron solas—. ¿Es él? Toda la ciudad dice que estáis enamorados, pero ¿y Broadway? Te esforzaste tanto que no quisiera verte renunciar. ¿Acaso él...?

—Tuve una pesadilla en la que aparecías tú, Estelle. Era realmente espantosa.

—Lo siento, debió de ser horrible. Pero...

—Estabas embarazada de unos seis meses. Tú y Henry estabais en Pensilvania visitando a sus padres y conducíais bajo una lluvia torrencial. Un gran camión patinó y chocó contra vuestra puerta. Perdiste el bebé y después no pudiste tener más hijos, así que adoptaste una niña, pero no le dijiste que era adoptada hasta que ella lo descubrió a los diecisiete años y se enfadó muchísimo contigo y con Henry.

Estelle puso los ojos como platos.

—Ah. Yo... eh... Yo...

—Era un sueño tan vívido que parecía real. No pude quitármelo de la cabeza. Has de jurarme que no cogeréis el coche si llueve mucho, y mucho menos en Pensilvania, cuando estés embarazada.

—Lo estoy —dijo Estelle—. Embarazada, quiero decir. Pero el único que lo sabe es Henry... y el doctor Everett, desde luego. Ni siquiera se lo he dicho a mi madre. Y planeamos ir a Pensilvania dentro de unos meses. Puede que Henry consiga un empleo allí.

A Olivia no se le ocurrió nada más, solo cogió las manos de Estelle y las apretó hasta hacerle daño. Su mirada era suplicante.

—Lo prometo —dijo Estelle y cuando Olivia no la soltó, añadió—: Lo juro. Por lo más sagrado, no iré en coche cuando llueva hasta que nuestro hijo haya nacido.

Olivia le soltó las manos y Estelle la cogió del brazo.

—No sabía que pensabas tanto en mí. Gracias. Ay, ahí viene Alan.

Olivia deslizó la mirada por encima de la muchedumbre y sus electrodomésticos con los grandes carteles de rebajas y vio que Alan Trumbull se acercaba a ellas. Era un joven apuesto, no muy alto, pero de cabellos bonitos y grandes ojos castaños. Sabía que se mantendría en forma. «Todo ese golf», pensó y luego no pudo evitar su enfado.

—¡Buena la has hecho! —dijo Estelle—. Competirá con tu guapo yanqui.

Un cliente detuvo a Alan para hacerle una pregunta sobre una nevera. «Él no lo sabrá ni le importará», pensó Olivia y en efecto, Alan se detuvo, pero con el ceño fruncido. Olivia miró a Estelle.

—¿Qué quieres decir?

—Alan Trumbull ha estado enamorado de ti desde que asistía al instituto.

—Eso es ridículo.

—Claro que tú nunca lo supiste. Eras la reina de la Sociedad de Amigos del Teatro, una princesa en escena, y Alan solo era un chico que tocaba la flauta en la orquesta.

—¿Alan tocaba la flauta?

—No era muy bueno, según el director de orquesta. Las chicas decíamos que solo era para poder sentarse a tus pies mientras estaba en el escenario.

Olivia la contemplaba con expresión incrédula.

—¿Estás segura de eso? Ni siquiera recuerdo a Alan en el instituto.

—A eso me refiero. El día que te marchaste a la universidad, esa noche las chicas celebramos una fiesta de compasión para Alan, en aquella taberna cerca de Tattwell. El pobre estaba tristísimo.

Olivia la miraba, sorprendida.

—Ay, ahí viene... y tu guapo novio está justo detrás de él.

Alan se detuvo ante Olivia y la miró fijamente en silencio. A ella se le encogió el estómago: conocía esa mirada tan bien... Él quería que ella hiciera algo, arreglara algo: había un problema, así que Olivia debía resolverlo, por supuesto. Hubo momentos en los que cuidar del niño, dirigir el hogar y las tiendas

resultaban tan abrumadoras que casi estalló en llanto. Él nunca le diría qué quería, solo se quedaría ahí parado, mirándola fijamente hasta que ella lo descubriera.

Kit le rodeó los hombros con el brazo y le clavó los dedos en la piel.

—Soy Christopher Montgomery —dijo—. ¿Y tú eres...?

Alan no se dignó mirarlo, solo mantuvo la vista clavada en el rostro pálido de Olivia.

—Me alegro de volver a verte, Livie. ¿Por qué no vamos a algún sitio y hablamos?

Su tono era tan posesivo, como si realmente fuera su dueño, que ella dio un paso adelante... como si pensara obedecerle. Pero Kit no la soltó.

—Tenemos cosas que hacer —dijo y la condujo a un rincón de la tienda—. ¿De qué diablos se trataba todo eso? —preguntó—. ¿Es un antiguo novio? Ese tipo ha actuado como si fueras de su propiedad. ¿Por qué no me dijiste que venías aquí para verlo?

La emoción que supuso ver a Estelle y a Alan casi hizo que se desplomara. No podía pensar con claridad y en ese momento el pasado y el futuro se confundieron.

—Nunca salí con él, pero estuve casada con él durante muchos años. Todavía no ha ocurrido, pero al parecer él lo recuerda de todos modos.

Kit la miraba, mudo.

Cuando ella alzó la vista su expresión era sombría.

—Ahora comprendes por qué no quería que me acompañaras. Nadie puede comprender lo que debo hacer y mucho menos aceptarlo. Debo irme, debo encontrar a Willie, que un día se convertirá en la madre de su hija, Alana. Aún no se han conocido, así que debo presentarlos.

Kit todavía la miraba sin entender y ella se volvió. Por más que la idea la aterrorizara, sabía que tenía que hacer cosas para corregir el futuro.

«Costumbre», pensó. ¿Qué era ese dicho sobre hacer algo tres veces y entonces se convertía en una costumbre? ¿Y qué si lo hacías una y otra vez durante más de la mitad de tu vida? La tienda con todos sus electrodomésticos de horriblos colores, «cosecha dorada» y «verde aguacate», le resultaban tan familiares como respirar. Al igual que Alan. Bastaría con que alzara las cejas y, por costumbre, Olivia sabría lo que él esperaba de ella.

¿Por qué Arrieta no le había advertido de que eso podría suceder? «Probablemente porque no lo sabía», pensó.

Su temor, que la invadía como un parásito carnívoro, era que si no lograba cambiar las cosas de manera drástica en las tres semanas que le habían otorgado, repetiría los errores del pasado. Cuando ya no recordara un mundo de ordenadores y móviles, ¿Alan la miraría de ese modo que manifestaba que ella le pertenecía y ella se iría con él?

Le lanzó un vistazo a Kit. En el futuro solo pasaría un año con él, pero toda una vida con Alan. La costumbre era difícil de evitar.

Kit le cogió la mano.

—Da igual lo que yo piense o crea —dijo en voz baja—. Dime qué necesitas y deja que te ayude —añadió, sonriendo—. Por favor.

Olivia tomó aliento y le apretó la mano. Willie entraba por la puerta y miraba en derredor.

—Tengo que hacer algo para que ella y Alan se reúnan.

—Eso sí que es un disparate. ¿Pretendes que ese blandengue flacucho de Trumbull la mire a ella cuando tú estás presente?

Olivia no pudo evitar una sonrisa... pero la verdad es que era lo que siempre había sentido: vanidad. Willie no era muy bonita, no tenía una buena figura ni era inteligente; sin embargo, a Alan le había gustado más.

—Gracias —dijo—. ¿Cómo lo hacemos?

Kit sonrió porque ella lo había incluido.

—Vaciaremos el mundo de gente para que solo queden ellos dos. Tal vez noten la presencia del otro, pero no estoy seguro.

Pese al trauma experimentado desde que entró en la tienda, Olivia soltó una carcajada. Alan mantenía esa expresión tan conocida, una que manifestaba que pretendía que ella lo siguiera. Pero el sarcasmo de Kit y que le cogiera la mano con fuerza le daba valor.

—Hay un almacén —susurró y Kit se inclinó para oír sus palabras—. Pasillo abajo, a la izquierda. Si los encerramos allí durante un rato puede que se den cuenta de que se gustan mutuamente.

Él asintió.

—¿Crees que la chica me acompañará si se lo pido?

Se sentía tan agradecida por su ayuda que cuando lo miró era como si la luz de

las estrellas le rodeara la cabeza.

—Creo que pensará que ha muerto y está en el cielo.

—Sigue mirándome así y te mostraré lo que se puede hacer con una lavadora vibrante.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Olivia.

Sin dejar de sonreír, Kit le soltó la mano y se acercó a Willie, que parecía perdida.

—Me alegro de que lo hayas echado —dijo Alan, mirándola de arriba abajo de un modo que siempre le había disgustado—. Sabía que en cuanto regresaras a Summer Hill vendrías a verme.

«¿Siempre fue tan arrogante?», se preguntó. Sabía que lo era después de casarse con él, pero si lo hubiese sabido desde el principio, no se habría casado con él. «No, al principio era callado, humilde e inofensivo», pensó. Y ella se hizo cargo de todo.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Mejor, ahora que tú estás aquí.

—Alan —dijo un cliente—. Me preguntaba si...

—Pregúntaselo a un vendedor —se apresuró a decir Alan.

El tono que empleó hizo que Olivia regresara al pasado. Después de casados, Alan solía decir en tono malhumorado: «Pregúntaselo a Olivia.» A sus espaldas se abrió una puerta y entró una joven bonita con la que Olivia solo se había encontrado una vez. Era la madre de Kevin. Sufrió una embolia durante el parto y murió en el acto.

—Creí que salías con Diane —dijo Olivia, indicando a la joven.

—Sí, pero ahora que estás aquí romperé con ella.

El pánico se apoderó de ella. ¿Y Kevin? ¿Era necesario que Diane fuera su madre? Si ella y Alan no se casaban, ¿Kevin nacería?

Vio a Kit al otro lado de la habitación. Caminaba junto a Willie y escuchaba lo que ella decía. Detrás de la espalda, señaló el extremo del pasillo y Olivia negó con la cabeza. ¡Se habían equivocado de mujer! A pesar de toda la ingratitud de Kevin, Olivia había ayudado a criarlo y no podía correr el riesgo de que dejara de existir. Willie tendría que cuidar de sí misma. Sonrió a Alan.

—Creo recordar que en la parte posterior de este edificio hay un gran armario.

Con una sonrisa triunfal, él la condujo hacia allí; cuando pasaron junto a Kit,

ella dijo:

—No es Willie, coge a Diane.

Kit solo tardó unos segundos en recuperarse de la confusión, después volvió a entrar en la tienda.

Quince minutos después, Olivia y Kit se alejaban, sonriendo. Ella alzó la mano, pero él no entendió el gesto.

—Significa «choca esos cinco» —dijo y le enseñó a entrecuchar las manos. Detrás de ellos, no podían oír los gritos de las personas que acababan de encerrar en el armario.

Cuando volvieron a la tienda, Kit se detuvo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Sí, mucho. Gracias.

—Entonces ¿por qué seguiste casada con ese gilipollas durante tantos años?

Teniendo en cuenta que tenía veintidós años y nunca había estado casada, lo que él había dicho era absurdo... y cómico.

—El sexo era estupendo.

—¿Hay algo que quieras enseñarme?

Ella lo cogió del brazo.

—Me parece que no necesito enseñarte nada.

La mirada de él se volvió ardiente.

—¿Qué te parece si nos largamos de este lugar? —dijo, indicando la puerta cerrada con llave en el otro extremo del pasillo—. A menos que quieras soltarlos ahora.

—No, volveré más tarde. Creo que necesitan pasar unas horas juntos. Podemos...

Se interrumpió porque vio al señor Trumbull sentado en su oficina. Había muerto inesperadamente de un síncope el año anterior al regreso de Olivia a la ciudad y en realidad no lo conocía. Pero sabía que tenía fama de ser un hombre honesto y trabajador... y que él y su hijo nunca se habían llevado bien. Sus peleas eran legendarias.

—Todavía he de hacer una cosa —dijo, llamó a la puerta y luego la abrió.

El señor Trumbull alzó la vista.

—Pero si es la pequeña y bonita Olivia Paget, ¿verdad? ¿Y quién es tu afortunado novio?

—Christopher Montgomery, señor.

Kit le tendió la mano.

—Solo quería decirle que mi padre habla muy bien de usted —dijo ella—. Dice que fue un héroe de la guerra.

El señor Trumbull sonrió, visiblemente complacido por el elogio.

—No fui un héroe, pero hice lo que pude.

Olivia cogió una pequeña foto enmarcada del señor Trumbull vestido con su uniforme del ejército; una larga hilera de medallas le adornaba el pecho.

—¿No hizo sudar tinta a Audie Murphy?

El señor Trumbull casi se sonrojó. Audie Murphy era el hombre más condecorado de la Segunda Guerra Mundial y después protagonizó unas cuantas películas.

Kit se preguntaba qué estaba tramando.

—Detesto ponerme pesada, señor Trumbull —dijo Olivia—, pero el tío Freddy quiere una nueva estufa; me preguntaba si podría proporcionarme unos precios de una estufa de gas. Se lo preguntaría a un vendedor, pero ya sabe cómo es el tío Freddy: solo confía en usted.

—Por supuesto. —El señor Trumbull se puso de pie—. Solo tardaré unos minutos. Lo que sea por el tío Freddy.

En cuanto se cerró la puerta, Olivia se puso de rodillas y empezó a tirar del revestimiento delgado y barato de las paredes.

—Alcánzame ese abrecartas, por favor.

En vez de eso Kit se arrodilló a su lado, apoyó las manos en el revestimiento y tiró hacia arriba. Un lado de la delgada madera se despegó, Olivia introdujo la mano y extrajo una caja de madera larga y estrecha.

—¿Qué contiene?

—Las medallas de la guerra del señor Trumbull. —Vaciló, pero luego pensó «¿Por qué no contárselo?»—. Lo hizo Alan. Estaba harto de oír que su padre era un héroe, así que escondió la caja de medallas detrás del revestimiento y después desordenó la oficina y dijo que hubo un robo. Encontré la caja años después, cuando reformé la oficina.

—¿Y si dejamos que el señor Trumbull crea que la encontró él?

Kit volvió a deslizar la caja detrás del revestimiento, pero dejó los clavos a la vista.

—No sé dónde se ha metido Alan —dijo el señor Trumbull cuando volvió a la oficina—. Esta noche se suponía que ayudaría en la tienda.

—Bueno, ya conoce a Alan —dijo Olivia—. Si hay trabajo, él desaparece.

El señor Trumbull la miró, pasmado, pero después rio.

—Apuesto a que está jugando al golf —dijo Olivia.

La risa del señor Trumbull se intensificó.

—No debería parecerme cómico, pero su madre...

—Cree que Alan puede hacer cualquier cosa —dijo Olivia.

A sus espaldas, Kit hacía algo con el pie.

—Es un muchacho listo, pero...

—Prefiere dedicar tiempo a descubrir cómo no hacer algo que a hacerlo —concluyó Olivia.

El señor Trumbull seguía riendo.

—Ay, Livie, ignoraba que conocieras tan bien a mi hijo. ¿Por qué no vienes a cenar una noche? Así todos nos conoceremos mejor.

Ella dejó de reír. Era como si estuviera emparejándola con su hijo. Que ella sabía cuán holgazán era, ¿y por eso debía casarse con él? Una idea aterradora.

—Ella está comprometida —dijo Kit, alzando la voz—. Señor Trumbull, me parece que he pisado un clavo y no puedo despegar mi zapato, está atascado debajo del revestimiento y parece haber algo por debajo. ¿Le importaría echarme una mano?

Cuando salieron de Electrodomésticos Trumbull, Olivia quería volver a casa, pero cuando Kit la cogió de la mano y la condujo calle abajo se alegró. Se sentía llena de energía gracias a lo que habían logrado. Tal vez —a lo mejor— había logrado romper el vínculo entre ella y Alan. Pasara lo que pasase, quizá no volvería a encontrarse casada con él.

La tienda de comestibles, medicamentos y periódicos aún estaba abierta y se sentaron ante la barra. A mediados de los ochenta retirarían el dispensador de helados para dejar lugar a vistosos estantes llenos de cosméticos caros.

—¿Hamburguesa o perrito caliente? —preguntó Kit—. ¿Coca-Cola o Tab?

Los nombres anticuados la hicieron sonreír. Debido a la manía por la alimentación saludable del siglo vigésimo primero hacía años que no tomaba una Coca o un perrito caliente.

—Perrito y Coca.

Kit pidió una hamburguesa y un refresco.

Cuando les sirvieron el pedido, Olivia no pudo evitar clavarle la vista. Según las normas del siglo XXI, había muy poca comida en su plato: no había ensalada de repollo nadando en mayonesa de muchas calorías, alubias con azúcar moreno ni patatas fritas. Hasta ese momento no lo había notado, pero la gente comía alrededor de la mitad de lo que consumían en el moderno mundo tecnológico.

—Y para quemar todas esas calorías, lo único que hacemos es quedarnos sentados delante de un ordenador —murmuró.

—¿Qué has dicho? —preguntó Kit.

Olivia regresó al presente.

—Quiero mostaza y salsa picante —le dijo a la joven detrás del mostrador. Se casaría con un muchacho de Richmond, se mudaría, tendría dos hijos, pasaría por un divorcio atroz y por fin regresaría a Summer Hill, se casaría con Dave Harrison y sería muy dichosa—. ¿Cómo está Dave?

—¿Quién?

—Dave Harrison. Canta en el coro de la iglesia. Lo siento, creí que estabais juntos. Sé que le gustas mucho.

—¿De veras? A mí no me ha dicho nada. Además, tengo novio.

—Lo sé. Vive en Richmond, pero más adelante... —Olivia comió un bocado de su perrito—. Como el trato con la gente se te da tan bien, tal vez deberías dedicarte a vender casas. Apuesto a que te iría estupendamente. Yo te compraría una.

La joven retrocedió un paso y la miró como si estuviera loca.

—Debo... eh... debo comprobar las provisiones —dijo y casi echó a correr.

Olivia miró a Kit, esperando que le hiciera preguntas, pero no fue así. En cambio dijo:

—¿Crees que nos venderá un poco de helado para Ace?

—Esa chica nos vendería la tienda y abandonaría la ciudad cinco minutos después de hacerse con el dinero.

—¿Y tú tienes experiencia en comprarle casas?

Ella esquivó la pregunta.

—¿Sabías que los perritos calientes están elaborados con cascotes triturados de animales?

Kit contempló su hamburguesa y ella notó que apretaba las mandíbulas. Parecía estar decidiendo qué decir. Finalmente se volvió hacia ella.

—Da igual que me lo digas o no, pero sea lo que sea eso con lo que necesitas ayuda, cuenta conmigo.

Olivia pensó que nunca había amado tanto a alguien como a ese hombre en ese momento.

—Cuando veo a la gente, se me ocurren cosas.

—Entonces tendremos que ir en busca de ellas —dijo él—. Como llevamos un mes trabajando siete días por semana, me parece que nos merecemos un tiempo libre. ¿Crees que los chicos son capaces de alimentarse ellos mismos por un par de días?

—Ace y Letty, con toda seguridad. Dales una hogaza de pan y un bote de mantequilla de cacahuete y estarán perfectamente. Los otros niños, no sé. Tal vez Nina pueda cuidarlos.

Ambos rieron.

Durante el trayecto de regreso a Tattwell, Olivia se sentó junto a Kit —no había cinturones de seguridad en el coche— y él le rodeó los hombros con el brazo. Cuando llegaron, él le dio un beso de buenas noches, pero no le preguntó si podía subir a su habitación. Detrás de él veía la cabecita rubia de Ace asomada a las mantas. La última visita a su madre en el hospital fue la peor: el niño necesitaba consuelo y Kit se lo proporcionaba.

Entró en su propia habitación; la cama parecía grande y solitaria. Si Kit hubiese querido pasar la noche con ella, se habría negado. Quizá. Pero la inquietaba que no lo hubiese hecho.

Se durmió de inmediato, pero tuvo pesadillas. Vio casas en llamas, accidentes de coche, varios funerales y tres suicidios. Cuando despertó estaba bañada en sudor... y hacía años que no sentía tanto dolor en la zona lumbar. Tardó un momento en recordar qué causaba ese dolor en particular; fue al baño y en efecto: estaba menstruando.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de inmediato. No estaba embarazada. Todo ese horror que había ocurrido no sucedería. Si entonces Kit la abandonaba no sería tan traumático, no tendría que ingresar en un hogar de madres solteras ni dar a su hija en adopción... y durante el resto de su vida NO sentiría que se merecía que nada bueno le ocurriera.

Volvió a la cama y se tendió con las manos detrás de la cabeza. ¡Eso lo cambiaba todo! Broadway aún era una posibilidad. El año pasado actuó en una obra teatral local y había olvidado cuánto disfrutaba estando en escena. Que fuera Kit quien montó la obra no tenía importancia.

«La libertad de elección es una cosa maravillosa», pensó. Todo el mundo estaba abierto para ella: carreras, viajes, hombres, todo era posible.

Sonriendo, procuró volver a dormirse, pero cada vez que cerraba los ojos los sueños regresaban. Excepto que no eran sueños. Recordaba cosas que le habían ocurrido en su pequeña y querida ciudad; había vivido allí toda su vida y siempre se había involucrado con sus habitantes. A medida que se hacía mayor, las personas empezaron a depender de ella. Tras la muerte de Alan, tras vender todo

para pagar las deudas de Kevin y Hildy, se convirtió en una suerte de matriarca para toda la ciudad. «Recorre a Olivia, ella sabrá qué hacer», parecía ser el lema. Debido a la posición que ocupaba en la ciudad, sabía un montón de secretos.

Cuando Letty y Ace irrumpieron en la habitación antes del amanecer, se sentía aún peor que cuando se acostó. Al igual que todos los niños a lo largo del tiempo, querían algo nuevo y diferente en que ocuparse.

—Mi reino por un iPad —murmuró—. Unos DVD y las últimas películas para entretenerlos a todos.

Kit, vestido con pantalones cortos y una camiseta, estaba en el umbral.

—¿Quién quiere panqueques verdes?

Chillando, los niños corrieron hacia él y Olivia le lanzó una mirada agradecida. Veinte minutos después, estaba en la planta baja diciéndole a Ace que él se llamaba Harry Potter y Letty, Hermione, y que asistían a la escuela de magos. Mientras Olivia narraba la historia todos comían en silencio.

Tras lavar los platos y que los mayores y los menores se afanaran en pegar puntiagudos sombreros de mago y pintar palos para transformarlos en varitas mágicas, Kit le dijo que Nina cuidaría de ellos para que él y Olivia pudieran salir.

Al principio Olivia creyó que irían a algún lugar y harían el amor, pero no tenía la menor intención de dejar que la tocara. No quería tentar al destino, no quería que cuando él se marchara ella tuviera que quedarse atrás con su hija en las entrañas.

En cuanto al matrimonio... Si no estaba esperando un niño, no había motivo para apresurarse. A lo mejor iría a Broadway y volvería a intentarlo una vez más. Vería a Kit cuando él regresara.

Él notó que se apartaba de él; no dijo nada, pero ella vio que se ponía tenso.

—Dijiste que si veías personas te resultaba útil para eso que debes hacer. Pensé que iríamos a la ciudad y buscaríamos algunas.

—Sí, gracias —contestó en tono formal.

Arrieta había dicho que lo único que podía modificar eran las cosas relacionadas con ella, con Olivia, pero ¿qué alcance tenía eso? En su pequeña ciudad las tragedias afectaban a todo el mundo. Si lograba ayudar a una sola persona sentiría que había logrado algo importante.

Además, Olivia no pertenecía a la generación del YO. Cogió un lapicero y un

bloc de notas de la mesilla del teléfono y entonces estuvo preparada. Le dijo a Kit que condujera por las calles de Summer Hill al tiempo que ella reflexionaba sobre los dueños de las casas; había varias personas que no le habían presentado, pero conocía a la mayoría.

Las familias que no habían sufrido una tragedia eran escasas; algunas de esas atrocidades permanecerían en secreto hasta la siguiente generación: un hombre abusa de sus hijos y ellos de los suyos. Una niña que padeció abusos se vuelve loca cuando se convierte en adulta.

Había accidentes que podrían haberse evitado, enfermedades que, detectadas con tiempo, no hubiesen sido mortales.

Mientras Olivia tomaba notas, ella y Kit circulaban en silencio. ¿Cómo podía evitar esas tragedias? Sabía que en su estado actual, si se dirigía a las autoridades e informaba de violaciones, incestos o abusos no la creerían. Su juventud y su falta de experiencia lo impedirían.

«Además —pensó, haciendo una mueca—, era la época.» En los años setenta, si una mujer acusaba a un hombre de violación, era ella a la que llevaban a juicio: ella lo había incitado, le había tendido una trampa. Si hacía años hubiese llevado una blusa escotada, la considerarían una perdida y el hombre sería inocente. Olivia quería gritar que todos los objetos de todas las tiendas estaban envueltos de manera atractiva, pero si los robabas te procesaban. ¿Por qué las mujeres eran consideradas como algo menos que una barra de desodorante?

Kit le tendió la mano y la apretó.

—Si quieres hablar, aquí me tienes.

—Gracias.

Olivia retiró la mano al tiempo que contemplaba la casa siguiente, la de los Nelson, una familia encantadora. Cuando la pequeña Lisa cumpliera los catorce se cortarían las venas de las muñecas y moriría antes de que la encontraran. En el vestuario del instituto unas compañeras le robaron la ropa y después dejaron entrar a los chicos. Lisa consideró que no podía superar semejante vergüenza. «¿Cómo voy a impedir algo que no ocurrirá hasta dentro de unos años?», pensó.

Durante los tres siguientes días, el intento de evitar los horrores que sabía que ocurrirían abrumó a Olivia. Hizo llamadas mediante el uso fastidioso del teléfono de disco —y escribió cartas— nada menos que con una máquina de escribir. Recurriendo a todas las mentiras imaginables, dijo que había tenido un

sueño, una premonición, que había visto algo, que alguien le había hecho un comentario... Dijo todo lo que se le ocurrió con el fin de advertir a las personas.

Era consciente de las personas que la rodeaban en Tattwell, pero solo de un modo difuso. Kit parecía estar ocupándose de todos ellos. Permitía que ambos niños la molestaran dos veces al día y le pidieran que les contara más sobre lo que Letty denominaba «La historia de la maga». Quería que le contara lo lista que era Hermione y Ace, lo valiente que era Harry Potter.

El tío Freddy provocó sus risas cuando anunció que quería ser Voldemort, la personificación del mal.

Tras solo unos minutos, Kit los hacía salir de la habitación y dejaba que Olivia volviera al teléfono y a la máquina de escribir.

—Pero aunque haga todo esto, ¿lo habrán olvidado después de tres semanas?
—dijo en voz alta.

La tarde del cuarto día se inclinó hacia atrás en la silla, dispuesta a aceptar la derrota. De mayor la gente la escuchaba, pero cuando aún era casi una adolescente, nadie le hacía caso. Le colgaban el teléfono, le gritaban y la llamaban mentirosa. Tres personas la denunciaron a la policía y el sheriff la llamó por teléfono y le hizo una advertencia: dijo que lo que las personas hacían en la intimidad de su hogar era asunto de ellas.

—Pasarán cuarenta años antes de que la gente comprenda que eso no es verdad —dijo.

—En ese caso, Livie, llámame dentro de cuarenta años y escucharé lo que quieras decirme. Hasta entonces, deja en paz a los habitantes de Summer Hill.

Después el sheriff colgó.

Al final, Olivia escapó. Había dedicado muchos días al intento de prevenir desastres, tragedias, accidentes y delitos, pero no parecía haber tenido éxito.

Corrió a través de la cocina y salió por la puerta trasera; no vio a nadie, pero tampoco se preguntó dónde estaban, lo único que veía eran sus visiones: entierros, madres llorando, padres enfurecidos, personas esposadas, niños abandonados, niños abusados...

A menudo hablaba de cuán pacífica era su pequeña ciudad en la que casi no se cometían delitos, pero a lo largo de los años ocurrieron muchas cosas. Al mirar hacia atrás, recordó que entre un desastre y otro transcurrieron muchos años, años en los que no sucedería nada malo. Pero entonces lo veía todo: toda una

vida de dolor y tristeza evitables se le cruzaba por la cabeza.

¡Pero ella no podía hacer nada para evitarlo! La sensación de impotencia le drenaba la energía.

Corrió a través del jardín y se detuvo junto al gran magnolio. ¿Por qué la habían enviado al pasado si no tenía el poder necesario para cambiar algo? Olvida los grandes horrores, las guerras y los bombardeos... ni siquiera podía evitar el suicidio de una niña que sufriría acoso en el instituto.

Cerró los ojos y se apoyó contra el viejo árbol. El año pasado junto a ese árbol había montado en un pequeño camión rojo con su amiga Casey. Olivia le había contado que Alan mentía y la engañaba y que le había quitado la empresa construida por Olivia. Casey era la esposa de Tate, que se convertiría en el hijo de Letty, de cinco años de edad. ¡Olivia había hablado con personas que todavía no existían!

Cuando abrió los ojos Kit estaba de pie ante ella cargando con una azada. Como siempre, casi no llevaba ropa, pero ella no sintió deseo por su bello cuerpo, lo que sentía era cólera. Todo eso era culpa suya: su vida con Alan se debía a que Kit la había abandonado, embarazada. Ella había regresado al pasado con la idea de disfrutar de una vida con Christopher Montgomery, pero resultaba que no estaba embarazada, así que era innecesario pasar la vida con él. ¡Estaba absoluta y totalmente libre!

Sabía que su rostro expresaba toda su ira y su frustración.

Al principio, cuando Kit la vio sonrió, pero tras contemplar su rostro ceñudo adoptó lo que Olivia denominaba su «cara diplomática»: una máscara tras la cual se ocultaba para que nadie supiera qué estaba pensando... pero Olivia lo sabía. Ese día, la máscara ocultaba su desaprobación total.

—Cuando regrese mi Olivia, házmelo saber —dijo en el tono que un día emplearía con falsos dignatarios a los que quería poner en su lugar.

Olivia se quebró como una ampolla de cristal llena de una desagradable ponzoña verde y perdió los estribos. No dijo una sola palabra, solo se abalanzó contra él con todas sus fuerzas.

Sorprendido, Kit arrojó la azada a un lado, la agarró justo cuando la cabeza de ella le golpeó el torso, soltó un gruñido y casi se quedó sin aliento.

—¡Todo es culpa tuya! —chilló ella y le aporreó el pecho desnudo con los puños—. ¡Tú hiciste todo! Me abandonaste cuando llevaba tu hijo en las

entrañas. Tú...

Él la cogió de los hombros y la apartó.

—¿Estás...?

Ella lanzó la mano derecha hacia atrás y le pegó un puñetazo en la mandíbula. Cuando vio que sus labios sangraban se sintió complacida pues ella había derramado abundante sangre por él.

—Esta mañana descubrí que no lo estoy, pero lo estaba en 1970. ¡Y estaba sola! Me viste en el teatro en Nueva York, pero no dijiste nada; tuve que ir a Florida para tener nuestro bebé. La crio Estelle y cuando por fin nuestra hija nos conoció fue atroz.

Olivia retrocedió un paso y se cubrió la cara con las manos.

—Nos detestaba. Nuestra hija tuvo una buena vida, Estelle y Henry fueron muy buenos con ella, pero a nosotros no quería ni vernos. No descubrió que era adoptada hasta muy tarde y no comprendía por qué la habíamos dado en adopción. Por qué no la habíamos querido.

Olivia se echó a llorar.

—Te dije que te amaba, pero tú te marchaste. Creí que tenías miedo. No le dijiste a nadie adónde ibas, ni siquiera a tu padre.

Alzó la vista y vio que el rostro de Kit estaba pálido bajo el bronceado y que le sangraba el labio.

—Vete. ¿Cómo podrías comprender por lo que estoy pasando? Solo eres un chico inútil —añadió en tono duro.

Kit apretaba las mandíbulas, pero esa fue su única reacción a las palabras de Olivia.

—Como quieras —dijo e hizo una pequeña reverencia.

Enderezó los hombros indicando que se negaba a seguir hablando del tema y después empezó a alejarse.

Olivia recogió una piedra redonda del suelo; parecía una de las recogidas por los niños en el arroyo. A diferencia de cuando estaba con Elise, tenía fuerza en el brazo, lo lanzó hacia atrás, arrojó la piedra y esta golpeó contra el musculoso trasero de Kit.

—Espero que Gadafi descubra quién eres y te dispare —dijo y se dirigió hacia la casa.

Kit la atrapó casi enseguida, la agarró de los hombros, acercó su rostro al suyo.

—¿Qué sabes? —preguntó en tono furibundo.

Ella se zafó.

—¿Te informo de que estaba embarazada y que di a nuestra hija en adopción y eso no significa nada para ti? Pero ¿menciono a un dictador de Oriente Medio y entonces me prestas atención? ¡Vete al infierno! —exclamó.

Kit se interpuso en su camino.

—Déjate de melodramas, dime qué sabes y quién te lo dijo.

Ella lo esquivó.

—¡Olivia!

Ella se detuvo y lo miró.

—¡No uses tu tono diplomático conmigo! No soy uno de esos déspotas del tercer mundo que serán derrocados la semana que viene. Esto... —dijo, indicando el cuerpo completamente bronceado de Kit—, esto es para que parezcas más árabe. Los militares, en concreto un individuo que según dijiste era tan ancho como alto, e incluso mencionaste que era como un oso de tebeo, te recogerá dentro de dos semanas. Te darán veinte minutos para hacer el equipaje y marcharte. ¡Y tú obedecerás! Al diablo con nosotros y nuestra familia, lo único que te importaba era Muamar Gadafi.

Cuando Kit se dispuso a hablar, ella ya sabía qué diría. Le diría que estaba pronunciando mal el nombre. ¡Siempre tan perfeccionista! Se inclinó hacia él con la cara enrojecida de ira.

—¡No te atrevas a decirlo!

Pero él ignoraba a qué se refería.

—En realidad, se llama...

Ella se tapó las orejas y soltó un alarido tan agudo que el pavo real graznó y los chicos acudieron a la carrera.

—¡Largaos! —ordenó Kit, y los niños y el ave obedecieron.

Cuando volvieron a estar solos, él miró a Olivia.

—Debes decirme de qué va todo esto. ¿Acaso hablo en sueños? ¿Es por eso que conoces mi... mi misión?

Olivia mantenía los brazos tensos y los puños cerrados.

—¡No! Tú me lo contaste cuando finalmente nos casamos... dentro de más de cuarenta años. Pero para entonces la vida me habrá machacado hasta tal punto que me habría casado con el mismo Gadafi si eso hubiese supuesto una forma de

escapar de mi hijastro y su mujer.

La expresión dura e inflexible que perfeccionaría a medida que envejecía abandonó el rostro de Kit.

—¿Estabas dispuesta a casarte conmigo ahora porque creías que esperabas nuestra hija?

—¡Sí! Creía que no tenía otra opción en esta época no ilustrada, en la que, en el mejor de los casos, una madre soltera es considerada digna de lástima. Esta época apenas es mejor que la de los puritanos.

—Creías —dijo él en voz baja—. Tiempo pasado.

—Sí. Pasado. Acabado. Ahora sé que tengo otras opciones. Tengo libertad. No tengo que casarme con el pequeño y vanidoso Alan Trumbull solo para que su hijo ocupe el lugar de la niña que perdí. No tengo que ver la mirada de nuestra hija cuando le digamos que somos los padres que... —La energía proporcionada por su ira se estaba disipando—. Que la abandonaron.

—Ven conmigo —dijo Kit en tono suave y tierno—. Quiero mostrarte algo.

—No quiero ir a ninguna parte contigo. ¡Te aborrezco! Me mentiste, me abandonaste.

—Lo sé —dijo Kit y le cogió la mano.

Olivia se sentía demasiado mal como para hacer otra cosa que seguirlo. Había pasado días casi sin dormir y de una tristeza interminable. Nadie le prestaba oídos y nadie le creía. Incluso cuando se trataba de cosas nimias, como decirles que debían comprobar los conductos de gas del sótano, le respondieron que no se metiera donde no la llamaban. Y cada vez que le colgaban el teléfono, con cada advertencia, lo único que pensaba era que todo eso ocurriría por culpa de Kit. ¿Merecía la pena? ¿Es que su futuro debía depender de él? ¿No existía otra opción? ¿Una alternativa?

Las lágrimas de ira le nublaban la vista, pero vio que la conducía al estanque. A un lado estaban las grandes toallas que utilizaban cuando nadaban dos veces diarias, pero allí no había nadie más; se le ocurrió que los ancianos no dejaban salir a los niños, «para alejarlos de mí y de mi mal humor», pensó.

Kit le lanzó una sonrisa muy dulce.

—¿Te encuentras mejor?

Ella se restregó los ojos con el dorso de la mano y asintió.

—Sí, pero eso no cambia nada.

Sin dejar de sonreír, Kit se inclinó, la recogió, la hizo girar y luego la arrojó, como una lanza humana. Olivia salió volando y aterrizó en la parte más profunda del estanque y la violencia del impulso hizo que acabara debajo del agua. Todo muy inesperado, así que luchó por alcanzar la superficie.

Cuando sacó la cabeza del agua, Kit estaba a su lado.

—¡Cabrón! —gritó y empezó a nadar hacia la orilla, pero Kit la agarró del tobillo—. ¡Suéltame!

—Tengo unos primos que...

—Sí, lo sé —dijo ella en tono furioso—. Estamos casados, ¿lo recuerdas? Conozco a toda tu familia.

La falda se le enganchaba en las piernas y le costaba mantenerse a flote.

—En el año veintitantos, ¿no es así? Pero eso es imposible: el mundo se acaba en el 2000.

—Ni siquiera afecta a los relojes de los ordenadores. Debo regresar y dar de comer a los niños.

—No has pensado en ninguno de nosotros durante los últimos días, así que para qué molestarte ahora. Lo dicho, tengo unos primos, un montón de individuos prosaicos, que afirman que nosotros, los Montgomery, somos medio peces. Puedo quedarme aquí todo el día, y lo haremos hasta que me lo cuentes todo.

—De acuerdo, te lo contaré.

Olivia empezó a nadar hacia la orilla, pero él volvió a agarrarla del tobillo. Ella apretó los labios y calló.

—Al principio no me importó que dijeras que era un chico inútil. Sabía que el deseo por mí te abrumaba, así que...

—¡Eso no es verdad!

—No pasa nada, el sentimiento era mutuo. Supuse que al final te dejarías convencer.

—¡Ja!

Él se sumergió y apareció al otro lado de ella.

—Pues te dejaste. Una y otra vez —dijo, nadando en torno a ella—. Una y otra vez.

—¡Vale! —Una parte de su enfado comenzaba a desaparecer—. El sexo era muy bueno, lo reconozco, pero estar juntos supone algo más que eso.

—¿Confianza? ¿Sinceridad? ¿Compartir cosas?

Ella le lanzó una mirada furibunda.

—¿Como cuando me contaste lo que hacías por tu país? ¿Sabes qué me dijiste?

—¿En el futuro, quieres decir? ¿Cuándo estemos casados? —preguntó en tono burlón.

—¡Sí! Entonces. Dijiste que fuiste un idiota por pensar que tu país era más importante que yo.

Kit dejó de chapotear y su sonrisa pícaro se borró.

—A que eso se te parece, ¿verdad? Para que lo sepas, no regresas de Libia hasta tres años después y en un avión ambulancia; tardas un año en recuperarte y el ejército ya no requiere tus servicios.

Kit parecía tan desolado que casi sintió lástima por él. Casi. Nadó hasta la orilla y cogió una toalla.

—Quiero que me lo cuentes todo —dijo él a sus espaldas.

—Te niegas a escuchar. Nadie me escucha. Durante los últimos días he inventado más mentiras que en toda mi vida. Intentaba salvar vidas... excepto que todo era mentira. Yo... —Olivia se sentó en el suelo con la toalla alrededor de los hombros y contempló las aguas. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz baja—. Tú y yo nos tratamos con tanta cortesía... Hicimos un pacto, acordamos que jamás hablaríamos de todo lo malo que nos había sucedido, de todo lo que nos perdimos por estar separados.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Kit se sentó a su lado y empezó a frotarle la espalda con la toalla.

—Después de casados. Para entonces, tú eras muy famoso y...

—No, por favor —dijo él.

—No como George y Amal, pero... —Kit pareció desconcertado y ella agitó la mano—. Eres famoso en el mundo de la política. Resuelves problemas para otros países. Solo que eras incapaz de resolver tu propia vida. Tu primera esposa te disgustaba profundamente. Rowan dijo... —pero se interrumpió.

Kit dejó de frotar.

—¿Me casé con otra persona, no contigo? —preguntó en tono incrédulo.

Parecía tan sincero que ella lo miró. El labio volvía a sangrarle.

—Después de Libia viniste aquí, a Summer Hill. Me viste, pero creíste que

estaba casada y que era la madre del hijo de otro hombre. Tu orgullo impidió que le preguntaras la verdad a algún habitante de la ciudad. Pero... —Olivia volvió a contemplar el estanque—. Pero por otra parte, yo aún te odiaba por haberme abandonado. Estoy segura de que si hubieras aparecido te habría aplastado bajo una nevera.

—Nunca te abandonaría —dijo él—. Si viniesen a recogerme te haría saber dónde estoy.

—Pero me abandonaste, de algún modo. Dejaste una nota y el anillo en la caseta del pozo, pero no los vi. No soportaba volver... volver allí.

Kit la rodeó con el brazo y le apoyó la cabeza contra su hombro.

—Quiero que me lo cuentes todo, desde el principio. Cada palabra. ¿Qué pasó el día que vinieron a recogerme?

—Fui a Richmond —contestó ella—. Estaba enfadada porque el día anterior metí la pata y te dije que te amaba. Tú no dijiste nada, permaneciste callado.

—¿Porque no te amaba? —preguntó Kit.

—Eso fue lo que creí en aquel entonces, pero no. —Olivia tomó aire—. Tenías el anillo de tu abuela y pensabas pedirme que me casara contigo antes de partir.

Él asentía, lo comprendía.

—Pero mientras estabas en Richmond vinieron a por mí y cuando viste que me había ido te enfadaste tanto que no viste la nota que oculté en la caseta del pozo. ¿Es así?

—Sí.

—¿Qué ponía en la nota?

—Me pedías que te esperara, que me casara contigo y que fuera a casa de tus padres.

—Pero si lo he entendido bien, tu orgullo, y tu enfado, además de tu falta de confianza en mí, impidieron que vieras la nota.

El último resto de la ira de Olivia se desvaneció. Culparse a sí misma por lo ocurrido era demasiado doloroso, una cosa era bromear sobre su estupidez al no creer en Kit, pero otra muy distinta era ver a cuántos les había hecho daño con su orgullo tozudo.

—Podría haberte llamado por teléfono —dijo él—. Estoy seguro que me dejaron llamar a mis padres antes de partir. Mi padre tiene mucho poder en algunas partes del mundo. Debería haberte llamado y escabullirme para enviarte

una carta.

Ella sabía que él estaba cargando con la culpa, una culpa por algo que todavía no había ocurrido... y que entonces jamás ocurriría.

—¿Quién es Rowan?

—Tu hijo. Es un agente del FBI y tú quieres que se junte con la pequeña y bonita Stacy, que es una de las numerosas hijas de Ace, pero ella prefiere a Nate Taggart. Eso te afectó muchísimo.

Kit la contemplaba con mirada de espanto.

—Esas cosas parecen reales.

—Lo son. Compraste la Casa del Río para mí porque tú y yo lo pasamos tan bien allí. Además, tengo que abrir una consulta, debería matricularme en la Universidad de Virginia para estudiar psicología. —Olivia lo miró—. Pero si no me caso contigo no es necesario que haga nada de todo eso.

Él le besó la frente.

—Por supuesto que te casarás conmigo, de lo contrario nuestra hija no tendrá un padre, así que empecemos por el principio. Te dejé una nota sincera y un hermoso anillo y tú fuiste demasiado tozuda para buscarlos. Sigue desde allí.

Olivia se disponía a protestar, pero como solía hacerlo con frecuencia, Kit intentaba hacerla reír.

—Regresamos de Richmond y tú no estabas —dijo.

—¡Espera! Acerca de... —Se pasó las manos por sus tupidos cabellos negros—. En el futuro, ¿soy...?

—¿Calvo? —Finalmente, ella esbozó una sonrisa—. Tus cabellos son tan tupidos como ahora y de un maravilloso color plateado. Eres un hombre guapísimo y siempre lo serás.

—¿Para ti o para el resto del mundo?

—Para mí. Otras mujeres te consideran repulsivo.

Kit rio.

—Muy bien. Prosigue. Dime todas las cosas horribles que no te he hecho, pero si dispones de un momento, me gustaría que me hables de los ordenadores que no dejas de mencionar. ¿Y quién es Google? No has dejado de quejarte acerca de lo mucho que lo necesitas. ¿Debo sentir celos?

—Estaba...

Olivia empezó a hablarle del dolor que sufrió durante el embarazo, de lo que

Alan le había hecho, de... Pero se detuvo. Kit tenía razón: lo que había ocurrido en el pasado ya no tenía importancia y esa vez, no quería hacerlo todo sola. No quería quedarse sola durante el embarazo, ni lidiar con hombres como Alan y con su hijastro y su mujer. Y en ese preciso momento, no tenía ganas de seguir lidiando con los años setenta. «Conserva la música de esos años —pensó—. Pero deshazte de esa actitud de yo-no-me-involucro.»

No sabía qué le deparaba ese nuevo futuro, pero las cosas eran como lo que Kit había dicho esa noche, después de que el tío Freddy no se ahogara en el estanque: «Ahora mismo, en este preciso momento, lo tenemos todo para ser felices.»

Cuando habló, no mencionó lo que había pasado para que su vida fuera triste.

—Te encanta la tecnología —dijo—. A mí me gusta el correo electrónico, pero es que a ti te gusta todo. Envías textos, tuiteas y envías emoticonos. Cuando me enfado tanto con mi ordenador portátil que me entran ganas de aplastarlo con un coche, tú lo arreglas en menos de diez minutos.

Él se tendió a su lado.

—Me parece que este cuento me gusta más que el de Harry Potter. ¿No tiene ninguna canción?

Olivia rio. Daba igual que algunas historias fueran reales y otras inventadas. Si aún no habían ocurrido, todas podrían ser una fantasía.

—¿Tienes inconveniente que los chicos oigan esta? —preguntó Kit—. Quizá puedas decirles más cosas acerca de sus vidas futuras. ¿Y las hijas de Ace? ¿Cuántas tiene? No, espera: demasiadas mujeres.

—Él no se acuesta con las madres.

—Por favor, dime que en el futuro no han arreglado eso. —Soltó un silbido suave y, como los enanos en Ciudad Esmeralda, aparecieron los ancianos y los niños—. Vamos —dijo Kit—. No estoy seguro, pero creo que nuestra Livie ha regresado. ¿Quién quiere nadar mientras ella nos habla del futuro?

—¿Montan en dragones? —quiso saber Ace.

—Vuelan con ala delta —contestó Olivia—. Tú lo harás en Namibia.

—¿Hay historias maravillosas? —preguntó Letty.

—Sí, y tu hijo las contará en las películas.

—¿Habrà comida que se cocina sola? —preguntó el tío Freddy.

—Los microondas pueden cocer un pollo en diez minutos.

—Me gustaría un coche que se conduzca solo —dijo el señor Gates.

—Una voz del GPS te informa sobre cómo llegar a cualquier lugar. —Olivia se encogió de hombros—. Aún deben perfeccionarlo.

De pie, envuelta en su vestido mojado, Olivia los contempló. No podía salvar la ciudad, pero a lo mejor no debía hacerlo. Quizá solo debía cambiar un diminuto fragmento del universo, tal vez esas personas, en ese preciso momento, lo eran todo. Quizá no se trataba de la duración de la vida sino de lo que sucedía mientras estabas allí. Sea cual sea la verdad, no pensaba malgastar uno único segundo más en reflexionar sobre lo que había ocurrido, lo que no había ocurrido, lo que podría haber ocurrido, lo que ocurriría.

Ace gritó que él era Harry Potter montado en *Desdentado* y Letty gritó que ella era Hermione montada en *Stormfly*. El tío Freddy empezó a cantar *Let It Go* y los demás unieron sus voces a la suya.

Mientras cantaban la segunda estrofa Kit le lanzó una mirada a Olivia que manifestaba que después harían el amor. Ella meneó la cabeza y alzó la mano izquierda. Su mirada expresaba lo siguiente: «No me tocarás si no llevo un anillo en el dedo.» Si en ese momento no estaba embarazada, estaba convencida de que lo estaría la próxima vez que ambos se dieran un revolcón... ¡y no pensaba volver a pasar por todo eso otra vez!

El tío Freddy y el señor Gates habían visto el gesto y procuraban ocultar sus risas.

—Soy Voldemort y monto en *Skullcrusher* —gritó el tío Freddy, y el señor Gates empujó la silla de ruedas mientras perseguían a los niños.

Olivia dio un paso atrás y contempló a la familia que la rodeaba. Kit hacía girar a los niños en un intento de simular el vuelo de un dragón. El señor Gates hacía girar la silla del tío Freddy sobre una rueda. Las risas y las melodías flotaban en el aire.

«Ahora —pensó—. Esto es lo que realmente importa. Este momento único, perfecto y dichoso.»

Cuando Olivia abrió los ojos no tenía ni idea de dónde estaba. Mientras miraba el escritorio delante de los estantes vacíos los recuerdos comenzaron a invadirla. Alan, Kevin y Hildy. ¡No! Eran Kit y Tisha y los chicos, era Summer Hill, lavadoras y grandes camiones de reparto. ¡No! Eran embajadas de todo el mundo.

Alzó la mano, la miró y vio las arrugas y las manchas de la piel que ni toda la protección solar del mundo era capaz de evitar.

A su lado, Kathy y Elise aún estaban sentadas en sus respectivas sillas, ambas sonrientes. Estuvieran donde estuvieran —y en el año que estuvieran— parecían felices.

Cuando Olivia se puso de pie, sus articulaciones crujieron y se sintió entumecida y lenta. «La edad», pensó. Poco a poco, empezó a pensar con claridad, su vida con Kit se volvía un poco más nítida que su existencia con Alan. De pronto se le apareció la imagen de su padre montado en un camello; había aprendido a cruzar las piernas en la silla de montar y empujar para que el animal mantuviera la cabeza gacha y avanzara. Su madre solía reír encantada al ver los nuevos, maravillosos y musculosos muslos de su marido. Como hija suya, Olivia debería haberse sentido avergonzada, pero no era así. Pero por otra parte, su madre dijo que casarse con Kit había convertido a Livie en un alma vieja.

Kit comentó que la había obligado a madurar. Olivia replicó que tener que lidiar con la vida de él la agotaba tanto que había envejecido demasiado pronto.

La idea la hizo sonreír, se estiró intentando flexionar los músculos y tomando

nota de los cambios corporales. Su vientre era más abultado, la piel menos tersa. Durante un momento apoyó la mano y cerró los ojos: tener cuatro hijos le había estirado la piel. ¡No había dejado de protestar a Kit por eso! Pero, por supuesto, lo que quería era que le asegurara que todavía la amaba, aunque su bello cuerpo veinteañero hubiera desaparecido. Siempre lo había demostrado haciéndole el amor. Al igual que su cabello, esa parte de él nunca había perdido el vigor.

Abrió la puerta de la oficina y se apoyó contra el marco. ¡Tenía demasiadas cosas en la cabeza! Recordaba claramente haber abandonado a Tisha, pero también haber sostenido a su hija en brazos en presencia de Kit y su familia. Un excelente hospital y su personal lograron salvar el sistema reproductor de Olivia después del parto complicado. En aquel entonces Kit aún estaba en Libia, pero lograron informarle de que su mujer y su hija se encontraban bien.

En ese momento los recuerdos de las lágrimas estaban mezclados con ideas dichas. Recuerdos de viajes realizados con Kit se combinaban con otros dedicados a dirigir tiendas de electrodomésticos. La inactividad de Kevin, incluso de niño, se confundía con la ardiente energía de ella, Kit y los hijos de ambos.

Cuando Olivia abrió los ojos, vio a Arrieta, que la miraba con expresión preocupada.

—¿Estás bien?

Olivia se apartó de la puerta.

—Creo que sí, pero aún tengo que despejarme un poco.

—Ven a tomar una taza de té. He preparado unas galletas de nata.

Olivia se sentó ante la mesa y bebió un sorbo de té. De pronto levantó la cabeza.

—¡Mi padre! ¡No murió ante su mesa de trabajo! —Comenzó a recordar—. Monté un escándalo y lo obligué a visitar al cardiólogo. La familia de Kit consiguió que lo atendieran muy bien. Empiezo a recordarlo lentamente. —Tomó una galleta—. Kit y yo somos los dueños de toda la finca Camden. Fue un regalo de bodas de sus padres. ¡Ah! Y me licencié en psicología, atiendo a pacientes. —Olivia sonrió—. Tras nuestra pequeña boda, mis padres se pusieron muy contentos cuando les dije que hasta que Kit regresara volvería a la universidad para estudiar psicología. Mi padre dijo que medio mundo estaba loco, así que siempre tendría trabajo. —No pudo evitar las lágrimas—. ¡Los

echo tanto de menos!

Se llevó las manos a la cabeza.

—Si pienso en una persona o un lugar, los recuerdo. Pero también sigo recordando mi vida con Alan con claridad. ¿Se casó con Diane y tuvieron a Kevin? Y ella, ¿murió? ¿Y Willie? ¿Qué sucedió con todos ellos? —Se restregó la frente—. Me parece recordar que Electrodomésticos Trumbull fue vendida. Creo que hoy es una mueblería. —Reflexionaba intensamente—. ¡Un momento! Alan y Willie se casaron. Yo estaba en Richmond en aquel entonces, viviendo con mis padres y embarazada. Me alegré mucho cuando se casaron. Mamá dijo que ignoraba que los conociera y, en efecto, no los conocía. No en esa vida.

Olivia miró a Arrieta.

—¡Se divorciaron! Ahora lo recuerdo. Willie abandonó a Alan y se casó con aquel hombre que construía casas chabacanas cerca de Camden Hall. Kit dijo que ojalá hubiera comprado ese terreno en recuerdo de... —Olivia sonrió—. De nuestra apresurada carrera desnuda a través de aquel terreno. El Joven Pete aún conserva mi sujetador enmarcado en su casa. Me pregunto si también tiene el de Elise. ¿Ocurrió esa aventura con ella? ¿O también quedó borrada, como mi matrimonio con Alan?

—No lo sé —dijo Arrieta—. Soy una novata —añadió, lanzándole una mirada dura a Olivia—. Pero es necesario que lo sepas todo si has de hacerte cargo del trabajo de la doctora Hightower.

—Ah —dijo Olivia—. Ese recuerdo está sepultado debajo de todo lo demás. No sé si podré.

—Debes hacerlo —dijo Arrieta—. Y debes mantener lo que haces en secreto. Por eso me mudé aquí: para estar cerca de ti.

Estaba tan asustada que parecía a punto de desmayarse.

Olivia se levantó, la rodeó con el brazo y la acompañó hasta una silla.

—Todo se resolverá, ya lo verás. —Echó un vistazo a la puerta—. ¿Cuánto tiempo permanecerán en trance?

—Hasta que las despierte. Me concentro mucho, les digo que regresen y entonces vuelven. Pero esas dos están tan felices que podrían quedarse en trance para siempre. No quieren despertar.

—¿Y yo, sí?

—No creo que hayas resuelto todos los problemas de tu vida. La tía Primrose

me dijo que esto podía ocurrir. Resulta más fácil cuando las personas solo regresan unos años atrás, pero tú regresaste al pasado remoto... y viviste dos vidas completas. Te resulta más difícil solucionarlo todo.

—No comprendo por qué. Alan y Willie se divorciaron; deberías haberlos visto en el hospital cuando él agonizaba: ella no dejaba de llorar, no dejaba de suplicarme que encontrara la manera de curarlo.

—¿Cómo podrías haberlo hecho?

—No lo sé —dijo Olivia—. Parecían creer que yo era capaz de lograr cualquier cosa. —Hizo una pausa—. Necesito respuestas. Sé dónde viven Willie y su segundo marido. Debo ir a verla. Ahora. ¿Puedes...?

—¿Puedo mantenerlas dormidas hasta que vuelvas? Lo intentaré, pero querrán que estés aquí cuando despierten, sobre todo Elise. Esa chica ha llegado a quererte.

—Es mutuo.

—Tómate tu tiempo. Haz lo que debas hacer.

Minutos después, Olivia conducía a lo largo del Camino Rural 77 en dirección a la ciudad. Willie y su marido vivían en una gran casa en las afueras. Olivia solo la había visto una vez y todo el mundo hablaba de ella. «Es como ese horrendo lugar donde vivían Kevin y Hildy», pensó, pero entonces eso era en un tiempo que nunca existió.

Mientras recorría lentamente la ciudad recordaba la ocasión en la que Kit la había acompañado a visitar casas. Miró cada una y pensó en quién vivía en ellas y qué les había ocurrido. Aunque procuró advertir a los habitantes, casi siempre habían ocurrido las mismas tragedias y en ese momento las consideraba como sus fracasos.

Pero cuando llegó al final de la calle, aparcó y apagó el motor. La casa amarilla situada al final de la calle no había sido el escenario de una espantosa tragedia. La chica que se crio allí no se había cortado las venas porque la acosaban en el instituto.

Al principio el recuerdo era borroso, pero cuando Olivia contempló la casa se volvió más claro. Ella, Tisha y Kit estaban de vacaciones en Summer Hill. En aquel entonces, Olivia ya se había licenciado, pero casi no ejercía. Se encontraban junto al lago haciendo un picni cuando vio que dos chicas se burlaban de otra y la chica parecía estar a punto de echarse a llorar.

Olivia no sabía por qué se sentía atraída por la situación, pero sabía que debía intervenir. Los padres de Lisa, la chica, estaban demasiado ocupados y eran demasiado extravertidos como para ver lo que le hacían a su introvertida y silenciosa hija. Olivia invitó a la chica al picnic y después de aquel día iniciaron una correspondencia. Cuando Olivia regresaba a Summer Hill, hablaban.

El día en el que Lisa se hubiera suicidado, Olivia sabía que debía dirigirse al instituto. Ignoraba el motivo, pero echó a correr hasta el vestuario de las chicas justo a tiempo para evitar que los chicos entraran y le devolviera su ropa a Lisa.

Después, Olivia mantuvo largas conversaciones con la directora acerca de esas chicas malcriadas y también con los padres de Lisa.

En el presente, Lisa estaba casada, tenía dos hijos y era maestra en la escuela primaria.

Olivia se quedó sentada en el coche unos momentos, recordando. «Es como esperar que la nata suba a la superficie», pensó. Tal vez no había logrado salvar a todos, pero al menos había tenido éxito con unos pocos.

Cuando enfiló el camino de entrada de la casa de Willie, se preguntó con qué se encontraría. Durante esas tres semanas en las que permaneció en 1970, Kit había disfrutado con historias sobre internet, los móviles y las entregas inmediatas con la pasión de un adicto. Pero le disgustó profundamente lo que ella le contó de su matrimonio... y estaba en desacuerdo con todo ello.

—Fui yo la que se metió en su vida —dijo ella—. Necesitaba un niño a toda costa. No lo comprendes porque no eres una madre.

—Lo que no comprendo es a los hombres que no mantienen a sus familias —dijo él.

Olivia no logró que Kit entendiera que Alan era distinto a él, mucho más débil, y que no había gozado de las ventajas de Kit. Todo fue en vano.

Llamó al timbre y esperó, con el corazón palpitante. Cuando Willie abrió la puerta Olivia recibió una sorpresa agradable: Willie ya no parecía alguien que jamás había hecho ejercicio, era delgada, estaba maquillada y sus cabellos eran suaves y lustrosos. Tenía más de sesenta años, pero muy buen aspecto.

—¡Olivia Montgomery! ¡Encantada de verte! —exclamó Willie—. ¿Cómo está tu familia?

—Muy bien, ¿y la tuya? —Trataba de recordar lo que sabía a partir de sus vidas. Willie y Alan. Willie y su marido constructor. Willie y...—. Alana es tu

hija y tú eres la madrastra de Kevin.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho ahora? No habrá intentado venderte algo, ¿verdad? Lo siento, he olvidado mis modales. Acabo de preparar té helado, entra y tomaremos un poco.

La cocina de Willie era bonita, luminosa y limpia, y se sentaron ante una mesita con vasos de té helado.

—Bien... —dijo Willie, informando a Olivia de que estaba dispuesta a escuchar.

—Sé que no nos conocemos mucho, pero...

—¿No recuerdas que conocí a Alan a través de ti? ¿Que me invitaste a esa liquidación de electrodomésticos?

Olivia lo recordaba perfectamente, pero ella no los presentó.

—Diane...

Willie rio.

—Correcto. Tú y el hombre con el que te casaste encerrasteis a Alan y a Diane en aquel armario. Me pareció muy cómico. Cuando el señor Trumbull lo abrió se estaban besando. Que convirtiera algo malo en algo bueno me pareció genial por parte de Alan. Se casó con Diane y cuando ella murió...

Willie se encogió de hombros.

—Tú estabas allí.

—Para mi desgracia —dijo Willie, cambiando de expresión. Se levantó y fue en busca de unas galletas—. Toma una. Yo no puedo, porque engordo solo oliéndolas.

—¿Te casaste con Alan?

—Sí, me casé con ese gilipollas holgazán. —Willie agitó la mano—. No debería hablar mal de los muertos, pero después de todo lo que pasé con ese hombre puedo decir lo que me venga en gana. Aunque tú no querrás oírlo.

—¡Sí! —dijo Olivia—. Quiero oírlo todo.

—¿Ves esto? —preguntó Willie, indicando su nueva e inmensa casa—. Esto es lo que se supone que un hombre debe proporcionar a una mujer: un hogar —añadió, moviendo la mano izquierda y mostrándole un gran anillo de diamantes—. Esto es lo que se supone que debe darle, pero Alan no hizo nada. ¡Era un parásito! No me creerás, pero esperaba que yo me encargara de dirigir esa tienda de electrodomésticos, y su madre era igual que él. Eran como dos criaturas de

ciencia ficción que se pegaban a ti como lapas y te chupaban la sangre.

Se agarró un mechón de cabello y le pegó un tirón.

—Todavía me da tanta rabia que tengo ganas de gritar —dijo y soltó el mechón—. Alan ideó planes grandiosos que consistían en abrir más tiendas y aseguró que él se ocuparía de todo. Así que su madre compró una tienda y Alan fue a jugar al golf. Una vez me enfadé mucho y le exigí que me mostrara sus palos de golf: el muy cabrón no tenía ninguno. No estoy segura, pero creo que tenía una aventura ¡y esperaba que yo lo mantuviera a él y a su amante! —Se inclinó hacia delante—. En cuanto nació nuestra hija me largué —añadió, haciendo una mueca—. ¡Cuando pienso en ese hombre...! ¿Sabes cómo conoció a su tercera mujer? —preguntó, sin esperar la respuesta de Olivia—. Había una muchacha que trabajaba en la oficina de Alan. Los números y el trato con la gente se le daban muy bien. Una auténtica joya. Un día, cuando yo ya trabajaba para mi actual marido, Alan vino a verme y dijo que quería llevarse a Alana por un día. Me pareció extraño, porque en general no le prestaba mucha atención, pero a caballo regalado no le mires los dientes, no sé si me entiendes.

—Sí, desde luego —dijo Olivia.

—Alan se llevó a nuestra hija al trabajo e interpretó el papel de hombre indefenso, algo que se le daba pero que muy bien. ¿Alguna vez has conocido a uno que haga eso?

—Sí —contestó Olivia—. Íntimamente.

—En fin, Alan le dijo que yo era una exesposa perezosa, que no tenía a nadie que lo ayudara, etcétera. Seis meses después se casaron y ella se divorció dos años después. Lo sé porque ella vino para pedirme disculpas por todas las cosas malas que había pensado de mí.

—No fui yo —susurró Olivia.

—¿Tú? —dijo Willie—. No puedes referirte a ti y a Alan. Es inimaginable que alguien como tú se enamorara de un holgazán como Alan Trumbull.

—Solo si hubiese sufrido un trauma tan espantoso que me hiciera pensar que merecía ser maltratada.

Willie la miró un momento.

—Es verdad, tú eres una psicóloga, ¿no? A lo mejor debería pedirte una cita y hablarte de lo mal que me hizo sentir Alan. Logró convencerme de que no me merecía más de lo que él me brindaba... que era bastante poco.

—¿Qué le pasó a Kevin?

—Pobre chico. Es muy parecido a su padre, se casó un par de veces, pero aquello no duró. No tiene hijos.

—¿Una de sus esposas se llamaba Hildy?

—¡Uau! Tienes buena memoria. A los veinte salía con una muchacha fornida llamada Hildy, pero para entonces las tiendas de electrodomésticos empezaron a fracasar. Cuando ella abandonó a Kevin eso lo afectó muchísimo. Personalmente, creo que quería un hombre con dinero.

—¿Sabes qué le ocurrió a ella?

—¿No actuó en esa obra que vosotros montasteis el año pasado? ¡Fue estupenda! Me parece increíble que consiguierais que dos importantes estrellas de cine actuaran en Summer Hill. ¿Quieres más té?

Olivia se puso de pie.

—Quiero ir a ver mi hogar —dijo—. Quiero recordar todas las cosas buenas y, sobre todo, quiero perdonarme a mí misma.

Willie la miraba como si pensara que no estaba en su sano juicio.

—Claro. Te acompaño hasta la puerta.

Mientras Olivia montaba en su coche lo único que lograba pensar era que ella no era la culpable de las desgracias de Alan. Su capacidad de hacer cosas, de dirigir varias tiendas de electrodomésticos, una casa y cuidar de un niño difícil eran cosas que él quería. Pero la había hecho sentirse...

Olivia tuvo que detener el coche a un lado de la calle, ocultar el rostro entre las manos y permitirse las lágrimas, pero eran lágrimas positivas, de alivio. ¡Había cargado con tanta culpa! Durante todos esos años en los que estuvo casada con Alan creyó que le había estropeado la vida. Si no lo hubiera perseguido, él habría encontrado una muchacha dulce como Willie, habrían sido una familia y habrían sido felices.

¡Pero eso no era verdad! Alan consiguió la mujer que amó durante tantos años... pero sin que Olivia los mantuviera trabajando seis días a la semana no eran dichosos. Willie dijo que Alan era un parásito, pero ¿acaso Willie no lo era también? Lo único que había dicho sobre su marido actual era que podía brindarle una buena casa y anillos en los dedos.

Olivia miró por el parabrisas. Se había esforzado por brindarles a las personas lo que estas dijeron que querían. Alan dijo que quería más tiendas y que ella

fuera una esposa para él y se refería a que ella dirigiera la casa además de las tiendas, que cuidara de Kevin y lo rescatara. Intentó que Alan se sintiera como un hombre.

Olivia empezó a sonreír. Willie tenía razón cuando dijo que Olivia jamás se enamoraría de un hombre como Alan: él y sus tiendas fueron un castigo por la culpa que sentía tras perder a su hija.

¡Pero eso no había sucedido! Cerró los ojos unos instantes y recordó ver a su bella hija convertida en adulta. Tisha había sido una niña silenciosa que adoraba estar con sus padres fueran a dónde fueran. Durante años fueron un trío dichoso que se conformaba con seguir a Kit alrededor del mundo. Él volvía a casa y les decía que se trasladarían a Yemen... o Dubái o Marruecos.

En general, a un lugar de Medio Oriente, puesto que esa era la zona en la que Kit era un experto. Él dejaba que su esposa y su hija se encargaran de hacer las maletas y mudarse: Rowan dijo que eso fue con lo que tuvo cargar su madre, ¡pero a Olivia le había encantado!

«Es irónico», pensó. Kit había adorado lo que a Olivia se le daba bien, Alan lo había aborrecido y envidiado. Cuando lograba hacer algo importante en su vida Alan lo había despreciado y después había dicho algo malévolo para humillarla, pero con Kit, cuando lograba realizar una tarea importante él se lo había agradecido, la había elogiado, la hacía girar entre sus brazos y le hacía el amor.

Al pensar en la vida de la que disfrutó junto a Kit su sonrisa se ensanchó, una sonrisa profunda que se inició bajo el torso y después ascendió, para finalmente invadir todo su cuerpo... y esa sonrisa expulsó la culpa. Esa con la que cargó todos esos años junto a Alan. La culpa por su hija desapareció y también la penitencia a la que se había sometido dejando que Alan la castigara sin cesar.

Cuando la sonrisa alcanzó sus labios, Olivia supo que era una persona diferente. Libre de culpa. Y lo mejor de todo era que ya no miraría atrás. «Ya no sentiría remordimientos.»

Olivia arrancó. Quería ver su hogar pues pese a todos los viajes, la pequeña ciudad de Summer Hill, Virginia, era lo que consideraba su hogar.

Cuando atravesó la entrada vio al Joven Pete, que le lanzó una media sonrisa. Recordó el vínculo formado entre Kit y el encargado mientras trabajaban juntos en la gran finca. El primer empleo de Kit en Tattwell resultó útil. Cada vez que tenía que tomar una decisión importante cogía las herramientas del jardín y se

ponía manos a la obra.

Aparcó junto al Chalet de Diana... pero ese nombre había desaparecido. Junto a la puerta había una placa de latón donde ponía DOCTORA OLIVIA PAGET MONTGOMERY. PSICÓLOGA. Cuando la tocó surgieron más recuerdos. Vivieran donde vivieran, ella mantuvo su certificación porque sabía que era importante. No había recordado a Arrieta y su capacidad de modificar el pasado, pero Olivia había insistido en no dejar de formarse. En cierta ocasión, Kit se había puesto muy desagradable cuando ella regresó a Estados Unidos para asistir a unos cursos. Como no podía acompañarla, recurrió a todo su talento persuasivo para conseguir que se quedara. Argumentó que ella podía dejar caducar sus credenciales y renovarlas más adelante. Pero Olivia no cedió y le dijo que iría.

Él masculló que solo los dictadores eran tan inflexibles como ella. Olivia se lo tomó como un cumplido.

Abrió la puerta y entró. La sala de estar, donde ella y Elise habían estado sentadas con Ray —que no llevaba camisa—, era su sala de espera y donde se reunía con grupos de personas. Tenía pacientes que acudían en coche desde Charlottesville y Richmond para asistir a sesiones los sábados por la tarde que a veces duraban horas.

Atendía a pacientes individualmente en la habitación de la planta baja. Lamentablemente, el armario albergaba montones de cajas de pañuelos de papel.

Subió a la primera planta. Hacía solo unas horas, ella y Elise habían ocupado esas dos habitaciones, en una de las cuales Elise había cerrado la ventana temiendo ser descubierta. En el presente, esa habitación era el despacho de Olivia, repleto de estantes de libros, su escritorio y sus archivadores. Sabía que para refrescar su memoria examinaría todas las carpetas, escucharía las cintas grabadas y volvería a ver los vídeos. Sus pacientes se lo merecían.

La habitación donde se había alojado Livie aún era un dormitorio. Cuando Kit estaba de viaje ella a menudo dormía allí, rodeada de archivos y cintas. De vez en cuando algunas mujeres ocupaban esa habitación, ocultándose de un horror que habían sufrido.

Regresó a la planta baja y salió por la puerta trasera. La pequeña zona amurallada se había convertido en un jardín y ella sabía que en verano solía celebrar sesiones de grupo allí.

Recorrió el césped, más allá del gran prado delante de Camden Hall. Esa

mañana, cuando ella, Kathy y Elise se habían largado en el coche a la casa de una mujer de la que estaban seguras que era una timadora, la gran casa estaba vacía. Hacía años que nadie vivía en ella.

En 1970, Olivia solo le había hablado a Kit de la casa una única vez. Su reacción —como si ella hubiera querido casarse con él por el dinero de su familia— la había afectado tanto que no volvió a mencionarla.

Pero Kit lo recordó. La noche anterior a su diminuta boda se deslizó en su habitación de Tattwell y le entregó una vieja caja de zapatos. No dijo nada, dejó que su mirada pícara lo hiciera por él.

Ella supuso que era un gag, un regalo tonto para hacerla reír. Dentro de la caja había unos retales utilizados para confeccionar animales de peluche para los niños y en el centro un gran anillo de acero del que colgaban diversas llaves.

—¿Qué es esto? —había preguntado—. Si estas son las llaves de tu corazón, son demasiado pequeñas.

Él la besó y luego se tendió a su lado, cogió el anillo y sostuvo una vieja y oxidada llave.

—Esta es la de la verja, aunque me dijeron que nunca está cerrada con llave —dijo y empezó a recorrer las demás—. Esta es la del Chalet de Diana, Camden Hall, la Casa del Río y... —Kit se interrumpió porque Olivia lo miraba fijamente—. ¿No es lo que tú querías? Papá tuvo dificultades para hacerse con este lugar. Estuvo vacía todos estos años porque la familia no lograba ponerse de acuerdo sobre quién era el dueño. Lo resolvieron acordando que nadie podía hacer nada excepto pagar por el mantenimiento. Papá tuvo que convencer a un amigo de viajar a Birmania para que uno de los propietarios firmara la escritura. —Entonces la miró—. Por favor, dime que no has cambiado de idea.

—No sé qué decir —susurró ella.

—Dile a papá que es el mejor y que le pondrás su nombre a un hijo, y será feliz para siempre.

—¿Cómo se llama?

—Tulloch —dijo Kit.

—No merece la pena —dijo Olivia, guardó las llaves en la caja, la tapó y se la devolvió.

Él soltó una carcajada.

—Es un excelente nombre escocés, pero usarlo como segundo será estupendo.

Christopher Tulloch Montgomery II podría funcionar.

Cuando ella soltó un gemido, Kit la besó. Hubieran hecho el amor, pero Ace abrió la puerta, seguido de una somnolienta Letty. Como siempre, creyeron que ella estaba en casa de sus padres. Los niños habían estado silenciosos todo el día; les inquietaba la boda, temían que Olivia los abandonaría.

—Kit se marcha, pero yo me quedaré aquí mismo —Olivia volvió a decirles.

—Irás a Nueva York —dijo Letty.

Ambos niños estaban junto al pie de la cama.

—No, no iré.

Olivia les tendió los brazos y ambos se arrastraron hasta ella, Ace a un lado, Letty al otro, Kit en la punta.

—Quiero oír un cuento —dijo Kit.

—Con dragones —dijo Letty.

—Y caballeros —dijo Ace.

—Supongo que puedo contaros uno sobre Khaleesi y sus dragones bebé.

Los tres se acurrucaron junto a ella.

—Lo siento, George —susurró Olivia, dirigiéndose al autor y luego empezó—. Érase una vez una bella joven que debía casarse con un joven alto y guapísimo que llevaba los ojos pintados de negro, pero muy poca ropa. Montaba en un inmenso semental negro y era el soberano de una tribu feroz formada por más hombres guapísimos y...

Kit alzó la cabeza y la miró, pero Olivia solo sonrió y continuó con el cuento.

Todos se quedaron dormidos, abrazados entre ellos y solo despertaron cuando se disparó un flas. Era de mañana, su madre había llegado para ayudarle a Livie a vestirse para la boda y había tomado una foto de ellos.

Olivia miró la gran casa y supo que esa foto con un bonito marco estaba en una mesa auxiliar de la sala de estar. Una de las cosas que hizo mientras estaba en el pasado fue asegurarse de que se tomaran numerosas fotos. Su nuevo suegro le había enviado una cámara excelente desde Japón y ella empezó a fotografiarlo todo. Camden Hall estaba repleta de álbumes y fotos enmarcadas.

No entró en la casa sino que siguió caminando hacia la pared que separaba la Casa del Río. En tres ocasiones, esa caminata se había convertido en una huida desnuda por encima del gran muro exterior: primero con Kit, después con Elise y luego otra vez con Kit.

«Me parece que esta vez no me quitaré la ropa», pensó. Cuando alcanzó el río que fluía delante de la casa se detuvo. ¡Era extraordinariamente hermoso! Hacía años que ella y Kit eran los propietarios del lugar y recordaba cuánto tiempo le dedicaron; cuando se encontraban en otro país y veían un jardín que les gustaba, copiaban lo que podían en la Casa del Río. En dos ocasiones, Kit había arrancado todas las plantas y ambas veces tenía problemas con negociaciones diplomáticas y el trabajo duro en el jardín le ayudaba a ordenar sus pensamientos.

Durante años, ella, Tisha y Kit habían vivido en la Casa del Río. Camden Hall había estado vacía durante gran parte del tiempo; era demasiado espaciosa para los tres, así que la reservaban para alojar invitados y celebrar fiestas. Todos los años, Tisha celebraba una fiesta a la que invitaba a casi todos los habitantes de Summer Hill. Kit tiraba la casa por la ventana: contrataba caballos, invitaba a amigos que volaban desde el país que Tisha quería mostrarles a los niños. Un año habían traído un yak para enseñarles cómo se ordeñaba.

Tras el nacimiento de Tisha, pasaron años sin que nacieran más niños. ¡Y no porque ellos no lo hubiesen intentado! Visitaron varios médicos, pero ninguno descubrió un problema.

—*N'shalla* —dijo Kit—. Es la voluntad de Dios.

Cada vez que se presentaba la ocasión regresaban a Summer Hill e iban llenando la Casa del Río con tesoros de todo el mundo.

Entonces, cuando Olivia tenía casi cuarenta años, de pronto no pudo soportar el aroma de los limones. Creyó que se estaba resfriando, pero su ama de llaves egipcia le apoyó una mano en el vientre y rompió a reír.

Declan nació siete meses después, Rowan un año más tarde y el último fue Tully.

Mientras estaba embarazada de Rowan Olivia estaba preocupada. Ignoraba el motivo, pero no dejaba de pensar que algo podría salir mal. Una noche se echó a llorar y dijo:

—Él no será el mismo.

Solo entonces comprendió qué la había inquietado: en su otra vida, la madre de Rowan era otra persona y la segunda vez él era diferente. Siempre se había parecido a su padre, pero esa vez era rubio como Olivia y tenía su mismo sentido del humor. La vez anterior había sido un joven muy serio y taciturno, casi frío.

Pero por otra parte, se crio junto a unos padres enfrentados.

«El mismo, pero distinto», pensó Olivia.

Con la llegada de los niños, su vida tranquila, pacífica y ordenada en la que Kit ocupaba un lugar central dieron paso a... Olivia sonrió. Al caos más absoluto. Tras la dulce serenidad de Tisha, los niños supusieron una conmoción. Ruido, risas, peleas, accidentes, huesos rotos... Las reglas eran consideradas un desafío: parecían estar convencidos de que el más desobediente era el vencedor.

Ella y Kit dejaron sus frágiles tesoros en la Casa del Río y se mudaron a Camden Hall y pusieron barrotes en las ventanas de la primera planta. Kit redujo su carga de trabajo pero seguían mudándose a menudo y Olivia y los niños lo seguían a todas partes. Los niños se adaptaron a las nuevas lenguas, las chozas de paja y las tiendas de pelo de camello con extraordinaria facilidad.

En cuanto a Tisha, cuando cumplió los dieciocho optó por permanecer en Estados Unidos y asistir a la universidad. Dijo que estaba harta de recorrer mundo, pero nadie se sorprendió cuando se casó con un joven que quería ser diplomático. Lori, su hija, heredó el talento para las tablas de Olivia. Kit siempre consideró que, por su culpa, Olivia se había perdido una gran carrera en Broadway, así que compró un viejo almacén en Summer Hill, lo convirtió en un teatro y el verano pasado montó una obra protagonizada por su adorada nieta. Incluso convenció a su famoso primo actor para que fuera el coprotagonista. Resultó un éxito extraordinario y hasta les cambió la vida a muchas personas.

Durante unos instantes Olivia contempló las diferencias y las similitudes de las dos vidas. Casi siempre, las muertes habían acontecido en el mismo momento en ambas vidas. Las mismas personas se habían casado y divorciado. Le había preocupado que cambiar una cosa destruiría las cosas buenas, pero no fue así. Hubo algunos acontecimientos nefastos, como cuando el padre de Kit salió a navegar y nunca volvió. Todas las muertes casi acabaron con ella, pero al mirar hacia atrás, todo había sido casi igual.

«A excepción de Alan», pensó y, una vez más, la invadió aquella gran sonrisa: la culpa con la que había cargado durante gran parte de su vida finalmente había desaparecido.

Sobre todo se enorgullecía al recordar que había cambiado una vida de manera drástica. Al igual que la primera vez, Estelle sufrió un aborto espontáneo, pero sin sufrir un accidente automovilístico y una vez más, le dijeron que no podría

tener más hijos. En aquel entonces, Olivia estaba embarazada, vivía en Charlottesville con sus padres y asistía a la universidad. En aquel entonces no lo comprendió, pero cuando le contaron que Estelle había perdido al niño se puso histérica. Ella y Estelle nunca fueron íntimas, pero Olivia sabía que debía ayudar. Llamó al doctor Everett y le dio el número del hogar para madres solteras de Jacksonville. Al final, Estelle adoptó una niña y fue Olivia quien la instó a no mantener la adopción en secreto. Estelle tardó cierto tiempo en actuar en contra de las creencias de la época, pero al final lo hizo... y eso les permitió a ella y a Henry a adoptar seis niños más.

—Hola.

Olivia se volvió y vio que Kathy y Elise estaban sentadas en la terraza de la Casa del Río. Las sonrisas de ambas le aseguraron que habían logrado sus propósitos.

Elise se pasó la mano por su vientre abultado.

—Este es el segundo.

—Yo tengo dos hijos —dijo Kathy—. Y nunca adivinarás con quién me casé.

—Con Calvin Nordhoff —dijo Olivia.

—¡Aguafiestas! —exclamó Kathy.

—¿Alguien tiene hambre? ¡Yo sí! —dijo Elise—. Entremos y prepararé tacos, así podremos charlar. —Sus ojos brillaban—. Carmen, mi cuñada, me dio la receta.

—¿También te dio su hermano? —quiso saber Olivia.

—A cambio de Kent. ¡Salí ganando! ¡Por mucho!

Olivia y Kathy rieron, pero entonces Olivia dijo:

—Un momento. Creí que querías olvidar el pasado.

—Cambié de idea. Si lo olvido, puede que vuelva a tratar de complacer a las personas que no desean lo mejor para mí. Cuando menciono cosas que jamás ocurrieron Alejandro se ríe, pero no le importa.

—Hablando de eso, ¿cómo se tomó tu matrimonio tu familia? —preguntó Kathy.

Elise resopló.

—Una vez que Kent sacó a papá de la cárcel, pensó que sería buena idea escuchar lo que todos nosotros decíamos. Pero por otra parte, Kent amenazaba a papá con marcharse si no lo hacía.

—¿La cárcel? Estoy impaciente por oír esa historia. —Olivia miró a Kathy—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Mejor de lo que creía posible.

—Quiero saber qué ocurrió con Andy —Elise le dijo a Kathy mientras abría la puerta—. Quiero... —Se interrumpió al echar un vistazo en derredor. La última vez que entraron en la casa todo había estado dispuesto de manera muy perfecta y profesional.

Pero entonces la casa ostentaba la sensación acogedora que le proporcionaba una familia. Aún había objetos artísticos de todo el mundo, pero estaban mezclados con baratijas y muchas fotos de personas sonrientes.

Elise recogió una foto donde aparecían tres jóvenes guapos.

—¡Uau! ¿Quiénes son estas criaturas tan bellas?

—Mis hijos —contestó Olivia en un tono que revelaba el profundo amor que sentía por ellos.

—Quiero que ambas me lo contéis todo —dijo Elise—. Cada palabra. —Miró a Kathy—. ¿Cómo está Ray?

—Casado con Rita, gracias a mí. ¿Y sabes qué? Ganó tanto peso tras tener su último hijo que está mucho más gorda de lo que yo jamás he estado. Pero Ray todavía está loco por ella y no le quita las manos de encima. —Tomó aire—. Descubrí que, al contrario de lo que afirman todos esos dietistas que te prometen la felicidad si tienes el vientre plano, es imposible pesar el amor. No te lo brindan o te lo niegan según lo que indica la balanza.

Olivia y Elise le sonreían.

Kathy miró a Olivia.

—¿Lograste juntar a tu ex con su amante?

—Sí, de un modo indirecto, pero... —Contempló el rostro pálido de Elise—. Alimentemos a esta joven y después dediquemos el resto del día a hablar. Creo que todas tenemos mucho que contar.

—¡Aguarda! —dijo Kathy y miró a Elise—. Debo saber algo. ¿Te arrastraron encima de ese caballo negro?

—Sí —contestó Elise—. Varias veces, nuestro hijo corre con tanta rapidez que Alejandro dice que lo engendramos a lomos de ese caballo. Creo que no es verdad, pero en cierta ocasión... —añadió en tono soñador.

Olivia apoyó las manos en la espalda de Elise y la empujó hacia la cocina.

—Primero la comida, después las historias.

Una vez que las mujeres se instalaron acordaron mutuamente que Elise fuese la primera en hablar y ella provocó sus risas cuando les contó que se había paseado ante Alejandro en paños menores.

Tardó horas en contar su historia. La mejor parte fue el final, cuando Elise se enfrentó a su madre. Ambas madres estaban sentadas en un sofá, los padres en sillas y Elise se colocó ante ellos. Kent estaba junto a Elise: era la primera vez que tomaba partido por ella. Pasara lo que pasara, había decidido oponer resistencia.

—Cuando vosotras dos estabais en la universidad —dijo Elise—, ideasteis un plan: que os casaríais con hombres ricos o aristocráticos y eso fue lo que hicisteis. Más adelante, decidisteis que vuestros hijos se casarían entre sí. —Aprovechó su estatura para predominar sobre las dos mujeres—. ¿Alguna vez pensasteis en lo que queríamos Kent y yo?

—Adorabas a Kent —dijo la madre de Elise.

—Quizá porque eso fue lo único que jamás mereció tu aprobación.

—No tenemos por qué escuchar esto —dijo la madre de Kent, pero él la agarró del hombro e impidió que se levantara.

Dado que el padre de Elise había pasado tres días en la cárcel y se enfrentaba a ser procesado por un intento de secuestro, su actitud había cambiado. Permaneció sentado en silencio, escuchando.

Elise prosiguió con su diatriba. Les dijo a los cuatro que debían abandonar su racismo esnob, de lo contrario perderían a sus hijos. No osó mirar a Kent mientras lo decía, porque la idea de perder su empleo aún lo aterraba; lo quería

todo: el dinero y a Carmen. En cuanto a Elise, estaba tan dichosa con su nueva vida que no le importaba alejarse de ellos y su dinero... y ellos lo sabían.

Al final, los padres cedieron. Carmen y Kent se mudarían a la casa situada en la propiedad de los padres y Kent conservó su empleo. Pero a diferencia de su padre, él resultaba muy valioso para la empresa.

Sus padres estaban dispuestos a comprarles a Elise y Alejandro una gran casa cerca de la suya, pero ellos rechazaron el ofrecimiento, porque Elise sabía que aceptarlo supondría deberles algo a sus padres y, además, los conocía: su madre aparecería todos los días con «sugerencias» acerca de la vida que Elise debía llevar.

Tras unas conversaciones interminables, ella y Alejandro, Diego y su mujer e hijos y tres de sus empleados decidieron mudarse a Fort Lauderdale para tener trabajo durante todo el año.

Cuando Elise acabó de narrar su historia se volvió hacia Kathy.

—Te toca a ti.

Abrieron una botella de vino y otra de soda para Elise y se dirigieron a la bonita sala de estar de Olivia, se acomodaron en los confortables sillones y el sofá y esperaron a que Kathy comenzara.

Kathy bebió un sorbo de vino. Acurrucada en un sillón, se alegró de tener el mismo aspecto que antes de regresar al pasado, pero los cambios internos eran considerables.

—Lo dicho: por fin comprendí que el aspecto físico no tenía tanta importancia como creía. Dado que los medios te bombardean con imágenes de mujeres delgadísimas, era lo único en lo que pensaba. Libros de dietas, píldoras para adelgazar y desprecio, mucho, mucho desprecio. Era como si me consideraran malvada por no ser delgada.

Hizo una mueca.

—El doctor Oz dirigía un espectáculo en el que mujeres de talla grande aparecían en el escenario y el público tenía prohibido aplaudir, ¿y por qué? El único «pecado» cometido por esas mujeres era servirse otra porción de barbacoa. He visto abusadores de niños a los que aplaudían en programas de entrevistas de la tele porque decían que se reformarían, pero el trato que recibían las mujeres

con sobrepeso era peor que el que se dispensaba a los delincuentes.

Kathy bebió un gran trago de vino.

—¿Habéis visto ese anuncio de un dentífrico en el que los hombres ignoran a la chica flaca y desean a la del cuerpo curvilíneo y dientes blancos?

—Me encanta ese anuncio —dijo Elise.

—Era mío. Los empleados del despacho lo desdeñaron, pero a todas las mujeres del mundo les gusta.

—Pues dinos qué ocurrió —dijo Olivia—. ¿Cómo lograste que tus anuncios aparecieran en la tele y en las vallas publicitarias?

—Y en los medios impresos. —La sonrisa orgullosa de Kathy era elocuente. Dejó la copa en la mesa—. Me enfadé. No sabía que me parecía tanto a mi padre, pero por otra parte, el tiempo del que disponía era muy limitado y sabía lo que me esperaba si no cambiaba unas cuantas cosas. Además, papá le gritaba al hombre que yo quería.

—Andy, ¿verdad? —preguntó Olivia—. Ese con el que no acabaste.

Kathy asintió.

—Cuando desperté, estaba sentada en la oficina de Ray. Tardé un rato en comprender dónde y cuándo estaba. Miré la agenda de Ray y vi que él estaba en Chicago... y era antes de casarnos. Tardé bastante tiempo en adaptarme. Lo primero era mi cuerpo: había cambiado, era diferente.

—«Diferente», dices. Deberías pasar de los sesenta a los veinte años —dijo Olivia—. ¡Eso sí que supone una conmoción!

Kathy sonrió.

—Había olvidado que había asimilado la obsesión de Ray, la de tener un cuerpo como el de un chico de la playa californiano. De niña, papá y su energía estaban ausentes muchas veces, así que solo estábamos mamá y yo y ambas éramos lectoras. Disfrutábamos de los placeres tranquilos, pero entonces me casé con Ray; él hacía ejercicio y me convenció de que yo hiciera lo mismo.

—Alejandro es bastante lector, pero a su hermana y a mí nos gusta...

Se interrumpió porque las otras la miraban fijamente.

—¿Te refieres a Carmen, la que te fastidiaba tanto? —preguntó Kathy.

—Esta vez no me robó mi marido y, además, ayudar a dirigir la empresa se le da bien. Pero no hablemos de mí, continúa con tu historia —dijo, mirando a Kathy.

—Bien, estaba sentada ante el escritorio de Ray, pensando que no estaba en forma y que debía ir a un gimnasio, cuando vi un montón de carpetas en un estante. Estaba bastante desorientada y no sabía qué hacer. Cogí las carpetas y empecé a hojearlas: eran las ideas de Ray para futuras campañas publicitarias.

—Y sabías cuáles funcionarían —dijo Olivia.

—Sí. Al principio solo era una broma. No dejaba de decir «Sí, sí, no, no», y cosas por el estilo. Conocer el futuro y saber cuáles de las ideas agradarían a los clientes resultaba fascinante. Y también sabía los cambios que el cliente introduciría. Ray había pegado una estrella en una de las ideas, pero yo sabía que el cliente la aborrecería, pero que adoraría una que Ray había tachado.

—¿Qué hiciste? —preguntó Olivia.

—En realidad, creo que tenía miedo de salir fuera y enfrentarme a todos. Supone una gran responsabilidad pensar que en solo tres semanas debes hacer algo tan fantástico que cambiarás toda tu vida.

—Estoy de acuerdo —dijo Olivia—. Traté de salvar a toda una ciudad... y tuve que hacer un esfuerzo para no escribir al presidente Nixon y advertirle de que...

Olivia agitó la mano: era demasiado largo para contarlo todo.

—Yo no tuve ningún problema en absoluto —dijo Elise—. Las tres semanas bastaron para escapar de mis padres megalómanos, mi codicioso novio y también encontrar una profesión. Y mientras lo hacía, se suponía que debía lograr que el hombre a quien adoraba, pero que no recordaba el tiempo que pasamos juntos, se enamorara de mí.

—Pero lo lograste —dijo Olivia.

La expresión de orgullo en el rostro bonito de Elise era tan intensa que iluminó toda la sala.

—Sí, lo logré, ¿verdad? —dijo en voz baja y volvió a mirar a Kathy.

—El despacho de Ray era tranquilo y, como nadie me prestaba mucha atención, sabía que no me molestarían. Cogí unas hojas de papel de la impresora y empecé a dibujar los anuncios futuros. Dos habían fracasado y después supimos el motivo, así que los arreglé —dijo, y sonrió al recordarlo—. Fue maravilloso. Cuando entró la secretaria de Ray había papeles desparramados por todas partes.

—¿Quién era su secretaria? —quiso saber Elise.

—En aquel entonces aún era Martha. Yo sabía que quería jubilarse, pero Ray

se lo impedía. No dejaba de aumentarle el sueldo, suplicándole que se quedara. Le pedí que averiguara dónde vivía Rita Morales y decirle que acudiera a una entrevista de trabajo como su sustituta. Martha estaba tan complacida que creí que se echaría a llorar.

Olivia rio.

—¡Una idea genial! ¿Y Cal?

—Ahora te lo contaré —dijo Kathy—. Martha revisó todos los bocetos que yo había realizado y sabía que eran excelentes. No dijo una palabra, solo abrió uno de los cajones del escritorio de Ray y sacó un montón de carpetas de los clientes de otras empresas que Ray quería conquistar. Intentaba idear cosas que pudiera mostrarles para atraerlos a la empresa de papá.

—Y tú sabías qué campañas los convencerían —dijo Olivia.

—Sí, así es. Martha depositó las carpetas ante mí y apoyó mi móvil sobre la pila. «Graba los anuncios cantados que ideaste», dijo y se marchó. Mientras los revisaba me di cuenta de que Ray y yo habíamos trabajado en la mayoría de ellos. También advertí que, más que de la creatividad, se trataba de la elección. Las ideas que al final se utilizaron estaban allí, pero habíamos presentado las equivocadas.

Kathy las miró.

—Ella llamó a Bob del departamento de arte y él subió y diseñó el guion gráfico. Y llamó a Dave y este trajo un teclado y les puso música a los anuncios cantados que Ray y yo habíamos descartado. —Kathy sonrió—. Fue un día maravilloso, no abandonamos la oficina hasta las dos de la madrugada. Estábamos exhaustos, pero disponíamos de unas campañas estupendas para mostrarle a mi padre.

—¿Cómo se tomó la presentación?

Kathy se puso de pie, se acercó a la ventana, miró fuera y luego volvió.

—Lo siento, pero aún me pone furiosa. Mi padre... —dijo, tragando saliva—, se negó a mirarla. Era a la tarde siguiente y estaba de mal humor, como siempre cuando Ray estaba fuera de la ciudad. Su oficina estaba llena de hombres y les decía que sus ideas eran basura. Yo estaba allí de pie, con Martha, Bob y Dave detrás de mí, con un montón de guiones y grabaciones. Ese hombre, mi padre, resopló con expresión desdeñosa y después nos indicó que nos largáramos. Y lo hicimos, abandonamos la oficina, éramos unos cobardes. «Pues se acabó», dijo

Martha. «Ray tendrá que mostrarle nuestro trabajo.» «¿Y llevarse el mérito por todo?», dije yo.

Cuando Kathy calló, las otras dos la miraron.

—¿Qué hiciste? —preguntó Elise.

—Déjame adivinarlo —intervino Olivia—. Recurriste a lo que habías aprendido de Ray y atacaste.

—¡Exactamente! ¿Así que regresaba al pasado para cambiar cosas, y ese hombre me desestimaba como si yo no tuviera importancia? ¡Esa vez, no! Resulta que realmente soy la hija de mi padre, porque perdí los estribos. Lo que de verdad me enfurecía era que la mitad de las buenas ideas presentadas por Ray eran mías. Pero mi padre solo quería oírlas si las presentaba un hombre — exclamó, acentuando la última palabra.

—La veneración del pene —dijo Olivia—. No dejo de verla en mi trabajo. — Notó el shock y el interés en las caras de las otras—. Lo siento. Esta vez soy psicóloga.

—Qué decepción —murmuró Elise—, creí que hablabas por experiencia.

Olivia rio.

—Tienes razón —dijo Kathy—. Eso justamente eso. Volví a la oficina de mi padre, pero entonces me acobardé: no es posible deshacerse de toda una vida de temor en unos pocos segundos. Pero entonces vi que Cal sonreía con aire de satisfacción. Podía soportar el trato que me dispensaba mi padre, pero no a él. ¿Por qué siempre me miraba con desprecio? ¿Qué había hecho yo para que me tratara tan desagradablemente? Todo el asunto con Felicity aún no había sucedido y jamás lo haría, así qué ¿cuál era su problema?

Kathy tomó aire, procurando calmarse.

—Fue entonces cuando me puse hecha una fiera. A causa de Cal, no de mi padre. Arrojé todas las carpetas en el escritorio de papá, me incliné hacia él y lo obligué a mirarlas. Lo único que manifestó fue una sorpresa repentina, pero los hijos conocen a sus padres: estaba asombrado, pasmado, un pasmo no causado por mí sino por lo excelentes que eran mis anuncios. Eran proyectos acabados que yo sabía que funcionarían. El año siguiente uno de ellos ganaría un premio popular por ser el tercer mejor anuncio del año. ¿Queda más vino blanco? — preguntó.

Al parecer, había acabado con su historia.

Olivia miró a Elise.

—¿Nos sentamos encima de ella?

—He oído hablar de algo denominado asfixia simulada. Creo que es una tortura, así que opino que la utilicemos.

Ambas miraron a Kathy y ella sonrió.

—Vale, pues las cosas cambiaron entre Cal y yo.

Tras abandonar la oficina de su padre, Kathy regresó a la de Ray... y se echó a temblar. La ira le había dado fuerzas para enfrentarse a su padre, pero en ese momento comenzaba a desvanecerse y la invadía el temor. Cuando su presentación llegó a su fin, él dijo: «¿Qué cargo quieres desempeñar?».

Ella sabía a qué se refería, Bert Cormac jamás diría que le gustaban sus campañas, pues los elogios no eran lo suyo, pero lo que sí repartía eran empleos y bonificaciones. Cuando se dio cuenta de que su padre acababa de ofrecerle un empleo, uno real, fue como si toda su energía se consumiera. Estaba inclinada por encima de su padre hasta tal punto que sus respectivas narices casi se rozaban y se enderezó.

Su ira aún flotaba en la oficina, la percibía, y era una ira que no había poseído antes de casarse con Ray. Casarse con él la había cambiado por completo.

De repente fue capaz de ver su matrimonio con mayor claridad que nunca. La feroz ambición de Ray, su obsesión con la imagen física, su ética laboral insaciable... ella lo había asimilado todo. Fue Ray quien la arrastró a la empresa de publicidad. Su mantra se había convertido en «Kathy puede hacerlo». La había obligado a organizar fiestas de empresa, arreglar horarios, todo lo que fuese necesario. En casa, había empezado a tenderle anuncios y obligarla a reescribirlos. Cuando ella hacía una sugerencia, él la escuchaba.

Durante el segundo año de su matrimonio ya comentaban cada una de sus campañas publicitarias. El tercero, ella estaba tan involucrada en el trabajo como él. El cuarto, él empezó a depositar cuentas de clientes en el escritorio de ella, diciéndole que se encargara de estas. Y ella lo hacía.

Cuando conoció a Elise y Olivia, hacía seis años que Kathy estaba casada y estaba tan involucrada en la agencia de publicidad de su padre como cualquiera de sus empleados.

Pero no le pagaban y tampoco la reconocían.

Ray le agradecía, la elogiaba, pero no se ofreció para tratar de conseguirle un puesto en la empresa.

Cuando ella lo mencionaba, él decía: «Nena, sabes que lo que es mío es tuyo. Ve a comprarte algo bonito. Algo que brille.»

Mientras estaba ante su padre y su escritorio estaba cubierto de papeles, guiones y cintas grabadas, se dio cuenta de que todas esas cosas con Ray todavía no habían ocurrido, que no existía ningún motivo por la cólera que acababa de demostrar. Sí, claro, su padre la había desestimado, pero resultaba que para él, ella solo era una chica que planeaba fiestas de oficina y agasajaba clientes.

Y para los hombres sentados en la oficina de su padre, ella solo era la bonita y regordeta hija de su padre que de vez en cuando les ofrecía bollos caseros.

El rostro que Kathy quería ver era el de Andy. Él era el hombre que había logrado escapar; su padre acababa de ofrecerle un empleo, así que a lo mejor ella y Andy podrían trabajar juntos. ¿Lo había impresionado?

Kathy se volvió lentamente y contempló a los hombres sentados en sillas a sus espaldas. Un par de ellos parecían admirarla, impresionados, pero Andy no: estaba disgustado, asqueado. Su expresión era desdeñosa y se negaba a mirarla a los ojos.

Pensó en la mujer con la que Andy acabaría casándose. Sí, la figura de Cheryl se asemejaba a la suya, pero era tan dulce y bondadosa que toda la oficina se aprovechaba de ella.

Kathy no recogió ninguno de los papeles que había arrojado en el escritorio de su padre, no miró a nadie más, solo se dirigió a la puerta y la abrió. Ninguno de los hombres se ofreció a abrirla, tras el espectáculo poco femenino que acababan de presenciar.

La distancia hasta la oficina de Ray parecía enorme, pero logró llegar e incluso cerrar la puerta detrás de ella. Se quedó allí, temblando... aunque ignoraba si se debía al temor por haberse enfrentado a su padre o por la expresión de asco en la cara de Andy.

«Muy bien», pensó y se acercó al escritorio de Ray. Había logrado una de sus metas, que consistía en formar parte de la empresa de su padre. Se negaba a pensar qué pasaría cuando se acabaran las tres semanas y ella ya no conociera el futuro. ¿Cómo haría para estar a la altura de lo que acababa de hacer? Tal vez no

debería haber...

—Ahora no te acobardes.

Se volvió y vio que Cal Nordhoff estaba ante la puerta cerrada. No lo había oído entrar. Kathy se dejó caer en la silla de Ray.

—Vete —dijo.

—¿Y perderme las consecuencias de ese espectáculo? ¡Jamás! —dijo. Se acercó a un armario, lo abrió, sirvió vodka y tónica en una copa y se la tendió.

—No, gracias —dijo ella, pero cuando él no soltó la copa, la cogió y vació la mitad de un trago—. Eso me recuerda a *Mad Men* —murmuró, sin saber si emitían la serie o no.

Cal sonrió.

—¿Eres Peggy pero te pareces a Joan?

Kathy casi le devolvió la sonrisa, pero no lo hizo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Para decirme que jamás tendré éxito en un mundo masculino? ¿Que mi padre y los otros hombres me comerán viva?

La expresión pagada de sí misma se borró de la cara apuesta de Cal y sus palabras parecieron desconcertarlo de verdad.

—No, en absoluto. Me he alegrado de lo que has hecho y considero que ya era hora. Hace demasiado tiempo que ayudas a tu padre sin cobrar un sueldo.

En ese momento la desconcertada fue Kathy.

—Nunca he hecho nada.

Como aún no se había casado con Ray era verdad.

—Bromeas, ¿verdad? —Cal se sentó en el sofá Chesterfield negro de Ray y la miró—. ¿No eres consciente de que Bert Cormac te debe su propia investigación de mercado?

—Sé que nos pregunta a mamá y a mí qué opinamos de los productos, pero jamás le he hecho una presentación.

—No, que tú sepas, pero el viejo Bert me lo cuenta todo. «A Kathy le gusta este —dice—. Considera que el azul que usan en el envase es un error. Presentémoslo en un tono más oscuro.»

Ella sabía exactamente a qué campaña se refería. Gracias a Dios, su padre casi siempre se quedaba en su apartamento de la ciudad, pero cuando volvía a casa solo hablaba de publicidad. Y siempre regresaba con cajas de productos y les preguntaba qué les parecían. Cuando se marchaba, ella y su madre suspiraban de

alivio.

—Kathy, preciosa —dijo Cal—, has formado parte de la agencia de publicidad de tu padre desde que tomabas el biberón. Una vez me dijo que había probado leche en polvo para bebés contigo. Una de ellas te hizo vomitar.

Ella se reclinaba en el gran sillón de cuero de Ray, el que habían fabricado a su medida, pensando en lo que Cal había dicho.

—¿Por qué siempre me miras con desdén?

—Ignoraba que lo notarás —dijo Cal, incapaz de disimular su espanto.

La verdad es que antes de casarse con Ray, ella no se había fijado en Cal en absoluto. Entre Larry, Andy y el miedo que le daba su padre casi no había reparado en nada más, pero tenía la sensación de que las miradas desdeñosas de Cal solo aparecieron tras su casamiento. Y rodeada por la interminable energía de Ray, no tenía tiempo de preguntarse por qué no caía bien a uno de los empleados de su padre.

De hecho, si no fuese por la pregunta de Olivia sobre Cal, quizá no se habría enfadado tanto por su mirada de satisfacción ese día, en la oficina de su padre. Y si no se hubiera enfadado tal vez se habría escabullido sin presentar los anuncios.

Lo observó al tiempo que él se dirigía al bar de Ray, se servía un whisky y regresaba al sofá.

—Bien, ¿con cuál te quedarás?

—¿Te refieres a una cuenta?

—No, a un hombre. Hay cuatro que te rondan.

—Esta conversación me disgusta. Quiero que te vayas.

—No es tu oficina —replicó Cal—. El primero es ese chico flacucho, ¿cómo se llama?

Kathy no respondió.

—El de tres apellidos. Laurence Winbeck, eso es. Él quiere el dinero de tu padre. También está Andy Donaldson.

Kathy soltó un grito ahogado. Nadie sabía que estaba interesada en Andy. Ray creía que estaba enamorada de él.

—Andy dice que se hace de rogar para que no lo acusen de perseguir a la hija del jefe.

—¿Eso dice? —susurró Kathy.

—Solo a un vicepresidente de la empresa que lo invita a almorzar. Tras dos

Martini disfrutó contándome cuáles eran sus metas en la vida. —Cal resopló—. Nunca tendrá éxito en publicidad. Suelta demasiadas verdades.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Kathy con el ceño fruncido.

Cal no contestó a su pregunta.

—Luego está Ray.

Kathy apretó los labios.

—Ah, ya veo que sabes que Ray está interesado en ti. Empieza a darse cuenta de que a los clientes les gustan los manteles y que esos dos tenedores tienen usos distintos. Comienza a considerar que el matrimonio es una propuesta comercial. Tú podrías proporcionarle lo que él ignora y, a cambio, él te brindaría la oportunidad de estar cerca de su maravillosa presencia.

Kathy no pudo evitarlo: esa imagen le provocó una minúscula sonrisa.

—Esos son tres hombres. ¿Quién es el cuarto?

—Yo.

Kathy solo pudo parpadear.

—Eso no lo sabías, ¿verdad? —Se levantó y miró por la ventana—. Esos hombres te desean porque puedes hacerlos avanzar, por lo que puedes darles, pero ¿yo? Yo te deseo a ti. Me gusta tu manera de pensar. Eres más inteligente de lo que crees.

Se volvió y la miró... su mirada era ardiente. «Como si estuviéramos en una película», pensó ella. Cal parecía dispuesto a arrojarla sobre el escritorio y arrancarle la ropa. Ningún hombre la había mirado así y se le hizo un nudo en la garganta.

Él dio un paso hacia ella.

—Me encanta tu magnífico y opulento cuerpo —dijo, y avanzó otro paso—. Me gustan las mujeres.

Cal estaba de pie junto al escritorio y le lanzó una mirada que la hizo sentir que tal vez se derretiría y se fundiría con el cuero del sillón.

Cuando él le tendió la mano, ella se dispuso a cogerla, pero echó un vistazo a la puerta.

—La he cerrado con llave —dijo él con voz áspera—. Y ordené a Martha que no nos molestaran, oyera lo que oyera.

Ella le cogió la mano.

—¡Dios mío! —exclamó Elise—. Eso es... ¡Ay! Eso es maravilloso. Genial. ¡Me encanta!

Olivia sonreía con expresión de «Ya lo decía yo».

—¡No te atrevas a adjudicarte el mérito por eso! —le dijo Kathy a Olivia, pero entre risas—. Cal y yo hubiésemos acabado por juntarnos. Solo que... —Se interrumpió—. No: nunca habría ocurrido. Después de estar casada con Ray, habría tenido demasiado miedo como para volver a casarme.

Cogió su copa de vino y la hizo girar.

—No sabía hasta qué punto era nociva mi vida con Ray. Solo podía compararla con la de mis padres y mi matrimonio era mucho mejor que el de ellos. —Alzó la vista—. Cuando las personas hacen preguntas sobre un mal matrimonio, lo único que en realidad quieren saber es si tu marido te pega. Si la respuesta es «no», entonces te consideran a salvo. Cualquier otra cosa que te haga, no tiene importancia.

Hizo una pausa.

—Ray nunca me gritaba, nunca me trataba mal, pero me humillaba de un modo que me mataba en lo más íntimo. No era su intención, porque me tenía mucho afecto, pero no estaba enamorado de mí.

Kathy sonrió.

—Cal y yo peleamos, discutimos. Él cree que lo sabe todo y yo debo mantenerme firme para lograr que siquiera me escuche. Pero hacemos las paces en la cama, el sexo es fantástico, ese que aparece en las novelas. Y fuera de la cama nos besamos y nos damos la mano. Y nos hacemos arrumacos mientras

vemos la tele. Me hace saber que soy amada todos los días. Sé que me ama, tanto si está de buen humor como de mal humor.

—Sé a qué te refieres —dijo Olivia—. Revivir nuestras vidas hizo cambiar la dinámica entre Kit y yo. Cuando nos casamos siendo ya mayores, aunque yo lo amaba, bajo la superficie albergaba mucha ira y resentimiento porque me había estropeado la vida. Lo amaba, pero también lo odiaba. Tenía tanto miedo que la ira aflorara que mantuve la boca cerrada, no hablaba de todo lo malo que me había pasado. Solo estuvimos casados un año y fue muy dulce, pero temía que si daba rienda suelta a mi ira lo destruiría todo.

Hizo una pausa.

—Y además estaba la culpa. Yo era la mujer que había dado a su hija en adopción. La culpa me devoraba el alma. Cuando regresé al pasado le grité a Kit, lo maldije, pero él se quedó. No se fue. Ignoro si me creyó o no, pero me ayudó. —Olivia sonrió—. Y, además, cuando me encontré con él tantos años después, él había pasado mucho tiempo siendo un hombre importante y conservó esa actitud, tomaba decisiones, daba órdenes. Todas las decisiones eran suyas.

—¿Y ahora? —preguntó Kathy.

—Ahora hemos vivido juntos todos esos años. Vi como pasaba de ser un chico siempre casi desnudo a ser un hombre que aconsejaba a presidentes. Si se vuelve demasiado arrogante, sé cómo detenerlo. Para mí, siempre será ese chico inútil.

—Y tuvisteis hijos —dijo Elise—. Alejandro estaba hecho para ser padre.

Olivia soltó una carcajada.

—He de confesar que los chicos acabaron con la pomposidad de su padre. En cierta ocasión, Kit se vio inesperadamente envuelto en lo que se estaba convirtiendo en una guerra en el desierto. Estaba aterrado porque Tully estaba con él. Nuestro hijo percibió el pánico de su padre y vomitó sobre él, un enorme chorro de vómito. Era algo tan humano, tan normal, que todos dejaron de gritar y se echaron a reír. Resultaba más fácil negociar con hombres risueños que con hombres enfurecidos, así que los problemas se resolvieron. Kit dijo que debería llamarse «la guerra de Tully».

Cuando alzó la vista tenía los ojos llenos de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad.

Elise miró a Kathy.

—¿Y Ray? ¿Cómo le va?

—El año pasado abandonó la empresa de papá e inició la propia. Le va bien.

—¿Se marchó debido a Cal? —preguntó Elise.

—Creo que sí. Papá empezó a encontrarse con Cal fuera de la oficina y cuando le di un nieto, es como si papá se convirtiera en otra persona —dijo, tomando aire—. Está pensando en retirarse.

Olivia abrió mucho los ojos.

—Dirigirás la agencia, ¿verdad?

Kathy sonrió lentamente.

—Sí. Papá está pasando bastante tiempo con mamá y están tan locos por nuestros hijos que... —Kathy se interrumpió y se encogió de hombros—. Soy dichosa. Eso es lo más importante que puedo decir: soy dichosa.

—Yo también —dijo Olivia.

—Y yo —dijo Elise.

Todas intercambiaron sonrisas, se inclinaron hacia atrás y sorbieron sus bebidas. Ya no necesitaban decir nada más.

Epílogo

Era temprano por la mañana y Olivia estaba tendida en la cama. Kit ya había bajado. Abrió los ojos, vio que todavía no había amanecido y los volvió a cerrar.

Solo ayer había regresado de... ¿De qué? ¿De sus experiencias vitales? Todavía ninguna de ellas se había acostumbrado a sus nuevas vidas.

Anoche, durante la cena, Elise le había tomado el pelo a Alejandro, diciéndole que los hijos de Olivia eran tan guapos que tal vez lo cambiaría por Kit. Alejandro era un hombre dulce y bondadoso que contemplaba a su mujer con tanto amor que casi resultaba embarazoso. Que ella podría escapar no parecía preocuparlo.

Kit había insistido en que pasaran la noche en Camden Hall.

—Ahora es demasiado grande y vacía —dijo en tono nostálgico.

Minutos después Cal llegó con sus dos hijos, el de Elise y su marido se reunieron con ellos y en segundos todos gritaban y correteaban... y Kit sonreía, feliz.

Elise y Olivia sentían curiosidad por Cal. Era un hombre corpulento e incluso cuando guardaba silencio llamaba la atención. Cuando hablaba su voz profunda hacía que la gente se volviera hacia él. Olivia podía comprender que, en cierta ocasión, Kathy hubiera dicho que le tenía miedo.

—Es un poco como Ray, pero sin el matiz de matón —dijo Elise.

Olivia rio.

—Tu hijo se está subiendo a las cortinas.

Elise echó a correr, pero Alejandro se le adelantó y cogió al niño.

Después de cenar, una cena preparada por las tres mujeres, atraparon a los

niños, los metieron en la bañera más grande de la casa y les lavaron el pelo y los pequeños cuerpos sudorosos.

Para cuando terminaron Olivia estaba exhausta, pero de un modo agradable. Una parte de ella echaba de menos su cuerpo joven, pero la otra estaba tan contenta con lo que ella era en el presente que no echaba en falta nada.

Cuando Kit se acostó, olía a whisky caro y cigarros importados de manera ilegal. Ella se acurrucó a su lado.

—Es como si no te hubiese visto en años —susurró él—. Y hoy no dejé de pensar en el tío Freddy y el señor Gates. Mañana, Alejandro, Diego y yo iremos a Tattwell para trabajar en el cementerio. —Soltó una risita—. ¿Recuerdas la primera vez que limpié ese lugar? Tú...

Ella se volvió entre sus brazos y lo besó.

—Recuerdo que llevabas unos pantalones cortos minúsculos y absolutamente nada más.

—¿Ah, sí? —Él le besaba la cara—. ¿Te gustó lo que viste?

—Por supuesto que no. Solo eras un chico inútil y yo estaba a punto de convertirme en una estrella de Broadway.

—Y bailaste para mí entre las calabazas —dijo, y le deslizó el camisón de los hombros.

Hicieron el amor lentamente. Ya no era tan apasionado como en su juventud, pero albergaba recuerdos de una vida juntos y de experiencias compartidas. Sobre todo, albergaba un amor que ni siquiera los años podían destruir. Se durmieron juntos, estrechamente abrazados... tal como habían hecho durante más de cuarenta años.

Ya era de mañana y Olivia no tenía ganas de levantarse, quería acurrucarse bajo las mantas y pensar en lo que había visto y sentido en las tres semanas del pasado. Recordaba los rostros con tanta claridad y quería...

Se interrumpió cuando algo le rozó la pierna. ¿Alguien había dejado entrar un perro en la casa?

Levantó la manta y vio un niño dormido con la cabeza hacia los pies de la cama y cuando retiró las mantas se sorprendió al ver que la gran cama estaba llena de niños; iban de los tres años hasta un bebé de pañal empapado.

Olivia se incorporó en la cama y procuró identificarlos: el hijo de Elise, los dos niños de Kathy, la cabeza rubia de Liam, su nieto. Él y su padre debían de

haber llegado en medio de la noche. Pensó que un par de ellos le pertenecían a Diego.

Al igual que cachorritos, los niños empezaron a moverse y Olivia volvió a deslizarse bajo las mantas. Los niños se acercaron a la tibieza de su cuerpo, unos amontonados sobre los otros.

«Lo estoy imaginando —pensó—, es la fantasía que le conté a Ray y a Elise. Bueno, en realidad no.» Pero podía ver la relación. A menudo había soñado que la despertaban los besos de «hombres» de distintos colores de piel. Y aunque esa experiencia no era en absoluto sexual, sí era muy dichosa. Esos niños no eran hombres, pero todos eran varones y sus pieles eran de colores distintos.

Notó que empezaban a despertar.

—El que me dé más besos recibirá la mayor cantidad de tortitas de chocolate.

Segundos después recibió los besos más grandes y húmedos que jamás había recibido. Olivia rio, los abrazó y pidió más.

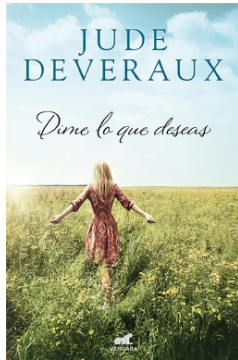
Y fue así como los padres encontraron a sus hijos: todos en la cama con Olivia, besándola. Los flashes de las cámaras y los móviles destellaron y soltaron pitidos al tiempo que registraban la escena.

Más tarde, todos afirmaron que las fotos demostraban que la doctora Olivia Paget Montgomery era la mujer más feliz del planeta.

Ella estaba completamente de acuerdo.

**Si pudieras cambiar el pasado y volver a empezar,
¿has pensado alguna vez si te gustaría?**

Tres mujeres con pasados y presentes muy distintos se reúnen en Summerhouse en un verano mágico que resultará definitivo para todas ellas y que les descubrirá que tienen más en común de lo que imaginaron



El primer matrimonio de Olivia, que ya ha cumplido los sesenta, fue largo e infeliz, pero ahora está a punto de empezar una nueva vida con el hombre al que siempre ha amado, aunque sea un poco tarde. Kathy ya está en los cuarenta y tantos y está casada con un exitoso hombre de negocios. Podrían ser felices pero hay un problema: su marido está apasionadamente enamorado de alguien que no es ella. Elise, en la veintena, se casó con el hombre que sus padres eligieron para ella pero ahora que él ha dejado embarazada a su amante, está dispuesto a decisiones absolutamente drásticas para quitarse a Elise de encima.

Cuando la vida les ofrece la posibilidad de enmendar los errores del pasado, las tres descubrirán qué puede pasar cuando los sueños se hacen realidad.

Una historia mágica y conmovedora que entusiasmará a las lectoras fieles de Jude Deveraux y deleitará a una nueva generación.

Jude Deveraux es la autora de más de cuarenta best sellers que han entrado en las listas de *The New York Times*, la mayor parte de ellos publicados por Vergara. Su saga «Los Montgomery» es una de las más conocidas y apreciadas por las lectoras de novelas románticas. Entre sus títulos se cuentan *La seductora*, *El corsario*, *El despertar*, *La doncella* y *El caballero de la brillante armadura*. Deveraux lleva vendidos más de sesenta millones de ejemplares y ha sido traducida a numerosos idiomas.

Título original: *As You Wish*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2017, Jude Deveraux

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Irene Saslavsky, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © ThinkStock / FCSCAFEINE

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16076-58-1

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Dime lo que deseas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Jude Deveraux

Créditos